

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

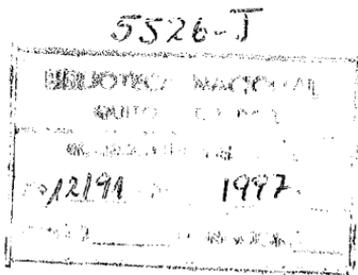
SANTA GABRIELA MISTRAL

860-4(866) Comin
6010h
1956

BENJAMIN CARRION

SANTA
GABRIELA MISTRAL

(Ensayos)



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

QUITO - 1956



GABRIELA MISTRAL
Oleo de Oswaldo Guayasamín

SANTA GABRIELA MISTRAL

PRIMERA MEDITACION

EN EL PRINCIPIO FUE EL DOLOR

UNA VOZ DESOLADA, DESDE EL SUR

*Yo no tengo otro oficio,
después del callado de amarte,
que este oficio de lágrimas, duro,
que tu me dejaste.*

*El muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.*

Gabriela Mistral

Desde el sur, uva y manzana, desde Chile, donde la tierra ofrece, sencilla y clara, la materia de los símbolos dulces —la manzana, el pecado de amor y de castigo, la uva y el vino para el milagro alegre de las bodas de Caná—; desde Chile nos llega una voz dolorida y tremenda, voz ronca y desolada en la que, sin ningún pudor eufemista para el grito dolorido, se dice a los vientos y a Dios, el cuento del doliente amor, casi alegrado y desde luego purificado por la muerte.

Acostumbrados estábamos al dolor melódico y cesura-

do de los modernistas que —con la formidable excepción de Rubén Darío de *Lo Fatal*, *La Cartuja* y *La Canción de Otoño*— habían seguido principalmente al maestro de Nicaragua en lo de los cisnes, trianones y princesas; acostumbrados estábamos al modernismo que, a pesar de elevar a sus altares al más grande lírico de la época contemporánea de Francia, Baudelaire, seguía de preferencia el consejo verleniano de poner sordina al dolor y cantar todas las cosas en el tono menor de los violines. De Chile mismo, que no tuvo un representante de primera línea en los cenáculos modernistas, y que hasta entonces —¡qué terribles mentiras se hacen clisés literarios!— era sólo un país de historiadores; de Chile mismo, sólo nos estaba llegando la voz fina de Francisco Contreras o de Armando Donoso. Aún, desde México o París, Amado Nervo, que por aquella época era el ídolo de Gabriela:

*"Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente;
Amado Nervo, estrofa y corazón en paz:
mientras te escribo tienes losa sobre la frente,*

*De donde tú cantabas se me levantó el día.
Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz."*

Aún Amado Nervo ensordinó la voz para cantar su canto llano, su canto de amor de hombre dolorido al que sólo interesa su dolor de amor, y poco le importan las catástrofes humanas.

Esta voz que nos llega desde el sur de uva y manzana, es una voz de trascendental desolación. Con un acento nuevo entre las voces coetáneas. Acento que viene desde lejos, traído por los vientos lejanos de las praderas bíblicas, con la recia y encarnizada amargura de Job o Jeremías: "Por

lo que yo no detendré mis palabras, hablaré en la angustia de mi espíritu: conversaré con amargura de mi alma". Y ese "Confabulabor cum amaritudine animae meae", será la tónica de esta doliente voz. Y durante algún tiempo, según el mandato de Job, "conversará con amargura de su alma".

Es Gabriela Mistral y su voz. "En la angustia de su espíritu, con la amargura de su alma", la queja dura, recia, tremenda, de este nuevo Job que como el otro, podría decir también: "Esto he sufrido sin maldad de mis manos, cuando ofrecía a Dios limpios mis ruegos". (Job, XXXXVI-18) o asegurar aquello, excelso como las más grandes voces del hombre: "En verdad a mi me ha sido dicha una palabra escondida..." (Job-IV-12). Gabriela ha recibido también ese "Verbum absconditum", esa palabra secreta que permite decir las terribles cosas del amor, del dolor y de la muerte. Transidas de una tan aceda y cruel desnudez angustiosa, a la que, francamente, nos habíamos desacostumbrado.

Los primeros acentos de esa voz, que luego cantará en otros tonos, fueron *Los Sonetos de la Muerte*.

Traían su anécdota: un concurso literario, al que hace una amable alusión Alone, en su juicio —el primero que se conociera— sobre las obras iniciales de Gabriela. En verdad, somos muchos los que desconfiamos un poco de las consagraciones surgidas de los concursos y premios literarios. Así lo hemos dicho varias veces. Pero también hemos de confesarlo: a ellos les debemos muchas de las grandes revelaciones de la historia de las letras del mundo. Hay un poco de vanidad justificable en quienes se oponen al discernimiento de calidades artísticas por medio de votos tomados por tribunales, jurados, academias. Pero es la verdad, la pura y neta, que a los concursos y a los premios —cuando la humanidad era niña y limpia y pura de vanidades— les debemos las tragedias de Esquilo, de Sófocles, de Eurípides.



Los tres genios de la hora genial del espíritu humano, acudieron gozosamente, humildemente, a los concursos. Y si el autor de *La Orestíada* ganó trece premios habiendo concursado con cuarenta tragedias; si Sófocles casi siempre salió triunfador, en cambio el autor de *Medea*, el trágico más cercano a la verdad del hombre, con frecuencia fue derrotado en los juegos de la inteligencia. Y saltando siglos, con las botas de siete leguas de la memoria, nos encontramos también en los tiempos modernos, con ese acierto magnífico de la Academia Goncourt, al llamar la atención de las gentes sobre una cosa bella sin linderos, que es *A la sombra de las muchachas en flor*, de Marcel Proust.

En el caso de Gabriela, los premios literarios marcan hitos esenciales de su tránsito por la vida y la literatura: el concurso santiaguino que aflora *Los Sonetos de la Muerte* y el nombre de *Gabriela Mistral* —de la maestra rural que, en los registros del escalafón docente, es Lucila Godoy—; y el Premio Nobel de Literatura, año 1945, que consagra mundialmente una obra y una vida dirigidas permanentemente al ideal y concede partida de existencia, expedida por la Academia Sueca, a la literatura hispanoamericana, mal conocida y, generalmente, mal juzgada.

Alone, maestro de crítica en América, señala el caso: a malquerer, para que no se "agüe" la fiesta provenzal y mistraliana de los Juegos Florales, se premian en Santiago estos versos amargos y duros —duros de sentir y de leer— y recuerda el caso de un premio concedido a Edgar Poe por la buena letra con que se hallaba escrito su poema. Buena compañía, en verdad, y recuerdo bien traído. En el norte, la alucinación genial, unida a la genial lucidez del cantor de Ligeia y, sobre todo, del creador de ese máximo derivativo de la humanidad, la novela policial; en el sur, la víscera y el hueso humanos, la carne y el espíritu, llagados letal-

mente por el dolor. De aquellos dolores que según el decir tremendo de Vallejo:

*"Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé!
Golpes como del odio de Dios..."*

Y en la anécdota del concurso literario, del premio concedido a malquerer, se une la triste poesía de la pobreza: la autora, esa maestrilla rural, inmensamente desconocida, pero de la que ya empezaba a hacerse hablilla para el bien y para el mal, no pudo asistir a la festividad entre cursilona y cortesana de su triunfo en los Juegos Florales, ni leer ella misma sus versos "porque no tenía como hacerlo en forma digna", dice con eufemismo Alone; porque la mujercita pobre del pueblo, estaba muy mal vestida. Vestida mal y malcomida como las maestras de escuela!

Ya está producido el lanzamiento público. Ya las uñas y los dientes de la envidia, se afilan en corrillos de estas capitales nuestras que, desgraciadamente, quieren inscribir entre sus excelencias, la de ciudades chistosas. Pero, y esto es lo tonificante, también las buenas voces de la verdad sana, de la crítica justa, se hacen oír de cuando en cuando. Y desde fuera —ese desde fuera que sirve para justificar las palabras evangélicas: "*No hay profeta sin honra sino en su patria y en su casa*",— empieza a llegar el reconocimiento de los méritos. Desde afuera y desde los otros pueblos, donde se siente y se quiere con esa intensidad sin bridas que revelan *Los Sonetos de la Muerte*.

... Y EL AMOR ES HERMANO DE LA MUERTE

*Fratello, a un tempo stesso,
amor e morte
ingenero la sorte.*

Giacomo Leopardi

El "amo amor" llega a la vida de Gabriela, como el anunciador de redenciones y de crucifixiones —para redimir hay que amar y hay que morir— y la toca con su gracia letal y vital a la vez. Y quien nace en ella es el poeta.

He de llamar poeta a Gabriela, y a Delmira Agustini, y a María Eugenia Vaz Ferreira y a Juana de Ibarborou. No he de llamarlas poetisas. No sé qué rara impresión peyorativa, disminuyente, tiene esta palabra en femenino. Así como la palabra "patria", se hace acaso más decidora cuando, al seguir el consejo de Unamuno la llamamos "matria"; en cambio, la palabra poeta se achica, se acursila, se hace *huachafa*, —palabra peruana insustituible— cuando se la usa en femenino: poetisa. Una muchacha admirable, Ana Enriqueta Terán, que es un gran poeta, se indigna cálidamente, cuando alguien se atreve a llamarla poetisa. Gabriela Mistral acaso se indigna también —no lo sabría afirmar— pero ella lo haría también si se la llama poeta. Porque ella es en verdad poeta en grande, pero su categoría actual, es la de vate, vaticinador, augur, alertador de cosas, Gabriel que anuncia encarnaciones y Casandra que previene de tragedias a esta hija grandota que ha parido su alma: América.

Bueno. El "amo amor", ha llegado, decíamos, en la vida de Gabriela. Y ella lo ha conformado a su imagen y semejanza. Lo ha hecho dulce y tremendo a la vez. Lo ha hecho

puro y maternal. Y todos los misterios se han cernido, haciéndolo claro y trágico, transido de muerte y de fecundidad al propio tiempo. Y por eso, el albor de la poesía de Gabriela es dolorido y bueno. Y empieza a asomar la "madre niña", la maestra de poesía y amor que es la autora de *Poemas de las Madres*, obra de encarnación y de milagro, algo como el premio de los estigmas concedidos por el Cristo a su hermano más amado, Francisco de Asís. Son los estigmas de la vida, los sagrados estigmas de la colaboración en la obra eterna y sagrada de la Especie: los estigmas de la maternidad. Y la mujer que un día, en el fervor de su pasión había reclamado

*Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.*

y que luego, en el paroxismo del dolor, después del desgarramiento de su ilusionada ambición de mujer bien mujer, gritó estos anatemas, dignos del libro de Job:

*Y el horror de que un diu, con la boca quemante
de rencor me dijera lo que dije a mi padre:
"Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?"*

*Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!
La cara de mi madre ya no irá por el mundo
ni su voz sobre el viento, trocuala en misereré!*

Esa misma mujer del éxtasis del amor fecundo y el ansia de ser madre; esa misma mujer que es capaz de la potencia medio arcángélica y medio profética del anatema —profé-

tica a lo Job o Jeremías—; esa misma mujer es la que, hecha toda dulzura “apacentó los hijos ajenos”, no sin antes lanzar el lamento dolido de su estirpe, trizada, cortada a cercén por su voluntaria renuncia:

*Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes
con un ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan.
Se me cansan los labios de las preces fervientes
que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.*

Es como el hallazgo de la madre que hacen las religiones. Es como la maternidad postpauliana que, según Unamuno, se buscó el cristianismo, para poder ser la religión del Hijo. Porque el signo de la *filialidad* es incompleto e inconcluso, no se comprende y, sobre todo, no se siente, si no va acoplado al signo de la maternidad. Porque este signo es de vida, fundamentalmente, pero es signo de dolor al propio tiempo. En la obra de la generación animal, y más colmado de angustia dolorosa en la generación humana, la parte del dolor está cargada únicamente a la cuenta de la madre. La parte del padre, es solamente el deliquio conubial de la fecundación; el orgasmo placentero de la posesión engendradora. Y terminada la cópula, el olvido, la tristeza. (Romanos-VIII-22).

El cristianismo, frente al mosaísmo, fue eso: la sustitución del Padre por el Hijo. La sustitución de los grandes engendramientos de ley y de doctrina, con símbolos masculinos, fálicos como el fuego del Sinaí en la zarza incendiada y los truenos y relámpagos de todas las horas de Moisés. Pero el Hijo necesitaba la Madre como atributo de ternura, de fecundidad, símbolos de matriz, de virtudes de sensibilidad antes que de reflexión: la resignación, la renuncia de los caminos anchos para tomar “la puerta estrecha”; el perdón

de las injurias, el "mirad los lirios del valle", invitación a la contemplación y no a la acción, el enseñar la otra mejilla cuando se ha recibido una bofetada, el amar a los enemigos... Virtudes todas más que femeninas —el amor de hombre engendró a Medea, la asesina de sus hijos, y el amor del poder engendró a Macbeth, la asesina de su rey y su huésped— maternas. Todas las religiones, todas las leyendas de origen de razas y naciones, tienen por allí su madre, cuando poseen un contenido de ternura y bondad. Aquellas que necesitan para su nacimiento un bautismo de sangre, ponen generalmente en su dintel un amor de macho a hembra o, sobre todo, un amor de poder. Así el origen del incario, con la leyenda de El Clavo de Oro, y sus héroes Manco-Cápac y Mama-Oello. Así la Leyenda del Cid, con amor y perfidia, orgullo y odio, valor y muerte. O la Leyenda de Roldán o la de El Anillo de los Nibelungos.

Madre necesitaba la Leyenda del Hijo, que es la creencia del cristianismo. Dura era la Ley. Las reglas de la Tora eran inmisericordes. El Padre era un dios colérico, legalista, virtuoso. La Leyenda del Padre —que es la creencia del mosaísmo— no necesitaba mujer, no precisaba de maternidades ablandadoras del implacable cumplimiento de "lo que estaba escrito". Y, cuando Jehová pensó que era necesaria al hombre una compañera para la reproducción de esta especie privilegiada —cómo la tenían el escorpión y la culebra, el tigre y el burro, todos los demás animales,— no quiso darle atributos de dulzura ni inventó esto que tanto hacía rabiar a San Pablo: *fémica*, mujer. Jehová la llamó Varona, al decir a Adán: "*Hoc nunc, os-ex ossibus meis, et caro de carne mea: hec vocabitur Virago, quoniam de viro sumpta est*". — Esto ahora es hueso de mis huesos y carne de mi carne y será llamada Varona, porque del varón fue tomada". (Génesis-II-23).

La leyenda mosaica, terrible entre todas las leyendas originarias de religiones y de pueblos, pone en el frontis el gran acertijo, la terrible adivinanza, el mandato infantil y cruel a la vez, que nos recuerda, en el orden de lo sensorial, lo que la leyenda de la Esfinge entre los griegos, en el orden de lo intelectual. Prohibición de comer, en la leyenda bíblica; invitación a comprender, en la leyenda helena. Ese mandato al hombre y a la mujer desnudos, pero que no lo sabían, de no comer la bella y fatídica manzana . . . Y, como al propio tiempo, "lo que estaba escrito", mandaba "crecer y multiplicarse" a la pareja humana, se engendra el "pecado original", ineludible y necesario. El pecado por el cual Jého-vá se indigna con la mujer y la serpiente, como actores y autores del gran crimen y se enoja moderadamente con el hombre, al cual solamente asigna un papel secundario, una complicidad relativa . . . Por ello, la maldición a la serpiente es casi tan terrible como la de la mujer cuando le dice "maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho te arrastrarás y comerás tierra todos los días de tu vida". (Génesis-III-14).

Cuándo Jehová maldijo a la mujer que sedujera al varón, a la varona que él mismo formara, aprovechándose de una hora de sueño y descuido, de una costilla de Adán; cuando el Jehová mosaico castiga a la mujer de la manzana y la serpiente, lo que castiga es a la madre futura, a la paridora de hijos, a la sustentadora y propagadora de la especie humana. Entonces, sus palabras son terribles, como producto del "odio de Dios", según la dura palabra de Vallejo:

"Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; parirás los hijos con dolor, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti". (Génesis-III-16). *Divinidad que se salva para salvarlo así*

La maldición del Padre, según la Tora, debía ser redimida por el sacrificio del Hijo. El Padre, cruel, sin piedad

nólo podía ser ablandado por la sangre, el tormento, la muerte del Hijo. Y este Hijo necesitaba una Madre, para ser asistido, para poder ser plenamente Hijo, y para que en él se justifique la actitud de misericordia y de bondad. Así se explica este pasaje de Unamuno en *La Agonía del Cristianismo*: "Sin embargo, la Virgen Madre, de la cual el viril Apóstol de los Gentiles no habla jamás, claro está, no nació de una costilla del Cristo, sino éste, el Cristo, nació de una mujer". El texto del verso de San Pablo, en su *Epístola a los Gálatas* es como sigue: "Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la Ley". (Pablo-Gálatas-IV-4).

Pablo de Tarso, el hombre que no conoció mujer, fundó el cristianismo como Iglesia, como religión con sentido universal, católico. El no nombra jamás a la Virgen María, a la Madre del Cristo, sino con ese aspecto amplio de sujeción y de respeto a la Ley, que era conveniente y necesario para no romper con los demás jerarcas judíos, guardadores emotivos del recuerdo de Jesús, el de Nazareth. Consintió a regañadientes, en esta necesidad del Nuevo Testamento, para la reforma de la Tora; pero siguió el Apóstol alejado de mujer, de la Mujer y de la Madre. Parece como si, por evitar el pecado, prefiriera la extinción de la Especie que el Padre creara y el Hijo redimiera: "Alégrate, la estéril que no pares; esfuérate y da voces, la que no estás de parto; porque son muchos más los hijos de la no casada que de aquella que tiene marido". (Pablo-Gálatas-IV-27).

Pero el amor, la mujer, la maternidad, fueron santificados por la Nueva Ley. Según lo observa San Miguel de Unamuno: "el cuarto Evangelio, el que alguien llamaría el Evangelio femenino, nos cuenta que la primera persona a quien se apareció el Cristo resucitado fue una mujer, María Magdalena, y no un hombre". En efecto, según San Juan,

Capítulo XX, versículos 15 y siguientes, se relata el milagro maravilloso, el dulce y pequeño milagro de amor: María Magdalena, la inconsolable por el suplicio y muerte del amado Rabí, es la primera que ve al divino hortelano y, transida de todos los amores, se echa a llorar inconsolablemente, al contemplar vacío el sepulcro que encerraba el adorado cuerpo. “*Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?*”, le dice una voz eterna, entrañada y amorosamente conocida y luego, la sola palabra grande y tierna: “*María*”; a lo que ella responde —en el éxtasis del conocimiento y la transfiguración: “*Maestro*”, y se lanza a abrazarlo, los ojos esclarecidos de lágrimas, el inmenso cabello hasta los pies, la boca enmudecida ya para el decir amoroso y convertida en fuente inagotable de besos: “*No me toques*”, “*Noli me tangere*”.

... COMO LA RAMA CON FRUTO

*Toda la noche he padecido, toda la noche
se ha estremecido mi carne para entregar su don.
Hay el sudor de muerte sobre mis sienes;
pero no es la muerte, que es la vida!*

*Nazca pronto, y mi grito de dolor suba
en el amanecer como el canto de los pájaros!*

Gabriela Mistral

He aquí, en verdad, Santa Gabriela Mistral. Ha conseguido, como San Francisco, el milagroso privilegio del “Es-

tigma". Como aquel "hombre sin letras", "pobrecito de Dios", Gabriela ha sido signada con el divino anatema y ha podido cambiarse, sentirse como madre, en el dolor de la maldición paradicial, en el júbilo de la vida que sigue.

Ese 14 de setiembre de 1224, Francisco oraba solo en el interior de la "porcioncita de tierra" —la *porciuncola*— que necesitaba para arrodillarse y dirigirse al Cristo. Ya había podido realizar la gran comunión con la naturaleza, ya había recibido el don de hablar, animalito dulce, con los otros animales, la hermana culebra y el hermano burro, el hermano lobo y el hermano canario. Y el don de hablar también con la hermana piedra y la hermana sangre, el hermano viento y la hermana agua . . . Y había el don maravilloso y puro de la dulce alegría, porque, según lo dice en las *Fiorretti*, "la tristeza es la enfermedad de Babilonia" y la "Alegría como un surtidor salta de la pureza del corazón". Y el milagro se cumplió: "*En sus manos y en sus pies comenzaron a aparecer las llagas de los clavos iguales a las que él estaba viendo en el Hombre Crucificado que se encontraba frente a él, y en el costado de Francisco, que se hubiera dicho herido de un lanzazo, se había formado igualmente una llaga que, (después) sangraba a menudo, hasta el extremo que su túnica y sus sandalias llegaban a mojar-se de esa sangre sagrada*", según afirma uno de sus hermanos, biógrafo del Poverello, Thomas de Celano.

El sagrado estigma de Gabriela fue el de la maternidad de los hijos de los otros. Pero es tan encarnado, jubiloso y doloroso a la vez el paso por la maternidad carnal, contado por Gabriela en sus *Poemas de las Madres*, que solamente el milagro de la transubstanciación, pudo dar logros de hondura y ternura como éste:

"Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto

sigiloso. Y es religioso todo mi corazón desde que llevo el misterio”.

“Mi voz es suave como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo”.

“Esposo, no me estreches. Lo hiciste subir desde el fondo de mí ser como el lirio de aguas. Déjame ser como un agua en reposo”.

Y luego, después de la noche dolorosa y divina del milagro del alumbramiento:

“Dicen que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares: yo sólo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro!”

“—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en las rodillas?”

“Y yo misma me respondo:

“—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad”.

SEGUNDA MEDITACION

MADRE DE TODOS LOS NIÑOS DEL MUNDO

*"La santidad de la vida comienza en
la maternidad".*

Gabriela Mistral

La maldad letal de la calumnia clavó sus uñas en la vida y la reputación de la maestra rural que, sin tener hijos, fingía la cópula, la preñez, los dolores del parto, sin pudor alguno, sin respeto para las "gentes decentes". Esas gentes decentes que son capaces de las más ruines inmundicias en secreto, en alcobas de adulterio o lenocinio. Esas gentes decentes que, con el fin de ocultar sus obras de lascivia, van donde la comadrona criminal, el médico digno de presidio, para que cometa el asesinato del niño engendrado mediante el engaño o en momentos de alcohólica lujuria: gente decente que, protegida por el delito, conserva su reputación en salones, en hogares, en eso hipócrita y repugnante que se llama "el gran mundo", las "gentes bien".

La calumnia de los "bien-pensantes", pero generalmente "mal-obrantes", desgarró con sus garfios filudos la sen-

sibilidad de esta maestra rural que era un gran poeta, un espíritu cristalino, de sencillas y rudas transparencias de agua clara. Gentes naturalmente incapaces de entender la transmutación milagrosa que la gracia —esto sí es la gracia de la bondad y la ternura— había operado en la entraña consubstancialmente maternal de Lucila Godoy, condenaron, en nombre de la “castidad” los *Poemas de las Madres* de Gabriela. Eso que llaman castidad y virtud y que son incapaces, por hipocresía y perversión, de recordar que la fuente de su propia vida, como la fuente de la vida de Cristo, es esa cosa noble y pura, grande, que es la gestación, el alumbramiento, la maternidad en fin. Pero, en este momento supremo del descendimiento del “ángel”, al espíritu de Gabriela Mistral, sólo sus propias palabras pueden transportarnos a la hora nazarena de su transfiguración. Oigámosla:

“Una tarde, paseando por una calle miserable de Temuco, vi a una mujer del pueblo, sentada a la puerta de su rancho. Estaba próxima a la maternidad, y su rostro revelaba una profunda amargura.

“Pasó delante de ella un hombre y le dijo una frase brutal, que la hizo enrojecer.

“Yo sentí en ese momento toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando:

“—Es una de nosotras quien debe decir (ya que los hombres no lo han dicho) la santidad de este estado doloroso y divino. Si la misión del arte es embellecerlo todo, en una inmensa misericordia, ¿por qué no hemos purificado, a los ojos de los impuros, ESTO?

“Y escribí los poemas que preceden, con intención casi religiosa.

“Algunas de esas mujeres que para ser castas necesitan

cerrar los ojos sobre la realidad cruel pero fatal, hicieron de estos poemas un comentario ruin, que me entristeció por ellas mismas. Hasta me insinuaron que los eliminase de un libro.

"En esta obra egotista empequeñecida a mis propios ojos por ese egotismo, tales prosas humanas tal vez sean lo único en que se canta la vida total. ¿Había de eliminarlas?

¡No! Aquí quedan, dedicadas a las mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por lo tanto, sagrada. Sientan ellas la honda ternura con que una mujer que apacienta por la tierra los hijos ajenos, mira a las madres de todos los niños del mundo!"

LA BUENA PASTORA

"Sinite parvulus venire ad me"

Marcos. — X. — 14

¿Una mujer que apacienta por la tierra los hijos ajenos? He allí la segunda gracia, la segunda transubstanciación. Primero, el estigma de la maternidad verdadera, el privilegio de sentir el amor y la esperanza, el dolor y el júbilo del alumbramiento: ser madre en la carne y el espíritu. Saber expresar, como nadie, el milagro eterno.

El segundo estigma maravilloso: ser la buena pastora, la apacentadora de los corderillos de Dios, de los hijos ajenos. Ser la maestra. La mujercita dulce y amorosa, que había "recibido veinte veranos la luz sobre ella", ha sido

golpeada por "dolor de amor". Entabla su recio y seco diálogo con Dios y con la muerte. Pide, reclama, exige.

*"Padre nuestro, que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!"*

Y a pesar de que según ella,

*"Los huesos de los muertos
pueden más que la carne de los vivos".*

realiza un nuevo pacto de la vida, con la vida de los otros y, en un arrebatado de renunciamiento a lo suyo, a lo íntimo; con una desgarradura de la ilusión juvenil, que pide dones terrenales, *nourritures terrestres*, se compromete en el voto supremo, sin congregación, sin monaquismo, sin órdenes religiosas: el voto supremo de apacentar los hijos de los hombres.

Dios, el Padre, ¿se había olvidado de ella? Ante el reclamo urgido, le responde: "Lo único que te he dejado es una lámpara para tu noche. Las otras se apresuraron y se han ido con el amor y el placer". Y más lejos: "Si enseñas a los hijos de los hombres, enseñarás a su claridad, y tu lección tendrá una dulzura desconocida". Así, con este tono —y este valor— de versículo bíblico, se instituye el magisterio de Gabriela, como cuando a Pedro le dijera Cristo: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos..." (Mateo, XVI, 18, 19). Y desde ese momento, el poeta, el gran poeta que es Gabriela, resuelve hacer un alto en el camino, un alto de paz y de serenidad, para reemprender la marcha de alegría con niños y, limpia y clara de luz de agua, cumplir con el milagro de su segunda transubstanciación:

*Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel*

.....
*Ahora no sólo comprendo al que reza;
ahora comprendo al que rompe a cantar.*

.....
*No hay nada ya que mis carnes taladre.
Con el amor acabóse el hervir.*

Por eso, al final de *Desolación*, su primer libro —publicado como todos los de Gabriela por solícita actividad de sus amigos— ella consigna su voto esperanzado, en el que pide perdón por haber sufrido y haber entregado a los hombres, como Job, el secreto de su dolor:

VOVO

“Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida con dulzura me lo perdonen también.

*“En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme. Lo dejo tras de mí como a la hondanada sombría, y por la-
deras más clementes, subo hacia las mesetas espirituales donde una ancha luz caerá sobre mis días. Yo cantaré desde ellas las palabras de la esperanza, cantaré, como lo quiso un misericordioso para “consolar a los hombres”.*

TERCERA MEDITACION

EL VERSO PERFECTO

"Alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejar en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más".

Gabriela Mistral

Ya el poema no tendrá sabor de cal y huesos —aunque el Eclesiastés ronde al gran poeta con su desolación—; el poema será desde esa hora grande de una vida inmólada, arrullador, con alas, color de amor y música; el poema será canción de cuna,

*"Duerme, duerme, niño mío,
sin zozobra, sin temor,
aunque no se duerma mi alma,
aunque no descanse yo".*

Y para hacer el "verso perfecto", lo hará del material de la alegría, del júbilo sano y niño, con la harina de los panes candeales, con sabor de manzana, con ritmo saltarán y al propio tiempo cadencioso de las rondas,

*“Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol,
y a quien falta se le vuelve
de ceniza el corazón”.*

Eso, sí, de ceniza. Como se le hiciera por tiempos, en la hora dura del “dolor de amor”, a la propia Gabriela. Y esa ceniza, eso de volverse “de ceniza el corazón”, es lo que, en los grandes desilusionados, conduce al monacato, a la cartuja, al convento. Conduce a la renunciación, a la diatriba contra los hombres, a la blasfemia contra Dios. A encontrar que “nada hay nuevo bajo el sol” o que todo es “vanidad de vanidades”, como aquel Rey de Israel que edificó casas y plantó viñas, hizo huertos y vergeles, sembró manzanos y fabricó albercas para regar los árboles plantados, poseyó siervos y concubinas, rebaños de ovejas y bueyes, más que todos los que fueron antes que él en Jerusalén; que amontonó plata y oro y los tesoros de los reyes y de las provincias, escogió bellas mujeres que le arrullen el dormir cantando, tuvo jarros de plata y oro para el servicio de los vinos, y, después poseyó también las riquezas de la sabiduría, por la cual supo que las cosas son vanas y que la inteligencia se distingue de la necesidad como la luz de las tinieblas... Y sobre todo, por la sabiduría llegó a comprender que era una la muerte del sabio y la muerte del necio, “por lo cual renunció en su corazón a afanarse debajo del sol”. (Salomón.-Eclesiastés, II-4 al 20, libre).

Eso de la ceniza, ese *memento homo*, que lleva a San Agustín, desde la vida crapulosa, hasta confesar públicamente su miseria, la triste miseria de la carne, él que había proclamado orgullosamente su *voluntatem carnis*. Eso de la ceniza que conduce a Carlos V, Emperador de Occidente, al retiro de Yuste. A Kempis, el “asceta yermo”, que enfer-

mara y entristeciera a Amado Nervo, con su *Imitación* desolada y letal. A Marco Aurelio, el Emperador, que se lamenta de su "animula, vagula, blandula". Y aquí, tan cerca, al gran Silva de los *Nocturnos* que

*"...desencantado de la vida,
Filósofo sutil,
A Leopardi leyó, y a Schopenhauer
Y en un rato de esplín,
Se curó para siempre con las cápsulas
De plomo de un fusil".*

A nuestro Medardo Angel Silva, el muchachito guayaquileño que lanza, desde sus chiquilines dieciocho años, apóstrofes baudelerianos, rubricados trágicamente por una bala que le triza la vida:

*"Madre: la vida enferma y triste que me has dado
no vale los dolores que ha costado..."*

Esa ceniza, esos dolores que vuelven "de ceniza el corazón", condujeron al grande y niño poeta de Nicaragua, desde su embriaguez de cisnes y violines, de princesas y trianones, hasta ese otoño lánguido en que canta:

*"Cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer"*

y lo hace exclamar:

*"Ahí fuera de esos que Dios quería
y que Dios quiere cuando así le place,
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y Requiescat in pace!*

.....

*Y quedar libre de maldad y engaño
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño,
o al silencio y la paz de la Cartuja."*

A Gabriela, esa ceniza, eso de habersele por un tiempo vuelto "de ceniza el corazón", después del gran amor que engendró el gran dolor, no la lleva a la muerte de Safo, de Larra o de Silva; ni a la locura de Hoelderlin o de Rilke; ni a las *Confesiones* exasperadas del Obispo de Hipona. Menos aún a las lamentaciones de Lamartine, de Shelley o de nuestro Rubén Darío. A Gabriela, el camino del dolor, la "puerta estrecha", de la inmolación, la lleva a los paraísos del júbilo niño, la hace desembocar en la plácida bahía de la ronda infantil:

*Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó en la arena
y que la arena se la tragó el mar.
Y que del mar la pescó un ballenero,
y que el ballenero llegó a Gibraltar,
y que en Gibraltar cantan pescadores:
"—novedad de tierra sacamos del mar,
novedad de un dedito de niña;
la que esté manca lo venga a buscar!"*

Y es que para Gabriela, la de esta *Tercera Meditación*,

TODO ES RONDA

*Los astros son ronda de niños,
jugando la tierra a mirar...
Los trigos son talles de niñas,
jugando a ondular... a ondular...*

*Los ríos son rondas de niños,
jugando a encontrarse en el mar...*

*Las olas son rondas de niñas,
jugando a la Tierra a abrazar...*

todo es ronda de niños, verso perfecto, cánticos de júbilo puro, en que se agitan manecitas infantiles. Nos sentimos como en el ambiente maravilloso de Hans Christian Andersen, en la dulce y un poquito triste compañía del *Patito Feo*, o en el clima ilusorio de "las treinta y seis mil voluntades", jugando con *Peter Pan*, el niño que —dulce y pequeño milagro— nunca llegará a ser hombre... Es, en la vida y la obra de Gabriela, la más dulce de las transfiguraciones: si por afán de maternidad sintió, como en la umbría de los sagrados estigmas, y en vez de las heridas del costado, de los pies y las manos, sintió todos los dolores y los júbilos del alumbramiento; así esta ocasión en vez de ir por el camino del inmenso dolor hacia la desesperación, Gabriela llega a las comarcas del gozo, con las pupilas aún no secas de la última lágrima, con un nudo constrictor en la garganta, por los últimos sollozos. Y así, entre risa y llanto, como lluvia de verano que está irisando el sol, Gabriela hace dación de su vida a la nueva faena: la faena del verso perfecto. La de hacer de los niños confiados a su mano y su voz guiadoras, el mejor de sus versos.

Y allí, en las montañas y los valles de su Chile, en los patios de escuela, en las placitas pueblerinas, está anudada la ronda de los niños, porque para ella, como para Jesús, después del gran dolor de su amor, sólo quien tuviere el alma niña, el alma de niño, el alma como la de los niños, tiene derecho a las bienaventuranzas, "así en la tierra como en el cielo". Amén.

CUARTA MEDITACION

LA LETRA Y LA TERNURA

"Dejad venir a mi los niños"

No puedo remediarlo: las leyendas, religiones o literaturas que no dan significación primordial, de predilección y amor, a los temas de niños, jamás han conseguido interesarme de verdad. Y aún dentro de los caminos estrictos de la estética: plástica, letras, música, mis preferencias de afecto, mis "afinidades electivas", son siempre para autores y obras en los que un balbuciente modo niño de expresar la emoción, hacen transparente y puro el aire que la obra de arte nos hace respirar.

Acaso, en el fondo de todo eso, esté dulcemente acunada por todas las voces angélicas, la palabra maravillosa: ternura. Y ternura, terneza, tierno, es el contrario de maduro, de logrado, de hecho. Es lo inmaduro, es... bueno, lo tierno.

Gabriela Mistral, el poeta a quien repetidamente se ha motejado de varonil —¡a ella, la autora de las rondas de niños, de los *Poemas de las Madres*, de *La Oración de la Maestra!*— ha podido mantener la convivencia de la ternura, que

quizás debiera diferenciársela de terneza, dándole a esta última emoción un sentido más cercano al amor de hombre y mujer expresado en palabras dulces. Gabriela Mistral, cuya mayor ambición es hacer de una niña confiada a su cuidado su verso perfecto, ha entrado en esa línea de interpretadores de lo infantil que salvan, ennoblecen, purifican, iluminan las religiones, las artes y la historia.

Recuerdo mucho que en el período de entre-dos-guerras, un periódico francés, *L'Oeuvre*, hizo una encuesta entre los cuarenta más ilustres escritores de Francia —no precisamente los cuarenta “inmortales” de la Academia Francesa—. El resultado fue, para muchos desconcertante e inesperado. El mayor número de sufragios no favoreció a Ronsard o Villon, Rabelais o Montaigne, Molière, Corneille o Racine, ni a Voltaire, Victor Hugo o Baudelaire. El mayor número de votos favoreció a Papá Lafontaine, el autor de las fábulas para niños, el creador del Cuervo y el Zorro, el Lobo y el Cordero y de miles de conversaciones de animales para gusto y lección de niños de todas las edades. El buen Papá Lafontaine, padrino de todos los niños del mundo, que actualiza la literatura infantil de Esopo y Fedro, y del cual, al día siguiente de su muerte, su viejo amigo Maucroix afirmaba, haciendo el más bello epitafio:

“C' était l'ame la plus sincère et la plus candide que j'aie jamais connue: point de deguisement; je ne sais s'il a jamais menti en sa vie”.

Si Shakespeare —la creatura más grande después del Creador— no nos hubiera dado, en la literatura inglesa, las figuras de niños puros o niños picaruelos, como Mamilio en el *Cuento de Invierno*, el Robin de *Las Alegres Comadres de Windsor*, allí estaría ese niño hecho de sueños, Puck, en el *Sueño de una noche de verano*; y, niño y puro de espíritu, sin edad como los niños, Ariel, el de *La tempestad*. Y

puras y niñas, niñas puras y cándidas, Ofelia y Cordelia. El duro y agrio —en la vida— Jonathan Swift, necesita hacer un cuento para niños y viejos, genial, para decir su mensaje a los niños y a los hombres: *Viajes de Gulliver*. Y Daniel de Foe nos regala ese cuento bello en que la realidad se mezcla con la fantasía, que se aprenden de memoria todos los niños del mundo: *Robinson Crusoe*. Y en la época actual, después que el niño poeta, alto y puro como Shakespeare, John Keats, nos diera su maravilla lírica; un poeta de ahora, de nuestros días, crea el personaje del niño que sería siempre niño, *Peter Pan*. Y, como ese gran niño viejo, mi Maestro Unamuno, que no quiere morir, el héroe de John M. Barrie, no quiere crecer, no quiere hacerse hombre, no quiere dejar de ser niño . . . Y a la orilla de su infancia, sigue la vida envejeciendo y muriendo, y él, Peter Pan, sigue en el mundo de las hadas, de los gnomos y los duendes.

Allá arriba del mapa de Europa, en la misma tierra danesa donde Soren Kierkegaard amara y meditara, un taurmaturgo, un mago, claro como las nieves y plácido como los lagos de su Dinamarca, se propone la bella misión de hacer un mundo de los niños, de crear, en audaz empresa demiúrgica, un universo infantil, habitado de ternura de aves, de pequeños seres dulces, de sirenas encantadas, de claro sol con aire fresco, de hadas, de geniecillos y de reyes. Y allí, todos los niños del mundo —acordándose apenas de Hans Christian Andersen, el autor— hallan su hora de carcajada y, verdad también, su hora de pequeño ensueño, hasta que llegue el sueño traído por *Olle Luke-Oil*, el Vendedor de Arena, o el Viejo-cierra-los ojos, como se le llama en Francia. Y un poquitín de lágrimas que, al asomar, se cuajan en sonrisas, asoma las mejillas de los niños cuando oyen contar la historia del *Patito Feo*.

Alguna vez he pensado gozar escribiendo un ensayo que podría llamarse *Los Niños en la Obra de Dostoievsky*. Un ensayo triste y jubiloso a la vez, transido de ternura infinita, por el que atravesen esas dulces —algunas veces tristes— figuras de niños y de niñas que iluminan de resplandores divinos el universo creado por el ruso atormentado y esperanzado a la vez. Un ensayo en el cual, siguiendo las rutas del novelista, todos los aspectos de la ternura niña, aflorasen con sólo invocar la presencia de los personajes de niñez y adolescencia que caminan su pureza por las páginas de Dostoievsky. La pobrecita Matrioscha, protagonista del horrible crimen de Stauroguin, que por haber sido violada a los doce años por el demoníaco personaje, cree que “ha matado a Dios” y se suicida; el dulce, infinitamente infantil Kolia Krasotkin, de *Los Hermanos Karamazov*; Olia en *El Adolescente*; Viera Lebedev en *El Idiota*; Nelly, la dulce y pálida Nelly en *Humillados y Ofendidos*; y Alioscha, niño grande, casto, transparente de espíritu, delante del cual, así lo afirma Kolia, “se alejan solitas las palabras feas”; el propio Príncipe Mischkin, de *El Idiota*, esa especie de Cristo adolescente creado por el gran ruso, un Cristo extraevangélico, con el alma desnuda y niña, que todo lo ve azul y puro, todo santo, bondadoso o, por lo menos, digno de piedad y perdón. Y finalmente Katia, la amiga de Netoschka Nezvanova, de la cual el novelista afirma:

“Era una carita ideal, una belleza verdaderamente cautivadora, radiante, una de esas bellezas que nos hacen detenernos de pronto, como transidos de dulce turbación, como asustados ante el hechizo, y a las que nos sentimos agradecidos por el solo hecho de que existan y se dejen ver por nosotros...”

En la vieja y en la nueva literatura española, voces niñas recorren las páginas del Romancero, los villancicos de

Lope, y en la expresión más original y castiza de lo español, la Novela Picaresca, figuras niñas de picardía inocente, se pasean en obras fundamentales como *El Lazarillo de Tormes*. Y hoy mismo, *Platero y Yo*, es libro de poeta para niños y asnos, en el que la ternura sin par de Juan Ramón Jiménez nos hace un poema de tranquila y gozosa eternidad.

Gabriela Mistral, por mandato de grandeza y bondad, ha seguido el buen camino, el que, según el Evangelio, conduce al Reino. No siempre, —perdón André Gide— ha de ser “la puerta estrecha”, la que conduce a las orillas de la santidad. No siempre. Esa puerta estrecha, esa senda angosta y dolorosa, la ha seguido también Gabriela. Pero por ella, ha llegado al paraíso de los niños, al Reino de las Treinta y Seis Mil Voluntades, a la comarca de Peter Pan y de Alicia — el País de la Maravilla. Hacer de Virgilio en esos senos misteriosos para todos los niños de la tierra, he allí la máxima “santidad del espíritu” de Gabriela Mistral. Adelantarse un poquito por la senda, para cortar espinas, apartar malezas, ahuyentar sabandijas y ponzoñas. Abrir la “puerta estrecha” con dolor y amor, con renunciamiento y “muerte de la vida”, he allí la obra de Gabriela, su “verso perfecto”.

Vale tanto la incitación evangélica a seguir la “puerta estrecha” como el reiterado y dulce mandamiento de ser como los niños. La teoría evangélica de la puerta estrecha, conduce casi siempre a lo malsano del renunciamiento, a lo egoísta e inútil —como la higuera maldita que no sabe dar fruto— de retirarse al desierto, a la ermita solitaria, a hacer penitencias mortificando el cuerpo, cubriéndolo de silicios y de llagas, que no hacen bien a nadie. Entre un San Antonio Ermitaño, que no piensa sino en su salvación, en la de su alma, sin importarle nada el resto de la humanidad, y un

Carlos Borromeo, un Vicente de Paul, una Gabriela Mistral, yo prefiero estos últimos. Poco me han convencido las santidades en beneficio propio. Poco me han edificado las actitudes infecundas de sufrimiento y mortificación, que tienen como fin el alcanzar el cielo a cambio de unos días de cilicio, oraciones y ayunos. ¿A quién benefician esas posiciones? Me parecen fundamentalmente anticristianas, farisaicas, de "sepulcros blanqueados", de los que tanto abominara el Cristo. Cuando, de pronto, oigo un milagro, una vida de santo en que la esencia de su santidad está constituida por votos infecundos, por sufrimientos inútiles; cuando me hablan de esa religiosidad triste, de ascetismo malo, enfermizo, pienso siempre en que allí debe intervenir el psiquiatra, para remediar o definir. Sólo al "santo capitán", de espada en mano, matador de hombres, belicista, pendenciero, incitador a la matanza, lo detesto tanto como a este tipo de santo resignado, ascético y triste, que para alcanzar el cielo, un cielo para él, abandona el mundo, se va a una cueva en la montaña o el desierto, a comer higos silvestres, hierbas amargas, agua y pan negro, y se azota las espaldas hasta sangrar, y se aprieta la cintura con cilicios hechos con clavos y vidrios astillados... Sólo a Judas Macabco o a Ignacio de Loyola, los creo menos santos que esas muchachitas maceradas y lívidas, o a esos vejetes que como el Diablo, "hartos de carne", se meten a ermitaños, para rescatar con sacrificios inútiles, una vida de concupiscencia y lujuria.

Gabriela Mistral se aprovisiona de belleza por todos los caminos del mundo, para luego repartirla entre sus niños. Cree en un Dios Bueno, en *le bon Dieu*, que ha hecho con amor las cosas bellas para regocijo de todos, y no para odiarlas. Y cree en el buen pan como en la buena música; en el bello verso como en el cuadro y en la estatua perfec-

tos. Para enseñar a sus niños la bondad, se satura de belleza y de bondad a un tiempo. Y son los caminos del mundo, campo y aire, ciudad y museo, escuela y universidad, en Francia y en Italia, en España e Inglaterra. Y a lo largo de todos los senderos de esta América, que tiene en ella su maestra y, más que eso, su sacerdotisa, su augur.

La santidad de Gabriela, es esa santidad activa, actuante, hasta la que llegan todas las palpitaciones de los hombres de todas las latitudes del planeta. Y es santidad que aconseja, que guía; santidad que aplaude y estimula; santidad que enseña y que señala; santidad que abomina y que condena también. Todas esas santidades, confluyen en la maternidad suma, de la que ha hecho la profesión de su vida: la santidad de la Maestra.

QUINTA MEDITACION

MADRE Y MAESTRA

*"Dame el ser más madre que las madres,
para poder amar y defender como ellas
lo que no es carne de mis carnes".*

*Gabriela Mistral
(La Oración de la Maestra)*

Al pie del altar del magisterio, ante esa ara sagrada a la cual no deben acercarse los profanos cargados de sabiduría pero menesterosos de amor, Gabriela eleva su *Dominus non sum dignus*, su estremecido temor de no tener el suficiente cariño para esos hijos ajenos confiados a su apacientamiento. Y viene ella, el poeta que ha echado en la orilla del camino el pesado fardo de sus dolores de mujer amorosa golpeada por la ingratitud y por la muerte, a redimir por el amor a los maestros. Redimirlos de todo exceso de sabiduría; redimirlos de todo exceso de tecnificación. Redimirlos de la letra esterilizante para ennoblecerlos por la obra del amor maternal y paternal: que los maestros y maestras sean

más madres y más padres que las madres y los padres de carne y hueso.

Y, mientras el vicariato que Cristo diera a Pedro —el más humilde y el más pobre de sus discípulos— se ha desenvuelto con los siglos en un ministerio de oro y pedrería; el ministerio que se confiara a Gabriela, allí está, noblemente pobre, dulcemente amoroso, anhelante de sabiduría, para esparcirla con bondad. El apostolado del maestro, ha sido elevado por Gabriela Mistral no hacia las grandezas que se miden por palacios, carruajes, vestidos y joyas de valor incalculable: ha sido elevado por la dignidad, por el sacrificio, por el amor y por la poesía. Cuando la Academia Sueca otorgó a esta “santa del espíritu” su más alta consagración, la más alta consagración universal a la obra del idealismo y de la fe en la bondad humanas, a quien consagraba y elevaba era al maestro de escuela, al apacentador de los hijos ajenos, al padre más padre que los padres, a la madre más madre que las madres . . .

América, la nuestra en especial —y también la del Norte, la sajona— es un conjunto de pueblos niños que necesitan de maestros que les señalen caminos, que les guíen y que, en vez de una vejatoria e inútil gendarmería rapaz, los tomen un poco de la mano, para conducirlos con optimismo y fé, hacia las buenas metas del bienestar y de la convivencia, a base de trabajo decoroso y de respeto a la persona humana.

Esa sarna repulsiva de las dictaduras venales, entreguistas, apátridas, debe desaparecer mediante una campaña de profilaxis moral en todo el Continente. Si las famosas Conferencias Interamericanas, en lugar de diluirse en zalemas y lisonjas ante los poderosos, por el interés de conseguir el sostenimiento de satrapías criminales, o la migaja mendigada de un empréstito en implementos inútiles, se consagraran

a hacer respetar a los pueblos y a los hombres del continente, tendrían en efecto, alguna razón de existir.

Por eso, voces de augur como las de Gabriela. Voces sencillamente guadoras, pero capaces de todas las protestas y las altiveces, e incapaces de sometimiento, hacen un bien incalculable. Maestra de niños en la escuela, maestra de pueblos en el ámbito más extenso del continente entero: he allí la misión de Gabriela. He allí lo que ha dado a su palabra acento universal: porque Gabriela, si bien es verdad que ha querido hacer de sus niñas sus versos más perfectos, al propio tiempo ha intentado hacer de su América la mejor epopeya humana, el mejor cántico vivo y permanente a la justicia, a la dignidad, al derecho esencial de pueblos y hombres.

"Hazme despreciadora de todo poder que no sea puro": he allí la merced que, ahincadamente pide en *La Oración de la Maestra*. No es solamente un anhelo de maestría y apacentamiento de rebaños de niñas. Gabriela sabe que su misión es más trascendente y grave: ha de ser también maestra de los hombres y, para ello, necesita, no sólo el don de sabiduría y el de consejo, sino, principalmente, la facultad de resistir a los "poderes impuros", la voluntad de ser ante todo un ejemplo de dignidad humana.

Y la merced le fue otorgada: Gabriela, en el panorama de las más altas presencias, ha sido indeclinable: mujer pobre, muchas veces enferma; constantemente azotada por ráfagas impiadosas de dolor humano; por el abandono de quienes más amaba; por el viaje eterno de su madre... Y sin embargo, robusta como la ceiba americana que soporta las fuerzas del huracán sin abatirse, allí ha permanecido, diciendo las palabras de verdad, justicia y esperanza, aún cuando éstas hieran o disgusten a los pobres poderosos de este mundo. Y es que su oración: "Hazme despreciadora

de todo poder que no sea puro”, fue escuchada allá, en el lugar donde se vela por el destino de los hombres. Por eso Gabriela —no se puede dudar un instante en afirmarlo— siempre se queda en la buena orilla en la hora de conflicto de los hombres. Ella, como Zola y Anatole France, habría estado por el Capitán Dreyfus en lo que, ingenuamente, se llamó “la mayor injusticia del siglo”; como estuvo de parte de los leales al pueblo en la guerra civil española, de parte de los judíos en la causa sionista ^{1936?} y ahora, en esta hora grande, entre el estallido de las bombas atómicas y termonucleares, ha declarado heroicamente que se halla en el lado de quienes defienden “la palabra maldita”, la palabra paz...

SEXTA MEDITACION

EL HOMBRE Y SU JUSTICIA

LA PALABRA MALDITA

"...et in terra pax hominibus bonae voluntatis".
"...y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad".

San Lucas-II-14.

"Beati pacifici: quoniam filii Dei Vocabuntur".
"Bienaventurados los pacíficos: porque hijos de Dios serán llamados".

San Mateo-V-9.

"...et pacem habete inter vos".
"...y tened paz entre vosotros".

San Marcos-X-49.

"...et dixit eis: Pax vobis".
"...y les dijo: la paz sea con vosotros".

No. No es propiamente la Reforma ni el Cisma, lo que ha dividido al cristianismo en dos grandes fracciones rivales: es la paz. La "palabra maldita". La Reforma se hizo

como protesta a la orgía crapulosa en que vivía el Vaticano y a la exacción, al robo, al abuso de la Indulgencia y de la Bula. A la creación de esa entidad rentística genial, fuente de ingresos incomparable, llamada el Purgatorio; para cuya administración fue necesario, al margen del Evangelio, contra el Evangelio, crear todo un sistema orgánico de recaudaciones y de concesión de pasaportes para, sin chamuscarse las alas seráficas, pasar directamente al Cielo: pasaporte que, sin ninguna condición de orden ético, sería concedido al que pague, y al que pague más pronto y mejor. Y entonces —clara obra del Anticristo apocalíptico— sería contradicha frontalmente la máxima de Cristo:

“Jesus autem dixit discipulis suis: Amen dico vobis, quia dives difficulté intrabit in regnum coelorum”.

“Et iterum dico vobis: Facilis est camelum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum coelorum”.

“Dijo Jesús a sus discípulos: En verdad os digo, que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos”.

“Y además os digo: que más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos”.

San Matheo-XIX-23.

En adelante, ya no solamente quedaba derogada la prohibición de entrada de los ricos en el Reino, sino que se la reemplazaba por ésta, sin consentimiento de Jesús: “Solamente los ricos pueden entrar en el Reino de los Cielos”.

Y entonces, el 31 de Octubre de 1517, el ascético monje turingio Martín Lutero, se alzó contra las tarifas para la entrada al cielo, dictadas por una Bula de León X, y cuyo producto era empleado en la gran bacanal pontificia, que venía desde la época de Alejandro VI: orgía de muerte y de condottierismo, de incesto y guerra, de latrocinio en los caminos y envenenamiento en las alcobas vaticanas...

En esta vez, no es el doble papado de Roma y Aviñón; no es César Borgia, bello ladrón de caminos, hijo del Papa; no es el paganismo resurrecto, bajo la protección pontificia. Ahora es "la palabra maldita", PAZ, la que divide a los cristianos en enemigos irreconciliables. Es la que divide a todos los hombres del mundo en dos bandos sin perdón: el bando "maldito" de los que queremos que haya "en la tierra paz para los hombres de buena voluntad"; y el bando de los bien pensantes, de los honorables, de los virtuosos, que creen y sostienen que todo aquel que pronuncia la palabra paz —tan repetida por ese peligroso Rabi de Nazareth, al que habría nuevamente que crucificar, por "criminal pacifista"— son gentes nocivas a la "buena causa", a la que sostuvieron los nuevos santos de la hora actual, Hitler y Mussolini, la que hoy sostiene el nuevo cruzado de la religión contemporánea: el Senador Mc Carthy.

Gabriela, nuestra Santa, es una heresiarca. Ella, como ese peligroso "criminal de paz", llamado Carlos Chaplin, debiera ser desterrada de este mundo de las nobles gentes belicistas, las virtuosas gentes que preconizan que hay que arrasar las ciudades de Guatemala, valiéndose de sus aviones, y que hay que lanzar sobre esta humanidad pecadora y pacífica, el fuego purificador y santo de las bombas de hidrógeno...

Y es que Gabriela, como Jesús el de Tiberíades, como Francisco, el de la Umbría, quieren para los hombres, para todos los hombres, un poco de pan, de paz y de alegría. Un poquito de libertad y de justicia, "por añadidura..."

¿Una nueva "Edad Media", según la expresión de Berdiaeff? No. Más lejos aún: los primeros siglos de la Era Cristiana, cuando los emperadores romanos, algunos de ellos, perseguían a la "nueva secta" cristiana: Nerón, el este b bárbaro que, en razón de la prédica constantemente "pa-

cifista" de los cristianos, les atribuyó el incendio de Roma, ordenado por él en un momento de furor delirante de su esquizofrenia "artística", porque dijo que esta secta maldita quería oponerse a los triunfos guerreros y a los lauros de los conquistadores romanos; Domiciano, "el Nerón Calvo", del cual Renán dice: "Llega a la rabia, pero a una rabia sombría, reflexiva. Se hubiera creído un vampiro encarnizándose sobre el cadáver de una humanidad expirante. Hacer la biografía de un grande hombre o hablar de amor y paz era un crimen. Todo cuanto había de ilustre temblaba. Es preciso decir en honor de la especie humana, que atravesó esta prueba sin rendirse". Cómo atravesará —decimos nosotros— la prueba del macarthysmo sin rendirse tampoco... Y luego, Trajano y Dioclesiano y todos, porque entonces también las palabras paz y amor eran "palabras malditas"... Todas las palabras de Jesús, el mendigo y harapososo pescador de Galilea, eran "palabras malditas"... Y las buenas palabras, bien pensadas y bien dichas —la historia se repite con exactitud— eran las palabras de Nerón, el "artista sublime" que hizo incendiar Roma para componer una oda y luego se lo atribuyó a los cristianos; las de Domiciano, Diocleciano, Trajano...

Vuelve a ser maldita la palabra paz, cuando Federico Barbaroja y Ricardo Corazón de León se embarcan en la matanza de sarracenos y turcos para rescatar el Sepulcro. Ahora es en nombre, bajo la advocación de Jesús, que se condena la paz, que se proclama la "guerra santa", para logro de ambiciones y enriquecimiento de mercaderes venecianos y piratas de los cuatro mares. Y desde entonces, durante décadas, las gentes se asesinan gloriosamente frente a la tumba de Aquel que predicó la paz y repitió hasta el cansancio: Amaos los unos a los otros.

Antes había sido, en tiempos de Isabel de España, aque-

lla siniestra y negra cosa, instrumento de tortura concebido y practicado en grande, en nombre de Jesús, la "*Gloria sanguinis*", el "*Autodefé*", para llevar por los caminos de la sangre y el fuego los pecadores al cielo, y dar fuerza a los cristianos españoles para lanzarse al exterminio de los judíos y los moros. Todo, por Jesús y en el nombre de Jesús...

Y al propio tiempo, el inválido de Manresa, Iñigo de Loyola, "para mayor gloria de Dios" se propone instaurar un sistema en que, derogando el inoperante decir de Cristo: "Mi reino no es de este mundo", que tantas dificultades trae a la "Iglesia Militante" se funde en una nueva doctrina productiva, fecunda, inapelable: "Mi reino sí es de este mundo". Para lo cual, Iñigo lanzó sobre el mundo, contra el mundo, su legión innumerable, con esta consigna a la vez satánica y seráfica: "*Ite, omnia incendite e inflammate*". "Id por el mundo, para encenderlo e inflamarlo todo".

Y durante el período de influencia del jesuitismo, nuevamente ha sido maldita la palabra paz. Ese período de influencia que quiso clausurar el único inteligente de los reyes borbónicos de España, Carlos III, y que está ya muy cerca de clausurarse definitivamente en la historia, combatido por el ansia de justicia y de paz que tienen los hombres, y cuyos adversarios más implacables han sido —¿verdad santo y sabio Blas Pascal, tú uno de los más altos y puros católicos de todos los tiempos?— los discípulos del inválido de Loyola.

Y es maldita la palabra paz en la hora criminal y gloriosa al par de la colonización americana: criminal por el ansia de muerte y rapacidad de los aventureros y los frailes como Valverde el bendecidor del asesinato de Atahualpa; gloriosa por la lucha intelectual y heroica, sacrificada y fecunda de un Padre Francisco de Vitoria; un siervo de Dios,

Motolinía; un fraile santo y sabio que trajo a las Indias su regalo mejor, los chanchitos de Dios: Don Vasco de Quiroga; y Marcos Niza, Jodoco Ricke con sus espigas de trigo y, con su lucha por la justicia de los indios, Bartolomé de las Casas.

Es maldita la palabra PAZ, cuando los condottieros italianos asolaban la península en nombre del Papa o de los Príncipes. Es maldita la palabra PAZ, cuando los tercios españoles en Flandes, mandados por ese tigre sanguinario, el Duque de Alba, asesinan noche tras noche a los rebeldes campesinos y ciudadanos de los burgos de los Países Bajos. Cuando en los campos de Inglaterra se matan asimismo a los pobres y se desangra y se despuebla la gran Isla a nombre de luchas religiosas y dinásticas, de entre las cuales emerge la figura sardónica y brutal de ese Pantagruel coronado, Enrique VIII, con su gran carcajada gulosa y libertina; y la inquietante estampa de la "reina virgen", de esa "moza Tudor", protectora de piratas como Raleigh y victima de la prima lasciva y seductora de príncipes y guardián: María Estuardo.

PAZ es palabra maldita cuando los "civilizadores" de la China, siguiendo las huellas de Marco Polo, se lanzan a salvar a los chinos que tenían cinco mil años de civilización. Cuando los monarcas europeos de derecho divino y el Emperador del Sacro Imperio, hacen correr ríos de sangre por las cinco partes del mundo, para mayor gloria de Dios. PAZ, la palabra maldita para quienes se oponen a las justas reivindicaciones de justicia y libertad enarboladas por los revolucionarios franceses, a partir del 14 de Julio de 1789. Palabra maldita para las cortes y reyes coaligados contra la Gran Revolución.

Palabra maldita para las glorias del corso Bonaparte que, cabalgando sobre la caballería revolucionaria que ha-

bía derrotado a los monarcas en las tres coaliciones, se lanza a la conquista del mundo, traicionando a las palabras —igualmente malditas— de libertad, igualdad y fraternidad, pero imponiéndolas al mismo tiempo sea por su intención o a pesar suyo. Palabra maldita, PAZ, para los hombres de la Santa Alianza, que quisieron “desindependizar” a nuestra América, deshacer la obra de Bolívar y, para mayor gloria de Dios, devolver a España sus colonias perdidas y quitarnos a nosotros la libertad ganada por las malas artes de los masones de Escocia o de York... Si no hubiera sido por Canning y por el cuaquerismo buenazo de Jefferson y Hamilton, cuyas ideas de libertad americana capitalizó ante la historia Mister James Monroe el de la famosa doctrina...

Palabra maldita, PAZ, para los formadores de las grandes nacionalidades agresivas y agresoras de los tiempos modernos: maldita para los Ministros de la Reina Victoria, que le ofrecían cada mañana, con el imperial desayuno, un ramo de flores y “una nueva colonia”, conquistada en guerras sangrientas con los boers, los chinos, los zombies, los birmanos, los africanos del centro y del sur... Palabra maldita para los belgas —tan pacíficos ellos— que reducían a sangre y fuego al amor cristiano y la obediencia a los negritos del Congo. Palabra maldita para los alemanes, que izaban al tope las teorías más horrendas y “cristianas” de desigualdad racial, inspiradas en un aristócrata y cristiano francés, el Conde de Gobineau, para lanzarse a la hazaña de dominar el mundo por las malas y por las balas...

En los albores de nuestro tiempo, la PAZ era palabra maldita para ese remedo de su tío, el gran matador de hombres Napoleón I, el pequeño matador de hombres Napoleón III, “le petit”, como le llamara Victor Hugo, castigador de tiranos con látigos de poesía. Ese caricaturesco conquistador del mundo que se hace derrocar en México —con el su-

frimiento de nuestro cristianísimo Presidente ecuatoriano García Moreno, que le quiso regalar, en calidad de colonia esta tierra libertada por Bolívar— por la indomable ansia de libertad de esos hombres conducidos por el indio impasible, Benito Juárez. Ese Napoleón el pequeño que, mancillando la gloria eterna de Francia, se hace derrotar en todas partes y, finalmente, en Sedán.

Y es palabra maldita para los norteamericanos que invaden “nuestro México” y le arrebatan riquísimas porciones de su territorio, con la complicidad siniestra de esa grotesca y sangrienta “Alteza Serenísima”, López de Santa Anna; y para los que hunden el buque de guerra El Maine, para tener pretexto de hacerle la guerra a la débil y desangrada España. Es palabra maldita para los que desembarcan en las repúblicas centroamericanas y caribes, en cumplimiento de la máxima del “big stick”: “donde va un dólar americano, debe ir un soldado americano a protegerlo”. Es palabra maldita para los imperialismos europeos que amenazan a Venezuela —la del cabito Cipriano Castro—, para obligarla a cumplir obligaciones comerciales a bala y sangre...

Luego, en 1914, después de las guerras Italo-Turca, Ruso-Japonesa y las nunca terminadas guerras coloniales la PAZ es, como pocas veces, palabra maldita para el imperialismo nacionalista que lanza a unos pueblos contra otros en la primera conflagración de todos los países del mundo. Nuevamente la mentira racial es la gran máscara que encubre los intentos de dominación económica universal a sangre y fuego, y los “arios puros” del gran pueblo prusiano, conducidos por los generales y los mariscales, quieren irse *über alles* para imponer al mundo la disciplina del paso de ganso.

La PAZ es palabra como nunca maldita cuando se comete el crimen de este siglo, el asesinato de la República

Española, ante los ojos complacientes de lo que ya, desde entonces, se dió en llamar "las democracias occidentales". Y condenando la palabra maldita, se mata a Federico García Lorca. Y entre anatemas "civilizados" a la palabra maldita, se consuman los grandes atracos de esos asaltadores de caminos internacionales llamados Mussolini y Hitler.

Y llega el año trágico de 1939. Al son de las execraciones a la palabra inútil y maldita, se lanzan las hordas nazis sobre los pequeños países y sobre los grandes. París es aherrojada y humillada. La intelectualidad universal, cuando habla de paz, es llamada "judía" y las cifras mayores de la inteligencia universal, son llevadas a la prisión, al destierro, a la muerte: Freud, el creador de la psicología profunda; Einstein, el físico-matemático mayor desde Isaac Newton; el filósofo francés de dimensiones cartesianas, Henri Bergson y los grandes de la literatura y las ciencias y las artes del universo actual: Thomas y Henrich Mann, Stefan Zweig, Antonio Machado, Federico García Lorca, Pablo Casals, Paul Valery, Jean Giraudoux, Benedetto Croce y cien más, altas cumbres del espíritu humano, delincuentes sin perdón, que habían pronunciado con elogios la palabra maldita: PAZ...

Pasan los cinco años de la pesadilla universal. Y al tronar del diabólico juguete de la era actual —civilizada, cristiana y democrática— la bomba atómica, se hace la PAZ. ¿Paz? Pues desde ese momento, la lucha encarnizada pero soterrada al propio tiempo, un poco o mucho hipócrita, adopta caracteres manifiestos, insolentes, sencillamente criminales. Ya, sin embargo, se persigue como sospechosos a todos los que se interesan por la paz o pronuncian "la palabra maldita". Son civilizados solamente los que hablan —cristianamente— contra la esencia del cristianismo, su fraternidad universal, sus esperanzas de amor. Y hablan,

con euforia civilizada también, de bombas destructoras, de gases letales, de guerra bacteriana propagadora de epidemias, que no perdona a mujeres, ancianos y niños . . .

En este momento, Gabriela Mistral hace oír su voz, con el valor heroico de quien sabe, como nadie, todo lo que de hipócrita malsonanza han puesto en la gran sílaba humana, las gentes bienpensantes, los dueños de la verdad en este mundo. Oigámosla:

“Hay palabras que, sofocadas, hablan más, precisamente por el sofoco y el exilio; y la palabra ‘Paz’ está saltando hasta de las gentes sordas o distraídas. Porque, al fin y al cabo, los cristianos extraviados de todas las ramas, desde la católica hasta la cuáquera, tienen que acordarse de pronto, como los desvariados, de que la palabra más insistente en los evangelios es ella precisamente, este vocablo tachado en los periódicos, este vocablo metido en un rincón, este monosílabo que nos está vedado como si fuera una palabrota obscena. Es la palabra por excelencia y la que, repetida, hace presencia en las Escrituras Sacras como obsesión”.

“Hay que seguir voceándola día a día, para que algo del encargo divino flote aunque sea como un pobre corcho sobre la paganía reinante”.

“Tengan ustedes coraje, amigos míos. El pacifismo no es la jalea dulzona que algunos creen; el coraje pone en nosotros una convicción impetuosa que no puede quedársenos estática. Digámosla cada día en donde estemos, por donde vayamos, hasta que tome cuerpo y cree una ‘mili-

tancia de la paz', la cual llene el aire denso y sucio y vaya purificándolo".

"Sigan ustedes nombrándola, contra viento y marea, aunque se queden unos tres años sin amigos. El repudio es duro, la soledad suele producir algo así como el zumbido de oídos que se produce en bajando a las grutas... o a las catacumbas. No importa, amigos, ¡hay que seguir!"

Y ese "recado" al mundo, al mundo hispanoamericano, es uno de los grandes poemas heroicos de Gabriela, una de las grandes lecciones de esta Maestra suma, cristiana fundamental, de la línea grande de Francisco de Asís, entre los que cantan, de Blas Pascal entre los que piensan, de María Montessori entre los que enseñan.

Y es, alta, dura en veces, bondadosa siempre, la que hace "la guerra por la paz", la que nos incita a luchar, a decir, a cantar a todas horas la palabra mayor del Evangelio, esa que era el saludo cotidiano de Jesús a las gentes, la sílaba sin igual que ampara las Bienaventuranzas: PAZ, "la palabra maldita".

SEPTIMA MEDITACION

EL MUNDO CUANDO CONOCI A GABRIELA

*¿Qué es lo que dieron a luz las viudas
de los soldados muertos? ¿Muerte o
vida?*

D. H. Lawrence
(*Cartas*)

Europa entre-dos-guerras. Pensamiento y sensibilidad rotos por la gran catástrofe de 1914-1918. Estupor de las gentes ante la crisis de las fórmulas y el fracaso de las creencias y de las viejas certidumbres físicas, metafísicas, estéticas y morales.

La familia —ese núcleo hasta entonces considerado dentro del cristianismo como sacrosanto, germen y *ovo* de la sociedad— golpeada, irrespetada por la guerra. El *ménage-a-trois*, sucia fórmula de convivencia familiar dominadora de las literaturas europeas —especialmente la francesa— era, antes del gran desangre, una especie de reto, de desafío a la moral burguesa, a la moral estricta de las clases medias, económicas, sociales, hecho desde las alturas de una aristocracia corrompida que, al hacer tantas alharacas so-

bre el adulterio —derecho adquirido por *le tout Paris*— rendía, según el irónico decir de Voltaire, “un homenaje a la virtud”. Pero el adulterio o el “*ménage-a-trois*” de antes de esa primera guerra— creador de arte plástico y literario de decadencia, era una adorable porque-ría, que daba lugar al sermón moralizante del párroco de aldea, pero que, en realidad, robustecía al sistema de hogar y de familia. Porque, frente a las estimulantes comedias de Labiche, de Flers y Caillavet, se elevaba la condenadora y virtuosa voz de Emilio Zola, sonora como un relámpago y fustigante como un foete. Y “la Mosca de oro”, Naná, alimentada en estercoleros de suburbio, sube hasta las altas esferas del copete nobiliario, del dinero; hasta las alcobas gazmoñas de todos los “*faubour-Saint Germain*” del mundo; hasta los confesonarios, los capítulos catedralicios, los monacatos, los episcopados. Mientras en Inglaterra, Oscar Wilde enaltece el “amor que no puede decir su nombre”, el “pecado divino” de todos los grandes ingleses —con el más grande de los grandes, Shakespeare, a la cabeza—, viejo y suave, maternal y victoriano, Charles Dickens, pide justicia dulcemente, en cuadernos agri-dulces, tiernamente irónicos, que recorren todos los caminos de Inglaterra.

Eso, lo repetimos, antes de la primera guerra. Poco después, en comienzos de siglo, cuando ya fracasaron las profecías en la inicial del siglo XX, y cuando la atmósfera estaba cargada de amenazas de guerra, asoman, de uno y otro lado del Canal de la Mancha nuevas maneras literarias —en la novela especialmente— que se expresan en significaciones supremas: James Joyce, el irlandés de *Ulises*; Marcel Proust, el judío francés de *En busca del tiempo perdido* y *Jean Santeuil*; D. H. Lawrence, el de *Arco Iris*, Franz Kafka el de *El Proceso*. En el drama, los rudos golpes de Ibsen a la moral en boga y los comienzos de la gran carca-

jada, que había de durar medio siglo, de Georges Bernard Shaw, y la mueca genial de Pirandello. Y el gran viejo sabio y justiciero, injustamente olvidado: Anatole France.

En poesía se multiplican los *ismos*, pequeños grupos o grandes grupos de gentes que elaboran una teoría y se ponen a cantar en torno de ella: simbolismo, parnasianismo . . . Y para nosotros, en América, asoma la capitana indiscutible —aunque muy discutida— de Rubén Darío, con su cohorte de excelentes poetas, algunos de ellos pares del Maestro.

Europa entre-dos-guerras. Las voces grandes —Proust, Lawrence, Kafka, Joyce— no se habían extinguido. Al contrario, sobre todo Proust, habían ofrecido caminos al ansia de evasión que la angustia había dejado en “los hombres sin buena voluntad”.

Pero también, con los grandes movimientos humanos y sociales que la última —¿última?— guerra había puesto en vigencia, habían traído consigo voces expresadoras, nuevas voces. Algunas, decantación o exacerbación de las ya escuchadas antes de la primera guerra mundial: así por ejemplo, las voces ya crecidas de Romain Rolland, Henri Barbusse, en Francia, que asumieron durante y después de la conflagración actitudes definidas del lado de la revolución social. Otras —tal el caso de André Gide— que silenciaron durante la contienda y que intentaron cambios, exploraciones, aventuras ideológicas y estéticas después. Imperturbables algunos, abominando de quienes tomaban partido por la causa del hombre, aunque demostrando después entereza magnífica: Valery, Bergson.

Voces nuevas, sí: voces de gentes que habían olido y tocado carne y huesos de muerto, en el fango brutal de las

trincheras. Voces de gentes que habían visto y sufrido la fragilidad de la moral tradicional basada en conveniencias o en ritos, en mandamientos de religiones o en preceptos de códigos: cuántas obras inspiradas en la ruptura de hogares mientras el marido ganaba cruces de guerra en las trincheras, por haber sufrido heridas o mutilaciones y haber vuelto con la gloria inmarcesible de los "gueules casseés"; ese muchacho heroico, al volver encontraba instalado en su casa y en su cama a un aliado, a un amigo de su patria, a un héroe que le había quitado la mujer de su vida y le había destruído el hogar.

Voces nuevas transidas de justicia y de ganas de paz por sobre todo. Para las que la palabra suprema era paz; esa que después, en estos días, Gabriela Mistral llamara "la palabra maldita", con ruda y cruel franqueza, que ha sonado como bofetada en las mejillas de los mercaderes de la muerte. Voces nuevas en la literatura y en el arte. De cada país beligerante en la primera guerra, vencedor o vencido, aparecían los testimonios trágicos, en los que la guerra se presentaba, aparecía en toda su desnudez hedionda, desprovista del penacho heroico y de los sonos clarinantes con que la historia —¡ah, la historia!— ha rodeado y adornado la maldita estupidez del gran crimen. Henri Barbusse, en *El Fuego*; Georges Duhamel, en *Los Mártires*; Roland Dorgelés, en *Las Cruces de Madera*; Ferdinand Céline, en *Viaje al fin de la noche*; Lenormand con *El Cobarde*; y del otro lado, de la orilla de los alemanes derrotados, Thomas y Henrich Mann, Jacobo Wassermann, Hermann Broch. Y otras voces, nuevas también, orgánicamente dirigidas a predicar el triunfo de sus ideologías: las inhumanas voces de los fascistas italianos, de los nazis alemanes; las esperanzadas voces de los teóricos de la revolución soviética.

De todos los lados de la vida, del pensamiento, de la sensibilidad asomaban alegatos, intentos de interpretación en los que entrechocaban las filosofías, las éticas y las estéticas. ¿Fue acaso aquel —entre-dos-guerras— “el tiempo del desprecio”, según el título del libro de Malraux? Y comenzaron a reflotar viejas teorías en que el tema fundamental era la angustia consubstancial del hombre, su pavora ante el destino, su interrogación desesperada ante la vida y la muerte... Había de ser la voz de Nicolás Berdiaef asegurando que estábamos en “una nueva Edad Media”. Se meditaba y releía al turbador y extraño nuevo Hamlet danés, Soren Kierkegaard. Y hacía la gran pirueta hacia el abismo, muy cerca del retiro brasileño de Gabriela Mistral, ese hombre sano y confiado, que creyó poder salvar al hombre, a la humanidad, por obra de la inteligencia, por entregamiento total de los intelectuales a predicar la paz y la concordia entre los hombres, y cumplir así el milagro de la balada de Paul Fort:

*“Si todos los hombres del mundo
la mano se pudieran dar...”*

Era Stefan Zweig el hombre bueno del salto mortal hacia el abismo, enfermo de desencanto por la inutilidad de su obra, por la gran inutilidad de su esperanza. Porque él, como el danés recordado, sabía también que “la muerte no es enfermedad mortal, la enfermedad mortal es la desesperación...” Stefan Zweig, amigo de Gabriela Mistral, vecino de Gabriela en los jardines paradisíacos de Petrópolis... Y acá en la orilla española de las lenguas: “alma de sangre de lengua”, muy cerca de Gabriela Mistral “la excelente Gabriela, que es más que excelentísima”, muy cerca de mí mismo, la voz mayor de la estirpe hispánica de los

últimos siglos, profética como la de Séneca, de honduras turbadoras como la de Gracián, expresadora de tanta cantidad de España como las de Lope, Quevedo, y el mismísimo Cervantes: la voz humana de Don Miguel de Unamuno, de *San Miguel de Unamuno*, según mi unipersonal consistorio de canonizaciones...

Esa voz arcangélica de San Miguel de Unamuno, que se replegaba a sus calabozos de silencio, vencida pero no "derrotada" —derrotada, igual a descaminada, a "des-rutada", según su acostumbrada precisión etimológica—. Esa voz unamunesca que aceptaba el vencimiento, pero no la convicción desviada y "desrutada" y que, ante la brutalidad caballar de un general imbécil, había de hacer su frase inmortal: "Venceréis, pero no convenceréis". Grito supremo de la razón siempre viva ante el triunfo de la fuerza bruta momentánea. Eco latino, más enhiesto, por español, por vasco, que el tozudo e inquebrantable "e pur si muove", de Galileo Galilei, ante una inquisición antigua, casi tan bárbara como las inquisiciones de la época contemporánea.

La voz de San Miguel de Unamuno, empavorecida ante la muerte, ante la idea y la verdad pavorosas de la muerte. Muerte de la carne —y muerte del espíritu—; porque según Antonio Machado ese otro gran español: "La vida de Don Miguel de Unamuno fue toda ella una meditación sobre la muerte, y una egregia y luminosa agonía".

*En la aventura humana se agregan
cada vez más ideales.*

Carlos Vaz Ferreira

Grandes aldabonazos de la justicia social golpeando en todas las puertas de los poderes humanos. ¿Traicionaron los intelectuales, los "clerics", según la amplicomprensiva expresión de Julien Benda? Sí. No. Y el sí y el no reflejan una verdad igual en cada caso.

Traicionaron, sin duda, los que se pusieron al servicio de lo antihumano, al servicio de las más feroces y peligrosas dictaduras de la historia: la fascista italiana, la nazi en Alemania, y la caricatura de las dos: la falangista española. Traicionaron —y siguen traicionando— los intelectuales que dedicaron su artilingio verbal a edificar pseudoteorías justificatorias de nuestras miserables dictaduras criollas, predicadoras de libertad y democracia, desde su mandonería rapaz, abusiva y sanguinaria. Pequeñas satrapías manejadas como una hacienda grande, en las que los trusts explotadores internacionales dictan la ley y disponen de vidas y haciendas...

Traicionaron también —y siguen traicionando— los evadidos, los que huyen y soslayan en nombre del arte—purismos plásticos o literarios—, las luchas de los hombres por la justicia, la libertad, el pan.

Tres han sido los caminos elegidos para emprender la fuga y realizar la fácil estrategia egoísta del ¡sálvese quien pueda!: el de la introspección, el de la "busca de nuevas formas de expresión", el del humorismo. Buenos, muy buenos caminos los tres, si quien los emplea es, ante todo, un hombre entre los hombres. No un ente aparte, demiurgo orgu-

lloso, que se cree el centro del universo o un arcángel puro, que no quiere manchar sus alas nívneas con las pobres, sangrantes, sucias cosas de la humanidad. Introspección profunda, transida de verdad, de amor y de dolor. El hombre que se busca, profundamente, y es al propio tiempo unidad social, partícula de la comunidad de los hombres. Buscador de nuevas expresiones de arte, sin hacer de ello un paraviento que nos proteja y oculte nuestras cobardías, sino solamente un remozador de fórmulas, un ahincado explorador de maneras más transparentes y más propias para vestir con ellas las nuevas inquietudes, los nuevos hallazgos, las nuevas verdades del hombre. Humorista, no como adopción de actitud huidiza de la problemática humana, sino como suave, asequible manera de llegar, más amable, más suavemente a las gentes. Unas veces Anatole Francc, —injustamente olvidado, viejo luchador con sonrisa por las más nobles causas— otras veccs, Charles Chaplin...

Otros, en cambio, hicieron demasiado cartel. Quisieron tratar con excesiva puerilidad a los hombres mayores, como si fueran niños a quienes se cuentan, —en negro y blanco— cuentos en los que hay malos y buenos, pícaros y santos. Sin el interludio de la flaqueza humana, que sólo se produce en matices. Sin la presencia del pobre hombre —tanto como la del hombre pobre— que sufre su circunstancia propia, individual, intransferible, al margen de regulaciones y teorías.

La literatura de la revolución social tuvo, en todas partes y desde el día siguiente al término de la primera guerra mundial, sus grandes expresadores en el ámbito del pacifismo, de la lucha en sí por la justicia, del apostolado universal la vida humana, humanizada.

En Alemania, seguíamos el caso admirable de los Mann, Heinrich y Thomas — especialmente este último; en Inglaterra, la gran risa faviana del viejo Bernard Shaw, entre paradojas confusionistas, era un ariete poderoso para debilitar, con las armas de lo grotesco y lo burlesco, las viejas fortalezas de la ortodoxia británica, tan implacables con los heréticos, tan crueles e inhumanas con quienes se permitieron —en vida y obra— insurgir contra su hipócrita moral tradicional. Heréticos que, alguna vez, se llamaron Shakespeare, el de los *Sonetos*, Oscar Wilde, el de *Dorian Gray*, James Joyce, el de *Ulises*, D. H. Lawrence, el de *El Amante de Lady Chatterley* . . . En Italia después del asqueo que produjo el entregamiento de payasos como Marinetti, Bontempelli, escritores oficiales del fascismo o las despampanantes *boutades* de Papini, permaneció en su grandeza inalterable, sólida, Pirandello, y asoman ya la figura simpática de Ignazio Silone, diciendo verdades con gran talento de novelista, Curzio Malaparte, inquietando con sus irrupciones cercanas al chispazo genial, y Alberto Moravia, realista, duro, haciendo la novela de una hora corrompida y prostituta.

En Francia, la euforia de un tiempo poco comprendido popularmente, pues al sonar el clarín del armisticio el 11 de Noviembre de 1918, las tropas invasoras se hallaban todavía instaladas en el suelo francés, había traído, de momento, un estupor mezclado de despreocupación. Una falsa alegría, una expresión morbosa de *je-m'enfichisme* —del “que-me-importismo”, que se exteriorizaba en una fiesta orgiástica y en medio de ella un odio grande a los invasores alemanes y un odio más grande aún a los libertadores norteamericanos. En 1926, los autobuses de agencias de turismo yanquis, fueron apedreados en las calles de París, por multitudes indignadas contra los *nouveau riches* americanos

que exhibían sus dólares ante la orgullosa pobreza de las víctimas de la catástrofe...

Surge, entonces, el grupo de los *moins-de-trente-ans*, asqueado de carnicerías, dolido y golpeado. Y de entre ellos, algunos como Jules Romains, lanzando a la historia su formidable testimonio: *Los hombres de buena voluntad*. Y Roger Martin-du-Gard, "el primer novelista de Francia", según la célebre dedicatoria de André Gide, con su novelario, de aliento balzaciano, de alta y pura poesía: *Los Thibault*. Montherlant, una especie de Jean Lorrain españolizante, escandalizaba a las beatas amablemente, para al final, terminar colaborando con los alemanes... Mauriac, tras las huellas de Dostoiewsky, y desde su bastión de las derechas, defendiendo noblemente —como Maritain, el filósofo cristiano, neo-tomista y el admirable novelista Bernanos— la causa popular de la España sacrificada. Cami, haciendo reír a los niños y a los grandes, y la moda literaria —la moda de costureros y modistos— llegando a su clímax con el literato-agente viajero: Paul Morand...

ACA, EN LAS INDIAS

Mientras tanto, en la época de entre-dos-guerras, cuando conocí a Gabriela Mistral, ¿qué ocurría en el ámbito americano, en la América latina en especial?

En lo político, una racha de dictaduras pretorianas que, iniciándose precisamente en Chile, la patria de Gabriela, recorrieron todo el continente. Porque las guerras —aparente paradoja— dejan a las gentes asqueadas de "la guerra", pero al propio tiempo se entregan a los "gobiernos fuertes", a los mandones de espada, a los soldados. De punta a punta de la América nuestra, los hombres fuertes haciendo democracia

a palos . . . Pero se había filtrado la grande esperanza de las revoluciones de post-guerra. En las derechas reaccionarias, en los conservadores jóvenes, cesaristas, amigos de la dominación, ansiosos de batalla, el deslumbramiento de Mussolini primero, de Hitler luego, produjo estragos inconcebibles. El paso de ganso hitleriano, las arengas encendidas, los grititos combinados de los fascistas italianos y —posteriormente— todas las pobres imitaciones de ese fantochito español llamado José Antonio Primo de Rivera — hijo de aquel dictadorzuelo al que Don Miguel, San Miguel de Unamuno, llamara “caricatura del ya caricaturesco señor Mussolini”.

Y en las gentes de izquierda, la lectura apresurada y no siempre bien comprendida de *El Capital* —el libro más formidable de la época contemporánea—, y de los demás libros de Marx y Engels, de Lenin, Bujarin y todos los teóricos de la primera época de la Revolución Rusa. También en quienes vieron la aurora que venía del oriente, los extremismos infantiles —según Lenin— produjeron descaminamientos y desviaciones. Lo externo, lo pasajero y anecdótico pudo más que la doctrina profunda. Y el socialista de Hispanoamérica, dio muchas veces más importancia a la supresión de la corbata, al uso de indumentaria de obrero, que al estudio serio de la nueva economía política, del nuevo sentido de la historia, de las tesis filosóficas, físicas, biológicas, sustentadoras del nuevo sistema.

Pero los campos se delimitaban. Los liberalismos —regímenes que, por lo menos en nombre, se habían creído los herederos de la independencia y los legítimos dueños de la hora— se batían en retirada en todas partes. En realidad —para ser exactos— casi nunca habían gobernado en América, compuesta de repúblicas en donde la mayor aspiración de cualquier criollo era el ennoblecimiento a la peor manera monárquica europea, con títulos comprados al rey y —¡oh

que exhibían sus dólares ante la orgullosa pobreza de las víctimas de la catástrofe...

Surge, entonces, el grupo de los *moins-de-trente-ans*, asqueado de carnicerías, dolido y golpeado. Y de entre ellos, algunos como Jules Romains, lanzando a la historia su formidable testimonio: *Los hombres de buena voluntad*. Y Roger Martin-du-Gard, "el primer novelista de Francia", según la célebre dedicatoria de André Gide, con su novelario, de aliento balzaciano, de alta y pura poesía: *Los Thibault*. Montherlant, una especie de Jean Lorrain españolizante, escandalizaba a las beatas amablemente, para al final, terminar colaborando con los alemanes... Mauriac, tras las huellas de Dostoiewsky, y desde su bastión de las derechas, defendiendo noblemente —como Maritain, el filósofo cristiano, neo-tomista y el admirable novelista Bernanos— la causa popular de la España sacrificada. Cami, haciendo reír a los niños y a los grandes, y la moda literaria —la moda de gustureros y modistos— llegando a su climax con el literato-gente viajero: Paul Morand...

Pólyna

→ ACA, EN LAS INDIAS

Mientras tanto, en la época de entre-dos-guerras, cuando conocí a Gabriela Mistral, ¿qué ocurría en el ámbito americano, en la América latina en especial?

En lo político, una racha de dictaduras pretorianas que, iniciándose precisamente en Chile, la patria de Gabriela, recorrieron todo el continente. Porque las guerras —aparente paradoja— dejan a las gentes asqueadas de "la guerra", pero al propio tiempo se entregan a los "gobiernos fuertes", a los mandones de espada, a los soldados. De punta a punta de la América nuestra, los hombres fuertes haciendo democracia

a palos ... Pero se había filtrado la grande esperanza de las revoluciones de post-guerra. En las derechas reaccionarias, en los conservadores jóvenes, cesaristas, amigos de la dominación, ansiosos de batalla, el deslumbramiento de Mussolini primero, de Hitler luego, produjo estragos inconcebibles. El paso de ganso hitleriano, las arengas encendidas, los grititos combinados de los fascistas italianos y —posteriormente— todas las pobres imitaciones de ese fantochito español llamado José Antonio Primo de Rivera — hijo de aquel dictador-zuelo al que Don Miguel, San Miguel de Unamuno, llamara “caricatura del ya caricaturesco señor Mussolini”.

Y en las gentes de izquierda, la lectura apresurada y no siempre bien comprendida de *El Capital* —el libro más formidable de la época contemporánea—, y de los demás libros de Marx y Engels, de Lenin, Bujarin y todos los teóricos de la primera época de la Revolución Rusa. También en quienes vieron la aurora que venía del oriente, los extremismos infantiles —según Lenin— produjeron descamiamientos y desviaciones. Lo externo, lo pasajero y anecdótico pudo más que la doctrina profunda. Y el socialista de Hispanoamérica, dio muchas veces más importancia a la supresión de la corbata, al uso de indumentaria de obrero, que al estudio serio de la nueva economía política, del nuevo sentido de la historia, de las tesis filosóficas, físicas, biológicas, sustentadoras del nuevo sistema.

Pero los campos se delimitaban. Los liberalismos —régimenes que, por lo menos en nombre, se habían creído los herederos de la independencia y los legítimos dueños de la hora— se batían en retirada en todas partes. En realidad —para ser exactos— casi nunca habían gobernado en América, compuesta de repúblicas en donde la mayor aspiración de cualquier criollo era el ennoblecimiento a la peor manera monárquica europea, con títulos comprados al rey y —¡oh

sabiduría de la iglesia!— con títulos nobiliarios, duques, condes, marqueses, comprados al Papa con el buen oro de las Indias —que en veces era estaño, otras café, bananos, cacao—. Liberalismo de pega, con esclavitud legal o de hecho, impuesta por la dominación de indios, negros o mestizos de cualquier *pedigree*, como nos han enseñado a decir después, para referirnos a los “otros” animales. En ciertos países como Colombia, desde la llamada “guerra de los mil días”, se había impuesto por lo menos teóricamente una fórmula republicana de alternabilidad, que sólo se hizo efectiva en 1930. En el Ecuador la dominación conservadora pasando por la trágica etapa garciana, solamente fue interrumpida por la lumbrarada alfarista que se prolongó unos años, hasta que nuevamente se volvió al conservadorismo que históricamente, debía presidir la hora trágica de la desmembración nacional, en 1941-42. En Chile, el conservadorismo inicial, agudizado en tiempo de Portales, se convirtió en plutocracia y solamente tuvo su interrupción con el advenimiento de Aguirre Cerda, el Presidente comprensivo que admiraba y amaba a Gabriela Mistral y pudo demostrárselo.

México estaba viviendo su Revolución desde 1910, cuatro años antes que la primera guerra mundial, siete años antes que la Revolución Rusa. Formidable movimiento liberal que aspiraba encontrar el eslabón perdido después de la Reforma de Juárez, traicionada —como ocurre tan frecuentemente— por uno de sus tenientes militares, el General Porfirio Díaz, que se quedó con el poder por más de treinta años.

Esa revolución inicialmente liberal, antireeleccionista, democrática, en la que el aliento de lo económico-social fue entrando poco a poco, a pesar de las traiciones y la rapacidad de los “ciudadanos en armas” que se disputaban san-

grientamente el poder. Pero que al calendario de la revolución universal ha ofrecido figuras tan formidables como el jefe campesino Emiliano Zapata, el místico de la justicia, Carrillo Puerto y aún esa especie de bandolero generoso, siempre del lado de las buenas causas: Pancho Villa.

La enhiesta y noble figura de un filósofo, educador, maestro de ideas y de hombres, José Vasconcelos, al que todos los hombres jóvenes y libres de Hispanoamérica admiramos y amamos. Ese Vasconcelos de la Secretaría de Educación Pública, al que tanto debe México y América, que tan cerca estuvo de nuestra Gabriela Mistral y al que, en mis fervores mozos hice la figura inicial de mis "creadores de la Nueva América", mi primer libro, publicado en París con prólogo alentador y entusiasta de Gabriela Mistral... Ese Vasconcelos, que pudo ser una de las figuras más nobles, fecundas y puras de la historia del pensamiento y de la acción en toda América, y que parece que, por violencias temperamentales, ha torcido su ruta luminosa para tomar el camino que conduce a los pequeños sátrapas, a los repugnantes mayordomos que infestan el ámbito de lo hispanoparlante. José Vasconcelos, el de *La Raza Cósmica* e *Indología*, era el Maestro, el Creador. Hombre de iluminación y de acción, al que mucho hemos amado Gabriela Mistral y yo.

HACIA LA CULTURA

La cultura hispanoamericana —entre-dos-guerras, singularmente en lo que se refiere a "la cosa literaria"— señala pasos gigantescos hacia su madurez. Novela, poesía, ensayo, ofrecen representantes y obras ya tan hechas y logradas que, a pesar de las biliosas explosiones del reaccionario, católico y travieso escritor italiano Papini, los aportes de nues-

tra América a la literatura universal son dignos de entrar en línea con las más prestigiosas literaturas contemporáneas. Y es así como me parece fácil sostener que, excluyendo la obra de Marcel Proust, de D. H. Lawrence, de James Joyce y, en el teatro, de Pirandello y O'Neill, nuestra producción —la hispánica de América, o la de América hispana— no es inferior a la producción contemporánea de muchas literaturas adultas. Sensiblemente superior a la italiana, con sólo tres nombres importantes: Silone, Malaparte, Moravia, y ni qué decir, a la española que, —en lo que se refiere a lo producido en España después de la diáspora— es realmente inexistente: callaron las grandes voces de Unamuno, Antonio Machado, Federico, Miguel Hernández, Salinas, cegadas por la muerte, y las de Azorín y Baroja por la ancianidad, hoy sólo quedan en el destierro, voces grandes y puras como las de Juan Ramón Jiménez, Alberti, Guillén, José Carner, Casona. Y la infatigable palabra, "automoribunda", desterrada, viajando hacia el pasado, de Ramón Gómez de la Serna.

Los primeros años de la primera post-guerra, están marcados por el reconocimiento americano total —que luego sería más amplio— de Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Porfirio Barba Jacob, Enrique González Martínez. La gran cohorte modernista había ido raleando poco a poco. Se irían poco antes, durante y poco después de la guerra de 1914-1918, el gran jefe Rubén Darío, Herrera Reissig, Amado Nervo, Blanco Fombona, Chocano, Lugones, Valencia. Fresco y robusto de físico y moral: el gran viejo colombiano Baldomero Sanín Cano, había de servir de lazo de unión a cuatro generaciones de escritores. Y, viniendo desde la vieja cepa de Río Negro, liberal-centenarista, había de llegar un día en que, con el beneplácito orgulloso de los liberales colombianos, apaleados, perseguidos, mutilados y asesinados

durante cuatro años por los conservadores, sería agraciado con el premio Stalin, pagado en buenos dólares de "el oro de Moscú"...



El ensayo —ese género vecino al tratado y cuyo contenido puede ser de sociología, filosofía, crítica, historia— encuentra en todos los países de América española cultivadores robustos, serios, con gran voluntad y poder de inquisición sobre la realidad política, económica, histórica y estética de sus respectivos países y del total americano. Con el antecedente poderoso e incitador de nuestro Don Juan Montalvo y la confirmación de Rodó en la etapa modernista, el género ha tomado carta de naturaleza entre nosotros, hasta el punto de que, sin lugar a duda, las personalidades más robustas, con cierto valor de capitania y de representación natural, son en cada país las de los ensayistas, que hacen oír su voz rectora y guiadora desde la gran revista —tipo *Cuadernos americanos* de México, *La Torre* de Puerto Rico, *Imago Mundi* y *Sur* de Buenos Aires, *Letras del Ecuador* y *Casa de la Cultura* de Quito, *Revista Nacional de Cultura* de Caracas, *Revista de América* de Bogotá, *Humanismo* de México y otras— desde la prensa diaria y sus suplementos dominicales y desde el libro de ensayos.

Ya en la época en que conocí a Gabriela Mistral —1926— el ensayo y los ensayistas asumían esta alta y severa responsabilidad. Con la significativa circunstancia de que muchos de los cultivadores del género, hacían coincidir con él, sus capacidades de relatistas, historiadores, tratadistas o poetas: Tal los casos de Baldomero Sanín Cano, José Vasconcelos, los García Calderón, Gonzalo Zaldumbide, Arguedas, Blanco Fombona, Alfredo Palacios, y el que, por su dación

absoluta a la obra de cultura y, más exactamente a su faena de escritor, de "hombre de letras" total, sería una de las significaciones más enhiestas de la historia de nuestra cultura: Alfonso Reyes.

El ensayo, principalmente en sus implicaciones de herramienta política, ha sido quizás el aporte más importante, más original, más macisamente valioso de la América Española a la civilización occidental, a la que los europeos y aún los norteamericanos, le niegan su tarjeta de entrada. En los otros géneros, se ha seguido ajustadamente la norma occidental, el patrón europeo, casi sin intención ni propósitos válidos de originalidad esencial. En realidad, esos sacudones tremendos a la arquitectura y a la sustancia de la novela post-balzaciana, dados por Marcel Proust o James Joyce, no tienen parangón en nuestra América. Lo mismo puede decirse de los otros géneros. En cambio el ensayo indagatorio, inquisidor, averiguador profundo de nuestra verdad geo-política, étnica, histórica, racial, es un apasionante mandato de nuestra hora, que trae consigo la originalidad del tema y de la manera de enfocararlo.

Tenemos, por ejemplo, el caso de *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui. En primer lugar es, seguramente, una de las obras fundamentales producidas por la cultura iberoamericana. Luego, nos ofrece el caso de suscitación, de mano indicadora, de poste señalador de rutas, más certero y lúcido, más eficaz a la vez que haya producido nuestra generación. ¿Puede, honestamente, decirse que cualquier otro libro, de los llamados de ficción o creación publicados en el Perú valga lo que ese, en el terreno de lo original? Y eso que, en poesía, tenemos allí, en la sierra peruana, esa otra profunda verdad de América: la poesía de César Vallejo.

Y como el caso total de la obra de Mariátegui ensayis-

ta, tenemos los libros de Picón Salas en Venezuela, de Alfonso Reyes en México, los de Sanín Cano y Germán Arciniegas en Colombia, de Mañach y Marinello en Cuba; de Benjamín Subercasseaux, el de *Chile o una loca geografía* en Santiago; de Martínez Estrada, el de *Radiografía de la Pampa*, en Argentina; del formidable Euclides da Cunha —precursor del género indagatorio de las verdades nacionales— y Gilberto Freyre en el Brasil; de Pío Jaramillo Alvarado en el Ecuador; de Alcides Arguedas en Bolivia; de Juan José Arévalo en Guatemala, de García Monge en Costa Rica, Masferrer en El Salvador, Robleto en Nicaragua, Valle en Honduras, de Rodrigo Miró, el de *Teoría de la Patria* en Panamá, Jaime Benítez en Puerto Rico.

Es con la obra de sus ensayistas que se está construyendo nuestra América. Si primero fueron panfletarios, “ciudadanos armados de la pluma”, como Montalvo o Bulnes, hoy son los buídos, los penetrantes buscadores de verdades en los subfondos, fondos y superficies de las regiones nacionales. Y es el conjunto de ideas, de premoniciones, de estímulos que ellos, los meditadores sinceros en la suerte, destino y mensaje de estos pueblos, el que, frente a las acechanzas de la ambición caudillista, sostenida por los intereses imperialistas de un capitalismo internacional desenfrenado, está edificando la democracia internacional y nacional americanas.

Aquí, en nuestra América, se ha lanzado el “quinto evangelio”, cuando se dijo el mandamiento sagrado: “la victoria no da derechos”, frente al latino, al europeísimos “*væ victis!*”, “¡ay de los vencidos!” Mucho ha caminado la humanidad desde entonces aquí, en nuestras montañas y nuestras selvas vírgenes. Todavía en la culta y “universalista” Europa, se desencadenaron guerras mundiales basadas en la supremacía de una raza sobre las demás. Todavía en los

cultísimos Estados Unidos, administradores y expedidores de “patentes limpias” de democracia a los pueblos que mejor los sirven, se mata virtuosamente a los negros, para que no ensucien la raza superior, de acuerdo con las “cristianísimas” teorías de un aristócrata francés, el Conde de Gobineau...



El otro gran “hecho literario” de Hispano-América es la aparición de nuestra novela. Sin mayores alardes de originalidad formal o técnica, pero con sustancia, contenido, paisaje y, sobre todo, personaje americanos. Hombre, mujer y niños americanos.

Con las salvedades intencionales —y geniales, de Proust y, acaso, de Kafka y Joyce— la vieja fórmula balzaciana de relatar, de contar, de novelar, ha sufrido muy escasas variaciones. Allí, en la descomunal obra del viejo *tourangeois* están *in ovo*, todas las fórmulas de la novela del futuro. Mayor intensidad penetrativa, “mayor cantidad de hombre”, derivaciones hacia el diálogo, fugas por los caminos del paisaje —iniciadas por los relatistas del romanticismo—, primera o tercera personas relatando argumentos que pudiéramos llamar “de extensión”, series de cuentos engarzados en forma exterior de novela, correspondencia epistolar con argumento de novela, mayor o menor cantidad de literatura, o de aventura... En la época en que conocí a Gabriela Mistral, comenzaba la seria etapa de las novelas ríos —*romans-fleuves*— o de las novelas suma —*romans-somme*—. Coetáneamente al auge de la gran pintura mural de los mexicanos principalmente. Jules Romains, inteligente, ambicioso, que ya nos había dado en el teatro ensayos de originalidad muy importantes a favor de la maquinaria escénica,

como *Donogó-Tonka*; había iniciado su inmenso mural contemporáneo —de antes, en y después de la primera guerra— con el nombre esperanzado y optimista: *Los hombres de buena voluntad*. Roger Martin du Gard, artista ante todo, “el primer novelista de Francia” según Gide, publica *Les Thibault*. Acá, en este lado del mar, John dos Passos —para mi gusto el más importante novelista norteamericano de estos tiempos— también ensaya fórmulas liberadoras. Pero el cuento es el cuento, y hay que contarlo. Por eso, el gran cuento que no todos cuentan —perdón, Balzac—, el relato de lo que “pasa dentro de nosotros mismos”, allá dentro del hombre, en esa lejanía difícil de aprehender con la red ordinaria de palabras e idiomas. De allí que, francamente, Proust, Joyce, Kafka . . .

La novela hispanoamericana que, en forma grande y masiva, apareció en la época en que conocí a Gabriela Mistral, no ha intentado seriamente, grandes innovaciones de forma. Ha buscado, es claro, su mejor manera de expresión. Ha titubeado mucho en eso. Pero las obras finas, hondas, muy americanas, de Teresa de la Parra —la grande amiga nuestra de esa época, nuestra Teresa, Gabriela— sobre la que yo escribiera un ensayo en mi libro *Mapa de América*, con ganas de comprender y de explicarme, son vaciadas en el molde francés, europeo en general. Similitudes formales con el gran novelista peninsular Eça de Queiroz me permití señalar entonces. Hoy al releer a Teresa, después de que se fuera, después de que “se muriera para siempre”, y al releer —como hago siempre— a Eça de Queiroz, confirmo mi opinión de entonces.

Fue en esa época —entre-dos-guerras— que se produjo la aceptación continental y la difusión de las primeras cua-

tro novelas importantes de la novelística hispanoamericana: *La Vorágine*, del colombiano José Eustasio Rivera; *Los de abajo*, del mexicano Mariano Azuela; *Don Segundo Sombra*, del argentino Ricardo Güiraldes y *Doña Bárbara* del venezolano Rómulo Gallegos.

¿Qué traía este nuevo tipo de novela? Ya no era el lejano resplandor de la hoguera romántica que hacía pensar a los críticos: por aquí ha andado Lord Byron, por allá, Chateaubriand, y por todas partes Lamartine, Vigny, Musset, y todo, recordando a Victor Hugo... No era tampoco el *costumbrismo*, gripe española de nuestra novelística, que se inspiró, en mala hora para ella, en escritores tan, tan secundarios como el Padre Coloma, Fernán Caballero y los peores momentos de Don Pedro Antonio de Alarcón. Porque los imitadores de Valera, de Octavio Picón, del gran viejo Pereda, eran más raros y, sobre todo, quedaban bien lejos de sus modelos; sobre todo del último, cuyo mérito principal reside en lo que él llamó, insuperablemente, al titular una de sus novelas: "el sabor de la tierra".

Lo que trajo a nuestra literatura la novelística del año veinte y siguientes hasta hoy, es la mayor cantidad posible de América en paisaje, formas expresivas, "material humano". Pero no en innovaciones sustanciales de técnica: vinieron a contar América. Cosas y hombres de América. Los precursores, en diversos lugares de América, adoptaron los moldes de la novela francesa realista o más aún, de la naturalista de Zola. Algunos, la fórmula galdosiana. Era —valga la transposición de la política a la literatura— una novela "liberal", como había sido "conservador" el costumbrismo que terminaba siempre con hipocritonas moralejas en contra de las malas costumbres del "siglo". Los precursores auténticos de la actual novelística hispanoamericana

fueron, en su gran mayoría, hombres de ideas más anchas, a tono con la hora de las revoluciones liberales: Luis Martínez, en el Ecuador, con su galdosiana *A la Costa*; Federico Gamboa, con su zolesca *Santa*; Romero García con su naturalista *Peonía*.

De pronto, aquellas cuatro novelas —sin innovación formal o técnica considerable— huelen a América. Son América. Son la expresión de algo que se ha venido haciendo, poco a poco, en el subfondo espiritual de estas regiones y que pugnaba por salir afuera. Contenidas en los moldes tradicionales del relato —demasiado objetivas, acaso— pero con aliento de espíritu nuevo que no era, precisamente, el europeo.

De los cuatro iniciadores, Azuela hace algo en cuento y en novela; Güiraldes y Rivera no intentan la continuación de la obra. Rómulo Gallegos, en cambio, con firme pulso balzaciano, al que no estábamos acostumbrados en América, según la frase de Gabriela Mistral, insiste seguro y laborioso en la faena, y nos ofrece, sin apresuramientos excesivos ni menos con retención exagerada —ni Balzac ni Flaubert— una colección de novelas desde *Reinaldo Solar* hasta *La brizna de paja en el viento*, pasando por *Doña Bárbara*, *Cantaclaro*, *Canaima*, *Pobre Negro* y numerosos cuentos.

Luego, la novelística americana se presenta, en forma impresionante de cantidad y calidad en los diversos países del ámbito castellano de América. Esta vez sin retardo excesivo, en su hora, asoma el caso sorprendente de la novelística de mi país, el Ecuador. Si *Doña Bárbara*, hito fundamental de la novela americana aparece en los comienzos de 1929, las primeras cosas de nuestros novelistas como De la Cuadra y los autores de *Los que se van...* —Gallegos Lara, Aguilera Malta, Gil Gilbert—, de Pablo Palacio, de Pareja Diezcanseco, el *Barro de la Sierra*, predecesor de

Huasipungo, de Jorge Icaza, las primeras novelas de Humberto Salvador, todas esas iniciales de la novelística ecuatoriana aparecieron entre 1929 y hoy. Y aún los posteriores, como Angel F. Rojas. Solamente Adalberto Ortiz y Pedro Vera, más jóvenes, integran una nueva promoción. Grupo sin precedentes en la historia literaria de América: todos ellos, apenas pasados los veinte años se presentan con apariencia de equipo —sin serlo en realidad, con excepción del primitivo “grupo de Guayaquil”—, con obras significativas, fijadoras de su manera, de su modo de expresión definitivo, de su sentido, su intención y de su fuerza. Hasta tal punto maduras y acabadas que —salvo el caso de Pareja Diezcanseco, que ha hecho incursiones y búsquedas por distintos caminos— todos ellos apenas han podido superar sus obras primigenias. Icaza, por ejemplo, el más difundido de todos —se acerca ya al cabo de la buena esperanza de la cincuentena— sigue siendo para los críticos y los lectores, después de haber producido algunas magníficas novelas, el autor de *Huasipungo*, aquel famoso *Huasipungo* de sus veinticinco años, que es ya una de las obras clásicas del relato americano.

El Brasil ofrece una eclosión magnífica de novelistas esencialmente brasileños. Los predecesores, como Machado de Assis, figura primordial de la novelística americana y Aluizio de Azevedo, ya habían dado, antes que los de idioma español, obras con mucha cantidad de América. Y Graça Aranha, el primer novelista del continente en su época, según el juicio de Rubén Darío, nos dio en *Canaan* el drama tremendo de la colonización de nuestras selvas de trópico. En el período en que conocí a Gabriela Mistral, comenzaban a llegar hasta Europa libros y nombres más jóvenes. José Lins do Rego, Graciliano Ramos, Erico Verisimo, y posteriormente, Jorge Amado.

En el Perú, en la Argentina, en Chile, en todas partes, asoman unidades admirables en los distintos caminos del relato. Pero todos obedeciendo a un mandato común: la denuncia de la injusticia, el reclamo de la justicia. Es una literatura de inconformidad. Los primeros asomos de relato, que se confunden con el desafortunado "costumbrismo" y con la transposición del episodio romántico a lo Chateaubriand, corresponden a la era conservadora de la política americana de post-independencia. Las primeras novelas realistas o naturalistas —a lo Zola o Galdós— corresponden a las revoluciones liberales de fin de siglo: Juárez, Martí, Alfaro, Piérola. La novela de hoy —la que asomó en torno al año 1930— es una novela en que se reflejan los anhelos de la revolución económico-social que surgieron de la primera guerra mundial.

Y lo mismo, exactamente, en los Estados Unidos: Dreiser, Jack London, Sinclair Lewis, Upton Sinclair, John Steinbeck, John dos Passos, William Faulkner, Sherwood Anderson, Ernest Hemingway, William Saroyan.



La expresión poética en el tiempo en que conocí a Gabriela Mistral corresponde a la reacción frente a lo europeo del modernismo rubendariano. González Martínez, "el hombre del buho", había lanzado su anatema:

"Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje"

Y los poetas de ese instante hacían incursiones de subsuelo, a "la vida profunda", según la expresión de uno de los más humanos, vitales, dolorosos representantes de la

hora, Porfirio Barba Jacob. A la sordina de los modernistas, que en esto venían en línea directa de Verlaine, los nuevos poetas de América, sin manifiesto, sin *ismo*, oponían lo entrañado, —doloroso o jubiloso— lo vital. Justamente, Gabriela Mistral que hace su aparición trágicamente triunfal con *Los Sonetos de la Muerte*, es acaso la significación más señalada de este instante de transición de nuestra lírica. Y en México —además de González Martínez— el poeta de la *Suave Patria*, Ramón López Velarde, que sienta el acta de defunción del modernismo y abre anchas las puertas a una poesía de profundo contenido americano.

Y así, con esa iniciación auténtica, asoma nuevamente, en todas partes, una edad nueva de nuestra poesía. En Cuba, Guillén el más profundo cantor de lo negro en lengua hispánica. Par —y para mí superior en precisión fonética y entrega de lo de adentro— del gringo-negro, Langston Huges. En Panamá, Sinán y Roque Javier Laurenza. En Colombia, ese marino nórdico transfundido hasta el tuétano del alma colombiana, León de Greiff. En el Brasil, Manuel Bandeira y Jorge de Lima, expresando eso recóndito y exterior a la vez, del nuevo hombre brasileño, americano acaso: el caboclo, el mulato.

Por fin, es en el Perú donde asoma la expresión mayor de la nueva poesía, el signo más profundo y certero: César Vallejo. El indio Vallejo con su tremendo mensaje venido desde la cal, el agua, el mineral de América. En la época que conocí a Gabriela Mistral, este indio agrio y bondadoso estaba escribiendo en París, donde había de morir “con aguacero”, después de haber sufrido el golpe más terrible de su vida, toda tensa hacia el bien y la justicia: la derrota, el aplastamiento del pueblo español por la brutalidad triunfante de la fuerza, ante la mirada impasible, casi complacida, de la llamada civilización cristiana...

En la misma época en que conocí a Gabriela Mistral, comienza ya a vislumbrarse, fresca, juvenil, hecha toda de hombre, y de hombre americano, la poesía de Pablo Neruda que, desde entonces, sería la nave capitana de todos los poetas de América, hasta hoy. Con ímpetu incontenible, disparo lanzado a las estrellas, el poeta, el poeta de *Crepusculario* y *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada*, había de seguir, como fuerza fácil de la naturaleza, su ascensión hacia la alegre serenidad de ahora, después de su largo, no interrumpido cántico de "residente en la tierra", como si ya viera muy cerca el habitante, la realización de su esperanza.

Y allí está la nueva poesía, a la que Gabriela Mistral, madre de los niños y los poetas del mundo, ha de seguir con apasionada simpatía desde su sitio augural. Allí el gran ecuatoriano Jorge Carrera Andrade —que yo le presenté en París en su hotelito de la calle Richelieu, el "Hotel Montpensier"— cuando ya Gabriela había prologado mi libro fervoroso *Los Creadores de la Nueva América*. Allí Carlos Pellicer, Carlitos, Ayudante de Campo del Sol, enamorado de Bolívar —de un Bolívar distinto al Bolívar-América de Pablo Neruda— y enamorado de Nuestro Señor Jesucristo, de San Francisco de Asís, y de la República Española, en la hora de su sacrificio... Juana de Ibarborou, tan cerca y, al propio tiempo tan lejos de Gabriela Mistral. Angel Cruchaga Santa María, en su Chile nativo. Miguel Angel Asturias, con largas barbas de rabino decorando su alargada cara de indio maya, descifrando el Popol-Vuh sin pensar acaso que sería en su madurez fecunda, el gran novelista de *El señor Presidente* y *El Papa Verde*. Y Gonzalo Escudero, en su Ecuador y Augusto Arias, buscando raíz americana a su obra. Allá en México, el grupo de *Contemporáneos* y de *Ulises*: Villaurrutia, Gozález Rojo, Gorosti-

za, Cuesta, Ortiz de Montellano, evadiéndose un poco de lo americano, para vivir el símbolo homérica actualizado por Joyce. Y Gilberto Owen, ese sí, México puro, sin olvidar su gran lastre cultural. Poco después, en Colombia los *piedrancelistas*; grupo de poetas magníficos, puestos bajo la advocación de Juan Ramón Jiménez y amando —casi todos ellos— la obra de poesía de Pablo Neruda: Jorge Rojas, Camacho Ramírez, Carranza, Martín... Los grandes nombres venezolanos de Blanco Fombona, que combatía y cantaba, de Andrés Eloy, que conseguía alas de amor para sus angelitos negros; y los nuevos nombres de Manuel Felipe Rugeles, de Miguel Otero, de Escalona Escalona, de Liscano...

Allí está, Gabriela, la poesía de América. Con gente, cielo, aves, montañas de estas tierras.

OCTAVA MEDITACION

RETRATO

*Me vería en el rostro tanta ventura cierta
¡que me dejó el infante en los brazos dormido!*

Gabriela Mistral

Alta, hecha de fuerza y levedad a la vez. Muy fijos sus pies de española y de india, en la tierra de este mundo. Fijos y duramente firmes. Mujer, profundamente mujer, para el amor del hombre, para el amor del hijo. Todo —como jamás lo he visto— asoma en la insondable placidez interior de su sonrisa, expresadora de la *bondad buena* para atraer y acariciar los niños.

Como las madres al parir traen sus botellas de leche para amamantar al hijo, Gabriela trajo eso, su sonrisa. De entre su ancha cara, como tallada en madera, asoma esa iluminación, esa paz, que hace que las gentes que están cerca, se sientan bien, se sientan cómodas. Con unas ganas locas de dar gracias, de agradecer desde adentro, con viejas expresiones populares, como "Dios se lo pague".

Así fue mi primera visita, mi primer encuentro con Gabriela Mistral, en 1927, en París.

Nada más peligroso, ninguna prueba más difícil que el encuentro en la vida, cerca de los ojos que ven, de las orejas que oyen, con los personajes rodeados, forrados de leyenda, de literatura, de anécdota: políticos, artistas, sabios, literatos, deportistas, generales. ¡Cuántas desilusiones, cuántos apartamientos entre lo esperado y lo encontrado!

Aquello de que el mérito verdadero es siempre sencillo, modesto, humano, puede o más bien, *debe* ser verdad. Pero asimismo, cuántas veces los pequeños humos de la vanidad, las debilidades pueriles de ciertos personajes, realmente valiosos en su respectiva actividad, los hacen caer, en actitudes pretenciosas, en ridículas y engoladas fórmulas, en jactanciosas superestimaciones de su valor, aunque este sea efectivamente muy grande. De allí que justifiquemos la rabia del injustamente olvidado cronista Juan José de Soiza-Reilly que abandonó la entrevista con cierta figura célebre de principios de siglo, "por no tener el honor de darle una patada".

Claro está que, dentro de esta clasificación, no entran los grandes pintorescos como don Ramón del Valle-Inclán, en cuyas salidas de tono, en sus célebres *boutades*, hay un claro y fino espíritu de *autotomadura del pelo*. En cambio, recordemos por ejemplo al recientemente desaparecido catalán Eugenio D'Ors, muy inteligente, sin duda, y a quien conocí también en casa de Gabriela Mistral, en ese período de entre-dos-guerras, en París, al que me he venido refiriendo. En diez minutos de visita, y siempre muy ocupado en cosas importantes, hacía saber a los interlocutores —entre saltos agresivos de sus enmarañadas cejas— su complicada lista de compromisos del día: citas con duquesas, baño turco, recepción en una Embajada...

¡Y cómo es frecuente ese personaje monologante, eterna primera persona en anécdotas y casos sorprendentes, valiente, inteligente, chistoso, que aplasta y confunde a sus oponentes en las más diversas cuestiones divinas o humanas! Y peor aún aquel para quien todas las personas que desfilan en el curso de una conversación, son unos infelices, unos imbéciles, que no han hecho jamás otra cosa que plagiar, y casi siempre, plagiarlo a él mismo. Y aquel otro energúmeno vociferante, que destila odio —con apariencia de desprecio— para todo y para todos. Que todo lo halla malo, en hombres, en países, en instituciones, en libros o actitudes: haciendo entrever que sólo es bueno lo que él hace... Y aquel otro perdonavidas de la inteligencia, aparentemente discreto en sus apreciaciones, pero siempre suavemente despectivo, para quien cada uno de sus cofrades —en literatura, en arte, en ciencias— es un buen hombre, lleno de buenas intenciones, pero cuyas capacidades no le dan para llegar muy lejos... Y aquel otro que se deja esclavizar por pequeñas preocupaciones, por minúsculas cosillas, que lo recuerdan: indumentaria, apariencia de riqueza, etc.

A toda esa fauna humana la he cruzado en mi andanza por los caminos del mundo. Gentes de diversas nacionalidades, de distinta actitud, de diferente hacer. Y casi siempre la relación entre la figura conocida de lejos, por fama y obra, y el hombre viviente, el individuo de carne y hueso, es desfavorable a este último. ¿Culpa nuestra que hemos idealizado con exceso, hemos vestido de imposible al personaje lejano? ¿Culpa de éste, que no sabe establecer un humano nivel entre él y su obra, entre él y su fama?

Entre la mucha gente *grande*, que nos ha sido dable conocer y tratar, no han sido, repetimos, muy frecuentes las ocasiones en que el conocimiento personal haya empa-

tado, haya igualado a la figura hecha con ingredientes de prestigio y obra. Y, naturalmente, mucho menos frecuentemente las ocasiones en que el "ente humano" ha superado al "ente imaginado".

Entre estos casos, se encuentran los de Gabriela Mistral y Don Miguel de Unamuno. Y cada uno por diversas razones.

Y la razón mayor de Gabriela es su sonrisa.



El modo de hablar de Gabriela. El metal de su voz. Es indispensable no olvidar que Gabriela Mistral es chilena. Gente que se ha propuesto suavizar el castellano en la ortografía y, sobre todo en la fonética. Entre el terrible sonido de la jota y de la ge españolas —esta última cuando cae sobre e—, los chilenos introducen el sonido suavizante de la i: Eugenio, gieneral, mujier... Gabriela es chilena, del valle de Elqui, cerca de la Serena, y por lo mismo participa de la suavidad general que sus compatriotas dan al español. Pero en ella hay un acento afirmativo, suasorio, que presta a todo lo que dice una cierta fuerza convictoria, que no está hecha de argumentación, de alegato, sino de algo que le nace de adentro. Y que tiene un poder comunicativo sorprendente.

No vaya a creerse por esto que Gabriela Mistral sea una dialogadora de agua tibia, una aceptadora cortés y fácil de opiniones ajenas. Muy al contrario. Gabriela platica y opina. Pero le indigna que le acepten sus opiniones sin análisis contradictorio, sin examen. No he de olvidar la escena, para mí reveladora de su modo de ser esencial, que nos ocu-

rrió a un grupo de muchachos. —¡claro que yo era un muchacho en aquel tiempo!— que, un poco por arrobamiento baboso y otro tanto por cortesía reverencial, o bien callábamos o bien asentíamos a lo dicho por Gabriela con breves monosílabos admirativos. En un momento del “monodílogo” de Gabriela, se interrumpe, indignada para decirnos: “Hablen, digan algo, contradíganme, discutan. De lo contrario, no podemos continuar”. Y nosotros, avergonzados, corridos, “acholados” como dijéramos los ecuatorianos, intentamos bobamente obedecerla y, como el fracaso se acentuara, Gabriela nos sonrió amistosa, y mediante ese seguro sortilegio, nos puso cómodos de nuevo y la conversación continuó en medio de “simpatías y diferencias”, o sea en un plano limpio y simplemente humano.



Acompañaba entonces a Gabriela —como lo había hecho muchos años antes y lo hizo muchos años después— una de las gentes de más talento que haya topado en mi vida, sin duda alguna: Palma Guillén. Nunca dos personas más temperamentalmente disímiles han mantenido una más noble, generosa y fecunda amistad. Y era el contraste con Palma lo que hacía más visibles las cualidades de Gabriela en la conversación. Palma Guillén, de cultura universitaria, de bien ordenada información de cosas intelectuales, políticas, educacionales. Segura de las fuentes de su formación espiritual. Expositora clara de planeamientos, de teorías, de simples opiniones sobre autores y obras. Precisa, tajante en su forma de opinar. No siempre benévola para los de la otra orilla de su pensamiento y su sensibilidad.

Ordenada en el pensar, en el idear y en el hacer. Y tremenda para la réplica mordiente, para la contestación aguda y aniquiladora, sobre todo frente al discuti­dor pedantesco, abrumador de citas y sonoro de oratoria: nunca olvidaré su actitud —en la época en que conocí a Gabriela Mistral— ante la ampulosa charla de un muy prestigioso profesor americano, que nos predicaba como si estuviera ante un auditorio numeroso de mil personas, siendo nosotros apenas unos seis. Dicho señor apoyaba sus elucubraciones y dogmatismos con citas precisas de filósofos, padres de la iglesia, tratadistas de moral y religión. Palma Guillén, a quien el prenombrado profesor caía como una piedra —en lo que coincidíamos casi todos, o todos, los presentes— le hacía apuntaciones y rectificaciones, en el curso de la prédica, que acababan por desmoralizar al rotundo y terminante orador: “me parece, Profesor, que no fue Pascal sino Descartes quien dijo lo que usted acaba de citar”. O en otra ocasión: “la frase que usted acaba de recordar, atribuyéndosela a Sarmiento fue, me parece, dicha por Alberdi en tal y tal ocasión”. Todo esto con una exactitud tan precisa e incontestable, que el presumido orador se confundía y acholaba, a pesar de sus bien conocidas ínfulas de sábelo-todo.

Gabriela, frente a Palma, era la intuición razonante, el genio floreciente, dándose, con sencillez, sin alardes, como la cosa más natural del mundo. Diálogo de una fluencia y una espontaneidad extraordinarias. Produciéndose al pasar de las cosas con sorprendente originalidad. Muchos juicios de Gabriela, escuchados entonces y luego, cerca de veinte años después, en unos pocos días en Petrópolis, en 1945, se hallan en plena vigencia actual y confirmados por la crítica y la consagración general. Así, por ejemplo, cuando muchos cayeron en el *bluff* literario intentado por Paul Morand, escupiendo administrador de su propia publicidad, Gabriela

se resistió a aceptarlo, porque, decía ella, en el fondo de esa bonitería, de toda esa chispeante gracia volandera, no había realmente nada. El juicio posterior ha dado plena razón a Gabriela.

Palma Guillén era la ordenadora, la maestra en disciplina. Ella recordaba a Gabriela su deber de escribir, de producir, los compromisos contraídos con revistas y periódicos de América y Europa. Pero Gabriela nunca se rindió, sino las aceptaba con su potencia de raciocinio inigualada, a las opiniones de Palma ni de nadie. Y era grande y fuerte mantenedora de sus propios criterios.

En esa época, dentro de nuestro grupo, la voz más autorizada era la de José Vasconcelos. Y conste que, en esa época, convivían y conversaban frecuentemente, gentes tan altas como Alfonso Reyes —suave e inapelable en cuestiones estéticas—, Francisco García Calderón, Manuel Ugarte, Adolfo Costa du Rels, Gonzalo Zaldumbide, Alcides Arguedas, Eduardo Santos, César Arroyo, Teresa de la Parra. Entre los más jóvenes, Margarita Abela Caprile, Carlos Pellicer, Andrés Iduarte y Jorge Carrera Andrade, que se incorporó más tarde. Pero la voz de Vasconcelos, el gran educador, el poderoso suscitador de creaciones artísticas, el protector del gran muralismo mexicano, cuando su paso deslumbrante por la Secretaría de Educación Pública; la voz de Vasconcelos era la más sonora, no sólo en nuestro grupo parisiense, sino en todo el ámbito del habla española. (Es una gran pena para mí tener que hablar en pasado de esta gran inteligencia de nuestra América hoy, para mí, desca-minada).

Pues bien: Gabriela Mistral, que tenía por Vasconcelos un gran afecto admirativo —¿lo tiene aún?— y una confesada gratitud por haber sido invitada por él, cuando ministro, a profesar en México, y por haber recibido de él home-

najes sólo merecidos por los genios —entre ellos los de la estatua en vida—; Gabriela Mistral, que tenía —lo tiene seguramente aún— un gran respeto por la soberana inteligencia de José Vasconcelos; Gabriela Mistral, decimos, discutía alta, firmemente con el sociólogo-proleta de *Indología* y *La Raza Cósmica*, con el filósofo de la *Estética*, la *Ética* y la *Metafísica*, con el insuperable “autobiógrafo” del *Ulises criollo* y los libros siguientes. Yo he visto a Gabriela Mistral golpear rudamente la mesa, la he oído alzar reciamente la voz en discusiones con José Vasconcelos, hombre intelectualmente autoritario, muy acostumbrado a que sus opiniones sean escuchadas reverentemente y acatadas casi siempre por sus entonces muy numerosos admiradores y discípulos; y no solamente durante su paso arrollador por la Secretaría de Educación, sino aún mucho tiempo después...



Una virtud muy chilena también, pero enaltecida por Gabriela: la hospitalidad de la casa, del corazón, del espíritu. Siempre que he tenido la buena fortuna de hallarme con chilenos, he observado esa ancha disposición para reunirse, para invitarse mutuamente a las respectivas casas para, con el pretexto de preparar un plato criollo, pasar unas horas de agradable camaradería.

Gabriela Mistral fue acaso atraída desde lejos y convencida ya cerca por las tierras provenzales, donde cantan las cigarras y Federico Mistral. A ello debe, seguramente el apellido de su pseudónimo: acá, en su tierra chilena, ella, campesina, poeta campesino, que siempre sintió horror por las ciudades, acaso se enamoró del viejo cantor de *Mireya*, el viejo del sombrero alón y la barbilla en punta, Messer

Frederic Mistral, y como le ocurriera a un poeta nuestro, de ahincado fondo campesino y de vida cosmopolita en exceso, Jorge Carrera Andrade, que se enamoró de lejos, también de un viejo poeta rural del Mediodía de Francia, Francis Jammes; así Gabriela quiso poner su vida poética bajo la advocación del bardo provenzal, quintaesencia de lo eclógico de la tierra sola bajo el sol, con árboles y ovejas, ríos y paz.

París no le gustaba —decía ella— aunque en el fondo, por curiosa antinomia, no podía desprenderse sin pena de la gran ciudad, desde la cual se podía tomar el pulso al mundo, a la morada del hombre, conturbada, insegura, bajo inminente amenaza de catástrofe. Porque Gabriela ha tenido —allí está su vida— vocación de apacientadora de hombres, de vigilante inquieta de la conducta de los hombres, de alertadora de peligros. Y, como París no le gustaba, y su destino —así lo creía en el fondo, esta ingenua, romántica mujer— la llamaba a Provenza, a la tierra donde un viento y un poeta llevan su nombre de adopción, pues allá fue. Recorrió los caminos milagrosos de esas dulces comarcas y, muy cerca de Aviñón la ciudad de los *anti-papas*, historiada y cargada de poesía, en una aldehuela provenzal que señalan todos los mapas, en Bedarrides, no alquiló solamente, sino que compró, para establecerse definitivamente, con los pequeños ahorros de lo que ganaba por sus colaboraciones en diarios y revistas de América, una casita aldeana, con jardinillo y huerto. Y allá se fue a vivir.

Ese periodo de la vida de Gabriela está marcado por dos cosas dolorosas: la muerte de su madre, dolor sin posible calificativo, y la soledad espiritual en que la dejó sumida la ausencia de Palma Guillén.



El derecho personal del que Gabriela Mistral no abdicó, es el de mantener su correspondencia amistosa *con su propia mano*. Detesta acercarse por sí misma a la máquina de escribir. Sólo se resigna a dictar cuando se encuentra enferma. Sus poemas, sus artículos, los escribe directamente a mano.

Quien emprendiera la tarea de coleccionar la correspondencia de Gabriela, reuniría seguramente innúmeros volúmenes. Como lo está haciendo con el epistolario de Unamuno, lleno de amorosa paciencia, ese unamuniano sin par, generoso e inteligente, que es el Profesor de Salamanca don Manuel García Blanco.

Gabriela tiene el don, hecho de limpieza interior, de descubrir su intimidad momentánea, actual, a sus amigos. Sus cartas tienen una frescura, una sabrosidad incomparables. Cóleras, alegrías, juicios, impresiones, penas. Todo lo entrega al amigo, en largas cartas escritas generalmente a lápiz, llenas de esas abreviaturas tan peculiarmente suyas, inconfundibles.

El arte de escribir cartas, el "género epistolar", tan amado por las damas del siglo XVIII —Madame Sevigne, Madame de Stael— y por los prelados y príncipes de la iglesia como el Cardenal de Retz, está en peligro de perecer. De pronto asoman, sangrando cuerpo y alma, epistolarios como el D. H. Lawrence o el de Marcel Proust. Pero la invención de la máquina de escribir y, sobre todo la, por otros conceptos, encantadora invención de las secretarías, taquímeas y otros amables medios para ocultar el pensamiento en fórmulas y frases hechas, está conspirando con ese modo excepcional de desnudar el alma. Mucho más vivo, agudo, actual que las memorias, las confesiones, las autobiografías o las "automoribundias", según la descarnada y letal expresión de Ramón Gómez de la Serna.

Mucho más íntimo y confidencial que el reportaje. La memoria, la confesión, la autobiografía, tiene siempre la pretenciosa ambición de erigirse un monumento a sí mismo. Tienen para hablar un poco pictóricamente, un propósito de "composición", como en los cuadros.

Leyendo esas cartas —como oyéndola en el diálogo más puro y profundo— se llega a su intimidad transida de dolor y, muy frecuentemente, de ira. Es mucho más rara la sonrisa. Es inexistente la ironía. Y yo que soy un enamorado de ese pudor de la inteligencia y la sensibilidad que es la ironía, tengo respeto por esta forma directa de decir las cosas, sencilla, transparente, trasunto de la verdad interior, surtiendo como una vertiente de montaña.

Dolor, ternura, ira. Rara vez alegría. Fervor, entusiasmo, siempre. Capítulos íntimos de su vida, que ella pide que no se los entregue a la impúdica violación de la publicidad, son contados, día por día, con esa palabra limpia y dura a que nos acostumbrara desde *Los sonetos de la muerte*. Lejos de San Francisco, entonces, y más cerca del Cristo. Porque la leyenda —y la verdad del Evangelio— nos están contando que Jesús se indignó muchas veces: contra los fariseos, a quienes llamó sepulcros blancos, raza de víboras; contra el rico avariento; contra los traficantes del templo y en el templo, a quienes arrojó látigo en mano de los atrios exteriores; contra los que hacen publicidad de su virtud; contra los que gritan contra el pecado de los otros, sin ver la viga en los propios ojos, y sin estar limpios de culpa como para arrojar la primera piedra a la mujer pecadora, a la que había que perdonar mucho porque había amado mucho. Jesús se indignó siempre contra la mentira, contra la falsa virtud, contra el fariseo y el publicano. En cambio, tuvo palabras y actos de perdón y aún de ternura para el pecado de debilidad humana y de flaqueza. Y la poesía inmarcesible

de las parábolas evangélicas, está llena de amor, de comprensión, de ternura para el hijo pródigo, para la oveja perdida, para "el buen samaritano", para la mujer adúltera, para la samaritana de los muchos maridos, pero que ofrece el agua al peregrino sediento y ternura para los niños. Pero Jesús, que tuvo cólera y ternura, fue principalmente un "varón de dolores". Eso es lo que trajo con la encarnación y la humanización: el dolor. No el dolor resignado que los ricos hacen creer a los pobres, sino el triste y mísero dolor de los hombres, contra el que protesta y clama: "Señor, si te es posible, aparta de mi este cáliz".

Eso es lo que hay en la vida directa y clara de Gabriela Mistral, a través de su obra, de su diálogo, de su acción transparente y de sus cartas. Allí, en ellas, encontramos la denuncia contra la falsía del amigo, contra el mal roñoso de la envidia, contra la inútil maldad de la calumnia. Tiene una aversión entrañada contra las gentes "de corazón pequeño", según el bien nombrar de Crommelynck. Y la encolerizan aquellas que cultivan el elogio de sí mismas, sin reparar en los medios para conseguirlo. Y sufre alergia a la aproximación de los "lagartos", esa fauna que los colombianos aislan, señalan y detestan, y que está constituida por los buscadores de notoriedad, que tratan de obtener apeguándose, importunando, persiguiendo a las gentes de éxito —poder, dinero o fama— en todos los sitios en donde pueden encontrarlas.

Pero en las cartas de Gabriela hay también, y en proporción muy grande, un caudaloso fluir de generosidad, que se vierte sobre gentes, obras, situaciones. Oírla hablar o leer cartas suyas en que se refiere a Don Miguel de Unamuno, por ejemplo, es asistir a una fiesta de la inteligencia pero, al propio tiempo, a una fiesta de la sensibilidad. La figura ruda, integralmente virtuosa sin pacatería del gran

vasco— el hombre de un solo amor y una sola mujer— produce un asombro sin regateos en la maestra de Elqui, que tiene una frescura espiritual muy distante de la elaborada y sabia temática del hombre de *El sentimiento trágico de la vida*, que viene de la línea San Pablo, Marco Aurelio, Pascal, Kierkegaard; mientras Gabriela está más cerca de la línea del Cristo y de los pensadores y poetas de lo humano directo.

Para Vasconcelos —el gran pensador y realizador mexicano que, infortunadamente se ha ido por caminos donde nos será imposible volverlo a encontrar— siempre tuvo Gabriela en cartas o diálogo, admiración y gratitud. Porque el desbordante ensayista de *La Raza Cósmica*, superior entonces a las pequeñas miserias de odio político que lo ahogaron después, tenía la facultad genial de ver en todas partes, a la eminencia humana, a la excelsitud del corazón o de la inteligencia, sin límites de tiempo, de raza o religión. Y así, al propio tiempo que editaba a Homero, Platón, Esquilo, Sófocles, Eurípides, buscaba el encuentro con Romain Rolland —el pacifista, el justiciero— y con Gabriela Mistral miraba a Unamuno. Y ofrecía oportunidades a Diego Rivera para que se exprese en pintura, siendo él, Vasconcelos, el verdadero creador y estimulador del muralismo mexicano, que alcanzara su cenit con la obra de José Clemente Orozco, de David Alfaro Siqueiros y del propio Diego.

Cuando Gabriela habla en sus cartas de los hombres buenos, lo hace con más cariño que cuando habla de los simplemente inteligentes. De allí que siempre, siempre, en sus cartas se refiera a Don Joaquín, al generoso viejo de Costa Rica que se interesa más por la obra de los otros que por la suya propia. Y así, en cartas sobre Arturo Capdevila, Jorge Mañach, Pedro Prado, Alfredo Palacios, César Arroyo, insiste en su pulcritud íntima, en su aseo moral, en su altura del

corazón, con el mismo o mayor fervor que al referirse a sus grandes calidades de inteligencia, a los méritos indudables de su obra.

Admirable, en grado sumo, es su fervor para apreciar la obra de escritores y poetas mujeres. Con su pausa medida en el juicio —que no excluye la generosa pasión en el elogio— Gabriela dice bellas y nobles cosas sobre Juana de Ibarbourou, a quien Alfonso Reyes nombrara inolvidablemente, Juana de América. Siente predilección por María Eugenia Vaz Ferreira, la honda y entrañada, y piensa que Marta Brunet, su compatriota chilena, es una gran escritora, una relatista de calidad. Pero creo que su mayor respeto, en el que hay ingredientes de cariño, lo mantiene para Palma Guillén, su compañera de los más dulces y los más duros trances de su vida: permanencia en Europa entre-dos-guerras, cuando todos los que la hemos querido la rodeábamos; muerte de su madre, que fue un desgarramiento que la dejó grave, entristecida; luego, en Petrópolis, el drama del muchachito que fuera más que su hijo; el Premio Nobel. En esos días, me tocó estar en Río de Janeiro, cuando Palma Guillén se iba y la gloria definitiva llegaba.

Voz segura la de Gabriela Mistral para el augurio sobre destinos humanos. Ya he contado cómo, cuando la mayor parte de sus amigos de París estaban deslumbrados por el chisporroteo de fuego de artificio de la prosa de Paul Morand, el *commis-voyageur* de la literatura, el que consideraban algunos suramericanos el primer escritor francés contemporáneo, Gabriela argumentaba en contra y sostenía opiniones diversas. Lo que no he de olvidar nunca es su fé, su admiración por Neptalí Reyes que, en aquella época, andaba por algún sitio del Extremo Oriente, y del que Gabriela hablaba con fervor. Pablo Neruda, el gran poeta del idioma, tuvo siempre —y tiene hoy más que nunca— una amiga se-

gura, que hasta hoy libra batallas por él. En alguna de sus últimas cartas, me habla, con esa forma suya, filuda y golpearadora, de algunos enemigos que, por allí, le han salido a Neruda.

La devoción más firme, en el ámbito americano, seguramente es para Alfonso Reyes. Escritor y hombre. Hoy, libra una campaña cerrada en todos los flancos, para convencer de la justicia elemental que habría en conceder al hombre de la X en la frente, el Premio Nobel que a ella, única entre los escritores suramericanos hasta hoy, le fuera concedido.

Ella, que exige al escritor, tanto o más que talento, aseo espiritual, limpieza de alma, pulcritud, ha encontrado, y con razón, en Alfonso Reyes esas categorías humanas. Porque el gran mexicano es la lección viva de eso que tanto bien nos hace: predicar la necesidad de que nuestro buen escritor sea, por sobre todo, hombre bueno, cosa que, por fortuna, es ya una verdad consoladora. Pasó el momento del escritor truhán, del escritor esbirro, del escritor vicioso. Ya la verdad —o la leyenda— del escritor sumido en la miseria cobarde de los estupefacientes —solamente pido perdones a la figura lírica de Herrera y Reissig— o del dueño de los vicios y lacras más inconfesables, está pasando a la historia, a la mala historia. La debilidad humana, siempre excusable, siempre perdonable, ha de encontrar su fortalecimiento en las esferas superiores de la inteligencia y la cultura. San Miguel de Unamuno, enrabiado, mal hablado, duro, fue el hombre más puro, más sano, más santo que hallar se puede en la vida. Y acá, en nuestra América, ya los grandes escritores no son los áulicos de los tiranos, los matasietes, los viciosos y los de vida oscura. Ya no buscan los poetas la leyenda escabrosa del gran Porfirio Barba Jacob, ni la tor-

mentosa y entregada a todos los mandones del también grande José Santos Chocano.

Al escritor americano se le pide —y el escritor americano nos complace— vida limpia en privado y en público. Vida transparente, que sea lección de inteligencia, de amor a la libertad y a la justicia. Lección ¡oh! por sobre todo de bondad.

El ensayista latinoamericano, cuya mayor expresión es justamente Alfonso Reyes, está marcando el compás en este terreno de exigir al escritor una plataforma fundamental de virtud cívica y humana. Porque si el ensayista americano se ha lanzado de cuerpo entero a la batalla del hombre y por el hombre, tiene ante todo que ser un hombre sano y libre, con respaldo moral suficiente para poder conversar del bien y la libertad con los demás hombres del mundo. Y si el novelista americano cuenta el dolor del hombre bueno, golpeado de injusticia, ha de ser justo y bueno él mismo, para que su cuento de humanidad sea atendido y respetable. Aún al poeta —al que siempre se le han concedido ciertas libertades morales y métricas—, hoy necesita ser un héroe civil, transparente ante el mundo, de cántico jubiloso o doliente, siempre dicho desde una vida pura.

Antes no le pedíamos a Shakespeare la verdad de su vida. No nos ha interesado realmente ni siquiera que exista. Acaso nos gustaba en los grandes del mundo antiguo y de los renacimientos, que tuvieran un poco de Benvenuto Cellini, de Villon, con dagas florentinas y Cortes de los Milagros. Pero empezó también, desde entonces, que Francisco de Asís o el Dante fueran —para amparar su poesía— el uno un santo y el otro un combatiente por la libertad.

Hoy, digámoslo con orgullo, la respetabilidad mayor del escritor americano, lo que realmente le está ofreciendo un sitio claro y alto en la dirección de las cosas de sus pueblos,

es su calidad humana. Es la lección de Mariátegui —San José Carlos Mariátegui—, la de Rómulo Gallegos, de Mañach y Marinello, de Germán Arciniegas, de Picón Salas, de Martínez Estrada, de Joaquín Gallegos Lara, José Rafael Bustamante, Pío Jaramillo Alvarado, de Joaquín García Monge. Y naturalmente, con la rectoría reconfortante de Gabriela Mistral, el viejo centenario Sanin Cano y la figura iluminadora de Alfonso Reyes.



Como Alfonso Reyes es mexicano —el hombre de la X en la frente— Gabriela Mistral es chilena. Con ojos y corazón agrandados para ver América en totalidad, desde las dulzuras claras de su valle de Elqui. Hasta en sus días de destierro, —nunca con decreto sino con malquerer— Gabriela pensaba todas sus horas en su Chile, tan lúcido para la ley, tan exacto para la historia, tan puro para la poesía. Y sobre todo, tan bueno para la buena fruta vegetal o humana, que ofrece uva y manzana, huaso y elquino. Es aquí cuando Gabriela halla en sus recuerdos, cielo y tierra: el valle de Elqui. Nunca nuestros pies —que no pisaron aún las rutas de Betania— han pisado la tierra del valle que produjo a Gabriela. Por eso, a todos los chilenos les hemos preguntado un poquito de impresión sobre esa tierra, como preguntaban a los cruzados de regreso, en los castillos de Aquitania o Bretaña, cómo era la tierra que hollaron los pies de Jesús. Hemos preguntado a una bella y fina mujer, Adriana Covarrubias, y ella nos ha dicho: “Elqui es un valle en tono menor, casi familiar. Modestos matorrales cooperan con el hombre en la defensa de la tierra, junto al río. Más afuera, comienzan los huertos cuajados de flores y de frutas,

ias más dulces de Chile. Pequeñas casas blancas con sus parrones de 'uva pastilla', y en el fondo del huerto las centenarias higueras, los durazneros, los 'paltos' y 'papayos'." "Los elquinos son gentes sencillas, de vida muy austera, con un profundo sentido de la economía. El elquino no gasta por gastar, sabe cuidar el centavo". — "Hay una vocación en ellos por la vida contemplativa y religiosa. No es extraño encontrar por las tardes a las familias reunidas, junto al más anciano, que lee simplemente la Biblia. Uno de estos 'pastores espirituales' espontáneos llegó a sentirse una vez un Cristo, y después de recorrer su propio valle, caminó a lo largo de Chile, llevando la Buena Nueva del 'Cristo de Elqui'." — "Tierra de sol y de flores, tierra apacible de tono menor, ambiente bíblico, así es el valle de Elqui. En esta tierra están las raíces profundas de la poesía de Gabriela".

Hemos preguntado, en lectura, a Benjamín Subercaseaux, el autor de *Chile o una loca geografía*, y él nos responde así:

"Todo es dulce en esta tierra de papayos, de chirimoyos y de lúcumas: desde las famosas pasas del Huasco, que llevan contenidas la savia del suelo y el azúcar del sol, hasta los vinos soleados de Elqui, que parecen luminosos en el cristal de las copas. Y hay los higos secos, los huesillos, los descarozados, las nueces, sustancias cálidas como la tierra, confitadas por el calor y la sequedad".

"Por algo esta región nos recuerda la Tierra Bíblica: los cabros, como en Oriente, asoman en cada risco y en cada vuelta del camino. Ahí se quedan mirándonos con sus ojos azorados, agitando sus inquietas barbillas de sátiro. Las viñas semejan a las de Jericó; la higuera evangélica muestra en todas partes su silueta atormentada y el asno de la Santa Familia recorre los caminos polvorosos con la misma manse dumbre gris y soñolienta. ¿No se ha dicho que hasta la

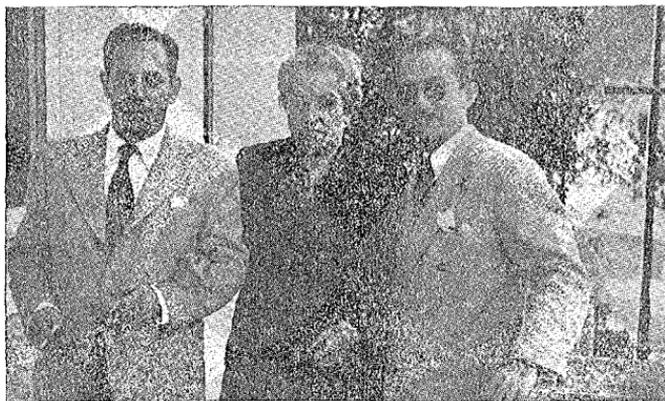
Mistral tiene un acento que recuerda a los antiguos profetas?"

Y Gabriela misma, en el prólogo que pusiera, en 1928, a mi libro *Los creadores de la Nueva América*, confiesa:

"Yo nací en valle al que le faltan yo no sé cuantos grados —pero muy pocos— para ser tropical, curiosa quebrada de Elqui, que Dios me dió para que, en la luz perfecta, yo adquiriera esta pasión del sol, con todo lo que le es añadida".

De esta quebrada en que fluye "leche y miel", por frutos y por almas, ha venido hasta el mundo Gabriela Mistral. Hecha está de esa tierra y de esc aire, que dan sabor y perfume a la flor y al fruto. Hecha está de la tierra de Chile, de la tierra de América. Ella ha venido al quehacer más noble de los hombres: darse en totalidad de obra y pensamiento, para cuidar los niños, para la realización —tantas veces conseguida— del "verso perfecto". Como aquellos que cruzaron las praderas de Canaan al paso por el mundo, ha sido profeta y pastor. Y su voz ha sido buena para el grito de dolor, como para "la palabra escondida", para el anatema y para el cantar de los cantares. Salmo y trino, improprio y parábola.

Tengo el mandato expreso de detenerme aquí. Me inclino ante el santuario. Nada de sus grandes amores y sus grandes dolores será dicho para distracción de las gentes. Otros, acaso cuando ya nos hayamos ido los de hoy, lo harán para completar las medidas de la estatua.



El autor con Gabriela Mistral, acompañados de Jorge Mañach.

CUATRO HOMBRES AMERICANOS

(Prólogo al primer libro de Benjamín Carrión, *Los Creadores de la nueva América*, publicado en París, 1928).

Este es el libro de un fervoroso, de un ecuatorial, que lleva en sí la excelencia de su clima.

¿Por qué se ha de decir tanta majadería del trópico? El trópico es el cielo verdadero, el único cielo-cielo; el trópico es la fruta óptima: piña o mango admirables; el trópico es el árbol casi humano que se llama del pan, el bananero que, él solo, puede alimentar gentes; y el río que no debiera llevar nombre, el Amazonas, cuyas cuatro sílabas hacen un horizonte de agua poderosa. Pero, nos contestan, ¿y el mosquito, y la víbora, y otras bestias que un maniqueo atribuiría a una paralela creación demoniaca? Ah, es que se pagan de algún modo esos colores, y esos olores y esas excelencias sobrenaturales de un suelo, y se muerde la pitahaya, que es la mejor púrpura, durante una vida, aceptando que alguna vez la cobra nos pruebe la sangre.

Aparte de que el trópico malo, el de la fiebre palúdica y el del cacique matón—nuestros dos descréditos mayores—va raleando o retrocediendo. Se ha de acabar el trópico del affiche odioso, que contiene alacranes, soldadesca pringosa y pereza; entonces, qué tierra de aire vegetal como para que vivan en élla los mejores hombres de este mundo!... En-

tonces, ser ecuatoriano, o peruano, o mexicano, se volverá nobleza natural—la nobleza de los frutos-tipos, de la luz robusta y del árbol ejemplar—y habrá venido a menos ser alemán o inglés o sueco, hombres de tierras desabridas, echadas a perder a la larga por los placeres químicos.

Nadie se admire que sea una mujer de un país llamado frío quien hace esta alabanza de la tierra caliente. Yo nací en valle al que faltan yo no sé cuantos grados—pero muy pocos—para ser tropical, curiosa quebrada de Elqui que Dios me dió para que, en la luz perfecta, yo adquiriera esta pasión del sol con todo lo que le es añadido.

Benjamín Carrión es abogado y periodista en ejercicio. El último oficio se le siente en el estilo vivo, no tocado, en ningún período, de inercia; en la agilidad lozana. Ha dictado cátedras de Derecho y de Historia. El profesorado no alcanzó a enfriarle el interés humano que calienta estas biografías.

Entre nosotros el gusto de la historia comienza tarde, lo que viene a resultarnos un daño, porque escrita por viejos la historia americana—muy honrada en la investigación, muy escrupulosamente escrita—no contiene el dinamismo feliz que aquí en Francia le diera un Michelet. De Carrión puede esperarse que con sus cualidades de pasión rejuvenezca el género y que se fije en él. La buena fortuna de estos excelentes ensayos puede decidirlo a continuarlos. Porque no están aquí todos los maestros de América. Le faltan un Nelson, un Vaz Ferreira, un Caso, un Henríquez Ureña, un Varona, un Lugones, un Rojas, un Belaúnde, un Palacios, un Nieto Caballero y los demás colombianos y no sé cuantos otros para completar la serie de hombres que ejercen influencia en la juventud de América.

Benjamín Carrión ha escrito, antes que el libro de poemas a que todos los sudamericanos nos sentimos obligados,

un elogio de otros hombres, de almas ajenas que le han urgido más que la suya propia con su mensaje, y nos presenta aquí cuatro cifras de americanos en grande. El piensa ya a nuestra América en unidad y no se le ocurre el prejuicio de que está alabando a extraños. Gente bien suya ha cogido y la presenta a los regionalistas, para que tomen legítima posesión de ellos: un mexicano, un peruano, un argentino, un boliviano.

Carrión ha escrito estas biografías o comentarios de maestros, para cuantos jóvenes en la América no tendrán la dicha de ver nunca, sobre la misma tarima de su aula, sentarse a estos cuatro directores a hablarles de los problemas de su raza. El porvenir *inmediato* de nosotros es harto feo y cuando decimos palabras soleadas de confianza, no hablamos ni de 1930 ni de 1940, por cierto. Los jefes de nuestros pueblos, para que la espina de agave de una crítica no les punce los costados, se desprenden directa o indirectamente de maestros tan honrados como molestos.

Hay entre los cuatro biografiados de Carrión a lo menos dos cuya residencia en Europa no es voluntaria ni ha de resultarles dichosa. Por derecho deberían hallarse en la Secretaría de Educación de sus países, haciendo todo lo que pueden, que es mucho, curando la raza con el libro y formando en la conferencia su conciencia civil, volviendo justo al blanco, laborioso al mestizo y organizado al indio. Se dirá: "Pero si no se los ha desterrado". Y es cierto, si se llama destierro al boleto de tercera clase que lleva un guardián "del orden", junto con una hoja de papel duro con sellos coloreados. Ah, pero hay los otros destierros: el cerco de fuego—de ofensas—el de arena—de aislamiento— que se hace a un hombre en torno de su casa para exasperarlo, obligándole a mudar de suelo contra la voluntad de sus ojos que tienen

costumbre de un paisaje, y de su mente que no gusta sino rondar los intereses de su pueblo.

Cuando Manuel Ugarte recibe en Niza a otro de estos desterrados sin decreto, le dice: "¡Ah, usted también! ¡Pero si están llegando todos, uno por uno!".

Y yo suelo esperar, en París, en Florencia o en Marsella, el encuentro en un café, de los que faltan, García Monge, Varona, los demás, que usan de su lengua para lo único que ella sirve: decir la verdad todos los días, cuando la mañana sube limpia y suave para ayudarnos al bien.

No hay como nuestro continente para malgastar a sus mejores hombres. La materia prima preciosa, llámese goma de caucho o cacao, la vende por nada, y al individuo lo arroja como resaca, hacia Europa o Estados Unidos. Así perdió Chile un Tancredo Pinochet, un Ernesto Montenegro, un Carlos Vicuña, un Loyola y un Torres Rioseco; así Costa Rica ha prestado a Brenes Mesén.

Es a los jóvenes a quienes se roban estas fuerzas morales. Ellos crecerán oyendo hablar como de mitos de su Alcides Arguedas, por ejemplo, y no verán su cara nunca. Ellos llegarán a pensar que es natural como que la caña crezca, que el escritor civil viva en otro país, y que Martí, el santo, dió el tipo de un destino lógicamente desgraciado: el del madurador anticipado—y castigado—de las conciencias.

Benjamín Carrión no quiere que los jóvenes pierdan a sus directores naturales. Y como en la América se niega en grande, él ha usado en su modo de biografía un tono de diti-rambo que a algunos no gustará talvez. Está bien: yo que he celebrado la justeza nunca ganada por el arrebató en Alfonso Reyes, tengo que alabar aquí a un diferente suyo: el fervoroso. A otro género, otro gesto. Carrión no ejerce la pedagogía, esa profesión de cabeza helada, y en la que la mano

atenta maneja una balanza menuda como para pesar diamantes. El busca ser *provocador de entusiasmos*, y se halla generosamente dotado para recibir el choque del bien; no puede aceptar que se le quede en el cuerpo leal la vibración maravillosa, y da la mano como el niño en la ronda a los otros, a fin de que la electricidad de lo óptimo llegue entera hasta el último.

Sus admiraciones le nacen cabales, y él no las echa a perder con un análisis demasiado sostenido en el ojo. Está construído para admirar—que es construcción para el gozo— y usa ese don, que otros se tuercen y acaban por estropearse, como el delfín y el buen nadador se deleitan largamente en el agua marina. Su elemento es ese y él lo disfruta.

Su estilo cae en el orden que apellidaremos “martiano” de Martí, que usó de este mismo desenfreno santo de admirar. Otro orden nos creó Rodó, el profesor, y a él pertenecen los críticos buenos que han venido después. Otro orden, el de la inteligencia evangelizada, nos está haciendo Capdevila. Los imaginativos y los emocionados nos quedamos con Martí por patrón, y yo se lo regalo gustosamente a este Benjamín Carrión, que se sentirá contento de seguir la huella que casi quema, del “Arcángel cubano”.

Vasconcelos, que recibe aquí un regalo de fervor, acaba de maltratar al entusiasmo en un artículo, diciendo que es “la epilepsia de la América, que promete y nada consume, por atarantada e insensata”. Yo entiendo su rencor aunque no se lo justifique. El ha visto lo fácil y lo abundante que es el entusiasmo en la América nuestra, cubierta de él como de hierba loca; le conoce las fallas y ya le desconfía. Pero en una raza sin voluntad, en la cual el entusiasmo viene a ser el primo-hermano de ella, lo que más se le parece, ¿qué haría el mismo Vasconcelos si se nos acabara? El entusiasmo co-

mienza en el corazón, gana los sesos y pasa a las manos. El lo ha visto como la llamarada del vino quedarse en la lengua y no llegar a las resoluciones. Paciencia. Ya nos mezclaremos con gente del Norte —del Norte europeo— y seremos lo que él busca: prometedores y pagadores por igual, concebidores y padres de las acciones. Entre tanto, mientras la Argentina mezclada convence a los países abúlicos y lentos de su manera de salvación, aceptemos este entusiasmo aspirante a la voluntad, que por lo menos en el cortejo de novio que le hace puede ser ganado por ella.

El entusiasmo de Carrión no jura con los ojos cerrados. Ha visto, recogió documentos para sus ensayos, analiza y cuenta. Y posee la cualidad rara en nosotros de aceptar virtudes diferentes y ofrecerlas con el mismo contentamiento: García Calderón es casi un reverso de Vasconcelos; Arguedas tiene poca relación con Ugarte. Esta flexibilidad en una mente de joven, y de sudamericano, es preciosa. Allá nos sentimos obligados a desdeñar a Darío si estamos con Whitman, o a rebajar a Reyes si amamos a Vasconcelos. Puro resabio de guerrilla, pura sangre caliente que necesita cada vez que juzga un zócalo en que poner la ofrenda al dios y otro en que descansar su carga de odio. Yo celebro el alma aseada de malquerencia que de tarde en tarde nos suele aparecer, y que es la de este Benjamín Carrión, que acepta en dos horas seguidas la lección fría de Francisco García Calderón y la violenta de Vasconcelos. El se acuerda de que nuestros pueblos se hicieron por un San Miguel, que fué Bolívar, y por un gaucho malicioso, ultra-sensato, con lenguaje sin metáforas y ojo desconfiado que era el de Cuyo. El da prueba aquí de que un mismo trabajo se cumple por obreros distintos o, como diría un católico, que puede irse al cielo por San Pablo como por San Pedro.

Se hará quizás a Carrión el reparo de que ha usado la palabra "maestro" en un sentido demasiado amplio. Ugarte quedaría fuera del concepto, si se la usa en un sentido estrictamente didáctico. Sin embargo, lo que ha enseñado Ugarte es, precisamente, lo primero que ha de enseñar a un niño americano un hombre maduro: que estamos perdiendo la América, jalón por jalón, y que un día nos despertaremos de nuestra confianza perezosa sabiendo que las palabras "Chile", "México" o "Nicaragua", ya no son sino nombres geográficos y no políticos, que señalan grados de latitud y de longitud, frutos y maderas diferenciados y una sola colonia no más de Nueva York. Maestros otros, que enseñen su predicado, su binomio y su San Martín, y que no sepan esto, han cumplido insensatamente su oficio. Manuel Ugarte eligió un magisterio americano, el más formidable. Dijo a tiempo su zozobra; no se le hizo caso; siguió hablando, y empezó a oírsele con una atención vaga; lleva más de diez años de prédica ejemplar y ahora todos—excepto los que entienden y hacen que no entienden—sabemos que ni exageró ni anticipó. Ugarte se levantó temprano con su verdad y le corresponde toda una gloria por su ojo fiel y su celo de vigía sin paga, lleno de buena voluntad. Esa gloria le ha crecido con nuestra desgracia en los últimos años y Carrión ha sabido fijarla en su libro.

Está largamente contada aquí la odisea educacional de Vasconcelos, que anda desmadejada en artículos de los que no se recibe una impresión de conjunto. Todo eso—y más que eso—hizo el hombre bueno y fuerte en su meseta, durante el parpadeo de tiempo que son cuatro años. Enseñar al niño mejicano a que lea, cultive su suelo de milagro, cree sus oficios, aborrezca la tiranía, sea el que sea el seudónimo que ella adopte, entienda el cristianismo, y acabe en un hombre

más completo que el del otro lado, con quien se ha de medir tarde o temprano. El que su obra haya fracasado, como dice M. René Richard, si fuese verdadero, no disminuiría un diámetro de arena a su trabajo en que puso todas sus potencias. Pero no ha fracasado; sus escuelas siguen vivas, su ejemplo camina por la América de noche y de día, ya sea que se le nombre o que se le calle, en las instituciones que se levantan y que son un calco de las suyas.

Alguno discutirá también el "magisterio" de Arguedas. Muchos se quedaron sin leer el libro temerariamente justo que se llama "Pueblo enfermo" y del que es necesario hacer una nueva edición. Hombre del país que dá el árbol de la quina, Arguedas quiso curar con amargo saludable las fiebres de su patria. Sacrificó a la empresa amigos, situación y todo. No puede decirse tampoco de él que haya fracasado. El destino de semejantes libros es irregular. Se sumen un tiempo—mejor dicho se los sumerge—en la hostilidad colectiva o en el desdén cómodo, y parece que no hubieran servido sino de corona de espinas al hombre probo que los escribió. Pero un buen día suben a la superficie, enteros y vivos, a adoctrinar, a precisar los males, a ofrecer los remedios, y queda así probado la calidad de Lázaro de cualquier verdad, que no consiente en morirse derrotada sino cuando más en adormecerse tres días de historia que son días largos.

La calidad de maestro en grande de Francisco García Calderón, es indiscutible. El correo de Europa no lleva a Lima y Buenos Aires mejor información que la suya de la cultura y la política del viejo continente, ni doctrina dada con más "raza" en el estilo. Su "Alemania", que acaba de aparecer, clavará su reputación de coordinador del suceso europeo, de logrador de las mejores síntesis. Habría que hacer leer este libro a cada joven americano con interés serio

de cultura, porque él significa, aparte del asunto máximo, la obra madura de un hombre nuestro superiorísimo a la manera de Rodó—heredero efectivo y quizás el único del uruguayo—. Honrar a Francisco García Calderón, además, ¿no viene a ser consolarnos de nuestras calamidades morales y cogernos al caso suyo como a un ancla de oro? Porque, yo me digo, oyéndolo o leyéndolo, continuamente: que nos nazca uno de esta pasta en cada país, y la juventud sabrá donde sustentarse de ejemplo y donde conocer el éxito cabal y honesto, alcanzado a pura probidad, a puro esfuerzo sin quebradura y diamantina conciencia de ciudadano.

Porque nuestras juventudes viven en medio de la sugestión que les dan sus ambientes donde el éxito, de cualquier índole, ni es legítimo a veces ni viene de fuentes claras y puede llegar el día en que se le vuelvan expresiones sinónimas éxito y deshonestidad, éxito y compadrazgo con el mal organizado.

Si Carrión hubiese apellidado sus ensayos según el consejo de Diez Canedo a Donoso, él encabezara así el capítulo de este: Francisco García Calderón o el Caballero de las letras indo-españolas.

Gabriela Mistral.

París, 1927.

CORRESPONDENCIA

Desde el año 1927 —por espacio de treinta años— se mantuvo una frecuente correspondencia entre Gabriela Mistral y Benjamín Carrión. Se inicia en Europa, cuando Gabriela —entonces “desterrada sin decreto”— cumplía funciones del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones y colaboraba en periódicos de América y Europa. Temporada fecunda, en la que el gran escritor y gran poeta que es Gabriela, recorrió los mejores caminos del pensamiento, de la historia y, muy especialmente, de la vieja tierra europea, cargada de humanidad y de enseñanzas.

Gabriela, la Maestra, aprendió entonces mucho. En las viejas piedras, en la plática con hombres de todos los lugares, en la indagación humilde, cariñosa, casi infantil, de viejas sabidurías, de oficios, de costumbres. Buscaba hombres buenos, gente sencilla, corazones anchos de piedad y comprensión. De allí que de todo lo que se nos haya dicho —por ella o por cualquier otra gente— nos llene de viva satisfacción y —¿por qué no decirlo?— de orgullo, su párrafo final de la carta que nos escribiera desde Bedarrides, en Provenza, el 29 de octubre de 1930 y que repetimos aquí:

“Ud. es, Carrión, una de mis pocas adquisiciones morales de estos años de Europa. Se lo digo al alejarme un poco de Ud. Tela bella de amigo, brocado de amigo, gracias por ello, que de estos gozos escasos se va viviendo.”

Es de entonces su encantadora resolución de quedarse a vivir para siempre en Provenza, la tierra de las cigarras, los olivos y Messer Frédéric Mistral, en Bedarrides, cerquita

de Avignon-de-los-Papas. Y el episodio aquel de la compra de la casita, que era como la Abadía de Pontigny para André Gide: el lugar hasta donde todos íbamos a buscarla para que, dentro de esa impresión de ambiente espiritual que sólo ella sabía dar, conversáramos de todas las cosas “divinas y humanas”, de artes, de letras, de ciudades y, sobre todo, de hombres...

Es en aquella época en que su corazón maternal, por ayudar a las gentes, la lleva a hacerse cargo del niño aquel —el “escuincle” de los primeros años— que había de causarle el más grande dolor cuando la tragedia de Petrópolis, que derrotó su vida —“des-rutó”, que diría Unamuno— hacia el despeñadero de una amargura sin consuelo.

Es en aquella época en que su corazón filial, recibió en ausencia —como lo recibiéramos nosotros— el gran golpe que nos separa a cercén de las raíces de la tierra: la noticia de la muerte de la madre: “*Mi pena definitiva, la tajadura de lo único que era mío en este mundo, Carrión...*”

Luego, Nueva York. De allí otras cartas, muchas. Con gran generosidad para las gentes, pero también con gran dureza para fustigar a quienes consideraba en el mal camino de la traición, de la deslealtad para sus ideales, para las gentes a quienes ella quería. Es de esa época su gran preocupación por Vasconcelos, desterrado, ahuyentado más bien, por la política y la amargura. Gabriela se empeña por ayudarlo, como por ayudar a muchas gentes que, desafortunadamente, no siempre supieron pagarle con gratitud o, por lo menos, con respeto.

Y habla, en casi todas las cartas, con entusiasmo, de escritores de América, sobre todo: Jorge Mañach, Torres Riosco, Capdevila, Arévalo Martínez, Torres Bodet, Marta Brunet, Alberto Hidalgo, Alberto Guillén, José Carlos Mariátegui, García Monge, Ricardo Arenales —una de las trans-

migraciones de Porfirio Barba Jacob— Rafael Maya, Xavier Villaurrutia y, naturalmente, Carlos Pellicer, amigo que frecuentábamos en ese tiempo con asiduidad extraordinaria, y que iba a París, para de allí pasar a Palestina o a Asis de San Francisco, y dirigirle a Gabriela desde allí —él, cantor fervoroso de Bolívar— aquel telegrama célebre: “¡Muera Bolívar!”.

Sus admiraciones principales, sin duda, son Alfonso Reyes y Pablo Neruda. Ya en 1930 —cuando el poeta del CANTO GENERAL apenas tendría unos veinte años pasados— Gabriela dice lo siguiente en su carta de 3 de febrero, al sugerirme nombres para una posible continuación de mi serie MAPA DE AMERICA: “*Por Chile, naturalmente Pablo Neruda, de quien sólo tengo un libro de segundo orden. Es lo mejor nuestro en la poesía actual. Cónsul de Chile en Indochina. ¿Saigón se llama eso? No recuerdo. Escribirle; saludarle por mí también. Gran temperamento y forma madura.*”

Admiraba y quería mucho a Teresa de la Parra. En la gran novelista veía —para ella era siempre eso lo primero— esa elevación espiritual, esa nobilísima *calidad humana*, esa generosidad en lo grande, que hacían de la autora de MEMORIAS DE MAMA BLANCA, una de las más bellas figuras de la literatura hispanoamericana. Quería también mucho a Juana de Ibarborou, María Eugenia Vaz Ferreira, las escritoras y poetas del Plata —ambas orillas— en general. Nunca una expresión celosa por la fama o el prestigio de ninguna mujer escritora. La mano tendida para todas, y la voz —su voz— siempre lista para la generosa alabanza.

Lo de Alfonso Reyes es de persistencia admirable. Pues mientras cree que Pablo Neruda es nuestro mejor poeta, proclama a Reyes, desde entonces hasta hoy, en treinta años de diálogo, como al más completo, total escritor de lengua es-

pañola de la época actual. No sólo para la consagración oficial del Premio Nobel, en cuyas alturas se encuentra hasta hoy Gabriela solitaria, sin ninguna compañía hispanoamericana, sino para la afirmación desinteresada de precedencias, en este caso indiscutibles. En las cartas últimas, esta obsesión de Gabriela es aún más férvida. Ya con ella nos hemos indignado del poco aprecio que se tiene en Europa de los valores de la joven América de habla española o portuguesa. Y con ella también nos hemos puesto de acuerdo en esto de Alfonso Reyes, maestro de ensayistas, escritor cabal, hombre de cultura completa y humanista él sí, en el sentido grande. No sólo por haber hecho traducciones del griego y del latín, como creen todavía nuestros distribuidores de genialidad.

En esta correspondencia —que es unilateral, o sea lo que Gabriela escribe al autor de este libro— suprimimos todo aquello que, por tener carácter confidencial o íntimo, no debe publicarse. Igualmente, ponemos una inicial cualquiera —X, Y o Z— cuando se hacen citas de personas no bien aludidas por Gabriela; cosa muy frecuente en una persona tan sincera y tratándose de una amistad tan profunda como la que siempre ha dispensado al autor de este libro.

Reproducimos en facsímil algunas partes singularmente reveladoras del espíritu de Gabriela y, sobre todo, características de su caligrafía y manera de escribir. Guardamos íntegras algunas cartas exclusivamente destinadas a problemas de índole privada. Y, si alguna referencia a estos asuntos se pasa en las cartas reproducidas, es por la imposibilidad de mutilarlas sin quitarles espíritu.

Gabriela, la de los *Oficios*, los *Recados*, la de la prosa espontánea, fuerte y bondadosa a la vez, nos muestra alguna de sus facetas en esta correspondencia, que solamente la publicamos en homenaje a una de las grandes amistades que hemos cultivado en la vida. Grande y noble, generosa y sencilla.

B. C.

CARTAS DE GABRIELA MISTRAL A BENJAMIN CARRION, 1927-1955

]

Distinguido amigo Carrión: Con mucho gusto, pero con mucho gusto haré lo que me pide para su libro. No se extraña ni ahora ni en lo sucesivo por mis tardanzas y mis silencios; cuando viajo, se me barbariza la vida y casi no escribo cartas.

He leído sus originales casi todos; sólo me falta la mitad del Arguedas, celebrando a cada paso la creación de entusiasmo que hace usted en torno de sus biografiados. No quiero decirle que usted los invente, sino que su potencia extraordinaria de entusiasmo los crea verdaderamente. Yo he admirado siempre la capacidad de admiración, que es para mí signo inequívoco de buena raza, de vida espiritual meridiana y de limpieza de sangre. Usted tiene talento, pero sobre todo usted posee un fervor que quiera Dios guardarle entero. Su pensamiento coincide con el mío página a página; nuestras diferencias son muy escasas, son productos más que todo de edades. Cinco años, por ejemplo, dividen a las gentes de la misma alma y la misma mente, por las gotas inevitables de escepticismo que han deslizado por el descenso de la presión de la sangre en las venas... El mundo tal vez no se divida sino en jóvenes y artríticos...

Mucho me halaga y me honra el deseo de su compañera de que yo ponga mi mano sobre su hijita. Vuelvo a París a comienzos de octubre; creo que entonces podrían ustedes acercarse a nosotros con más facilidad que nosotros a ustedes, porque como voy a darle tan poco tiempo a París —dos

estaciones no enteras, las únicas de clima decente— tal vez no pueda dejar París por el Havre, como sería mi deseo.

Salúdeme a su señora; dígame que voy conociendo un Ecuador insospechado al que ya me apego y al que ella pertenece, que seremos si Dios lo quiere, buenas amigas.

Paso por alto sus palabras de humildad casi frenética. Soy yo quien debe dudar de hacerle un prólogo, porque su género es casi nuevo para mí y porque su libro de pensamiento habría llevado más lógicamente prólogo de un pensador, de Zaldumbide u otro.

Así, pues, usted me da honra, con un optimismo loco acerca de mí. Muchas gracias.

Le recomiendo para el futuro leer la obra del pedagogo y filósofo uruguayo demasiado olvidado, Vaz Ferrreira. También la del peruano Iberico Rodríguez. El primero es todo un maestro hecho y derecho, sólido y puro. El otro es muy joven. Está de paso en París y usted puede pedir su dirección al profesor Belaunde, 9, Galilee, París. Vale la pena que lo conozca y lo trate. Y no olvide Ud. a Caso, maestro en grande, gran universitario.

Mi compañera le recuerda siempre conmigo como uno de los hispanoamericanos más limpios y valiosos que pasaron por nuestra casa de Fontainebleau.

Estoy mucho mejor de salud, alegre de sol, alegre de mar, con humores buenos, ganas de leer y de escribir.

Un cariñoso saludo de su amiga, y que cuente con ese prólogo.

Pertuis, ag. 27.

Gabriela

Escribir siempre al "American Express, Marseille".

NOTA.—Después de una gratísima temporada de iniciación amistosa, en que vimos con gran frecuencia a Gabriela en una linda casita semicampestre en Fontainebleau —a pocos minutos de París—, en la que vivía en la compañía de su gran amiga Palma Guillén, intelectual mexicana de alta formación universitaria, le pedimos el prólogo para nuestro primer libro, *Los Creadores de la Nueva América*, colección de ensayos sobre figuras americanas que conociera casi siempre "en torno a Gabriela". La carta que antecede es la respuesta a



Please send this to the
Paris de l'Institut International
V

Cari di Laura,
Cura de Laura,
Italia.

Telephone: 20576 | 25 55
26 72
Radio-Telegraph: INTELLECT-PARIS

Paris (10^e), 8, Rue de Montparnasse (Palais-Royal)

SECTION DES RELATIONS EXTERIEURES
LITERARY RELATIONS SECTION

Le

(12)

Mi querido compadre: Recí-
bo su libro y sobre él le escribiré
desde Italia. Me voy a vivir un
año, D. U., cerca de Rapallo, en
un lugar aligado, una hora de fe-
rrocarril.

Me da mucha pena irme
sin verlo. Casi no me da pena
perder la ocasión de ver a
Luchmanel. Admiradísimo es
también el caballo de esta ragazza
el orden de la inteligencia, sus
creyendo que son la filosofía
mundo en el orden de la anti-
tud, en la pista de los errores.
Y ya no me apena, conocer a
ninguno! Un día conversaré
recuerdo sobre este asunto, y luego.

Me temo en este tiempo
además de mi pena defici-
tina, de la tapadura de los
nidos que ha sido, en este
momento Carrione, otros enfi-
mientos grandes. Meas, he
de luchar y de la continuación
Algun día conversaremos todo
esto, que es también luego.

ese pedido. Es una carta bella de calidad humana, de generosidad, de alegría, en la que se pinta de cuerpo entero la Gabriela de siempre.

En ella comienza a señalar figuras americanas para una segunda serie de "Creadores". En esta vez, su segura capacidad crítica, señala tres filósofos: el uruguayo Vaz Ferreira, el peruano Mariano Iberico y el mexicano Antonio Caso, ya fallecido. Los tres, cifras muy altas del pensamiento americano, que desde entonces crecieron en obra y en prestigio.

2

14 Nov. 1927

Querido amigo Carrión:

Ya sabe usted como París dispersa y desordena. Perdono la respuesta tardía.

El prólogo tenía unos tres errores graves. Ay, el manuscrito era horrible! Ya lo devolví al editor.

Seguiremos usted y yo en la incógnita del Sr. V. A mí me ha colmado de proyectos pero nada sólido, nada que nos convenza, veo aún. A fines del año ya empezaremos a *saber un poco*.

Creo que Ud. volverá pronto a París. Hablaremos.

Su libro generoso, tan lleno de nobleza, merecía uno muy superior a ese prólogo que Ud. agradece porque es humilde. No hay ninguna cosa que agradecer, amigo mío.

Un saludo a su compañera, un beso a su chico. Y para usted mi leal aprecio.

Gabriela

3

Muy querido amigo:

Le debo mi eterna petición de perdones. Escribí la carta a Canedo y... la dejé con otras dos en un libro, donde la

encontré un mes después. Se la enviaré a Canedo con la explicación. Sé que andan en Avila, por una tarjeta de su mujer. Usted perdóneme; mi memoria es de niño tonto.

Sobre Duhamel: Yo creo ir a Vichy por 15 días. Sigo mal de riñón e intestino. Voy con el estudiante mexicano, en ese caso y a juntarme allá con una familia de P. Rico. No creo pasar a París. No iré hasta fines de julio o hacia agosto a una sesión del Inst. nuevamente.

Mucho recuerdo a su señora, que me gustó tanto: es muy inteligente en su silencio caliente de comprensión, es buena y generosa. Dígale, pues, que la quiero mucho.

Un abrazo. Gabr.

Día de Pent. Fiesta del Esp. Santo. 20 mayo. (1.927)

NOTA.—Cuando mi primer viaje a Madrid, Gabriela me ofreció una carta de presentación para su querido amigo el gran escritor, crítico literario y artístico, Enrique Díez Canedo, que después fuera muy buen amigo mío igualmente. Olvidó la carta, pero yo le entregué el recado oral, y Canedo me dió su primera cita en el café madrileñísimo "La Granja El Henar", a las tres y media de la madrugada.

Se refiere también a la visita que debíamos hacer Gabriela y yo a Georges Duhamel, con carta de presentación que me enviara para los dos Don Miguel de Unamuno. Esta carta del maestro, manuscrita en francés, se halla publicada en facsímil en *San Miguel de Unamuno*, primer libro nuestro de la serie *Los Santos del Espiritu*.

El "estudiante mexicano", es Andrés Iduarte, el admirable escritor.

4

Mi distinguido amigo B. Carrión: Ya estoy en París y como es posible que no quede aquí mucho tiempo, porque

quiero pasar a Berlín, le pido decirme hoy mismo dónde podrá hacerse la confirmación de la niña, si en el Havre o en París. Si es allá iré gustosamente; indíqueme día preciso, porque mi tiempo es escasísimo, a causa del trabajo que me he encontrado en el Instituto. Conseguí los fondos de la Argentina para los volúmenes respectivos de la colección y debo dejar eso finiquitado. No necesito decirle cómo me conmueve la elección que en su pobre compañera ha hecho usted para cristianizar a su niña. Dígale a su esposa en cuanto estimo este signo precioso de amistad y de aprecio, y con qué alegría lo acogo.

Si viene a París a buscarme —ojalá así sea— tráigame unos 10 o 15 libros, para que los mandemos a amigos míos de América.

Un gran saludo para usted y su esposa de

Gabriela

16 de junio. Dirección para escribir, al Instituto, 2 rue Montpensier; para venir a buscarme,

estoy en el Hotel Montpensier que Ud. conoce, frente casi al Inst. En este (el Inst) me halla de 4 a 5 1/2 P.M.

12 rue Richelieu (Hotel)

2 rue Montpensier (Inst)

5

Mi amigo M. Carrión: Creo que hay, entre su primera carta y la que hoy leo, otra, que hace un hueco. Porque en la última me habla usted como de cosa consabida, de una colección de libros que llevarían mi nombre, como nombre de serie y yo no sabía nada de esto. Por la carta del señor Vuillermoz, conozco más detalles: sería un libro pequeño, de índole económica, y usted tendría la dirección de ellos. Me parece muy bien que usted tenga ocasión espléndida de servir intereses de cultura de nuestras tierras; me parece

HOTEL MILANO TERMINUS

PRÈS DE LA GARE - VIA CERRETTANI

MÊME MAISON

HOTEL MAJESTIC - NOUVEAU 1^{ER} ORDRE

HOTEL METROPOLE PENSION

E. MENGIARDI - PROP.

FLORENCE

"Querido compa^ñera,
Los recuerdo en la
mas preciosa ciu-
dad de este mundo,
en Florencia.

Recibi tu carta.
Mil gracias. Me inqui-
taba un poco en silen-
cio.

Así, mi amigo; yo
vuelvo a la América
en cuanto lo permitan
la situación de Chile.
Yo tengo a mi esposa,
mis hijos, los fuer-
te con mi trabajo. Pero
después de enseñar en
Europa, en paz, al
margen de los odios
de allá, que arrastran
a los viejos luchadores.
Teo puede ser lo
mismo en esa carta
de la Princesa que

muy bien que usted, que es tan sano de alma, pueda dirigir, elegir y trabajar por nuestros pueblos, al margen de la política y del oficialismo.

Habla el señor Vuillermoz de un librito que se vendería a una peseta. Tendría que ser muy pequeño, para eso. No está demás hacerle esta observación de psicología librera nuestra: el libro entre nosotros puede ser de pocas páginas, de poca lectura, bien espaciado de líneas, pero no demasiado reducido de formato. Se paga mal o se quiere pagar mal, mejor dicho, el pequeño libro, aunque esté cargado de letras, de material. Una peseta es demasiado poco; hay que decir a nuestro Editor que el librero allá cobra lo que ha dejado de cobrar el Editor y que el libro barato no puede existir, por ellos, por voluntad suya. Estaría bien peseta y media o dos pesetas. La presentación de buen gusto, con cierta originalidad, importa mucho, hasta hay cierto snobismo de la tipografía que hace fácilmente vendible el libro pintoresco o de buen gusto exterior.

Por encima de todo, mi amigo, tener corazón firme —un poco duro— para la verdadera lujuria del libro que ya se siente hacia la América, y velar mucho, pero mucho por el prestigio literario de la colección, evitando escrupulosamente los compromisos de amigos. Se ha caído en una falta de respeto enorme por el libro, y se publica cuanto se escribe, lo cual es una vanidad y una calamidad, además . . .

Dice el señor Vuillermoz que la colección sería de prosa y verso. Yo me permitiría aconsejarle un libro de versos por tres de prosa. Sería modo de estimular los géneros respetables, desdeñados allá *por pereza*, la novela con asunto americano, el cuento especialmente, la biografía, la descripción de viajes, la historia, etc. Lloverán los poetas; abrir la puerta a los que efectivamente valen, que son muy pocos. Un género muy recomendable son las lecturas populares, para obreros y maestros. La de niños es importantísima.

Usted me habla de un libro mío. Yo tengo unos tres a medio acabar, pero no puedo darle uno inmediatamente, como usted querría y como lo desea, con su buen afecto para mí el señor Vuillermoz. Las poesías infantiles están editadas por Calleja, con un fuerte contrato que no me permite publicarlas en parte alguna que no sea allí, para las ediciones

futuras. Con el nombre de TERNURA, ellos las publicaron en una edición de lujo, cara y mal repartida. Me pagaron por ella y el libro de LECTURA PARA MUJERES una buena suma, en momentos en que yo necesitaba dinero.

Yo agradezco al Editor su proposición para mí, en la que siento su esfuerzo amistoso en mi favor y procuraré darle el año próximo un volumen en las condiciones que me ofrece a través de usted. No sé cuál sea, si unos MOTIVOS FRANCISCANOS, si las ESTAMPAS completas, si los ELOGIOS DE LAS MATERAS o una selección de artículos, fácil de hacer en el conjunto de cien que habrá luego. Para todo esto necesito tiempo de elección y no podrá ser antes del año próximo. Entre esos artículos hay viajes y cosas diversas algunas hechas con cuidado.

Yo tengo mucha simpatía por este Editor caballeroso que es él, y que sale del molde de los de su oficio; me parece con los Calleja, lo mejor que he tratado y cada vez que hay ocasión lo recomiendo calurosamente a los amigos.

Mi percha para escribir cartas hace que deje algunos datos sin mandárselos. Aquí va uno, por el momento: viene a París don Pedro de Alba, senador mexicano y escritor, que ha publicado una excelente vida del Padre las Casas y que ha hecho otros trabajos históricos. No sé si está ya en París. El puede preguntarlo a la Legación. Hombre fino y cabal, servirá para entrar en relaciones con la Editorial, que podría hacerle sus demás obras.

Vamos a la colección, nuevamente. Acaso se consiguiera de Capdevila algo. Significa mucho Capdevila, como escritor, como poeta, como hombre limpio, y un volumen suyo honraría, sin lugar común, la serie. Pero las editoriales argentinas pagan bien en relación con Europa, y sólo por un sacrificio económico, nos daría un libro suyo.

Tengo yo para el señor Vuillermoz una cosa espléndida que le remito a usted, para que se la haga llegar. R. Arévalo Martínez quiere que se haga en París un sólo volumen con ese maravilloso cuento EL HOMBRE QUE PARECIA UN CABALLO y las bellas prosas que le siguen y con el libro de poemas único que ha hecho. Se trata del primer escritor centroamericano, sin ninguna duda. Yo quería que él hiciese por cuenta suya la edición en París América. Me

dice que no tiene dinero. Ahora yo le propondría al señor Vuillermoz que haga la edición, ya sea separada o en conjunto, de verso y prosa y que pague al autor en ejemplares, reservándole, por ejemplo, la venta en toda Centro América. En los demás países el libro se venderá, pues A. M. es autor muy conocido, aunque se le estima menos de lo que vale, pues vale muchísimo. Pídale usted a nuestro Editor una o varias proposiciones; dígalc que yo le aprecio profundamente, hasta el punto de pensar en hacer economías para costearle la edición, si no sale por otros medios. Puede él escribirle a la Biblioteca Nacional de Guatemala, de la cual es hoy día Director; le servirá como corresponsal, si él quiere y le dará los informes que necesite sobre el mercado de libro en su país. Yo le ruego que le proporcione las mejores condiciones y que no vea en él a un principiante, pues tendrá en sus manos a un escritor formado.

Van por certificado los dos libros, casi inencontrables, y que le encarezco guardarme. Yo debo hacer su prólogo, con calma y honradez, a pedido suyo, que mucho me satisface.

Usted querrá que le ofrezca para la colección cosas de Chile. No he recibido respuesta de Pedro Prado sobre un librito suyo que quería Miomandre traducir al francés y que yo deseaba ver publicado por la Edit. nuestra: LA REINA DE RAPA NUI, cuento largo sobre una india de la Isla de Pascua, asunto exótico y precioso. Vuelvo a escribirle a Bogotá, a donde se ha ido.

Talvez podamos disponer de un librito pequeño de la cuentista chilena Marta Brunet, poco conocida y regionalista de buena cepa, de un libro de versos de Pablo Neruda, nuestro mejor poeta nuevo, si es que accede a que se le haga una selección, pues hoy no escribe sino futurismos que no se venden ni se leen. Ha pasado por París hacia la Indo-China o cosa parecida... Barrios cobra mucho por sus libros y no contaríamos con él.

Consiga usted, entre sus biografiados, algo para comenzar con un nombre grande.

Talvez el profesor Belaunde quiera darle un conjunto de conferencias. Iberico Rodríguez el peruano estaría allí muy bien. Y, no olvide, tiene algo acerca del hermético

Querido Campesino.
Nunca he trabajado
nada mas, por
otra cosa pierdes?
Me voy por ferrocarril
el 12. Muy triste
de ir a la horrible
ciudad, sola, no
pasa, y a dar da
des despues de 8
años!

Gracias por cuanto
te hizo en bien de
Vase. Me alegran
mucho sus éxitos
en el Ecuador. Ya
viere en camino
y tambien me da
peora no verle.

Ya tengo otra di-
rección de Meruza
(recuerde que se llama
Neftali Reyes
7 me es Consul de
Chile) la de Sin-

Vaz Ferreira. Escriba también al Maestro Caso, del que podría hacerse una excelente selección.

Mi nombre en la colección no pesará lo bastante. Créalo. Y no sienta este reparo como mala voluntad, sino como pura confesión de fuerza pequeña. Usted cree que le sirve; ojalá no se equivoque, porque es malo errar en empresas tan bonitas.

Deme más detalles. Ha ido hace tres días una carta larga, desde aquí, de Pertuis. Temo que se extravíe porque llevaba la dirección del consulado, sin detalle de calle y N.º. Cúbrela pronto.

Nuestro amigo Arroyo anda de viaje con Vasconcelos y yo no he pasado a su oficina en este viaje a Marsella.

Salude a nuestro Editor, diciéndole que escribo escasas cartas, pero que siempre lo recuerdo y que estoy pronta a servirlo, como buena amiga. Pídale unos 10 ejemplares de anticipo de la revista en que vienen mis ESTAMPAS. Dele mi dirección de Marsella y dígame que cuando llegue a París le avisaré o pasará a visitarle, para que hablemos de autores y mercados librerías.

Perdone la carta llena de encargos. Téngame paciencia y contésteme sobre cada uno.

Un gran saludo cariñoso. Otro idem de Palma.

Gabriela

1.º Sep.

NOTA.—Con Mr. Marcel Vuillermoz, alto funcionario de la extinguida Casa Editorial Garnier de París —la que hiciera los libros de los grandes escritores hispanoamericanos—, fundamos una editora en París, para lanzar colecciones de libros de escritores consagrados y nuevos de la América Española. Una de las series debía llevar el nombre de GABRIELA MISTRAL. La editora se llamaba *París-América* y venía a sustituir a *Le Livre-libre*, también del Sr. Vuillermoz. La carta anterior se refería a este plan y es, por lo mismo, una preciosa aportación crítica y una muestra del noble y claro juicio de Gabriela sobre los poetas y escritores de nuestras Américas.

Se habla en esta carta de varios libros de la propia Gabriela, que hasta hoy no se han editado, como *Motivos Fran-*

cisicanos, *Estampas, Elogio de las Materias* —que después completó con *Elogio de los Oficios*—. Venciendo la humildad de Gabriela, alguien cerca de ella, como el Maestro Federico de Onis o su inteligente y admirable compañera Harriette de Onis, o Andrés Iduarte, el muchacho tabasqueño que acompañó un tiempo en Europa a Gabriela y hoy es un escritor de primera línea en el continente, deberían emprender en la obra de búsqueda y compilación de todo aquello y de lo que después escribiera —los *Recados*, por ejemplo—, para evitar que, ante nuestros ojos se pierda una de las más bellas y nobles obras escritas en español en nuestra época. Estoy seguro de que el Fondo de Cultura Económica, la Universidad de Puerto Rico, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, se honrarían realizando la edición de esos libros. ¿Unas OBRAS COMPLETAS, como las que el Fondo de Cultura va a hacer de Alfonso Reyes?

6

Mi querido compadre: Le contestaré por partes, hoy un poco.

Hoy precisamente, llega un libro de Sabat Ercasty. Sí, después de Juana es el mejor poeta del Uruguay, con otro que en este momento no recuerdo. Le contesto y le digo que se ponga en relación con usted y le mande sus libros. Su dirección es: Tacuarí, 2057, Montevideo.

Arévalo es guatemalteco; grande, profundo poeta, poco divulgado, poco honrado por nosotros, prosista insigne en *EL HOMBRE*, etc. y poeta definitivo. Es el Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala. Allá escríbale. Yo le mando, encargándoselos mucho, dos libritos de él; ellos son para mí un bultito precioso.

En Colombia hay un excelente poeta poco divulgado también, que es Rafael Maya. No olvidar en ningún caso a Ricardo Arenales, cuya obra desmigajada por todas partes es una maravilla. Versos suyos trae una Antología de poetas mexicanos —pero él es de Colombia, no equivocarse— que

tengo en Bedarrides y que le haré buscar. De este no se sabe la dirección nunca. Rafael Maya es un poeta clásico, en la línea de Valencia, lleno de dones y de virtudes. Escribirle al TIEMPO, de Colombia, con sobre para don Eduardo Santos.

En el Perú ya no es poeta joven, pero sí posterior a Chocano, el admirable Eguren. Se le escribe a Barranco, Lima; o mejor a Mariátegui para él.

Por Chile, naturalmente Pablo Neruda, de quien tengo solo un libro de segundo orden. Es lo mejor nuestro en la poesía actual. Cónsul de Chile en Indochina. Saigón, se llama eso? No recuerdo. Escribirle; saludarle por mí también. Gran temperamento y forma madura.

Por Centro América preguntar a nuestro García Monge.

Por Venezuela no olvidar a nuestra admirable Teresa de la Parra.

Por Cuba acordarse, en la prosa, de Mañach, ensayista y crítico de primer orden, también ha escrito cuentos.

Olvidaba: son muy importantes por el Perú Alberto Guillén y Alberto Hidalgo.

Me gusta mucho la oferta de la revista *Atlántico*. Sólo un número ví en Avignon. Que dure; lo único importante en esto es durar.

De México habría que poner primero a Xavier Villaurrutia; luego a Pellicer, luego a T. Bodet y a Gorostiza. Dirección del último, Legación de México en Madrid. Dirección del primero y del segundo no las tengo.

.....
.....
.....

Hasta luego, porque sigo a fines de semana.

3 de Febrero. 30

Gabriela

P. D. La neuralgia no me ha dejado seguir.

NOTA.—Repetimos lo dicho en la nota a la Carta 5, y hacemos notar la reiteración del pensamiento de Gabriela sobre Arévalo Martínez y, particularmente, sobre Pablo Neruda. ¡Y esto era hace treinta años, antes del *Canto General!*

Querido compadre
Yo el art. que me injusto
para vacacioneas y que es suya
para los demás. Para. Yo enti
mis amigos a las. Deseo que
he sido removido, entera la
Clara, esa novela Shakespeareana.

No, compadre; no me he ap
rado ni aflighto por mandarte
ese dinero. Dime solo el resto
ira' lo mismo & tan apacida!

Yo no pienso que ad. dejare
aun un solo. Dos años mas de
pagar en esta ley limpia
el pensamiento.

Un mes. No olvidas a Caro
en la 2ª serie. Paloma puede man
parte sus libros y sus datos (con
no le frande tener; ella le estimo
mucho, se cree de un compadre
& le dolio' en obit' de ella. Nada
mas)

¿Que hacemos con vacacion
ellos? ¿Que hacemos por el? Como
de ser en persona situacion de abo
ra? No quiere seguir viviendo de
conf. en ab. del. despues de

Como se verá, el juicio de Gabriela no falla. Su opinión sobre Sabat Ercasty y Teresa de la Parra, fue seguida por nosotros en el libro *Mapa de América*, dedicado a escritores principalmente, y en el que hicimos el lanzamiento internacional de Pablo Palacio.

En uno de los párrafos finales, se refiere a la Revista *Atlántico*, primer gran órgano de pensamiento con nombre geográfico. Se publicó en Madrid, y en ella aparecieron casi todos los ensayos de nuestro ya citado libro, pero con el título más explícito de *Mapa humano de América*.

El recuerdo de Eguren, a quien tan entrañadamente nos ligáramos durante nuestra permanencia en Lima, es precioso: el gran simbolista peruano es, sin duda alguna, algo de lo más puro que haya producido la lírica hispanoamericana, de la estirpe de los niños locos y maravillosos: Holderlin, Charles-Louis Philippe...

Gran seguridad para señalar a Jorge Mañach, el cubano que, con Picón Salas, Arciniegas y el gran señalador de rutas, José Carlos Mariátegui, han elevado al ensayo a la categoría de primera producción de la inteligencia americana.

7

Querido compadre:

Les recuerdo en la más preciosa ciudad de este mundo, en Florencia.

Recibí su carta. Mil gracias. Me inquietaba un poco su silencio.

No, mi amigo; yo vuelvo a la América en cuanto lo permita la situación de Chile. Yo tengo a mi madre, mi único lazo fuerte con mi tierra. Pero deseo envejecer después en Europa, en paz, al margen de los odios de allá, que amargan a los viejos luchadores. Y eso puede ser lo mismo en esa casita de la Provenza que en el de Italia o de Mallorca. Las casas no me amarran. Al mes de comprar la de Stgo. me fuí a México; al año de la que tengo en La Serena me volé

a Europa. Un mal genio se burla de mí cada vez que elijo un suelo para vivir en paz.

Sí, el pobre X... se ríe de todos, y especialmente de aquellos a quienes un poco explota... Cree que somos tontos los bondadosos y que cual más cual menos todos tenemos las feas fallas suyas. Malo para él: estimar es un goce, respetar otro, amar, el mayor. Y él no aprecia ni quiere a nadie. Es la monumental vanidad sudamericana, que a mí me tiene harta. Hay que vivir dentro de una valva para no perder la vida con esta gente o banal o mala.

He leído su libro. Me ha gustado mucho más, mucho más. Ud. es todo un escritor y todo un caballero de letras.

Un saludo grande,
Gabriela

8

Mi querido compadre: Recibo su libro y sobre él le escribiré desde Italia. Me voy a vivir un año, O.M. cerca de Rapallo, en lugar abrigado, una hora de Génova.

Me da mucha pena irme sin verlo. Casi no me da pena perder la ocasión de ver a Duhamel. Admiradora y estimadora de esta raza en el orden de la inteligencia, sigo creyendo que son la plebe del mundo en el orden de la amistad, en la pista de lo moral. Y ya no me apena no conocer a ninguno! Un día conversaremos sobre este asunto, y largo.

He tenido en este tiempo, además de mi pena definitiva, de la tajadura de lo único que era mío en este mundo, Carrión; otros sufrimientos grandes. Meses, tres, de luchas y de lastimaduras. Algún día conversaremos todo esto, pues es también largo.

No me asombra que la novela lo atrajera. Tuve yo mi vicio de novela —de leer— veinte años. Pero ni con el cuento puedo...

Pero no abandone la biografía; no la suelte, ha tenido Ud. en ella una entrada con pie derecho.

Algo hay que hacer por Vasconcelos en este momento. Si ve a D'Ambrosio —pero pronto— piénsenlo. Está en un peligro de muerte día a día.

¿Qué hace su buena mujer, su excelente compañera? Dígale que la pienso y que es bueno que ella también me quiera.

Ando ahora mirando oficios. Y en Italia seguiré viendo, y mejor. Es lindo asunto.

Dígamele a Labarca que tome nota de mi dirección.

Cópiela Ud. también y encárgueme de allá lo que quiera.

Ud. es, Carrión, una de mis pocas adquisiciones morales de estos años de Europa. Se lo digo al alejarme un poco de Ud. Tela bella de amigo, brocado de amigo, gracias por ello, que de estos gozos escasos se va viviendo.

Afectos para los dos

Gabriela

Bedarrides, Oct. 29

P.D.—Deseo leer el art. de Max Daireaux sobre Ud. Mándemelo aquí, pero luego porque me voy. Villa St. Louis, Bedarrides, Vaucluse.

NOTA.—Entre la carta anterior, y la siguiente, hay una, quizás la más larga de las que en aquella época me escribiera Gabriela desde distintos lugares de Francia y aún de Europa. Es una carta doñida y dura, en la que me cuenta intimidades penosas en su trato con las gentes: indelicadezas, ingratitudes, malquerer y faltas de bondad. No la incluyo, porque habiéndome propuesto no acercar la intimidad de Gabriela al comentario malévol, publicar esa carta habría sido romper mi propia promesa.

No, me acumbra que la muchacha
le atropen. Cuve yo me viese de
mondo - de leer punto a otro. Pero
mi con el que yo puedo.

Pero no abandone la vida
fia, no la suelta, ha tenido 20
años ella una anta, con que
derecho

Algo hay que hacer por Maco
alo, en este momento. Si me a
D'Ambrósio - pero pronto - primero
lo está en sus pelipros de muerte
día a día.

Uno hace en buenos amigos
en excelente compañeros. Digo
por la patria y que es bueno, que
ella también me quiera.

Anda ahora mirando a
cien. Ten estado aguiere riendo
y mejor las hundo amando.

Dijamete a Labareca que
tome nota de mi dirección.

Copíelo así también y
encargueme de ello lo que quisiera.

Ad es, Carrion, una de
mis pocas alquisiones que me
vales de estos años de burocracia
de lo digo, al atroparme con
de así. Ella, bella de amor, por
brucado de amigo, frasco
por ello, que de estos zopos
excaro, se me (mirando)

Afectos para los
familiares

Reduñes, Oct. 29

P. S. - Buenos días a
los señores de la
familia de mi
padre y madre, y
de los señores de
la familia de mi
madre.

Gabriela parte a Italia. Con motivo de la retardada visita a Georges Duhamel —al que admirábamos por igual ella y nosotros— expresa opiniones bien duras sobre los escritores franceses. ¿Tuvo algún motivo personal? No lo creemos, francamente. Estimamos, más bien, que es un desencanto de carácter muy amplio, a causa del desdén de los franceses y de los europeos en general —sobre todo en épocas anteriores a la segunda guerra mundial— por todo lo hispanoamericano, en materia de valores culturales. Ya lo expresé después, brutalmente, Papini. Ese juicio despectivo para todo lo nuestro, en el orden de la inteligencia, dicho por el florentino atrabiliario, era el pensamiento generalizado de los europeos —incluyendo Francia, Italia y el sector dominado por Ortega y Gasset en España— en la época en que Gabriela vivió en Europa. En su casa comentábamos cómo Rubén Darío, que tanto hizo siempre por Francia y que amaba a París sobre todas las cosas, nunca mereció más de diez líneas en las revistas literarias francesas. ¡Qué diferencia con el gran vasco Don Miguel de Unamuno, tan hombre y tan ancho de comprensión para nuestras cosas!

Además, esta carta trae una frase suprema de dolor por la muerte de su madre y es, para mí, una de las más queridas, por el párrafo final.

9

Querido compadre y compañero. Veo que usted no ha recibido una mía en la que me despedía de usted antes de irme, anterior ella a la otra en que le pedía un dinero. Estoy casi segura de haberla mandado; pero como estoy en medio de una batahola de papeles, no puedo saber si la he cogido con los que ya están en maletas. En esa carta le decía yo que mi ganancia de mis años de Francia era su amistad y unas dos más de ese tamaño, y le decía que en Italia leería su libro y desde allá le escribiría.

Pero como me he ido quedando, a causa del desastre que le he contado, sí lo he leído ya, y lentamente, y voy a conversarle de su lectura.

Usted sabe, sin que yo se lo diga, que yo tengo un interés leal, un interés sincero por su carrera literaria. No es el caso de tanto mozo a quien contesto una cosa amable sobre sus libros. Yo lo he tomado a usted, por tercios, es decir, por porciones iguales, como un gran prosista que está ya en el horizonte, como un futuro maestro de su país y como un hombre para escribir historia bella, historia dinámica y sanguínea.

Su novela será un éxito popular en el sentido de que es tan liviana, tan ágil, tan agradable, que se lee de un sorbo. Para leerla con calma, yo me he forzado: tan rápido es el declive como de agua corriente del interés que ella levanta.

Yo entiendo, compadre, que usted ha querido pintar un ambiente, y curar con la pintura, hacer lo que un teólogo que, desesperado de un pecador, le pasó un espejo y le hizo ver —y era cierto— cómo la cara se le había vuelto siniestra. Su libro en buena parte cuenta también a mi país; los tipos son americanos, cónicos, desorientados, mesiánicos, etc. Yo entiendo cabalmente que usted ha escrito bajo una norma apretada de verdad y de justeza. Pero yo creo —talvez me equivoque— que no es su parcela, que usted no anda sobre la arcilla suya en ese género. Usted recuerda la explicación que da Daudet de por qué Mistral se puso de pronto a escribir un Diccionario de la lengua provenzal. El explica que todos llevamos un pozo, un légamo, de recuerdos ancestrales, de gestos, de acentos, de voces, que necesita descargarse. Mistral a pesar de la índole regional de su obra poética, no se descargó de eso, según Daudet, sino cuando escribió el Diccionario. Quedó liberado de los fantasmas de sus abuelos. Yo recordaba, la teoría, que es admirable, leyendo su novela. También usted ha necesitado vaciar el *tro-plein* —no sé cómo se escribe— de su Ecuador; decir lo grotesco y lo necio, y lo malvado y lo impuro. Es una especie de fisiología del alma lo que Daudet explica y es verdad que contiene un ímpetu fisiológico.

Con todo, yo sigo creyendo que no es su "encargo". Si

la actualidad lo tienta —yo no puedo nunca desasirme de ella— usted puede publicar un libro y muchos, de periodismo un poco lírico, muy descriptivo, muy fértil, como lo suyo; pero la novela contiene no sé qué banalidad ingénita, a pesar de Dostoiewski, no sé qué mundanismo, no sé qué sucia indagación de la vida, y hasta una secreta canallería, todas ellas cosas que no están en usted. Espere en todo caso a que le hablen otros que sientan hacia su obra la misma obligación de sinceridad que siento yo. No me crea demasiado; usted sabe que hay en mí cierto fondo de fanatismo español simplista y que siempre voy muy lejos en el juicio. Además, compadre, yo no tengo leña de crítico. Muchos juicios he escrito y algunos me los han celebrado, pero yo se bien que *aquello no era crítica ni cosa parecida, sino pura sensación*, una sensación casi física que me da a mí la lectura; eso, y no una arquitectura intelectual de la obra leída. Yo tengo poca mente; tengo sentidos e imaginación, que sobran al crítico.

Le envidio en la novela la electricidad de la acción, la rapidez, una especie de atletismo que hay en lo que usted escribe, mejor dicho, de gimnasta con músculos accitados. Aquello corre, el asunto; no se estanca, no se arrastra en ninguna parte.

Ahora pasemos a otra cosa. Usted anuncia en su libro una segunda serie de C. de la N.A. y veo allí mi nombre. No, mi amigo, no eche a perder usted esta amistad de nosotros con un panegírico. Seguramente usted se sentirá obligado a decir óptimamente de mí, y eso será malo. Supongamos que se quedase en lo justo. Pero qué tengo yo de “creadora de la América”? En primer lugar, yo siento una profunda decepción de nuestros países, que cada hecho nuevo me acidula más; yo he abandonado la actitud mesiánica que tuve algunos años, convencida de que el mesianismo es vanidad en parte, en parte ingenuidad, en parte vocinglería, puro meeting en la sabida plaza. Yo me he separado violentamente de los planes de salvación de nuestros “maestros de América”. Aun de Vasconcelos. Al que tendría más próximo sería a Vaz Ferreira, si no fuese que su ateísmo me lo enajena. Yo he sido maestra, Carrión, sencillamente maestra con minúscula, desde la escuela rural hasta la dirección

de licco; yo he escrito como suplemento del oficio, versos para los niños; yo he dado conferencias en México y otras partes, y el año próximo voy a hacer un curso en una Universidad yanqui sobre literatura nuestra. Todo lo cual, mi amigo, es pura profesión cuidada, con cierto aire, si usted quiere, de Evangelio, pero eso no es *creación de la América*. Dios me libre de semejante ambición con medios tan indigentes. No me dé usted la cólera y la tristeza que me han producido siempre los elogios exagerados. No me dé usted el sufrimiento, que es un poco quemadura de punzón, de verme a mí mismo aceptando un destino y un nombre que me exceden, porque entonces dejaría de estimarme, y es lo peor de este mundo perder la propia estima. Está llena la América de liderecitos, de apostolitos, de rectificadores del mundo, que reciben estas designaciones con toda seriedad; yo sonrío de ello; no me ponga usted en el caso de que la burla se vuelva contra mí.

Como usted ha anunciado ya mi nombre, ponga una simple nota diciendo que yo me he rehusado a ese honor que era cariño suyo hacia mí, y nada más. Es radicalmente sincero cuanto le digo, y no modestia embustera, compadre.

Un ofrecimiento. Los libros de Vaz Ferreira son muy escasos. Yo los tengo casi todos. Dígame, en un telegrama, si se los mando antes de irme. Son sencillamente preciosos y yo no he hallado acento semejante de maestro americano: tono menor, suavidad penetrante, sencillez, convencimiento y una cultura de veras, y una gran repugnancia de asombrar y dar deslumbramiento a nadie con su lenguaje. Una clase, una colección de clases que parecen de universitario francés.

Palacios es cosa diferente, más americano, más lujoso, más efusivo, y aunque no ama a España, bastante español por el alma superabundante.

Mi amigo, reserve esta carta en totalidad; es una conversación con usted.

Un cariñoso recuerdo a la señora; un gran agradecimiento por su servicio y hasta luego. Me voy de aquí a Marsella el 5, talvez el 4 de noviembre.

Repito la dirección de Italia: Cavi di Lavagne, Prov. de Genes, Italie.

Gabriela

27 oct.

NOTA.—En nuestra correspondencia con Gabriela, esta carta es fundamental. Se alude, vagamente, en la primera parte, a un asunto personal. No lo omito, porque se rompería la unidad de la carta, y porque a nadie hace daño, además.

Luego, con esa ancha bondad solamente propia de ella, se refiere a mi fracaso novelístico de juventud: *El Desencanto de Miguel García* se llamaba eso. Por entre el elogio generoso, se filtra, con tacto sutil, la improbación.

Es que Gabriela es, ante todo, un escritor honesto. Por eso me llenan de real satisfacción sus juicios, favorables o adversos. Y aquel ensayo de novela era, realmente eso: un ensayo. Para, por boca de gentes, y con un poco de acción, decir el pensamiento, la intención, la *tendencia*. Las palabras de Gabriela me han sido muy saludables, esta vez como siempre.

Es de notarse en esta carta las sinceras expresiones de humildad de Gabriela, al referirse a la posible inclusión de su nombre —anunciada por mí— en una nueva serie de *Los Creadores*. Para escribir este libro que hoy publico, he tenido, francamente, que desobedecerle.

10

Muy querido compadre y fina comadre: Va mi saludo de Pascua y de Año Nuevo y mi deseo de saberlos sanos y felices.

Yo no sé por qué Carrión no me ha escrito y si mi carta sobre su libro, llena de cariño, sin embargo, llevaba alguna torpeza.

Desea saber de Uds.

Un abrazo.
Gabriela

Cavi di Lavagne Prov. Genes, Italie
23 Dic. 29

NOTA.—Gabriela imaginó acaso que sus palabras sobre mi libro —constantes en la carta número 9— y que siempre me parecieron justas y cordiales, pudieron desagradarme. Lejos de ello. Siempre las recuerdo con singular gratitud, como todo lo sincero y noble.

11

Querido Compadre:

Va el art. Qué injusto para Vasconcelos y qué efusivo para los demás! Pena. Yo estimo mucho a Max Daireaux. Le he leído resumida entera *La Clota*, esa novela shakesperiana.

.....

.....

Yo no quería que Ud. dejase aún Europa. Dos años más de sazonar en esta luz límpida, el pensamiento!

Un ruego. No olvidar a Caso en la 2ª serie. Palma puede mandarle sus libros y sus datos. (Ella no le guarda rencor; ella le estima mucho; se creía de su confianza y le dolió su olvido de ella. Nada más).

Qué hacemos con Vasconcelos? Qué hacemos por él? Conoce Ud. su penosa situación de ahora? No piensa seguir viviendo de conf. en EE. UU. después de haber atacado

tanto a Morrow en México v haber recibido de él golpes de deslealtad.

Yo he mandado una carta al Brasil, al acaso. Chile ni pensar: él ha atacado a Ibáñez. A Colombia va a dar unas conferencias que le sustentarán unos 2 meses.

Creo que recibirá Ud. en estos días la circular invitando formar el grupo "Amigos de Vasconcelos". Sea Ud. de los nuestros. Es el momento de confortar a este hombre y de hacer por él todo lo posible.

Si Ud. tiene alguna idea que darme para su situación, démela.

Un abrazo a la comadre buena; para Ud. mi grande aprecio.

Gabr.

25 Enero.

NOTA.—Gabriela se refiere en el primer párrafo de esta carta a un largo y, en general, muy elogioso artículo de Max Daireaux, sobre mi libro *Los Creadores de la Nueva América*. En él, se habla igualmente bien de Arguedas, Ugarte y, sobre todo, de García Calderón. A vasconcelos lo trata de iluso y demagogo. A Gabriela le duele mucho, porque ella admira a Vasconcelos y, singularmente, tiene gratitud y la liga una amistad profunda por él. Y Gabriela, como toda gente alta y pura, es ante todo, amiga de sus amigos. Se le siente el respeto por Daireaux, pero no le acepta diatribas contra una persona amada y admirada por ella.

Era la época dura para José Vasconcelos, después de su campaña presidencial desafortunada y el consiguiente "desierto sin decreto". Gabriela se angustiaba por la injusticia que se cernía en torno de su gran amigo. De allí muchas de las frases de esta carta. Felizmente, Vasconcelos con gran entereza, servida por su talento y su formidable capacidad de trabajo, se defendió muy bien, con artículos y conferencias. Fue esa la época en que le arreglamos su inolvidable visita al Ecuador.

Mi querido compadre:

Los libros no han ido, pero van ahora. Los que faltan están en Francia. Perdone mis olvidos; mi cabeza está vieja y cansada. Deme noticias suyas.

Tengo que transmitirle un encargo *urgente* de Vasc. Quiere ir al Ecuador, pero pronto, pasando de Panamá a Colombia y de allí a su tierra. Ha salido el 3 de marzo para Panamá. Calcule Ud. el tiempo: son series de 3 conferencias en *c/parte*. Me habla con un profundo interés de ir a Quito y me pide que yo haga decir esto a quien pueda ayudarlo. A Ud., me parece. No es posible que Ud. gestione desde allí con su gente de izquierdas? Yo tengo con Zald. la vergüenza de haberle recomendado a algún paisano suyo ignorando todo de él y no puedo, no puedo, volver a pedirle nada, ni aun para Vasc. Aparte de que seguramente Z. no es un amigo de sus ideas aunque lo sea de su persona.

Le repito, Carrión, que esto es urgente. Vasc. piensa reunir dinero para publicar una rev. en Francia. No ha aceptado la suscripción en su favor, la que intentábamos. Ya lo conoce Ud. Su situación es *mala* aunque no lo diga.

Respóndame dos palabritas sobre la cuestión pues debo avisarle por cable lo que haya; se lo pido con corazón preocupado y afligido.

Compadre, le ruego cobrar esa letra, tomar el resto de mi deuda y mandarme el saldo *en libras o liras*. Ya se que Ud. no me cobra, pero yo le prometí acabar de pagarle en Febrero, y no ol olvilo. Ud. me ayudó en un momento de apuro, cosa que se agradece en el alma. El apuro ha pasado.

Certifíqueme las cartas, son pésimos estos correos. Mil gracias!

Se va siempre en Junio? No le pesará eso mucho? y la comadre también quiere o es sólo Ud., mi buen politiquero?

Talvez yo paso por París en Junio, antes de tomar mi

barco para EE. UU. Quedo allá pobre de mí! hasta Febrero del 31.

Un abrazo de su comadre y para los tres. Repártanselo.

Gabriela

Marzo

NOTA.—La preocupación de Gabriela, día tras día, es por la situación de José Vasconcelos. No puede apartarla de su mente. A veces asume caracteres de angustia. Y al mismo tiempo surge de esta carta la figura grande del maestro de *La Raza Cósmica*, al rechazar una suscripción de amigos a su favor y preferir ganarse valientemente la vida, como así lo hizo.

No suprimo el párrafo referente a un préstamo de dinero, en primer lugar para no mutilar la carta y luego porque en él se revela la delicadeza exagerada de Gabriela: su espíritu fino se angustiaba por una cosa así de insignificante, aún con amigos de su absoluta confianza.

13

Querido Compadre:

Mucho trabajo y, nada más, qué otra cosa quiere Ud.? Me voy para Génova el 12. Muy triste de ir a la horrible ciudad, sola, no sana, y a dar clases después de 8 años!

Gracias por cuanto hizo en bien de Vasc. Me alegran mucho sus éxitos en el Ecuador. Ya viene en camino y también me da pena no verle.

Ya tengo otra dirección de Neruda (recuerde que se llama Neftalí Reyes y que es Cónsul de Chile) la de Singapure, Indo China. Escríbale y dele afectos míos.

Espero volver si va y verlos a mi regreso. O van al Ecuador? Veo la Am. del Sur en un temblor. Aun no logro ver claro. Sabe Ud. que no creo en la mano militar para cosa alguna. Dios ayude a los buenos.

Bese a sus bonitos niños; diga mi afecto a la comadre buena, reciba mi cariño

G.M.

NOTA.—Se observa una cierta depresión de espíritu en esta carta. Gabriela se refiere en el segundo párrafo a la visita de José Vasconcelos al Ecuador. Me da otra dirección de Neruda, a quien considera siempre como el más grande poeta chileno contemporáneo, sin temor y sin vacilación. Finalmente —aún cuando ella diga que no le preocupa— su interés fundamental por nuestra América.

14

Querido amigo: unas palabritas rápidas para decirle que envío a su nombre una carta para Palma, que debe llegar de México en el SPAGNE el 28 de este mes a su puerto. Y para rogarle, muy encarecidamente, que me haga la gracia de ir a recibirla a bordo, si ello es posible, y si no lo fuere, de mandar alguien en su busca, para ayudarla en su desembarco. Servicio grande y molesto, mi amigo, pero a quién le pido yo allí sino a usted?

Me han llegado las obras de Vaz Ferreira, completas. Así, pues, y —como no recuerdo cuáles le mandé, darne la lista de lo mandado para remitir las que le faltan— muy importantes, de materia social algunas. Con este regalo que me hace él o no sé quien, yo a mi vez le regalaré a usted todas las que tendré dobles.

En cuanto a otros libros que le ofrecí y que aquí no tengo, indicarlos a Palmita para que ella se las mande de Bedarrides, por correo.

Cumplí su encargo, enviando a J. Mañach, a la Habana, su espléndido artículo sobre Teresa. Ella me decía que se iba con una ahijada o pariente de Machado, el Presidente; para mayor seguridad, fue el artículo a Mañach, que se lo dará por su mano. Ella estará muy contenta de su estudio, de su sobria admiración, que ella justipreciará mejor que los elogios a tontas y a locas, y de la extensión de su cumplido trabajo.

Palma viene a reemplazarme en mis dos trabajos de la S. des N., a las que no quiero renunciar porque en Italia

no me vivo en paz sino con un pasaporte diplomático, y yo no puedo tenerlo sino gracias a estos cargos. Pienso regresar de EE. UU. para quedarme aquí en Italia aún; (Casi un año quedo allá) el clima es dulce; el ambiente de cultura muy inferior a Francia. Si podemos, nos bajaremos hacia Nápoles, entonces.

El poeta uruguayo que quería recomendarle con Ercasty es Fernán Silva Valdés; el cubano que olvidé, es Arias; y el prosista cubano, crítico y cuentista, Jorge Mañach mismo, no lo olvide. Yo querría pedirle un estudio de una cuentista chilena, para mí extraordinaria. No anda en esto amistad; ni aún la conozco: se llama Martha Brunet, y Palma puede, de Bed., mandarle lo poco que de ella tengo. La miro como un pequeño Gorki y me ha dado la más fuerte impresión de vida campesina americana que conozca.

Escribí después de mucho tiempo, a nuestro Zaldumbide, amigo nunca olvidado y talvez el amigo que más quiero entre todos, a pesar de nuestras ideas diferentes y de que nunca le he manifestado cuanto significa él para mí.

Ahora otra cosa. Es muy probable que yo me embarque en el Havre para N. York, sólo por estar con ustedes dos días. Pero este viaje está subordinado al hecho de que ustedes estén allí. Iría a París, asistiría a una sesión del Inst. y seguiría hacia allá. Necesito saber *prontito* si se hallarán ustedes en su casa, pues debo tomar mis pasajes en quince días más.

Contésteme sobre esto y sobre mi petición de esperar a mi amiga, y téngame su linda paciencia preciosa, una vez más.

Hoy es viernes santo y me duele hacer sonar la máquina también en este día; me lo perdone Dios, porque no suena ahora por articulejos sino por conversación con un compadre.

Un abrazo para ambos,

18 de Abril.

Gabriela

P.D. La carta que para Palma envió a usted es urgente; debe ella leerla en desembarcando.

G.

NOTA.—Sigue Gabriela prestándome su consejo y su ayuda para mis proyectos editoriales. En esta ocasión se ocupa sobre todo de las obras de Vaz Ferreira, el filósofo uruguayo de más denso pensamiento y de mayor poder mental.

Como en la anterior, en esta carta hace Gabriela Mistral una referencia de afecto para Gonzalo Zaldumbide. Siempre ha tenido Gabriela en altísima estima a nuestro gran escritor. En este párrafo habla de su cariño por él.

Había publicado yo en ese tiempo parte de mi ensayo sobre Teresa de la Parra; el que luego, ampliado, se incluiría en *Mapa de América*. Lo hice conocer de Gabriela y ella, por intermedio de Jorge Mañach, se lo envió a Teresa, que había salido en gira de conferencias, invitada por varias instituciones culturales de Venezuela, Colombia, Cuba. Desgraciadamente, no pudo venir al Ecuador. Teresa de la Parra, con igual benevolencia, me escribió una bellísima carta sobre esto, que reproducimos como ilustración de este episodio:

84 B de Victor Hugo.
Neuilly - seir - Seine
Paris

Vevey Agosto de 1930

Estimado amigo

Recibí en la Habana su estupendo artículo que no sé como agradecerle ni como elogiarlo, en cuanto a crítica, porque parecería que quiero retribuir los elogios con elogios. Leí una vez en un poema de Azorín llamado "La Oración del Poeta" (expresión muy depurada del dolor y del cansancio que deja en el alma el triunfo fácil) el malestar de conciencia que experimenta un espíritu delicado, cuando se siente exaltado por incomprensión del público o de la crítica en aquello que menos vale de la obra: en sus verdaderos defectos. — Yo he tenido muy a menudo esa tristeza y esa humillación: sentir que me elogian por lo trivial, por lo de escaso buen gusto y mucho efecto, por lo que quisiera no haber escrito. Esa humillación es peor que el ataque injusto, el cual nos hace reaccionar y nos da confianza en nosotros mismos. — Su estudio crítico ha sido para mí lo contrario de todo eso. — Sus elogios (excesivos tal vez) van todos dirigidos con un acierto extraordinario, a lo que hay de bien en mis libros, según mi gusto de hoy; lo demás, lo pasa usted en silencio, y las dos cosas me han llenado de una

satisfacción reconfortante y noble, que nada tiene que ver con la vanidad. — Mi vanidad muerta por el triunfo fácil me ha dejado una especie de cicatriz sensible: ¡cómo me duelen en ellas esos elogios errados de que habla Azorín!

Escribe usted con claridad, con verdadero espíritu analítico, se siente que ha leído con atención y simpatía de alma, descubriendo lo que quedó medio escondido, para eso, para despertar en el lector el interés de buscarlo. — Aunque no se hubiese dicho ni una palabra al público, mi alegría al saber que tuve tan atento y fraternal lector sería la misma con idéntico agradecimiento le daría las gracias.

Debo advertirle que su artículo me acompañó por toda mi gira realizada últimamente en Colombia. — En todas las ciudades se reproducía con mi retrato o sin él titulado generalmente "Último juicio crítico sobre Teresa de la Parra". — Como mi viaje fue muy feliz y me ha interesado mucho, creo que el artículo me trajo buena sombra, buena sombra espiritual sobre todo. — He visto mejor lo nuestro. A pesar de la corteza careada, hay muchas cosas bellas, mucho donde trabajar; quisiera escribir de nuevo.

No sé si ésta carta llegará a sus manos: la envío a su antigua dirección tal vez se haya usted ausentado. — Ojalá le llegue y junto con ella la expresión de mi admiración y de mi cariño fraternal

Su afectísima

Teresa de la Parra

84 B^o Vitor Hugo.
Veuilly. in Seine
Paris

Veuilly agosto de 1930

Querido amigo

Recibí en la Habana su estupendo artículo que no sé como agradecerle ni como elogiarlo, en cuanto a crítica, porque parecería que quería atribuir a los elogios con elogios. Leí una vez en un poema de Olympe llamado "La Oración del poeta" (expresión muy depurada del dolor y del cansancio que rige en el alma el triunfo fácil) el mal estar de conciencia que experimenta un espíritu delicado, cuando se recibe

exaltado por encorrucción ad público
o de la crítica en aquello que menos
vale de la obra: en sus verdaderos defe-
tos. Yo he sentido muy a menudo esa
tentativa y esa humillación: sentir que
no elogian por lo trivial, por lo sea-
so buen gusto y mucho efecto, por
lo que quisiera no haber escrito. Esa
humillación es peor que el ataque
suspiro, el cual nos hace reaccionar
y nos da confianza en nosotros
mismos. — Su vertido crítico ha sido
para mí lo contrario de todo eso.
Sus elogios (recursos tal vez) van todos
dirigidos con un acierto extraordina-
rio, a lo que hay de bueno en los
libros, según mi gusto de hoy, lo
demás, lo para usted en silencio, y
las dos cosas me han llenado de una
satisfacción reconfortante y noble, que

nada tiene que ver con la vanidad.
Mi vanidad muerta por el triunfo
fallé me ha dejado una especie de
ciatry sensible: como me decían sus
ellos, los elogios excedidos de que habla
Ayrón!

escribe usted con claridad, con
verdaderos espíritus analítico, se siente
que ha leído con atención y sim-
patía de alma, descubriendo lo que
quedó medio escondido, para eso, para
despertar en el lector el interés de
bucarro. Aunque yo no he dicho
ni una palabra al público, me ale-
gría al saber que tiene tan atento
y fraternal lector sería la misma
con idéntico agradecimiento le
daría las gracias

Debo advertirle que su artículo

seguí me acompañó por toda mi gira
realizada últimamente en Colombia.
en todas las ciudades se reproducía
con mi retrato o sin él titulado
generalmente "Último juicio crítico
sobre Xereca de la Sierra". Como me
viaje fue muy feliz y me ha intere-
sado mucho, pero fue el artículo me
trajo buena sombra, buena sombra
espiritual sobre todo. He visto mejor
lo nuestro. El pesar de la corteja
cercada, hay muchas cosas bellas, ma-
cho donde trabajar; querrá combenir.

No sé si esta carta llegará a sus
manos: la envío a su antigua dirección.
Tal vez se halla usted adelantado
y alá le llegue y junto con ella la
expresión de mi admiración y de
mi cariño fraternal.

Seu afectuosa
Xereca de la Sierra

5
Compadre: Ud. debe renun-
ciar a esa generosidad lo-
ca, sí, loca, de escribir
una biografía sobre mí
si quiere mi bien. Eso
sería nada menos que en-
treparme a un montón
de gente, mía o ajena que
no ha olvidado todavía
ese Premio Nobel, aunque
nunca lo busqué y aunque
declaré a la gente de esa
"empresa" que "me pon-
drían en ridículo," man-
daron a Stokholm esa "pre-
sentación, nada quise
con oír y entender. Que de
odios han caído sobre mí
en toda nuestra América
criolla y poblada de litera-
tos! Han pasado Diez
años y aun eso trabaja
visible e invisiblemente
y sus ecos llegan. Yo sé muy
bien que eso debió ir dere-
chamente hacia Alfonso
Beyes, pero aun no se rec-
taran hecho tan claro
y tan limpio. Ahora el mis-
mo se opone a una nueva
presentación aunque de he-

(De aquí en adelante sólo insertamos el texto de los fragmentos facsimilares, no las cartas íntegras).

Compadre: Ud. debe renunciar a esa generosidad loca, *si loca*, de escribir una biografía sobre mí, *si quiere mi bien*. Eso sería nada menos que entregarme a un montón de gente, mía o ajena, que no ha olvidado *todavía* ese Premio Nobel. Aunque nunca lo busqué y aunque declaré a la gente de esa "empresa" que "me pondrían en ridículo", mandaron a Stokolmo esa "presentación", nada quisieron oír y entender. ¡Qué de odios han caído sobre mí en toda nuestra América criolla y poblada de literatos! Han pasado —parce— seis años y aun eso *trabaja* visible e invisiblemente y sus ecos llegan. Yo sé muy bien que eso debió ir derechamente hacia Alfonso Rcyces, pero aun no se realizaron hechos tan claros y tan limpios. Ahora él mismo se opone a una nueva presentación aunque le he dicho que son varios o muchos los que insisten sin que eso les impida ser presentados. (¿No cree Ud. como yo que Alfonso es lo mejor que tenemos? Es por saberlo por lo que insistimos. Sigo creyendo que, pasados ya los 6 años del 1er. intento, podemos insistir.

Si Ud. que puede leer más que yo conoce una obra de la anchura y de la dignidad de la suya me aconseja algo que se haya publicado mayor y mejor que ella *digamelo*. A causa del Reglamento de la Academia Sueca no podemos insistir en Alfonso hasta dos años más a lo menos. El no volverá a presentarse por sí mismo. Sólo podemos hacerlo nosotros.

Ahora vuelvo a lo suyo, pero le ruego dar unas semanas a la revisión o 2ª lectura de los libros de Alfonso, de todos. Le ruego igualmente darme el nombre de la persona que lo supiere como candidato. Yo deseo y necesito esto. Se ha hecho mal —por ignorancia— del hecho en presentar candidaturas de valor apenas pasado ese P. Nobel mío. La gente no sabe que no se acepta premiar pronto otro libro *del mismo origen*. Yo sé mejor que nadie que Neruda es el más importante y hasta indiscutible entre los nombres todos que veo y oigo barajar a los escritores. Pero hay un dato fatal; la Academia Sueca —la informadora— es un "cuerpo nacional", es el organismo que discute y da ese Premio, siguiendo las órdenes de su creador, *Nobel*. Ella maneja absolutamente la elección anual del premiado. Alfonso no ha hecho ninguna política; *no tiene partido*.

Los que manejan el asunto Reyes —todos mexicanos— aprobaron el hecho de que no se presenta enseguida de un Premio otro de

dicho que son varios o mu-
chos los que insisten sin
que eso les impida ser
presentados. (¿ No cree Ud.
como yo que Alfonso es
lo mejor que tenemos? Es
por saberlo por lo que usó
términos, siyo creyendo que,
pasados ya los 6 años del
período, podemos in-
sistir

Si Ud. que puede leer
más que yo conoce
una obra de la anchura y
de la dignidad de la que
me aconseja algo que se
haya publicado o no y
mejor que ella digamelo
a causa del Replanteo de
la Academia que ca no po-
demos insistir en Alfon-
so hasta dos años más a
lo menos. El no volverá
a presentarse por sí mis-
mo. Solo podemos hacer
nosotros.

Ahora vuelvo a lo suyo,
pero le ruego dar un ^{se}o
mañana a la revisión o ^{2a}
lectura de los libros de Al-
fonso, de todo. he ruego
igualmente darme el nota-

7
bre de la persona que lo su-
pere como candidato. No
deseo y necesito esto. Se ha
hecho mal - por ignorancia
del hecho en presentar can-
didaturas de valor apenas
pasado ese P. Nobel mismo
la gente, no sabe que no
se acepta premiar pronto
otro libro del mismo ori-
gen. Yo sé mejor que na-
die que Merida, es el más
importante y hasta indis-
cutible entre los nombres
y todo lo que yo oigo bajar
a los escritores. Pero hay
un dato fatal, la Academia
Sueca - la informadora,
es un "cuerpo nacional",
es el organismo que discute
y da este Premio, siguiendo
las ordenes de su Creador, No-
bel. Ella maneja absoluta-
mente la elección, del a-
nual del premiado. Alfonso
no ha hecho minga po-
lítica; no tiene partido.

Los que manejan
el asunto Reyes y todos
mexicanos - ignoraban el
hecho de que no se presen-
ta en seguida de un Premio

otro de origen - de lengua
igual a la precedente. El
otro español - alude al
idioma y además a lo geográ-
fico.

Mucho le hemos reco-
dado con la visita Guaya-
samín; mucho le admiramos
y quiere. Seguirnos "la
tanda en cuanto podamos
a verlos. No se trata solo
de un "pintor" de primera
file sino de un Ser completo
baro de fallar entre los
maestros.

Hacer elevar mi recuer-
do fiel al inolvidable zal-
dumbide. (No tengo sus le-
tras; tampoco cartas suyas;

De nuevo, esto; No me
haga el mal, grande de
que me causaría la publi-
cación de un libro entero
sobre mí. ha honra sobra-
da, exagerada de un Premio
Nobel se doblaría con su
libro; Por favor, yo no pue-
do más con estos años de
gente herida y profundamente
pagamos. Un abrazo para Ud. y
de su Gabriela

origen —de lengua— igual a la precedente. El autor español no puede seguir a otro español —aludo al idioma y además a lo geográfico—.

Mucho le hemos recordado con la visita de Guayasamín; mucho le admira y quiere. Seguiremos "latando" en cuanto volvamos a verlos. No se trata sólo de un "pintor" de primera fila sino de un ser completo, raro de hallar entre los nuestros.

Hacer llegar mi recuerdo fiel al inolvidable Zaldumbide. (No tengo sus señas; tampoco cartas suyas).

De nuevo, esto: No me haga el mal grande que me causaría la publicación de un libro entero sobre mí. La honra sobrada, *exagerada* de un Premio Nobel se doblaría con su libro. ¡Por favor, yo no puedo más con estos años de gente herida y profundamente! Hágame, deme silencio.

Un abrazo para Uds. de su
Gabriela.

Caro compadre Carrión:

Por fin sí que salgo por el barco *Sta. Isabel* que sale de *Valparaíso* el 6 de Octubre. No le pido sacrificar nada que sea importante para verme. Hágalo usted solamente en el caso de que tenga libre esas horas o ese día. Yo me voy a EE. UU. a New York —por 2 cosas: un discurso en Columbia University— sobre la libertad —La Imagen y la Palabra— (2 discursos talvez).

Le añado algo que talvez le interese saber: Hace ya meses —10 o más— los celosos peruanos publican artículos contra Neruda y contra mí. Sé que arden de cólera por no haber obtenido parte hoy un "Premio Nobel". Pero en vez de decir esa razón nos declaran a ambos individuos viciosos. Conozco de esto un solo artículo indigno de cualquier mortal. Yo desearía saber si Ud. los puede adquirir y mandármelos los 4 cuando yo sepa ya mi dirección. El Cónsul nuestro allí debe ser un "convergraciario" como dicen los mexicanos porque no ha defendido ni a Pablo ni a mí.

Nada me dice de mi comadre ni de los hijos. Olvide esa *locura* del libro sobre una pobre comadre y cuénteme de Uds. mismos.

Estoy de prisa y por esto sólo le digo unas palabras respecto de su *locura*.

He observado que en cada ocasión de que mi nombre aparezca en la prensa de mi país llega a mí uno o varios anónimos de injurias.

Caro compadre Carrion:
Por fin si que salgo por el
barco Sta. Isabel que sale de
Talparaíso el 6 de Octubre, no le
pudo sacrificar nada que sea
importante para mí.
Hágalo Ud. solamente en el
caso de que tenga libre esas
horas o ese día. Yo me voy
a N. Y. - a New York - por
2 cosas: sin discurso en Colum-
bia University - sobre la liber-
tad y la imagen y la Palabra -
(2 discursos valer).

Le ayudo algo que tal vez
le interese saber. Hace ya me-
ses - 10 o mas - Los celosos perua-
nos publican artículos contra
Mendoza y contra mí, se que ay-
den de cólera por no haber ob-
tenido parte hoy un "Premio
Nobel" Pero en vez de decir esa
razon nos declaran a ambos
individuos viejosos. Conozco
de esto 1 solo artículo indigno
de cualquier mortal. Yo desearia
saber si Ud. los puede adqui-
rir y mandármelos ^o emanato
yo, sepa ya mi dirección, el
Cónsul nuestro allí debe ser
su "convengraciario" como di-
cen los mexicanos porque no
ha defendido ni a Pablo ni a
mí.

a leer a Doris Dana ese poema
maravillosos sobre su pavoro-
tos. ¿Lo conoce Ud.?

Nada que dice de mi como
de mi de los hijos, Alvide, esa
locura del libro sobre una
poeta, con madre y cuentera
de Uds, omisamos

Estoy de prisa y por esto
solo te digo unas palabras
respecto de su locura

He observado que en cada
ocasion de que mi nombre
aparece en la prensa de un
país llega a mi una o varios
anónimos de injurias.

Recuerdeme algo que me
preocupa desde hace años. Dis-
cuzar que nuestra gente sea
palpe y comprenda que nuestra
raza se está dando no sé que
clase de cultura que en nada
mejora sus instintos crueles

De esto recuerdeme no sea
una llaga, parece, la vida de
nuestros pueblos en cuanto
al simple amor del prójimo.

Muy gran abrazo, en el que
estén los suyos y hasta luego
Patricias

Recuérdeme algo que me preocupa desde hace años: Procurar que nuestra gente *vea, palpe y comprenda* que nuestra raza se está dando no sé *qué clase de cultura* que en nada mejora sus instintos crueles.

De esto recuérdeme Ud. Es una llaga, parece, la vida de nuestros pueblos en cuanto al simple amor del prójimo.

Un gran abrazo en el que estén los suyos y hasta luego

Gabriela

NOTA FINAL.—La reproducción integral de la correspondencia con Gabriela Mistral, aún cuando sólo se tomara las cartas por ella escritas, llevaría probablemente un volumen. Por lo mismo, de la época posterior a aquella en que se iniciara nuestra amistad, una de las más grandes y nobles de mi vida, sólo he tomado algunos fragmentos que he preferido reproducir en facsímil, es sin seguirlos de su versión en letras de imprenta, como en las primeras cartas.

La correspondencia posterior, adopta una forma acaso más íntima, más personal, y está toda transida de sus grandes dolores. Pero también se ascendra y crece, su amor ancho y profundo por el hombre, por el mundo, por América. Y por las grandes cuestiones en torno a las que se debate la humanidad contemporánea. Ella también, como Stefan Zweig a quien mató el dolor incurable del hombre, muy cerca de Gabriela, cuando los dos habitaban en Petrópolis, ha sido a su modo una víctima de la catástrofe humana que ella —como todas las gentes de buena voluntad— sitúa en torno a los grandes problemas de la paz, de la libertad y la justicia.

Por eso, casi siempre habla en sus escritos posteriores a 1945, de la paz, "la palabra maldita" —tema considerado por mí en una de las meditaciones de este libro— y de las dictaduras, singularmente de las que "como yerba mala", se han producido y proliferado en América, "tierra de justicia y libertad".

Su "voluntad de optimismo" la acompaña, eso sí. Cada liberación de algún país de los nuestros, la llena de júbilo niño, y le hace escribir cartas al amigo ausente. Yo querría que en vida de Gabriela —en vida nuestra, antes de que nos vayamos— se perfile claramente la luz. No sólo en esta América que, por medio de dictaduras y dictadores defiende la libertad y la democracia, sino en el ámbito grande de la humanidad total.

NOTA AL CABLEGRAMA DE LA SIGUIENTE PAGINA

He aquí mi gran delito: desobedecer a Gabriela casi siempre que me pide cosas de modestia desmesurada pero maravillosa. Esto de haberme puesto un cable —un cablegrama costoso de Nueva York a Quito, ella que nunca está muy holgada de recursos— es de una enternecedora humildad. A lo largo de su correspondencia, me ha prohibido amistosa y fraternalmente que hable de ella. Y yo en los comienzos, cometí el error de obedecerla. Pero hoy, no. En esta serie de los "santos del espíritu", su sitio no podía quedar vacío. Junto al viejo vasco puro y tremendo, de las imprecaciones arcangélicas, SAN MIGUEL DE UNAMUNO, a Mariátegui y a los que vendrán. Por eso reproduzco este cablegrama.

All America Cables and Radio

American Cable & Radio System

"Via All America"

"Via Commercial"

"Via Mackay Radio"

OFICINAS EN EL ECUADOR	
Quito	Calle Venezuela 961-969 Telf. 11641-11681 Apertado 2784
Guayaquil	Calle General Elizalde 107-109-111 Teléfonos G. 71 - C. 303 Apertado 1313
Solinas	Calle 2a. Manzana 90a.



RELAZADA CON LA WESTERN UNION PARA LAS DESTINACIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS MAS ALA DE NUESTRAS OFICINAS.

EL SIGUIENTE TELEGRAMA FUE RECIBIDO

"VIA ALL AMERICA"

R/RH QT0123 W998 NEW YORK N.Y. 25/24 26TH 3.25PM

LT BENJAMIN CARRION CASILLA 67 QUITO

POR FAVOR CAMBIAR ENSEGUIDA TITULO LIBRO EVITANDOME
COMENTARIOS MALINTENCIONADOS Y BURLESCOS SE LO AGRA-
DECERE INFINITAMENTE FRATERNALES SALUDOS

GABRIELA

OTROS ENSAYOS

LA NOVELA REGIONAL

(Estudio publicado en la revista CUADERNOS DE PARIS, número extraordinario de Julio-Agosto 1956, dedicado a una revisión de cincuenta años de Cultura Latinoamericana: Colaboran Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Eduardo Santos, L. A. Sánchez, Gilberto Freire, Valcárcel, Arciniegas, Torres Rioseco y otros).

LA NOVELA REGIONAL EN AMERICA LATINA

Duro y sugestivo al propio tiempo, el tema. ¿Cómo desentrañar, de entre la maraña abigarrada y múltiple que constituye la novelística en América de habla española y portuguesa, lo que puede ser considerado, realmente, regional?

Habrá, por lo mismo, que tratar de entendernos. No con definiciones, casi siempre imprecisas e inexactas —cuando no magistralizantes y odiosas—, sino con tentativas de delimitación, de parcelación, de cerco de solares; y acaso mejor en forma negativa, de eliminación de lo que no es regional, procedimiento grato a Luis Alberto Sánchez.

No considero regional americano, o sea perteneciente a esta inmensa "región" que es América Latina, desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego, aquello que, en forma directa, es una prolongación del espíritu de literaturas europeas, principalmente la española y la francesa. Hay que excluir a todo novelista que, según la frase de Beers sobre Henry Jammes, "*Mira a América con ojos de europeo y a Europa con ojos de americano*". La ejemplificación es abundante: sin ir muy lejos de mi predio nacional, el Ecuador, tenemos el caso de lo que, corrientemente se llama —la primera novela ecuatoriana—, *Cumandá* de Juan León Mera, a la que, con mucha propiedad, aunque con espíritu elogioso, se la ha llamado un nuevo episodio de *El Genio del Cristia-*

nismo de Chateaubriand. En cambio, acaso sí es americano, y "regional", el *Periquillo Sarmiento*, de Fernández de Lizardi, aunque el molde formal, esté recordando algunos procedimientos de la picaresca española.

No consideramos regional americano a todo aquello que se realiza en ciudades donde un cosmopolitismo trasplantado, se mantiene en los personajes y la trama del relato, y donde se advierte claramente la transposición de lugares, de nombres, de elementos adjetivos, carentes de verdad humana y de profundidad. La mayor parte de la relativística de nuestra América, se resiente de esta transposición, en sus diferentes épocas y bajo el dominio de diversas influencias: la romántica, la realista, las corrientes actuales. Como ejemplo de lo no regional de la cra romántica, allí tenemos *Los Bandidos de Riofrío* de Manuel Payno, donde si no hubiesen nombres de lugares mexicanos y pequeñas alusiones costumbristas, eso puede haber ocurrido en cualquier parte del mundo o no haber ocurrido en ninguna parte. Como ejemplo de lo realista no regional, puede recordarse al argentino Carlos María Ocantos, seguidor mediocre de Galdós, en su *Don Perfecto, León Saldívar, Quilito*. Finalmente, entre lo contemporáneo, cuando el relato ha adquirido importancia y volumen que supera, cuantitativamente, a los otros géneros, con excepción del ensayo, todas las influencias han jugado, desde la morosa y lenta de Marcel Proust, que ha dejado tantos y tan malos discípulos en América, hasta los americanos Dos Passos, Faulkner, pasando por los pastiches de monólogo interior a lo Joyce, el esteticismo versicular y bíblico de Gide, las novelas-río a lo Roger Martín Du Gard y Jules Romains, hasta llegar a la imitación imposible de ese muchacho atormentado y genial que todos nombran para estar al día en cosas literarias: Kafka. Ejemplos convincentes de estos caminos de evasión: *Margarita de Niebla* de

Jaime Torres Bodet, *Novela como Nube* de Gilberto Owen, *Cuatro años a bordo de mí mismo*, de Eduardo Zalamea Borda...

Nos es preciso referirnos al problema de la lucha de las influencias sobre las literaturas jóvenes, en trance de aparición. Sobre nuestra América se ha librado siempre una gran batalla para adueñarse de nuestros itinerarios de cultura, de la dirección espiritual de nuestra civilización. Guardadas las proporciones respectivas, nuestra cultura ha sido disputada como un mercado colonial, sin que las aduanas políticas ni las idiomáticas, hayan sido suficientes para defendernos de las invasiones piráticas o del juego de la libre concurrencia.

Un crítico norteamericano, agudo como pocos, Ludwig Lewisohn, ha encontrado una frase cabal para expresar la lucha literaria entre América y Europa, al referirse a la polémica entre Irwing Babbitt y Noel Elías Espingard: "El úno (Babbitt) trata de defender la América de sus padres; el ótro (Espingard), trata de conquistar América para sus hijos".

He allí planteado con clara verdad el problema. Mientras la colonia espiritual defendía sus fueros, la joven intelectualidad americana, singularmente en la novela, buscaba su realidad, su "regionalidad", según la expresión de Luis Alberto Sánchez. Y entonces, la novela con tierra, aire, hombre, mujer y niño americanos, con paisaje, dolor y júbilo nuestros, ha venido presentando su batalla desde los tiempos de plena colonialidad política.

Tenemos asomos realmente admirables de esta insurgencia en la época colonial. *El Lazarillo de Ciegos Caminantes*, de Concolorcorvo, ese indio peruano, ladino y picaresco nos presenta ya el diálogo polémico entre el abuelo español y el nieto nacido en el Perú. Como también nuestro

gran indio Chushig, que se hizo llamar pomposamente Don Francisco Xavier Eugenio de Santacruz y Espejo.

Yo no alcanzo a fijar claramente los linderos de lo social, lo proletario, lo costumbrista, en la novela americana. Me gusta más, con características de síntesis, el cognomento de regional americana. He dicho mi opinión sobre la novela-cartel y he abominado de la novela costumbrista, oliente a gasmoñería de señoras beatas, como las de Doña María del Pilar, Fernán Caballero o el Padre Coloma. Y me quedo, sin ánimo definidor, para mi predio regional de este estudio con todas las novelas que tengan la mayor cantidad de América posible: hombre, ambiente, paisaje, intención, clima, raza. Este último concepto de raza que ha creado una derivación, la novela indigenista.

Y con este rápido preámbulo, vamos a lo nuestro.

MEXICO. — Desde la vieja y venerable *Santa* de Federico Gamboa, todo lo valioso de la novela mexicana, incluyendo la de la revolución, entra en el campo de lo regional. Mariano Azuela, cronista apasionante de la andanza revolucionaria, se fue hace poco dejando una obra de consideración. *Los de Abajo*, es seguramente una de las novelas regionales más importantes escritas en América Latina. Hay en ella un ambiente épico, al servicio de una clima emocional constantemente sostenido. En esta novela la expresión, el ambiente regional, dan su nota constante. *La Malhora* es, según Valéry-Larbaud, la obra maestra de Azuela, a la que siguen *Mala Hierba*, *Los Fracados*, *Domitilo quiere ser Diputado*, *Pedro Moreno el Insurgente* y ótras. Pero, víctima del estigma latino de estar condenado a ser el autor de un solo libro, como Cervantes y El Dante, Azuela pasará a la historia como el autor de *Los de Abajo*. — Actor y cronista de la revolución al propio tiempo, Martín Luis Guz-

mán, que sirvió también a la República Española traicionada por los bárbaros, es el autor de la más significativa novela de la revolución mexicana, *El Aguila y la Serpiente*, y ha contado la novela de ese caudillo legendario, santo y demonio, Pancho Villa. *La Sombra del Caudillo* es, entre las obras de Martín Luis, la que tiene mayor acento regional.—Diplomático, hombre de gran finura espiritual, José Rubén Romero, está comprometido integralmente en el regionalismo novelesco, *Pito Pérez*, *Mi Caballo*, *Mi Perro*, *Mi Rifle*, y ótras nos muestran las calidades a las que se puede llegar en el relato de esencia y expresión vernaculares, cuando se tiene talento y dones. — Con varias novelas de intenso dramatismo, con inclinaciones a lo social y a lo indigenista, Gregorio López y Fuentes nos ha dado buen artículo dentro de lo regional; en su obra se destaca *El Indio*, que mereció el premio nacional de Literatura. *Panchito Chapopote*, de Xavier Icaza, a pesar de su sabrosura picaresca, debe necesariamente ser recordada en un recuento de novela regional mexicana. — Pero, seguramente, el escritor que ha cumplido más cabalmente con lo que creemos como característico de lo regional, es Ermilo Abreu Gómez, cuyos relatos mayas, *Juan Pirulero*, *Las Leyendas del Popol Vuh* y sobre todo *Canek y otras Historias Indias*, nos ofrecen una calidad insospechada de ternura y de ironía, que nos da la medida optimista de lo que se puede hacer en este género. — *Los Hombres que dispersó la Danza*, es un libro poemático que no se aleja de lo regional, y que coloca a Andrés Henestrosa, en un alto puesto entre los relatistas mexicanos.

AMERICA CENTRAL. — Rafael Arévalo Martínez ha de ser nombrado en el dintel de la novelística contemporánea —de la literatura en general— guatemalteca. Varios nombres importantes, antes y después de Miguel Angel As-

turias, pueden ser recordados, Mario Monteforte Toledo y su libro *Donde acaban los Caminos*, entre ellos. Pero es Asturias, el autor de *El Señor Presidente*, *El Papa Verde*, *Hombres de Maíz*, el representante fundamental de la nove-
lística centroamericana. Ha conseguido incorporar las esen-
cias de lo regional, y tratarlas con una técnica moderna que
no excluye las grandes influencias contemporáneas, de Mar-
cel Proust, James Joyce y de D. H. Lawrence, inclusive. *El
Señor Presidente* es una de las grandes novelas latinoame-
ricanas, con amplia capacidad para rebasar el ámbito con-
tinental e idiomático. — *Sangre en el Trópico* y otras nove-
las como *Los Estrangulados*, del notable escritor y valiente
periodista Hernán Robledo, representan honorablemente el
crédito de Nicaragua y se inscriben dentro de la subclasifi-
cación anti-imperialista. — En Honduras, Arturo Mejía Nie-
to, con sus *Relatos Nativos*, *El Tundo*, *Zapatos Viejos*, nos
ofrece buenas características de relato regional. — La pre-
sencia de Costa Rica nos la da el patriarca venerable Joa-
quín García Monge con sus apreciables relatos y *Los Cuen-
tos Ticos* de Ricardo Fernández Guardia. — El Salvador nos
hace recordar a Masferrer y a una rica promoción actual de
jóvenes cuentistas. — *Luna Verde*, de Joaquín Beleño, es
una gran novela de categoría continental que representa lo
regional de Panamá; en la que, inclusive el bilingüismo
—español e inglés entremezclados— dan carácter inconfun-
dible a esta narración que sobrepasa los linderos estrechos
de un cartel anti-imperialista para ser una de las grandes
narraciones auténticamente americanas.

LAS ANTILLAS. — Cuba tiene inscrito el nombre de
Alfonso Hernández Catá en el umbral de su literatura no-
velesca, no por antigüedad, sino por significación; pero Catá,
ágil y fino narrador, cuentista de excepcionales dones, es

todo menos un relatista regional de lo cubano. Tan lejos de su tierra como Larreta o Reyles, de la Argentina. Hallaremos ciertos rasgos de regionalismo en Miguel de Carrión, el autor de *Las Honradas*; José Antonio Ramos, en su novela naturista *Las impurezas de la realidad* y, acaso más claramente, en Carlos Lobeyna, el autor de *Juan Criollo y Generales y Doctores*. Cuba tierra fundamental de ensayistas, tratadistas, poetas; cuyo signo es un poeta y un pensador excelso como José Martí, está llegando contemporáneamente al gran relato regional. Además, el corte de su cordón umbilical con España está aún bien cercano, de allí los casos de Catá y de Alberto Insúa más españoles que americanos. Poetas como Guillén y Marinello, Ballagas y Florit; ensayistas como Mañach, el propio Marinello, Lizaso, Portuondo, Ichazo; tratadistas como Fernando Ortiz y Sánchez de Bustamante, hacen de la Gran Antilla un sitio grande de la inteligencia continental, y ahora, gentes jóvenes como Marcelo Salinas, Pablo de la Torriente, Ciro Espinosa y, singularmente, Roberto Esquenazi Mayo, cuyo libro autobiográfico *Memorias de un Estudiante Soldado*, seguido de relatos muy valiosos, nos dan la certidumbre de un gran narrador, que es un fino estilista y un ensayista medular. En obras grandes, como *Contrabando* y otras Enrique Serpa nos está haciendo la inicial segura de la novela cubana. — Enrique Labrador Ruiz tiene un puesto de singular preeminencia. Original expresión, con ágil juguetería, está haciendo el cuento regional cubano en sus "novelas gaseiformes", en sus "novelines neblinosos", en sus cuentos tan entrados en carne viva como los de *El Gallo en el Espejo*. Finalmente, olvidando momentáneamente el choteo, escribe la *Sangre Hambrienta*. — En Santo Domingo, valiosos narradores como Juan Ramón López y, sobre todo, ese caballero andante de la libertad de su Patria, ensayista, poeta, periodista Juan

Bosch, autor de *Camino Real*. — En Puerto Rico, donde otros géneros nos han dado unidades de primera línea, está asomando ya el relato moderno, con las novelas magníficas de Enrique A. Laguerre, entre ellas *La Resaca*.

VENEZUELA. — No queremos arrancar de muy lejos: con *Peonía*, la novela precursora de Manuel Romero García se abre la nutrida lista de novelas venezolanas regionales. Y en esa lista figuran en sitio de honor los nombres de Rufino Blanco Fombona con *El Hombre de Hierro* y *El Hombre de Oro*; de José Rafael Pocaterra, autor, entre otras cosas, de *Memorias de un Venezolano de la decadencia*; de Urbaneja Alchepol, de Díaz Rodríguez, de Picón Febres. — Pero la novela venezolana tiene su Edad de Oro, que se inicia con Teresa de la Parra, sobre cuya obra he opinado largamente, en mi libro *Mapa de América*. Teresa ofrece singularidades extraordinarias: novelista mujer, con un sentido realista poderoso, que nos hiciera recordar a Eça de Queiroz, con cultura tan rica, que le permite alusiones clásicas en forma familiar, sencilla, sin pedantería; una capacidad de ternura y, al propio tiempo, de ironía a la que nos estaban desacostumbrando escritores duros, trascendentalistas. Es Europa, en los afinamientos de sensibilidad, en el adelgazamiento idiomático, que se hace para su uso — como Rubén Darío en la lírica — una lengua dúctil y suave, sin restarle poder a nuestro fuerte castellano. De Venezuela tiene la sensibilidad tropical escondida, el sentido interno de la forma expresiva, sobre todo en *Memorias de Mamá Blanca*. Su novela signo, obra de lanzamiento y de consagración, gran novela para América o para cualquier parte del mundo, es *Ifigenia*. (Aún cuando es casi una ofensa para la memoria de Teresa, quiero pedir que se compare su novela con *Bonjour Tristesse*, de esa chiquillina prodigio

Françoise Segan, que ha fatigado las prensas de Europa y los Estados Unidos). — El “pulso de faenador” a lo Balzac, que Gabriela Mistral reclama a los escritores de América lo tiene Rómulo Gallegos. Es el novelista nato. Sobrecoge y asusta el propósito audaz de cmitir, en pocas líneas, un juicio sobre obra tan densa y variada. Pensamos que es la expresión más cabal que, en relato, ha ofrecido América Latina: poder de muralista que, en grandes cuadros, entrega la realidad de Venezuela en composiciones totales, de un dramatismo de hombres y naturaleza pocas veces conjugado en tales proporciones. Gran poder de cuento, denso sin producir cansancio, dramático sin recurso a lo necesariamente excepcional. Todo ello, servido por una adecuada manera de expresión, en lo que lo regional da vida a lo humano universal de lo contado. *Doña Bárbara* será siempre la novela de Rómulo Gallegos. Aún cuando él mismo prefiera alguna ótra, y las opiniones en general acompañen con igual admiración a *La Trepadora*, *El Ultimo Solar*, *Cantaclaro*, *Canaima*, *Pobre Negro*, *Como una brizna al viento*. Sinfonía venezolana que va de la montaña al mar, de los llanos al río. El Premio Nobel, que ha premiado gentes ajenas a la Literatura, debía detenerse ante esta gran figura de la novelística universal. — En la generación siguiente encontramos nombres y obra tan significativos como los de Antonio Arraiz, regional cuando hace *Puros Hombres*. — Pero hemos de detenernos, de una manera especial, ante la fuerte y límpida trayectoria de Miguel Otero Silva, el gran poeta, cuya novela *Fiebre*, fresca y juvenil, amarga y dura, es una entrega autobiográfica de adolescencia; y, últimamente *Casas Muertas*, regional sin duda, pero por sobre todo gran novela. — En la parcela histórica ha de figurar el nombre de Arturo Uslar Pietri, maestro en el género. Pero aquí, en este predio de lo regional, nos agrada situar la figura de uno de

los más grandes ensayistas actuales de América, Mariano Picón Salas, suscitador y creador de inquietudes, cuya novela *Los Tratos de la Noche*, es un relato de las luchas juveniles contra la dictadura. — Finalmente, dejaremos un recuerdo emocionado para el gran novelista Julián Padron, que acaba de morir. *La Guaricha*, novela campesina, más que indigenista tiene ambiente humano y de naturaleza intensamente regional. Un nombre de mujer, Antonia Palacios, y el de un joven relatista, Alfredo Armas Alfonso, cierran este catálogo provisional y precario.

COLOMBIA. — Mientras el romanticismo en otros lugares de América se mantenía unido, en fórmula y sentimientos, a lo europeo, en Colombia produce una de las más bellas, dulces y nobles cosas que, en letras, se haya escrito en América: *María*, de Jorge Isaacs. Angel anunciador de la novela regional en América, *María* nos da clima, olor y sabor de la esplendorosa región vallecaucana. Sus modos expresivos, el paisaje único, el ambiente, todo, hacen de esta pequeña obra maestra universal un relato estrictamente regional. Y regional es también —de la región tremenda del trópico oriental colombiano— *La Vorágine*, de José Eustacio Rivera, epopeya telúrica en la que calientes vaharadas de vida brutal emergen de la selva tremenda, haciendo al hombre, devorando al hombre, amiga y enemiga a la vez. No hay en la literatura americana total una fuerza más grande, un poder descriptivo más avasallador. Si algún personaje es el *deus ex machina* de esta epopeya de las fuerzas primitivas, ese personaje es la selva, que devora a Arturo Coba, el juguete humano central, con la potencia terrible de miríadas de hormigas, fiebre, alimañas, purulencia, delirio. He dicho alguna vez que Colombia estaría cabalmente representada en la literatura continental con estas dos obras

maestras: *María* y *La Vorágine*; la una inicial del romanticismo y su paradigma, la ótra inicial del realismo y su ejemplo. Pero en tierra de fecundidades esenciales hay más.— César Uribe Piedrahita, escribe *Toa*, un relato de la selva también; Bernardo Arias Trujillo, nos deja *Risaralda*, poética y regional a la vez, con la presencia del hombre negro en la novela colombiana. Eduardo Zalamea Borda, ha escrito con una nueva dimensión, la profundidad, *Cuatro años a bordo de mi mismo*, con suelo, cielo y hombres de la Guajira colombiana. — Eduardo Caballero Calderón, nos da primero *Tipacoque*, *El Diario de Tipacoque*, y otras expresiones de ternura eglógica y tranquila; hasta que la ráfaga feroz de la violencia desatada sobre su patria lo lleva a darnos una de las novelas-testimonio más tremendas de esta época: *El Cristo de espaldas*. — Época siniestra como pocas en la historia de América, ésta en que un pueblo se ve masacrado, abaleado, robado por las autoridades que constituyen una vasta organización del crimen. Para contarnos ese horror se han escrito numerosas novelas y relatos: Osorio Lizarazo, el relatista ya consagrado en novela de tipo social, escribe *El Día del Odio*, novela política que trata de explicar la explosión popular sangrienta del 9 de Abril de 1948, en que se inició la época negra. — Otras autores y otras novelas como *Los Elegidos* de López Michelsen, *Viernes Nueve* de I. Gómez Dávila; los cuentos de Elisa Mújica, publicados recientemente en Madrid, los maravillosos relatos de Hernando Telles, y finalmente, *Viento Seco*, que parece ser hasta hoy la que más ha llegado al espíritu popular colombiano; novela dura, que más que relato literario nos da la impresión fría y tremenda de un informe sobre una de las etapas más terribles de la historia continental. Es una sucesión de tragedias sobre un marco auténtico de región

o de pueblo. Daniel Caicedo, su autor, es la gran revelación de la violencia colombiana.

ECUADOR. — Tarde llegó al relato el país que había dado a la estirpe una de sus más altas expresiones literarias: Juan Montalvo. *Cumandá*, la novela romántica más importante, tiene sabor regional en el ámbito de lo descriptivo, del paisaje. Pero Juan León Mera, su autor, tiene el oído y la vista puestos en lo romántico francés. Solamente en 1907 hace su primera aparición la novela ecuatoriana y, naturalmente, regional: *A la Costa*, de Luis A. Martínez, novela precursora como *Peonía* en Venezuela, y de un realismo polémico que nos llega desde Zola por intermedio de Galdós. — Solamente en torno al año 1930 hace su aparición la novela regional ecuatoriana, la novela ecuatoriana *tout court*. En la "Sierra" o sea en el altiplano introvertido, frío e indígena —donde la población del país es más densa— se inicia la novela indigenista con *La Embrujada, Plata y Bronce*, de Fernando Chaves; para luego culminar en los relatos desgarradores de Jorge Icaza, en *Barro de la Sierra*, y muy particularmente en *Huasipungo*, la novela clásica de la desgracia y el dolor del indio. Encuentro afortunado de tema, ambiente y forma, hacen de la novela mayor de Icaza una verdadera obra maestra del género. Siguen a esta novela, *En las Calles*, novela del indio en la ciudad; *Cholos*, novela del mestizo; igual que *Media Vida Deslumbrados* y *Huayrapamushcas*, que quiere decir "hijos del viento" y aborda con el dramatismo propio de Icaza, la tragedia del hijo del patrón y de la india esclava. — La novela urbana la hace principalmente Humberto Salvador, cuya obra teñida de muy acentuado matiz social, es sin duda expresadora de la realidad regional. *En la Ciudad he perdido una novela*, *Trabajadores*, *Noviembre*, *Camarada*, son de ese tipo; en cambio

La Fuente Clara, *Ráfaga de Angustia*, denuncian las influencias europeas dominantes. — No podría omitirse, por calidad y altura, el nombre de Pablo Palacio, al hablar de la novela ecuatoriana. Pero ese extraño relatista, muerto prematuramente, tiene pocas características de lo regional. Angel F. Rojas es una alta cifra de la novela regional americana: sus obras *Banca*, relatos escolares que nos recuerdan al Jules Renard de *Poil de Carotte*; *Un Idilio Bobo*, cuentos de antología y, en más alto grado, su novela *El Exodo de Yangana*, cuadro grande, de técnica compleja, en el que se relata el éxodo íntegro de una población —hombres, mujeres, ancianos, niños— hacia otra región, como en los tiempos de la diáspora judía, desde Egipto hasta la Tierra de Canaán. — Hemos de consignar nombres significativos como Eduardo Mora Moreno, Alfonso Cuesta y Alejandro Carrión, que coinciden en la interpretación de temas de inconfundible acento regional. — César Andrade y Cordeiro, principalmente gran poeta, Manuel Muñoz Cueva, Alfredo Llerena, Jorge Fernández, con cuentos y novelas. — Sitio de especial relieve tiene César Dávila Andrade, lírico de las últimas generaciones, cuya obra de relatista, está impregnada de la angustia y el desajuste existencialista, pero que conserva un sentido regional muy acusado. — A pesar de escribir y vivir lejos de la tierra, Gerardo Gallegos ha hecho novelas como *Eladio Segura*, que tienen un acento y un aire de la tierra que la diferencian de sus relatos de temas internacionales. — El “Grupo de Guayaquil”, denominación que ha hecho fortuna, y que por primera vez empleara yo en 1930, está integrado por unidades de primera línea: José de la Cuadra, uno de los cuentistas más completos de América y que, por tema y expresión, está inscrito en la parcela regional; pequeñas obras maestras como *Banda de Pueblo*, *Chumbote*, *Los Zangurimas*, sitúan a De la Cuadra muy al-

to en la novelística regional americana. — Alfredo Pareja Diezcanseco, el más cabal del grupo, con obra densa, en la cual se destacan realizaciones de primera línea, es principalmente relatista de la ciudad y del mar; *El Muelle*, *La Bel-daca*, *Baldomera*, *Hombres sin Tiempo*, *Las Tres Ratas*, son obras que, además de darnos el testimonio del litoral ecuatoriano, nos demuestran una trayectoria sostenida de escritor de pulso firme, que nos hace pensar en Rómulo Gallegos. Hoy prepara una novela cíclica *Los Nuevos Años*, en la que Pareja nos entrega un cuarto de siglo de la vida ecuatoriana popular, con el sentido de *Los Tibault* o de *Los hombres de buena voluntad*. Esta gran presencia no lo empequeñece. — Joaquín Gallegos Lara, nombre y vida nobilísimos, malogrado por la muerte, nos deja *Las Cruces en el agua*, la novela de Guayaquil, trópico esencial, batido por la tragedia. — Demetrio Aguilera Malta, viajero y soñador, el lírico del grupo, ha escrito una novela que es paradigma del género: *Don Goyo*, el montuvio esencial, tipo característico del hombre que vive a las orillas de los grandes ríos y en la playa marítima, cubierta de manglares; posteriormente, Aguilera ha logrado realizaciones de tipo regional tan poemáticas y bellas como *La Isla Virgen*. — Novelista social, militante fervoroso, Enrique Gil Gilbert, cuya novela *Nuestro Pan* es el doloroso cuento de los plantadores de arroz, desde la miseria campesina que baja de la Sierra en busca de trabajo y encuentra enfermedad y explotación, hasta la miseria urbana que se exhibe en las calles de Guayaquil. La tierra caliente, su región y sus hombres, están narrados por Gil Gilbert: *Yunga*, *Relatos de Emmanuel* y los cuentos con los que participara en el libro inicial, con Aguilera Malta y Gallegos Lara: *Los que se van* . . . — Un novelista de tema negro Adalberto Ortiz, ha conquistado los públicos internacionales con su admirable *Juyungo*, en que el negro, la selva y

el autor —que es gran poeta— hacen un canto de agorería y magia, realmente inigualado. — Recientemente se ha publicado una novela de tema negro y mestizo, que ha tenido un gran éxito de crítica y de traducción: *Cuando los guayacanes florecían*, en la que su autor, Nelson Estupiñán Bass nos ofrece la potencia de una región de calor de montaña, de grandes ríos, de mar y de negros; en la que las fuerzas telúricas y humanas están expresadas con gran color y poder admirables.

PERU. — Bajo la advocación incomparable de Don Ricardo Palma, es preciso poner a toda la narrativa peruana. No por influencia ni confluencia, sino porque tan alta expresión del arte de contar, tiene algo de la novela regional, de la costumbrista y, naturalmente, de la histórica. Sus *Tradiciones Peruanas*, son algo señero y definitivo que es preciso colocar muy alto. — Antes nos habíamos referido, aún cuando no se trate de novela, pero sí de narración, a *El Lazarillo de Ciegos Caminantes*, de Concolorcorvo. — En el período comprendido desde la entrada del siglo hasta hoy, dos nombres de alguna consideración han de ser recordados: Manuel Beingolea y Enrique López Albuja; este último, sobre todo, con sus *Cuentos Andinos* y *Matalaché*, novela de negros y zambos del norte del Perú. — El Perú ha dado a la estirpe latinoamericana, dos excelencias indiscutibles, en los últimos cincuenta años: el ensayo y la poesía; en la novela, su sitio es honorable solamente. Para el ensayo basta citar los nombres definitivos de Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez. Para la poesía, el nombre sumo de César Vallejo, no superado por nadie aún. Pero su sitio está ganado en la narrativa regional con nombres como los de José Diez Canseco, cuyas novelas cortas, *La Gaviota*, *Kilómetro Ochenta y Tres*, *Jijuna*, y su novela

grande —un poco malograda— *Duque*, picardías limeñas, bien ambientadas y llenas de malas palabras. — La recia y abundante producción de Ciro Alegría, puede ser disputada por varias parcelas de la novelística contemporánea: la indigenista, la social, la costumbrista. Pero, sin lugar a duda, es una narrativa regional. Son de región, de comarca, su ambiente, su paisaje, sus tipos. Alegría ha trabajado con barro del Perú, con problemática peruana, su dramática y bien construida novela *Los Perros Hambrientos*, como lo había hecho al escribir *La Serpiente de Oro*, su revelación como novelista de largo itinerario. Finalmente, *El Mundo es Ancho y Ajeno*, gran mural cuyo tema es el drama del hombre frente al hombre, a la ley, a la costumbre, a la naturaleza del Perú. Novela densa, apretada, que no nos permite apartarnos de los símiles pictóricos, singularmente de aquellos de las pinturas anecdóticas de Diego Rivera, en las que el personaje está multiplicado al infinito, en alusiones, representaciones y elementos regionales inconfundibles. Hay material para muchas novelas, como en *La Vorágine* de Rivera. Millonario de temas, Alegría hace un solo libro con lo que los europeos hubieran hecho —desde Balzac— una comedia o una tragedia humana en muchos tonos. Puede predicarnos algo en sus novelas Ciro Alegría, puede defender tesis de cualquier especie, pero lo hace con los pies bien plantados en la tierra peruana. ¿Se podría asegurar que *El Caballero Carmelo*, de Abraham Valdelomar, *Tugsteno*, de César Vallejo, *La Casa de Cartón*, de Martín Adán, son relatos regionales? Acaso. Pero en ellos, predominan otras clases de tipificación: exaltación lírica, tesis, costumbrismo y paradoja. — En cambio, hemos de citar en esta línea, *El Pueblo sin Dios*, de César Falcon y *Agua* de José María Arguedas.

BOLIVIA. — *Raza de Bronce*, la novela de Alcides Arguedas —una de las pocas obras de relato que debemos a la época modernista— es una novela regional, a pesar de que, también es una novela indigenista. El accedo censor de la vida boliviana que en las últimas ediciones de *Pueblo Enfermo*, asume una posición un poco exagerada en sus desvíos de la democracia, inició su camino de novelista con *Vida Criolla*, a la que él mismo llama “novela de la ciudad”. — Armando Chirveches es novelista regional por todos sus costados. — Desde *Celeste*, escrita en tono romántico en 1905, hasta *A la Vera del Mar*, escrita en el año de su muerte, 1926, toda su obra está signada con las características de lo regional: *La Candidatura de Rojas*, *Casa Solariega*, *La Virgen del Lago* y *Flor del Trópico*. Regionalismo urbano o rural, pero con la marca profunda de la comarca donde ocurre lo relatado. — Adolfo Costa Du Rels, como el peruano García Calderón hacen novelas americanas, con títulos franceses, desde París. Se acuerdan de casos y cosas de sus respectivas patrias. *Terres Enbrásées* como *La Hantise de L'Or*, son reconstrucciones de paisaje de humanidad, de historia. — Gustavo Adolfo Otero, figura múltiple que se produce en la historia, el ensayo, la crítica, hizo sus incursiones primero por la narración burlesca y luego, en distintos momentos, por la regional: *Cuestión de Ambiente* y *Horizontes Incendiados* son, la una regionalismo urbano y la otra propaganda patriótica. — La tragedia pavorosa de la Guerra del Chaco, remueve profundamente el subsuelo humano de Bolivia y hace aflorar una promoción dolorida y enrabiada de poetas, ensayistas y relatistas. Y una generación revolucionaria de políticos. — Lo primero que nos legó fue *Aluvión de Fuego*, de Oscar Cerruto, novela agria, dura, con protesta y con rabia, pero dentro de la línea profunda de lo regional, la entrada en el interior del hombre boliviano con-

turbado hasta el tuétano por la catástrofe. — Augusto Céspedes es un relatista “testimonial”, al hacer la denuncia del bárbaro entrevero de dos pueblos fraternos, en su libro *Sangre de Mestizos*. — Augusto Guzmán, con *Prisionero de Guerra y La Cima Fecunda*. Porfirio Díaz Machicao, con reminiscencias de Barbusse. — Luis Toro Ramallo, Eduardo Ance Matienzo y Claudio Cortés. — La explotación minera por “los tres apellidos”, Patiño, Aramayo y Hotschild, tiene también su trágica literatura: entre muchos, *Socavones de Angustia*, del malogrado Fernando Ramírez Velarde, es uno de los libros más representativos de la explotación minera, que se halla en la raíz de toda la historia de Bolivia. Millares de hombre bajo la tierra consumen sus vidas en la enfermedad y la miseria. No es el “documento humano”, recogido para comprobación de una tesis, como en el caso de *Germinal* de Emilio Zola. Es la transliteración del dolor de un pueblo que ya no podía más... Que ya no pudo más.

PARAGUAY. — Confesamos, con rubor, nuestra escasa información sobre el relato paraguayo contemporáneo. Su pensamiento, su poesía, su ensayo, son algo mejor conocidos. Así por ejemplo nombres grandes como el de Manuel Gondra, el crítico agudo y magistral, el internacionista creador de soluciones y doctrinas por la paz americana, polígrafo de la talla de Rodó; Natalicio González, crítico, ensayista historiador de la literatura, rector de una época espiritual de su país; Julio César Chávez, historiador, autor de una de las mejores biografías escritas en América, *El Supremo Dictador*. — Sentido regional tienen los *Cuentos Guaraníes* de Eloy Fario Núñez. Durante y después de la guerra del Chaco, acaso no con la misma prodigalidad que en Bolivia, se desarrolló también una literatura de testimonio que asumió, en ocasiones, los caracteres del relato. —

Así tenemos, por ejemplo, a Justo P. Benítez, en *Bajo el signo del mar*; José P. Villarejo, en *Ocho Hombres*; Arnaldo Valdovinos, con *Cruces de Quebracho* y *Bajo las botas de una bestia rubia*; José D. Molas, con *Polvareda de bronce*; Silvio Macías, con su atormentado relato *La Selva, La Metralla y la Sed*. — Actualmente hemos leído una novela *La Babosa* de Gabriel Casaccia, en la que se advierte un poco la intención, más que la técnica de la *Calle Mayor* de Sinclair Lewis, pero con arraigo en el ambiente. — Nos acogemos, por lo demás, a la interpretación de Luis Alberto Sánchez, respecto de la poesía paraguaya: "Paraguay se halla en la pesquisa de sí mismo". Y a nuestra explicación sobre la ausencia ecuatoriana en la época modernista: "estábamos haciendo la historia, para después contarla... o cantarla".

BRASIL. — Los precursores como el romántico José de Alencar o el naturalista Manuel Antonio de Almeida, o Alfredo de Taunay, cuya novela *Inocencia*, es reconocida como "o livro de mais cor local que existe en na nossa lingua", por un crítico tan agudo como Olivio Montenegro, deben ser citados, en el umbral de la literatura novelesca regional brasileña, una de las más ricas del Continente. — Ya en la plenitud, Aluizio de Azevedo —uno de los grandes novelistas de la América Ibérica— empata felizmente con el realismo francés de la mejor hora y, con un sentido avanzado de justicia, cuenta el dolor del hombre brasileño en la tierra y el ambiente brasileño. Novelas como *O Cortico*, ha merecido ser comparada a *Germinal* de Emilio Zola; y *O Mulato*, es algo ascendradamente regional. ¿*Canaan* de Graça Aranha, podrá ser considerada una novela regional? Acaso, por el fondo problemático del tema, que es la inmigración y la colonización del Brasil. Rubéa Darío aseguraba que *Canaan* era la mejor novela escrita en América. In-

clinándonos ante el gran poeta no nos sometemos muy ciegamente al crítico. — El gran novelista del Brasil es, a no dudarlo, ese mulato genial, amargo y pobre, Machado de Assis. Triste y agrio en su vida, pero no en su obra, que es humana y robusta, dura y justiciera, artística y profunda. Es preciso llegar hasta Rómulo Gallegos para encontrarle un par en la novelística latinoamericana. En los momentos en que Eça de Queiroz hacía en Portugal su obra incomparable, en el lejano Brasil colonial se escribían libros tan poderosos de contenido y bellos de expresión como *Braz Cubas*, *Quincas Borba* y *D. Casmurro*. Ternura, ironía, generalmente ausentes en la novela americana se encuentran aquí. — Otros nombres dignos de citarse son Inguez de Souza, donde la influencia de Zolá es más marcada. — Es en la novela y el cuento brasileño actuales, en donde haremos la mejor cosecha de relato regional. Como en Estados Unidos, en el Ecuador, en Venezuela, las novelas brasileñas contemporáneas serán expresión desgarradora de insatisfacción contra el medio injusto o, como dice Lewison respecto de los Estados Unidos: "Contra la baja calidad moral de la vida norteamericana". Como en el ensayo Gilberto Freile está dando una tónica de investigación profunda a la sociología americana, así también la novelística del Brasil ha urgado lo esencial de tierra y hombre brasileños. Un arquetipo para novela y ensayo es el genial *Os Sertoes* de Euclides da Cunha. — José Lins Do Rego es quien rompe la marcha de esta pléyade de relatistas brasileños. *Menino De Engenho*, su primera novela, lo mismo que *Doidinho* y *Bangué*, son de intenso valor autobiográfico, pero esa infancia sencilla transcurre en la naturaleza brasileña, ante la catástrofe de sus ríos torrentosos y la potencia inmensa de sus selvas. Alvaro Lins lo dice: "Encontramos nos seus romances a historia social e o espírito de toda uma regio". Completan la obra

de do Rego: *El Moleque Ricardo*, *Usina*, *Pureza*, *Pedra Bonita*, *Riacho Doce*, *Agua Mae* —acaso su obra fundamental— *Fogo Morto*, *Euridice* y *Cangaceiros*. — Siguiendo en los comienzos a Eça de Queiroz, Graciliano Ramos, hace el encuentro definitivo de su destino de escritor y novelista. *Caetés*, conserva rasgos de ironía queirociana; pero desde *S. Bernardo* que algunos juzgan su mejor novela, continúa la trayectoria del escritor brasileño con los pies fijos en su tierra, pero al servicio de la justicia y la piedad humanas. *Angustia* es un documento formidable de sentido regional y poder introspectivo —generalmente raro en los novelistas de América—, y viene luego *Vidas Secas*, *Infancia*, *Insonia* y los cuatro volúmenes de *Memorias do Carcere*, en los que no sólo el nombre sino el poder de meterse dentro del “subsuelo”, nos hacen recordar Dostoiewsky. — Jorge Amado está empeñado en alma y cuerpo, en la lucha por la justicia social. Sus primeros libros *Pais do Carnaval*, *Suor* y *Cacau*, levantaron una ola de comentarios por el proselitismo que se les atribuía y la audacia expresiva. Pero son libros intensamente regionales, aunque de una temática denunciadora y trágica. Luego vino *Jubiaba* como una verdadera obra maestra de poesía bárbara, en la que la vida primitiva desarrolla como categorías cotidianas, los dramas del amor, del adulterio, de la muerte. Finalmente *Mar Morto*, que tiene una tal intensidad lírica que, quienes han querido ver complejidades anormales en el deseo sexual de Guma, un chico de once años, por su madre, una prostituta, acaso están extremando las interpretaciones. Han de citarse los nombres valiosos de Mario de Andrade, Cornelio Pena, José Américo de Almeida, Octavio de Faria, que anunció ambiciosamente una serie novelesca con el nombre de *Tragedia Burguesa*, y hasta hoy sólo ha cumplido con *Mundos Mortos*. — Dos mujeres novelistas nos ofrece el Brasil contemporáneo: Ra-

chel de Queiroz, con su notable novela *Caminho de Pedras* y Lucía Miguel Pereira, con *Amanhecer*. — Influenciado por la novelística norteamericana, en parte, y por las tentaciones del cinematógrafo, Erico Verissimo es el autor de una serie de bellas novelas en las que se revela un verdadero maestro: su primer éxito fue obtenido con *Caminhos Cruzados*, original de técnica y caudalosa de expresión, con poder de entrar en las profundidades del hombre. Siguiéron *Un lugar ao sol*, *Música ao longe*, *Mirad los lirios del campo*. Y luego *O tempo e o vento* en el que se halla más maduro, más dueño de sus dones de novelista. Una "brincadeira" suya, *Un gato negro en la nieve*, le dió mucha entrada en la literatura norteamericana. Ha tenido mucho éxito y algunos creen que al éxito ha sacrificado calidad artística. Yo pienso lo contrario, Verissimo es un grande y bien difundido novelista del Brasil, con miras y ambiciones a lo universal. — Monteiro Lobato, relatista de niños y de hombres, nuevo La Fontaine, es un novelista regional.

ARGENTINA. — La menos regional de las novelas latinoamericanas ha sido escrita por un argentino: *La gloria de don Ramiro* de Rodríguez Larreta, que no pudo ser corregida ni por Zogoibi, ni por *Santa María de los Buenos Aires*. Pero en la Argentina también se escribe la novela regional por excelencia: *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. Lo que *Martín Fierro* es para la lírica argentina, *Don Segundo Sombra* es para la novela. Güiraldes, hombre de cultura artística refinada, al que en Francia se llamó, por sus primeros versos, discípulo de Rimbaud, pero que "llevaba el gaucho en su corazón como una hostia". Se ha debatido sobre la autenticidad gauchesca de *Don Segundo Sombra*. Groussac lo dijo: "Al través del chiripá se le ve el smoking", sin embargo hay tal amor, tanto asombro encariñado

con la tierra y sus hombres, que nos conmueve y convence.—Alguna parte narrativa de la obra de Ricardo Rojas, polígrafo, puede entrar en la línea del relato regional, como su defensor y su teórico principalmente, pero también como su realizador en *El País de la selva*. — Roberto J. Payro nos ofrece un tipo de novela regional picaresca en *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* y los cuentos de *Pago Chico*. — Regional es sin duda toda la obra de Benito Lynch. El campo argentino, de pampas y sierras, el “pago”, están ofrecidos con una diaphanidad insuperable: *Los carunchos de la Florida*, *El inglés de los quesos*, *El romance de un gaucho*, son evidentemente regionales. — La cosecha es inmensa, hemos de citar simplemente unos nombres, seguros de olvidar los más: Martiniano Leguizamón, Eduardo Acevedo Díaz, Justo P. Sáenz, Max Dickman, Pablo Rojas Paz, Fausto Burgos, Juan Carlos Dávalos, Angel María Vargas, con aquel relato del bello nombre: *El hombre que olvidó las estrellas*.— Aunque se trate de lo regional, no hemos de olvidar los grandes nombres de Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, pilares de la cultura argentina contemporánea.

URUGUAY. — Con las características regionales de lo rioplatense, la narrativa uruguaya se confunde y engloba con la argentina en veces, hasta el punto de que, nativos de la uno orilla han escrito y vivido en la otra. Muchos casos, desde Florencio Sánchez, el dramaturgo, hasta Horacio Quiroga, el relatista, que abre la lista de los autores regionales uruguayos con sus *Cuentos de la Selva*, *La Gallina Degollada*, *Cuentos de Amor*, *de Locura y de Muerte*. — Uruguayo por nacimiento e inspiración, aunque haya vivido lejos de la tierra nativa, es Enrique Guillermo Hudson, cuyo libro *Tierra Purpúrea* es de la región uruguaya. — Con todo, es

Javier de Viana quien mejor representa lo regional uruguayo. Pesimista, amargo, en esos relatos vivientes, Viana cuenta la decadencia del gaucho, su miseria, en narraciones como *Guri*, *Macachines*, *Leña Seca*, *Yuyos*. — Oto Miguel Cione, con sus relatos llenos de sabor criollo, como *Mañita*, *Chola se casa*, *Carahuata*, se inscribe en la novelística regional con igual derecho que el más popular y conocido Yamandú Rodríguez. Y no hemos de olvidar a Miguel Víctor Martínez, Francisco Espíndola, Valentín García, Juan A. Dosetti. — Cerramos la lista con el nombre prestigioso de Zabala Muniz, conductor y director espiritual de la gente libre de su patria, cuyos libros, singularmente *La Crónica de Muniz*, es un cántico a la región y a la tierra. — Y finalmente el nombre alto de poeta, novelista, relatista de diferentes rutas, entre las cuales también la regional, cuyos libros *La luna se hizo con agua*, *La carreta*, *Tangurapa*, *El caballo y su sombra*, y sobre todos, *El paisano Aguilar*, lo colocan en lugar de preeminencia entre los narradores regionales del Río de la Plata: Enrique Amorin.

CHILE. — Tierra principalmente de poetas, que ha dado a la estirpe algunas de las más altas significaciones líricas, como Gabriela Mistral y Pablo Neruda, no entró muy pronto y significativamente, por los caminos del relato. Hoy mismo, antes que tierra de novelistas, lo es de ensayistas, como Latcham y Subercasseaux, de historiadores, de poetas. Por ellos Chile ocupa un alto lugar entre las grandes potencias espirituales de América. En la última época —a excepción de lo que ocurre en la mayor parte de nuestros países— está iniciándose un valioso florecimiento teatral. — Con todo, figuras excepcionales de la novelística chilena hacen su presencia en el panorama continental, pero aún entre ellas, no todas pueden ser inscritas en el casillero de la novela re-

gional. — Para no ir muy lejos, es difícil situar en esta línea a novelistas como Eduardo Barrios, de sutil espíritu romántico y gran belleza expresiva: *El hermano asno*, *El niño que enloqueció de amor*, en el que se narra un caso de desviación del complejo de Edipo, perturbador y triste. Tal vez en *Un perdido* y *Gran señor y raja diablos* haya un poco de sabor de la tierra chilena. — Una buena parte de la novelística de Joaquín Edwards Bello, cabe en la parcela regional, aún cuando esté muy emparentado con los realistas europeos, ansiosos de tipificaciones personales permanentes. Fiel a la época, acaso sin propósito expreso se inscribe entre los novelistas de la inconformidad, como casi todos los norteamericanos, especialmente Sinclair Lewis, el de *Babbitt*. *El Roto* es, en nuestro tema, la más característica de las novelas de Edwards Bello, lo mismo que *Valparaíso*, *La ciudad del viento*, *En el viejo almendral*, *El inútil*, y aún *La chica del Crillon*, estas últimas con regionalismo urbano inconfundible. — No se ha de olvidar a Rafael Maluenda, González Vera, Labarca Ubertson, Salvador Reyes, Sadi Zañartu, y muchos otros. — He de citar, especialmente, al autor de una sátira admirable: *El Socio* de Genaro Prieto. — Obra de nobleza inconfundible, de alto significado social, en que hay reclamo de justicia con sólo contar la verdad amarga de lo visto, es la de Alberto Romero, cuyo regionalismo urbano es inconfundible: *La viuda del conventillo*, *La mala estrella de Perucho González*, entre otras muchas, consagran la vida de este novelista silencioso y poco espectacular, que vale mucho. — Carlos Sepúlveda Leyton, nos cuenta el campo chileno en *Hijuna*, como Juan Marín nos cuenta tragedias del Sur de Chile en *Paralelo 53 Sur*; y una extraordinaria escritora de cuentos, Marta Brunet. — Dos nombres de auténticos novelistas regionales, recientemente muertos los dos: Mariano Latorre y Luis Durán. El primero, con *Zurzulita*,

On Panta, Maule y muchos libros de relatos campesinos, impregnados de tierra, espíritu y aire chilenos, escritos con amor, por uno de los más completos intelectuales que, en todos los campos haya tenido últimamente Chile; el segundo tan modesto y callado para el triunfo, con *Frontera* y *Mercedes Urizar*. — Gente joven en Chile hace novela de acusada tendencia social especialmente. — Nicomedes Guzmán, dramatiza la vida del proletariado urbano en *La Sangre* y *la Esperanza* y otras; y la tragedia del salitre en *La luz viene del mar*.

Y aquí se acaba este cuento de cuentos. Muy incompleto sin duda. En él se ha procurado permanecer dentro de la parcela señalada: la novela regional. Con algunas escapadas, por la imposibilidad de omitir ciertos nombres. Seguramente son muchos los que faltan. Pecado de ignorancia y nada más.

PRESENCIA DE AMERICA

ALFONSO REYES: LA X EN LA FRENTE

Una suave maestría de belleza y bondad, vertida en años por sobre estas tierras de América y sobre el mundo, hace de Alfonso Reyes una figura excepcional de la cultura humana, construída a base de íntegra dación de su curiosidad sin límites, servida por una de las más buídas inteligencias a las que nos haya sido dable asistir a los contemporáneos. Porque la inteligencia de un hombre como Reyes es un espectáculo extraordinario, un acontecer histórico que puede ser presenciado, contemplado, desde cerca o desde lejos, por las gentes ávidas de hechos y de cosas.

La estampa de su México, del cual Alfonso lleva "la X en la frente", parece reñir con obra y hombre Alfonso Reyes. He dicho la estampa. Cactus, espinas, bandidos de camino real —"los bandidos de Riofrío"— doble pistola, amorfíos, muertecitas azucaradas de dos de noviembre. "Si me han de matar mañana — que me maten de una vez", jinetes caracoleantes que raptan "chaparritas a la grupa de un alazán, sombrero jarano, generales que "tiran a dar", sargentada y torería...

Pero, frente a esa estampa, que es preciso limpiar y lustrar para evitar descaminamientos, está la estampa pura: la de la "Suave Patria" de ese otro grande del espíritu y la sensibilidad, Ramón López Velarde, parigual de Alfonso Reyes; y está la estampa del "lugar más puro del aire", del pro-

pío Alfonso Reyes, que empata cabalmente con espíritu y estilo del autor de *Simpatías y Diferencias*, cosa clara de nombre claro.

Y entonces, ya no es Alfonso Reyes un producto extraño al medio, reñido con el medio mexicano, sino una de las más esclarecidas formas de expresión que tiene esa gente mexicana —historia y geografía— que es como toda la gente de estas tierras, “llevada por el bien”. Es Alfonso un mexicano y un americano, como lo fuera la dulce muchacha gongorina, Juana Inés, en las praderas líricas, como “El Pensador Mexicano”, por su regusto clásico de picardía y conceptismo, como Don Justo, por su prudencia y sabiduría, como “El Duque Job”, por su leve y clara sensibilidad tan gala y tan mexicana a la vez, como Ramón López Velarde.

Es verdad que Alfonso nos inaugura de cuerpo entero la imagen del polígrafo. En estos mismos días, estamos recordando, “a cien años de su luz” a ese hispanoamericano total, con el cual no hay peligro de equivocarse si se afirma que es venezolano o es chileno, porque ambas afirmaciones dicen la verdad: Andrés Bello. Y es de esa estirpe, la de los hombres de toda América, este Alfonso Reyes, nacido en vida y letras en una época en la que la voz de México es particularmente interesante y tiene, entre todos nuestros pueblos, un poder singular para hacerse escuchar en todo el mundo.

No me gusta, no he de suscribir nunca, ese elogio que se hace de nuestros grandes valores, presentándolos como un producto extraño, superior al estar y vivir del pueblo del que surgen. Es una expresión de ese estéril menos valer que, dicho por gentes de otras razas acaso y de otros continentes, nosotros aceptamos. Si me pusiera a pedantear un poco, hasta diría: ese “complejo de inferioridad”. No me agrada que, para elogiar a Alfonso Reyes, haya de decirse:

es tan culto, tan universal, tan sutil y profundo, "que parece europeo, como Valéry, como Gide; que no parece mexicano..."

Alfonso Reyes es mexicano y, lo que es más, "parece mexicano". Mexicano cuando escribe su *Visión de Anáhuac*, como cuando, viajando hacia las puras edades de lo clásico, nos ofrece su *Ifigenia Cruel*, o *La crítica de la Edad Ateniense*. Mexicano en *El Deslinde*, *Junta de Sombras*, como en sus estudios del español clásico: *Cuestiones Gongorinas*, *La Antigua Retórica*, *Capítulos de Literatura Española*. Es mexicano en ese admirable *Tres Puntos de Exegética Literaria*, como en *Grata Compañía* y en *La Experiencia Literaria*. Y, naturalmente, es mexicano en *El testimonio de Juan Peña*, *A vuelta de correo*, *El Día Americano*, *Visperas de España*, libro en el cual lo mexicano tiembla y se estremece ante la España de las gentes libres, traicionada y dolida. Y finalmente, mexicano sumo en *La X en la frente*, libro de suave y graciosa exaltación de la patria y su signo, en glosa amable —como todo lo suyo— de unas cuantas ironías de ese viejo tremendo y admirable, "San Miguel de Unamuno".

Ahora sí, a hablar de Alfonso Reyes, hombre y producto de América y de México. Es el patrón —en el sentido de modelo y en el de apadrinador y maestro— del nuevo tipo de ensayo americano, que es la expresión original y el aporte propio de América a la cultura universal, como me he permitido sostenerlo en diversos artículos últimamente. ¿Casillero donde colocarlo? Ninguno y todos a la vez. Voz de lírico suave. Opinión respaldada por estudio austero, ascético, pero al propio tiempo personal. Segura palabra de guía-dor, —sin pretenderlo— de gentes jóvenes por los caminos de la sensibilidad, del arte, del bien decir y el bien pensar.

Una curiosidad sin límites, servida por una inteligencia

extraordinaria, hemos dicho al comenzar este artículo. Una avidez de pregunta inagotable. Y al decir sus intenciones, sus asombros, sus "ganas" de certidumbre, lo hace con tan fina y suave ingravidez, que todo aquello que hay por dentro —lectura, contemplación, meditación— está escondido, no en juego de malabar, sino en discreta y hasta humilde *sagesse*, que tiene pudor de toda pedantería como si se tratara de un pecado nefando. Si Alfonso Reyes pudiera hablar de Virgilio, de Góngora, de Goethe o Valéry, sin nombrarlos, sin relucir su erudición, lo haría. Y es por ello que Reyes es uno de los más admirables escritores "alusivos" de nuestro idioma. De los que sin ser esotérico, habla con sabrosa familiaridad de temas y problemas cuyo enunciado se da por conocido y entendido.

Reyes es un escritor muy claro. Sin embargo, le hace al lector el crédito, que todos le agradecemos, de suponerlo un poco inteligente y no darle muy escarmenadas las nociones, las ideas. Nos deja a todos un margencito de adivinación, una poquita de vanidad de hacer como que ponemos —los lectores— algo de nosotros en lo que leemos. Y es que toda obra de letra, tiene que tener un poquito, muy poquito, de crucigrama, de "palabra cruzada", que le conceda al paciente lector el derecho de intervenir en lo que va leyendo. Y si la comparación parece ofensiva, peyorativa —yo soy un apasionado de los crucigramas, de las novelas policiales— podemos recurrir a la noble y ennoblecedora comparación musical: el auditor, en este caso, desea que el autor de partituras le dé una posibilidad de soñar su propio sueño mientras escucha música, de vivir su minuto de dolor o de júbilo, acompañado por la música. De allí que muchos de los grandes músicos, rehuyen el dar un nombre, que es ya un mandato, a sus composiciones musicales y, simplemente, las numeran . . .



Alfonso es claro, con claridad de nube o de agua, que necesitan que las miren y las interpreten. El lector es como ese niño que, echado sobre el prado, mira pasar las nubes, y les encuentra forma de ángeles, de lagartos, de montañas y de hombres. Alfonso Reyes concede al lector la libertad dirigida, como se diría hoy en términos de democracia popular. Su espíritu rector, de suave rectoría inteligente, no deja ver la rienda ni el volante. Y uno se hace la ilusión, al transitar por la prosa de Reyes, de estar libre, escogiendo la propia ruta, por su gusto soberano.

No. Pero no estoy diciendo con esto que Alfonso Reyes es un escritor difícil, abstruso, el del *Verbum absconditum* de la Escritura. Le anda por los ribetes de la inteligencia ese modo de ser sutil, selecto, complicado que hizo de Góngora uno de los más puros poetas de nuestro Siglo de Oro y de Mallarmé el más cabal de los simbolistas franceses. No es un poeta o un escritor para escogidos, nuestro Alfonso Reyes. Pero sí es un escritor escogido, dentro de su casi inaprehensible por la diáfana maestría de utilizar las palabras, como leves túnicas que visten la seriedad del pensamiento.

Porque Alfonso Reyes es, como pocos, un escritor con pensamiento, con ideas. Representa —e inaugura— la estirpe de ensayistas americanos que, como Rodó, creen que “decir las cosas bien es una forma de ser buenos”. E insurge igualmente contra la gravedad ilegible de los que piensan que para ser profundos hay que escribir pesadamente, con materiales de mampostería, y también contra los que pretenden que para escribir bellamente, hay que escribir cosas vacías o “llenas de vacío”. Equidista del pseudopensador de los partos difíciles, del grave y aburridor dogmatizante, como del gárrulo cronista, escaso de mente, de palabrería volandera y periodística.

Y es que así es Alfonso Reyes más español y retemás meicaxno. Porque el pensamiento hispánico ha sido siempre eso: poderoso contenido de ideas, de intuiciones, de direcciones filosóficas y vitales, vertido en bella prosa o bello verso. Eso la mística española en prosa o verso, Terresa o los Luis-es, Molinos y Juan de la Cruz. Eso Séneca y Gracián. Eso Don Sem Tob, Rabi de Carrión; y "El Libro de los En-xemplos". Eso, los cronistas de Indias. Y, finalmente, en ese regreso a las fuentes de lo español que fue la generación posterior al desastre colonial —¿es verdad comprobada eso del 98?— con Ganivet, Costa, Unamuno y Ortega y Gasset.

Alfonso Reyes, Mexicano con mayúscula, signado con la X en la frente, es el maestro —por categoría— y compañero, por cercanía de edades, de la pléyade magnífica de los ensayistas de nuestra América que, me atrevo a afirmarlo una vez más, significan el mayor aporte de este continente de hablar ibérico, —español y portugués— a la cultura universal. Todos, justiciera y cariñosamente, lo reconocemos. Porque Alfonso Reyes se hace admirar y amar. Bueno... ¿hay algo mejor que eso en este mundo?

ROMULO GALLEGOS

El hecho literario y humano

No el itinerario seguido, no el juicio sobre la vasta y poderosa producción: el hecho. El hecho definitivo de la aparición de un escritor total, en el sentido de dación íntegra, de consagración cabal de una personalidad hispanoamericana a la tarea literaria. Y dentro de la tarea literaria, a una línea, a un género: la novela. Sin descuidar por ello su profesión irrenunciable de hombre y luchar por la libertad y la justicia.

Esa es la significación del hecho Rómulo Gallegos.

Ante la acusación reiterada, no por indocumentada y ligera, menos dañosa y malintencionada, de que la América de raíz ibérica no hace aportes fundamentales al pensamiento y la sensibilidad universales, se ha hecho innecesaria la defensa crítica y polémica. Ha sido suficiente la enumeración de cifras humanas esenciales, de obras realizadas. Porque se hace indispensable ahora, muy puestos en firme los pies sobre la verdad actual, abandonar nuestra actitud de modestia, de humilde acatamiento de lo que se dice en inglés, francés, italiano y alemán sobre nosotros, contra nosotros. Y rechazar al propio tiempo la posición negativa de críticas y enciclopedias, que nos ignoran olímpicamente; como la posición caritativa de quienes nos hacen condescendientes concesiones y, como si se tratara de adolescentes aplicados, admiten que quizás, acaso, llegaremos un día a ofre-

cer algo que valga la pena, algo que se pueda decentemente mencionar. No es un anciano hepático como Giovanni Papini —el de los juegos de fácil malabarismo con el Diabolo— quien tiene autoridad para decretar, sin apelación, nuestra mediocridad irremediable.

Rómulo Gallegos constituye una de las más significativas respuestas. Es la gran afirmación, el maciso respaldo a esta verdad: la América Ibérica ha entrado ya, con paso seguro en el panorama universal del pensamiento y la sensibilidad.

No desestimo al aporte grande de los hombres que realizaron o asistieron a la obra de la aparición de nuestras patrias. Siglos atrás y siglos adelante son necesarios para encontrar par humano a Bolívar. Y luego, dentro de la estatura humana, ya están allí los nombres de Martí y Montalvo, de Andrés Bello y Rubén Darío, de Sarmiento y Alfonso Reyes, de Machado de Assis y Rómulo Gallegos...

Rómulo Gallegos representa una expresión paradigmática de lo que ha sido y es todavía el hombre representativo de nuestras patrias nuevas: hombre de cultura y de civilidad; varón de acción humana y de obra científica y artística a la par. Es que, acaso, aún no podemos permitirnos, como los pueblos viejos y populosos, el lujo de la especialidad. Nos hallamos en los primeros y más fecundos días: aquellos en que —es en Atenas— Esquilo defiende la Patria en Maratón, Salamina y Platea y, entre batalla y batalla; compone *La Orestíada*; aquellos días en que —es en Atenas también— Tucídides y Sófocles, Xenofonte y Demóstenes —y los mismos grandes del pensamiento— Sócrates, Platón, Aristóteles, se ocupan al par de los problemas de la metafísica y los de la política.

Los hombres de Israel también, desde Moisés, el conductor y gran poeta, hasta Pablo de Tarso, el conductor y

gran poeta, hicieron letras e ideal político; escribieron las más bellas cosas que pueden escribirse, y fundaron religiones y erigieron y defendieron patrias.

Pero no es sólo eso: Rómulo Gallegos representa una altura mayor, en calidad humana, y una más real afinidad con los destinos de nuestras pequeñas y recién nacidas patrias. Mientras en Atenas o Roma, Israel o la Inglaterra Isabelina del Siglo XVI —con sus escasos cuatro millones de habitantes, como mi Ecuador o la Venezuela de Rómulo Gallegos— los grandes varones lo eran para la República y para la Cultura, sin importarles la posición exacta a favor del hombre o contra el hombre— en cambio los grandes representativos de cultura en nuestra América, cuando hacen obra de ideal político y social, están siempre en la buena orilla, en la orilla del hombre y su justicia. Y así, Aristóteles, puede haber dejado teoréticas gratas a las dictaduras, o Virgilio haber sido un humilde áulico, o Cicerón el adversario de las revoluciones populares. En nuestra América no.

En nuestra América, los verdaderos grandes de la cultura —los grandes de verdad— han sido también los soldados de la libertad. Han estado, en su acción civil, del buen lado, del único admisible: el lado de lo humano, de lo justo, de lo libre.

Pocas, poquísimas excepciones de hombres de cultura en nuestra América corresponden a personajes que se situaron al pie de los tiranos, que fueron tiranos ellos mismos, que defendieron —así sea teóricamente solo— los fueros de los opresores del hombre. Casi no puede darse en nuestra historia continental, el ejemplo de los grandes validos, de los supremos lacayos, de los humildes servidores de la opresión o de la explotación del hombre. Nuestros “caudillos bárbaros” —la expresión de Arguedas— han sido verdadera

legión: próximos al analfabetismo casi todos, brutos indómitos los más, gendarmes desalmados y espadones rapaces, todo el resto. Cada cien de ellos asoma un hombre de estudio, de lectura, de conocimientos: por cada cien como Santa Anna o Rosas, Melgarejo o Monagas, Victoriano Huerta o Jorge Ubico, Juan Vicente Gómez o Trujillo, Martínez o Somoza, asoma un Gabriel García Moreno, tirano e ilustrado a la vez, un Rodríguez de Francia, siniestro y cruel, pero leído, un Augusto Leguía, arbitrario y despótico, pero vivísimo, de real inteligencia.

El valido a lo Virgilio, el defensor de opresores a lo Cicerón, el lacayo tortuoso a lo Bacon, el "consejero áulico" a lo Goethe, el teórico de las tiranías, a lo Chateaubriand, De Maistre, Gobineau o "el joven lacayo de Isabel II", Donoso Cortés, no son comprensibles en nuestro alto y auténtico ambiente de cultura. Alguna lamentable descaminación, seguramente irreflexiva, como las tan inofensivas de Rubén Darío; las menos perdonables de Chocano y Lugones... Y la que nos duele más en lo vivo: la de quien fuera un día maestro de juventudes libres en América, el anti-Chocano, el educador grande y el filósofo: José Vasconcelos.

¿Los demás? No, realmente. No vale la pena tomarlos en cuentas. "Sombras de hombres", según la expresión consagrada de Ingenieros, el gran argentino.

¿La raíz del fenómeno innegable? Difícil de desentrañar, por lo compleja: factores étnicos, telúricos, históricos. No excluyentes, sino colaborantes. España, lo indígena, la naturaleza bravía, la dominación —en su mayor superficie territorial— del trópico. El hecho de haber nacido, cuando en el mundo todo soplabla la vaharada de la libertad, ha contribuído seguramente también para que en estos pueblos nuestros la realidad o la teoría despóticas sólo hayan prosperado a espaldas de la cultura, contra la cultura. El cau-

dillo hispanoamericano —espadón, leguleyo o mercachifle— ha sido invariablemente, un ente resueltamente reñido con la civilización, con la inquietud espiritual. Las excepciones anotadas —García Moreno, Francia, un poco Leguía— son tan escasas que se pierden en la legión innumerable de los otros, “los caudillos bárbaros”.

La prueba nos la está dando la impresionante actualidad: en Venezuela, se echa del poder al más alto representante de la cultura venezolana; en el Perú, es un ciudadano de leyes y de letras, Bustamante Rivero, el que estorba a la ignorancia que se entroniza luego; finalmente, en estos mismos días, un gobierno inspirado por un civilizador, por un Maestro como Juan José Arévalo y realizado por lo mejor de la intelectualidad guatemalteca, ha sido echado del poder, con ayuda extraña y criminal, para entronizar espadones...

Y es que, quizás, el núcleo germinal lo explica todo: Bolívar. Cultura y libertad hermanadas en él, engrandeciéndolo, poniéndolo en un sitio aparte de los puros hombres de armas o de los simples insurrectos. Con su pasión de libertad ardida. Unamuno me decía al hablar de Ab-del-krim, el árabe insurrecto contra la dominación francesa y española de su tierra marroquí, que si “este morillo” triunfa, ya tendrá estatuas en todas partes y seguramente hasta en Madrid, “como vuestro Bolívar”.

No, don Miguel. “Nuestro Bolívar”, que era tan suyo por vasco, por libre y por culto, se diferenciaba mucho del “morillo”, heroico y admirable sin duda, como heroicos y admirables fueron Vercingetórix y Guillermo Tell, Alex Newsky y Don Pelayo, Juana de Arco y Guillermo de Orange... Pero Bolívar, Don Miguel, Bolívar.

Rómulo Gallegos reedita, alto, grande, el paradigma: la cultura y la libertad unidas. Y marchando junto a ellas, la justicia.

El escritor

Hemos de reiterar aquí lo que dijera en mi libro *El Nuevo Relato Ecuatoriano*, al referirme, someramente, al gran movimiento novelístico hispanoamericano, dentro del cual se inscribe el del Ecuador: "... con más vocación de novelista, más bien plantado en las comarcas del relato, con un poder de expresión más ceñido, más propio y permanente, con fuerzas sólidas para la novela grande, aparece Rómulo Gallegos.

Pulso, ese pulso firme de faenador, que nos reclamaba Gabriela Mistral en París en 1.930, en nombre de la potencia de trabajo del intelectual europeo; ese pulso un poco a lo Balzac, es la característica que, de primera intención nos ofrece Gallegos. No el hombre de un solo libro: con anchura balzaciana en verdad, sin los hilos internos que unifican el tema. Acción y personajes, nos han demostrado una potencia productora a la que —cantidad más calidad— no estaba acostumbrado nuestro pulso de escritores esporádicos y circunstanciales".

Como nuestra novela —la ecuatoriana— tiene su precursor, su Juan el Bautista en Luis A. Martínez, con su novela *A la Costa*, que acaba de cumplir sus cincuenta años de edad; así la novela venezolana tuvo también su inicial en *Peonía*, aquella narración de la época de Guzmán Blanco, en la que Manuel Romero García, por primera vez quizás en la novelística de su país, hace intervenir paisajes y personajes criollos, dentro de una ambiciosa y, a ratos, bien lograda técnica realista.

Y es entonces que, —junto al suave y humano interludio señalado por Teresa de la Parra, la admirable— surge con poderes francos de capitania, ancho, rumoroso, caudaloso, poderoso, el pulso de narrador de Rómulo Gallegos, en

una producción sin desmayos, que solamente se desigualaba un poco en los momentos en que —*El Último Solar, La Trepadora*— se aventura en los vericuetos, un poco estrechos, limitados, asfixiadores, de la escena urbana, en los que su mirada se detiene en muros, su resollar de toro no encuentra ámbito en los empedrados y el asfalto de las ciudades venezolanas, y su sentido épico, que maneja con comodidad selvas, llanos, ríos, no halla qué hacerse con el títere urbano, el muñeco político, el susurro del chisme, de la intriga, en la vida artificiosa de nuestras ciudades, no olvidadas aún de falsas aristocracias y casi siempre sometidas a los besamanos y curvaturas de la columna vertebral, impuestas por las tiranías. Sobre todo en su Venezuela natal, patria de los libertadores grandes.

Pero allí está, en la tremenda escena de la naturaleza: es el llano y la selva, el río y la montaña, el mar... Allí está ancho y poderoso el tórax, el aliento duro y masculino: allí está, moviéndose en sus propios elementos, el genio de Rómulo Gallegos. Rómulo Gallegos es el novelista de este hemisferio en que se halla más cantidad de América. Solamente en la poesía, puede encontrar su parigual: Walth Whitman, el de la orilla inglesa del continente.

Tres nombres, cargados de suelo, transidos de teluria, aparecieron casi simultáneamente: José Eustasio Rivera, el colombiano, Ricardo Güiraldes, el argentino, y Rómulo. Es que, en realidad, el personaje americano corriente —si se salva el español de la epopeya conquistadora, al americano de la epopeya libertadora y al indio de la inmensa y desolada miseria— el personaje americano corriente todavía no está alto y grande como el escenario de América. Luis Alberto Sánchez lo afirma por allí: "Nosotros los indoamericanos, los americanos en general, somos todavía un continente o dos continentes, demasiado sometidos al ambiente. Nos

subordina el paisaje, nos agobia la riqueza de nuestro territorio, estamos sumergidos en la densidad asfixiante de nuestra atmósfera demasiado rica en aromas naturales”.

Y así es Rómulo: toma al hombre, a la mujer, y los lanza a la bravía lucha con la naturaleza. A pesar de su real poder de tipificación, las gentes, demasiado pequeñas, se le escapan y aceptan el connubio trágico, que es en definitiva, una derrota: se dejan amoldar, moldear, modelar por las fuerzas desatadas del río, de la selva, del llano, del mar. Y es que esa es la verdad esencial de nuestra vida, algo así como la reproducción del Génesis mosaico: Dios —en este caso la naturaleza— tomando barro, tierra de América para hacer el hombre americano. Y el soplo para darle alma, el gran soplo de todos los vientos de la selva, el río, el llano, el mar. Todas las verdades de la realidad, todas las verdades de la teoría, confluyendo en la única, en la grande e inapelable verdad: la maternidad esencial de la tierra, con sus colaboradores como el sol, el clima, la latitud, el paisaje.

En el origen de la literatura, la determinante hombre, imponiéndose sobre las potencias de lo humano, físico y espiritual, rehaciéndolo, conformándolo según la expresión del Génesis, “a su imagen y semejanza”. Así, para el primer caso, la literatura griega: en el principio es el verbo, es el hombre que, en el peristilo del templo o en las gradas del mercado —Sócrates y los presocráticos— habla, alecciona, norma y dirige. La naturaleza, dulce y bella naturaleza, a la medida humana, del Atica, obedece al hombre que le pide uvas para los festines, acantos para las coronas, mármoles del Pentélico para los torsos desnudos y las caderas exuberantes de las Venus de Praxiteles. Y hasta cuando los grandes trágicos —Esquilo, Sófocles, Eurípides— utilizan el mito y la divinidad, es construyéndola sobre la imagen humana, con amores, pasiones y virtudes de hombres. Cuando el

Hado ordena que Edipo se ha de casar con su madre, después de asesinar a su padre, es —¿verdad Freud?— en obediencia a las leyes humanas. Ved sino la leyenda de los argonautas en pos del vellocino de oro: hombres como el médico Esculapio, como el poeta Orfeo, como los amigos en la vida y la muerte, Castor y Pólux, realizando el poema, conducidos por Jasón. Y en las homéricas — La Iliada y la Odisea— el mito es más evidente: el poeta, el aeda es un ciego: no ha de ver el paisaje, no ha de importarle la naturaleza, es desde su ceguera que ha de mirar al hombre interior, para con sus elementos subjetivos, hacer los personajes, crear los mitos y los hombres. En cambio, para el primer caso, allí están los Vedas, singularmente el Rig-Veda “el libro por excelencia de la adoración de los fenómenos naturales”, según Gonblanc y, sobre todos, el Ramayana, esa Iliada indostánica, en que el desbordamiento de la pasión humana está condicionada al desbordamiento de la naturaleza.

Rómulo Gallegos está inaugurando en su Venezuela, para nuestra América y el mundo, la gran literatura de predominio de la naturaleza. Es que Rómulo Gallegos está realizando una literatura-verdad. Y la actual certidumbre de América es esa: por mucho que haya dado pasos la “civilización” hacia la rapidez, hacia la muerte, mediante los descubrimientos de la disgregación nuclear, es la lucha por vivir, comer, amar y morir, en esta escena avasalladora con los ríos y los montes más grandes, la que determina lo esencial de la posibilidad narrativa y de la poética: en general, de toda la obra de ficción y de imaginación.

Mi tesis difiere esencialmente de la de Luis Alberto Sánchez, aún cuando acepta el hecho en sí: el predominio de la naturaleza. Sánchez, en el caso de Gallegos, en forma definitoria y simpliste, afirma: “*La Vorágine*, comanda a Ri-

vera y *Doña Bárbara*, el llano puede más que su relator". Yo creo, en cambio, que la naturaleza puede más que los hombres, que los actores del relato: que ella los conforma, los modela, los hace; pero no a escondidas del autor, no con un sabio escamoteo o con una fuerza superior ajena a las intenciones del novelista. La naturaleza se impone primeramente al autor, como categoría de realidad dominadora, y entonces, dentro de ella el hombre, es el ser dominado, hecho o rehecho, "a su imagen y semejanza".

De allí que *Doña Bárbara*, se nos esfume entre las serpenteadas del río, casi tragada por él. Y que se salven, casi a nado pudiéramos decir simbólicamente, las figuras de la civilización, Luzardo y Mariscia.

El llano de Venezuela se completa en *Cantaclaro*. Anécdota y, por lo mismo, más cantidad de hombre que paisaje, en comparación con *Doña Bárbara*. Hombre venezolano, más dueño de Venezuela, de la que sabe sus cantos, sus "corridos y contrapuntos" y de la que, sonándonos un poco a raro, intuye posibilidades, con la elocuencia llanera de Juan Parao, figura acusada y fuerte, tratada con cariño por el autor. A Florentino "Cantaclaro", como a *Doña Bárbara* el río "se lo llevó el diablo"...

Y, fuerte de su poder frente al llano, Rómulo se lanza a dominar la selva. Antecesores poderosos ya en la novelesca iberoamericana: *Canaan*, del brasilero Graça Aranha y más cerca en el tiempo, *La Vorágine* del colombiano José Eustacio Rivera. El sobrecogimiento de Gallegos es, sin duda mayor frente a la selva que frente al llano. El ritmo cambia en *Canaima*, su novela frente al "infierno verde". Pavura, misterio, una solemnidad poética, estupor. Pero el hombre, quien lo creyera, se impone más con sus vicios, sus pasiones, sus virtudes, frente al mal de la selva que frente al bienestar del llano. Es que aquí Gallegos introduce un

nuevo personaje, tremendo y familiar: la muerte. Y cuando el hombre llega a la verdad de "vivir con la muerte", de hacer de la muerte una categoría cotidiana, como la procreación, el nacimiento, la comida, entonces es el hombre el triunfador de su nada, de su todo. Porque, ya lo dijo el danés: "la muerte no es enfermedad mortal".

Y es que Gallegos, en *Canaima*, a pesar de la locura y la fiebre, la sabandija y la fiera, la espina y el veneno, siente el mandato que a sí mismo se impusiera en la época ya lejana, —año 1925— de *La Trepadora*, cuando dijo: "hasta ahora, nuestra literatura ha sido amarga y desesperanzada, pero ya es tiempo de amar y confiar un poco". Un soplo caliente de optimismo, de fe en Venezuela y sus hombres, para la dominación de la naturaleza, para la construcción de una patria. El hombre civil, el varón de edificación, de libertad y de justicia que ha sido y será toda su vida, asoma por entre las bellezas de la descripción narrativa y del relato novelesco.

Si se ha puesto frente al llano y a la selva, hoy va a ponerse frente al mar, con *Pobre Negro*. Y frente a un problema humano de ancha significación en Venezuela, el problema de las razas. Ya aquí se divide el interés entre el formidable espectáculo de la costa caribe de las implicaciones de —acaso— una tesis. Una tesis sociológica y una tesis política. Ya es la construcción de Venezuela el *deus ex machina* de la acción. Su porvenir y su justicia. Es la novela de atisbos y premoniciones. Es ya un poco —y por eso *Pobre Negro* se emparenta más a la novelística ecuatoriana— una novela que, sin dejar su objetividad, es construida "para" sostener algo. Y ese algo es la justicia...

Y nuevamente —y siempre— en Rómulo Gallegos el hombre que quiere hacer al hombre un poco de justicia:

como escritor, como hombre de lucha política, como Presidente de su patria. El hombre que había encontrado, para su Venezuela, la ruta de Bolívar, perdida entre los vericuetos de la politiquería, de la ambición y del imperialismo. Este hombre que no debía gobernar Venezuela, que había que echarlo del poder, por un triple crimen irredimible: ser patriota, ser justo y —el peor de todos— tener mucho talento.

LOS DIAS DE CIPRIANO CASTRO

Contados por Mariano Picón Salas

Cosa de orgullo cholo, de machismo gallero, engallotado, fue oírle al maestro de la escolita provinciana que, hacía pocos años, a principios del siglo, un Presidente de Venezuela —un pequeñito Presidente al que llamaban en su tierra “el Cabito” en recuerdo del “petit Caporal”, Napoleón— se había puesto pico a pico, de hombre a hombre, con el imperio alemán —el del Kaiser— el Imperio Británico y el Reino de Italia. Y que, —esto tal vez no lo dijo el Maestro pero se lo contaba en los corrillos de muchachos curiosos— cuando llegaron a las costas de Venezuela las escuadras reunidas de Inglaterra, Alemania e Italia ese Presidente, que se llamaba Cipriano Castro, había amarrado en una loma tres burros, para que contesten con rebuznos los cañonazos de los atacantes.

No diré más que a Bolívar, Dios me perdone, pero sí casito como a Bolívar, admirábamos a ese Don Cipriano de Venezuela —omoto barbón, de pelo en pecho— que en una tierra hermana de la nuestra, allí mismito donde nació el Libertador, había hecho respetar nuestras cosas, nuestros derechos, caramba, pues los gringos, ante el coraje del venezolano, habían tenido que retirarse avergonzados, con el rabo entre las piernas. Tal y como hacía el cuarto de los tres mosqueteros, con mil corchetes del Cardenal.

Después... la verdad. Somos tan bárbaros en nuestro

desconocimiento de las cosas propias, de América Española, que le perdimos un poco las huellas al "Cabito" de Venezuela. Supimos que su compadre Juan Vicente Gómez se la jugó, mientras se fue a no sé dónde; que andaba de Herodes a Pilatos, entre Europa y América. Y luego los horrores que se empezaron a contar —ya a nosotros en el Colegio Secundario— del feroz Juan Vicente, nos hicieron olvidar el recuerdo del héroe querido, frente a los gringos abusivos y sinvergüenzas.

Y de pronto, perdido entre las noticias del cable, un datito sobre la muerte, en cualquier lado, de Don Cipriano Castro, antiguo Presidente de Venezuela. Recuerdos vagos de notas volanderas de periódicos. Es que el tiempo y las cosas del mundo habían cambiado. La pequeña gran anécdota de una guerra mundial, se había atravesado por entre las ideas y la sensibilidad de los hombres. Cosas grandotas, en ese año de 1.924, como el comunismo y la revolución rusa, el fascismo italiano, el rearme alemán (aun cuando esto del rearme alemán no le ha faltado a ninguna época histórica, desde Atila, Rey de los Hunos), la aviación de guerra y sus progresos, D'Annunzio con su Fiume... preocupaban a las gentes de las siete partes del mundo. Y aquí, más cerquita, en nuestra casa continental, los cuartelazos y los "pronunciamientos", el grueso bastón del primer Roosevelt, la revolución mexicana, los "desembarcos pacíficos", la enmienda Platt, la aparición de la novela americana —cosita de segunda importancia— y la elevación definitiva de los Estados Unidos al rango de primera potencia universal. Finalmente, en el propio lugar de los sucesos, una de las más horripilantes cosas que le hayan ocurrido a país alguno de América: la tiranía de Juan Vicente Gómez.

Entonces, la muerte del "Cabito", ¿qué?

Mariano Picón Salas, uno de los hombres de nuestra América, que se mantiene vigilante ante la razón y el destino de estos pueblos, como piloto que sube el palo de mesana para otear el horizonte, como zambullidor de fondo que se lanza al mar para ver las cosas por dentro; hombre que busca la entraña e indaga el "aire cultural", se recoge amorosamente a pensar y decir las cosas de su predio nacional, con una buida penetración crítica de documentos y hechos, que esclarece situaciones, nombres, períodos de vida de su Venezuela, para entregarlos con su volumen y su valor reales; dando así una lección de cómo ha de hacerse la historia viva de estas patrias turbulentas, que están reclamando la verdadera, la encarnada interpretación y expresión de su vitalidad exuberante, por su misma potencia, proclive a los descaminamientos.

Este americano que hiciera, con sentido, ecuménico, poco antes de la segunda catástrofe, las "Preguntas a Europa", y que tanto se interesa por el problema total del hombre, cuando nos cuenta el cuento de su propia tierra, adopta un tono como de confianza, como de quien relata la cosa no por todos sabida, o lo que es peor, malsabida, para fijar, precisar, rectificar.

Ya nos había dado su *Miranda*, contribución inapreciable al establecimiento de la estampa verdadera, la vera efigie del gran aventurero de la libertad. Nos había contado —iba a decir cantado— la conseja franciscana —tiene tan poco de jesuita— de ese pobrecito de Dios, "Pedro Claver, el santo de los esclavos", ofreciéndonos uno de los más admirables casos de adecuación de tónica expresiva y estilo, al asunto tratado. Picón Salas no es en esa biografía un novelista de la historia, un autor de vida novelada. Es el que encuentra la nota exacta para cantar la canción. Y en un suave tono menor, de eucologio, nos va dando con cariño,

la humana figuración de un hombre bueno . Acento digno de las vidas misericordiosas de un Franciscano de Asís, un Carlos Borromeo, un Vicente de Paul, limosnero de las galeras del Rey de Francia. Prosa iluminada con luz de adentro y con alas también, en la que se presiente el vuelo de los angelotes de Rafael —que tienen que volar siempre por no poder sentarse—, tocando en sus cítaras la música del paraíso. Unos angelotes rafaelistas pero negros, como los que reclamara en verso Andrés Eloy Blanco.

En este año, buena cosecha y abundante mies, Mariano Picón Salas publica dos libros de significación: un *Simón Rodríguez* que aún no conocemos y que nos tiene llenos de curiosidad y *Los Días de Cipriano Castro*.

Desde sus floridos veinticinco años, ilustrados por un retrato en el que, antes que el futuro dictador, y al retador audaz de las grandes potencias, vemos a un dulce y triste “mancebo”, que bien merecería ser el colombiano Julio Florez, el de los pasillos con amenazas de suicidio y “tumba fría”, o el mexicano Acuña, en el momento mismo de escribir

*“Pues bien, yo necesito
decirte que te quiero,
decirte que te adoro
con todo el corazón...”*

desde los románticos veinticinco años del retrato, Picón Salas nos narra la historia tragicómica de “los días de Cipriano Castro”, de su real amor por Venezuela, de su frenético amor por el Poder. Y las andanzas inicialmente heroicas del muy hombre que es este pequeño hombre del Táchira.

No se coloca frente a su retrato Mariano Picón Salas. Se mete por dentro de él. Pero con la delectación morosa y

fatigosa de los alardecedores de psicología profunda, que pronto nos fastidia con su erudición más o menos encubierta y sus pretensiones freudianas. Picón conoce el camino, sabe por donde se transita para llegar hasta las almas sin revelarnos el itinerario seguido. Y no es, acaso, el alma de su biografiado —en este caso don Cipriano— lo que más le interesa. Es el alma y el cuerpo de la Venezuela de esa época, para acumular materiales que lo conduzcan a desentrañar la esencia de la Venezuela de siempre.

Frente a una figura humana entrevista en la vida, hallada en la literatura, atisbada en el cine, tendemos siempre a buscarle o hallarle parecidos con las gentes más cercanas, dentro de nuestra órbita de acción o de conocimiento. Una de las formas de mejor comprender, es la de comparar. Y así, decimos en este Ecuador nuestro, que García Moreno es nuestro Felipe II, por ejemplo, comparando al frío y rubio Austria de la Invencible, del Escorial y la Princesa de Eboli, con el costeño de la vocecilla estridente, de la Penitenciaría de Quito y la cajonera Dorotea, activo e inteligente desde luego. Al leer estos *Días de Cipriano Castro*, nos acordamos, en cambio de Don Ignacio de Veintimilla, la otra víctima del insultador insigne de nuestra literatura y de nuestra política: Don Juan Montalvo.

Fachendoso, rumboso, aprendiz de perverso y refinado, reúne las características de un "nuevo rico" de poder y de plata. *Las Catilinarias* de Montalvo, probablemente el conjunto de diatribas más procaces y bien escritas de la literatura española, nos entregan la horrenda caricatura del pobre "Capitán General", sin la menor pretensión montalvina de que se le crea todo lo que dice —me imagino yo— sino con la grande y golosa fruición de insultar. Oidle un párrafo entre mil:

“Lazaro, cubierto de lepra, bañado de pus, caídos los dedos de falange en falange, es el feliz: Ignacio de Veintimilla, sentado sobre un millón de duros, rodeado de sumisos palaciegos, asqueando vinos y manjares deliciosos, es el desgraciado: Lázaró tiene la elefancia en el cuerpo, Ignacio de Veintimilla la tiene en el alma. Y aún por defuera ha perdido el miserable las proporciones sin las cuales no puede haber hermosura ni simpatía: el Gran Mongol se pesaba cada año en una balanza de oro, siendo esta ceremonia la mayor y más solemne del imperio; cuando sucedía que el peso se aumentara una o dos libras, los mongoles eran los habitantes más dichosos de la tierra; y tan próspero suceso era festejado con juegos nacionales y regocijos públicos. Ignacio de Veintemilla acaba también de pesarse por el año de 1.881: él no se pesa en la romana de oro como el Gran Mongol: hace pesado en la romana pública del matadero; y como el serenísimo señor resulta este año con media arroba más de carne y grasa que el anterior, ha decretado corridas de toros y grandes alegrías nacionales. Los quiteños, mongoles de Sudamérica, son dichosos; el Gran Mudo ha pesado más que el año último; pues a beber, a bailar, a manifestar alborozo de mil maneras. Catorce muertos y veinte heridos en aras del Gran Mudo, no es cosa mayor...”

De la feroz diatriba, que no pretende ser creída, surge un asomo de la personalidad verdadera. Pero Juan Montalvo no pretende eso. El no está oficiando de historiador, sino de insultador. Sin embargo, a través de una prosa diáfana,

realista, de contador del caso verdadero, la figura de Cipriano Castro en el apogeo de su poderío, surge de la pintura de Mariano Picón. La figura histórica de Cipriano Castro, con evidente semejanza a la figura de Veintemilla, que asoma por entre los insultos procaces de la caricatura montalvina. Oid este párrafo de Mariano Picón Salas:

“Ahora el castrismo que antes fue aventura militar, tensión febril de un pueblo sin rumbo, incorporación de lejanas masas montañosas a la vida del estado venezolano, parece amansarse o “hebetarse” en un creciente libertinaje. Don Cipriano ha de pedir al país excitaciones y fiestas, como antes le dió pólvora y cargas de machete. De su rincón enfermo de tanto beber brandy y sacrificar a Venus, perderá durante largos y tristes días la suerte de un país expoliado y acongojado. Venezuela en sus manos es como una indecisa y amedrentada Judith, en la tienda de seda de un Holofernes peludo. Sería la época más risueñamente cursi en todo nuestro proceso republicano, si más allá de los globos de color, comparsas y carrozas de Carnaval y prosa azucarada de los periódicos, no palpítase la angustia y frustración de dos millones y medio de hombres”.

De la terrible diatriba de Montalvo, de la exacta prosa de Mariano Picón Salas, emergen dos figuras sensiblemente parecidas: Ignacio de Veintemilla y Cipriano Castro. Calígulas o Tiberios de formato menor, ambos acaso tuvieron buena hora de amor a sus tierras. Pero a los dos los ahogó el vértigo del encumbramiento. Y la desmesura de la responsabilidad con la pequeña estatura humana de los dos. Lo

que he querido destacar aquí, es el poder de los artífices: el de la caricatura aceda y letal y el de la pintura realista y bien lograda.

En la fórmula biográfica empleada por Picón Salas en su *Los Días de Cipriano Castro*, intervinieron en sabia dosificación y en armoniosa distribución del trabajo, el ensayista, el historiador y el novelista. Agilidad, movimiento, calidad humana del relato, poder de representación de personajes: historiador —a lo Tácito en lo antiguo, a lo Michelet en lo moderno— y novelista. Pero, dando base a lo contado y a lo imaginado, está la interpretación histórica del ensayista. Del historiador ensayista que nos inventara principalmente Mommsen y que está reeditando —para que todos los snobs lo citemos— el medular inglés Arnold J. Tonybee.

Hombres como Mariano Picón, nos están enseñando las primeras letras de nuestra América, por medio de figuras y de ilustraciones, como a los niños chiquitos, según el alhajísimo decir de Colombia. Nos asusta meternos seriamente en los voluminosos tomos de la *Historia Constitucional de Venezuela* del gran viejo de la flor al ojal, “consejero áulico de Juan Vicente Gómez, José Gil Fortoul; o con los más voluminosos aún de la *Contribución al estudio de la Guerra Federal en Venezuela*, del simpatiquísimo viejito, amabilidad hecha hombre, José Santiago Rodríguez. Y nos quedamos ignorando, sin remisión, las cosas de patrias tan cercanas, tan nuestras. En cambio, Mariano Picón nos cuenta el cuento de Pedro Claver, el de Cipriano Castro; Uslar Pietri nos hace novela con las “lanzas coloradas”; Ramón Díaz Sánchez nos entrega un pocotón de la historia venezolana en sus Guzmanes, padre e hijo; Nuceti Sardi —y el propio Picón— nos cuentan la aventura y la desventura de Miranda: con eso, ya nos hemos entrado, irremisiblemente, por el tránsito histórico de Venezuela. Postes indicadores de

rutas seguras y gratas a seguir. Y entonces, que vengan los historiadores, que venga Gil Gortoul. Y hallamos muy comprensible y fácil lo de José Santiago Rodríguez.

Así vamos a aprender historia americana. La estamos aprendiendo. Con este libro de Mariano Picón Salas, hasta he ilustrado mi clase de Derecho Internacional Americano, y los alumnos han seguido con menos fatiga, mis explicaciones sobre la Doctrina Drago: fueron las hombradas un tanto fanfarronas y otro tanto corajudas del "Cabito", las que le dieron nacimiento y razón. Ya ven.

En este libro de Mariano Picón, asistimos en realidad a los prolegómenos de un período bárbaro: la era gomecista. Castro es apenas el precursor pintoresco, tragicómico en veces, casi inocuo en capacidad de tiranía, si se lo compara con su feroz sucesor. Los "días de Cipriano Castro", son apenas la obertura del terrible drama. Picón Salas, en las últimas páginas de su libro, proclama la gran verdad.

"En el pórtico de ese tiempo está un hombrecillo que tenía la agilidad de un gnomo y el ardor chamuscado de un Vulcano criollo. Le defiende un poco el ímpetu y el bárbaro coraje con que defendió la dignidad de la Nación en uno de los peores días de su historia".

Significación y expresión tropical de estas patrias calientes, sin la torva y siniestra actitud de un Melgarejo, el proclivio feroz hacia el crimen de Juan Vicente Gómez, la austera y fría crueldad, amparada por una real inteligencia, de García Moreno. "Castro no era precisamente sanguinario", como lo dice su biógrafo. Era la turbulencia díscola, fachendosa, un poco teatral, de "los caudillos bárbaros", pero en este caso, con una barbarie atemperada por ciertas cali-

dades de hombres y cierta romántica dignidad. Quién sabe si el retrato de los veinticinco años, más que los de las barbas taheñas, que parece más bien el de un poeta romántico, colocado en la inicial del libro, es una prefiguración válida de la estampa íntegra de su vida. Del libro de Mariano Pi-cón, se sale convencido y hasta un poco cariñosamente triste.

NUESTRO APORTE UNIVERSAL, EL ENSAYISTA

*A propósito de las OBRAS SELE-
TAS de Mariano Picón Salas*

Expresión esencial de los realizadores de cultura en América Latina: la indagación profunda de la realidad total del continente y de la realidad particular de cada una de las parcelas nacionales. Eso que hemos resuelto llamar el "ensayista" hispanoamericano, es el gran interrogador —activo y premioso— de lo que ha sido, es y será esta tierra, a la que Europa no ha querido aún reconocerle categoría de productora de ideas, de pensamientos o de sensibilidad.

Hay una cadena apretada de gentes que, en cada país, con intención nacional, extranacional, universal, quieren saber lo que somos, por los caminos de la etnología, del dato histórico, de las trayectorias del pensamiento, de las realizaciones estéticas, de las condiciones de clima, suelo, naturaleza, vida.

El ensayista hispanoamericano, acaso se inicia con Bello, Sarmiento, Montalvo, Alberdi, Bulnes, Lastarria, Rodó y se continúa en esa magnífica serieú de gentes que, en cada generación, en cada país han ejercido o ejercen capitania, jefatura indiscutible, dentro de sus casas nacionales respec-

tivas pero casi siempre con ancha intención de entender la tierra, el aire, la vida, los hombres de sus patrias.

En los demás géneros de expresión, de tipo universal, hemos hecho nuestro aporte, de coroso, apreciable, pero no excepcional. El molde extranjero, la fórmula establecida, han sido aprovechados por los escritores hispanoamericanos para hacer obra muy interesante siempre, y en veces de elevada significación. Veámoslo:

La novela, por ejemplo. Desde la aparición de los grandes de la época post-romántica —y singularmente Balzac— el relatista, el contador hispanoamericano no han propuesto, hasta hoy, una nueva fórmula, que a la larga pueda llegar a constituir un nuevo género. Disciplinadamente, han seguido el itinerario señalado por el propio Balzac; ascendrado y quintaesenciado por Flaubert; utilizado como alegato, en amplia “planificación”, por Zola. Antes de Balzac, los románticos: Chateaubriand, Byron, Lamartine, Hugo, Vigny, Manzoni, Schiller, Musset; correlativamente, aquí, en América, tuvimos a Jorge Isaacs, José Mármol, Manuel Payno, Juan León Mera . . . Y, cuando al final de la primera guerra universal, apareció lo que pudiéramos decir el post-realismo —dividido en innumerables tendencias— encontramos los empeños por la “novela-río”, que no se reclamaba precisamente de *La Comedia Humana* de Balzac ni de *Los Rougon-Macquart*, de Zola, sino que pretendía ser una continuidad humana cabal, íntegra, fluyente y sencilla, como un río; los logros geniales de Marcel Proust, de Franz Kafka, de James Joyce; las intenciones sociales de Romain Rolland, de Barbusse, de Thomas Mann, de Hermann Broch; la entrega total a la naturaleza, a lo natural de la naturaleza, en D. H. Lawrence, la intención de hacer actuar al personaje multitudinario en John dos Passos, las proposiciones de una doctrina filosófica —el existencialismo— a través de la novela,

como en Sartre, en Simone de Beauvoir, "la vida unánime", en Jules Romains... La novela, sin duda, ha hecho grandes esfuerzos por renovar su esencia y su expresión en Europa y en América del Norte. En Hispanoamérica, en cambio, si bien ha llegado a una cierta independencia de contenido y de personaje, de panorama y de ambiente, haciéndolos más nuestros; en cambio se ha sujetado casi sin hacer esfuerzos en contrario, por sacudir el molde, el viejo molde balzaciano, en veces renovado por las tendencias que acabamos de revisar rápida e incompletamente.

El caso de la poesía es semejante. Podíamos hablar, en este terreno, empleando los mismos términos propios de la vida política: primero, la dominación española, cuando las aduanas coloniales estaban cerradas al artículo extrapeninsular —francés, inglés, italiano—, los poetas de estas colonias españolas hablaron el idioma de Góngora, Garcilazo, de los místicos; y así tenemos a Sor Juana Inés, a Rodríguez Camargo, al Padre Aguirre y, acaso en España misma, no se hizo un tan rendido elogio de Góngora como el "Apologético en favor de don Luis de Góngora, príncipe de los poetas líricos de España", por Espinosa Medrano, "el Lunarejo". Segundo, la época de la independencia, o dominación francesa, que es un trasvasamiento integral del romanticismo que, comenzando con Chateaubriand y Saint-Pierre, sigue con Lamartine, Víctor Hugo, Musset, con alguna derivación hacia Lord Byron, Goethe el de Werther y Manzoni; tercero, la época modernista, exacerbación de la dominación francesa a través de Rubén Darío, Herrera y Reissig, Nervo, Blanco Fombona, Valencia, Lugones... Solamente después de la primera guerra mundial, empieza el afloramiento de nuestra poesía, con esa época de transición, en que aparecen Gabriela Mistral, González Martínez, Alfonso Reyes; y se consolida con la presencia de César Va-

llejo, de Nicolás Guillén, de Jorge Carrera Andrade, de Neruda.

En cambio, eso que hemos dado en llamar el ensayo, el "ensayismo" hispanoamericano, pienso yo que es la expresión original de nuestra América. Es, sustancialmente, indagatorio, interrogador, investigador. Es la apertura del proceso de nuestro pasado, de nuestro presente, de nuestro futuro. Es una urgida, en veces serena, en veces patética pregunta dirigida a la historia y a la geografía. Ultimamente más a la geografía que a la historia de nuestras comarcas. Acaso está mejor decir de nuestra gran comarca total, América, por la cual nuestros ensayistas se interesan tan prieta y ajustadamente, como cuando preguntan por sus propias patrias nacionales.

Digo que ese tipo de intelectuales es el que ejerce capitanía indiscutible en el ambiente en que actúa. Con algunas excepciones por supuesto. Pero, veamos algunos casos en que mi afirmación se comprueba ampliamente: el Perú, que ha dado a la estirpe acaso su más honda voz lírica contemporánea, César Vallejo, tuvo —y tiene a pesar de la muerte— un gran jefe espiritual: José Carlos Mariátegui, ensayista de esencia americana, en un *quantum* exhaustivo tal, que nos deja el paradigma no superado aún con sus *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*; Colombia, que ha dado a la novela la gran unidad continental que es *La Vorágine*, a la lírica modernista la figura toral de Guillermo Valencia, se inclina reverente ante la figura guiadora del gran viejo Sanín Cano y escucha las palabras de ascendrada pregunta —sobre base de investigación y de comprobación— de ese joven maestro de letras y democracia que es Germán Arciniegas. Y así ocurre con el México de Alfonso Reyes o el Santo Domingo de Pedro Enríquez Ureña. Y aún más: aún en ciertos casos el ensayista —acaso por

pudor de asumir las calidades de alentador y guía, acaso en busca de amenidad o de lectura— se entra por los caminos un poco encubridores de la novela o de la historia, de la biografía o las memorias. Así los casos argentinos de Martínez Estrada, el de *Radiografía de la Pampa*, de Mallea, de *Historia de una pasión argentina* y de *Chaves*.

Y la interpretación no tiene que recurrir a malabares dialécticos ni hacer alegatos bizantinos pura y simplemente, las gentes de pensamiento de estas tierras americanas —¿nuevas? ¿viejas?— quieren saber un poco su verdad y su destino dentro de la gran crisis del hombre que, desde comienzos de siglo, ha venido agudizándose hasta desembocar en esto terrible y feo que ha dado en llamarse la “Era Atómica”. Deseo de saber, hemos dicho. Y entonces, desde la afirmación calurosa y a ratos arbitraria de José Vasconcelos —a quien desgraciadamente no podemos seguir en sus actuales posturas— que proclama el gran destino de estas tierras, albergue prometido de “la raza cósmica”; hasta las indagaciones sapientes de Benjamín Subercasseaux, el de *Chile o una loca Geografía y Tierra de Océano*; pasando por las indagaciones afirmativas —siempre interrogatorias— de Germán Arciniegas, de Leopoldo Benites, el autor de *Ecuador, drama y paradoja*, de Jorge Mañach, de Jaime Benites, de Rodrigo Miró, de Mariano Picón Salas...

Es, justamente, el bello volumen de *Obras Selectas* de Mariano Picón Salas que ha inspirado las reflexiones de este artículo: mil doscientas páginas de prosa grácil, leve para leer, pero densa de pensamiento, de pregunta y de emoción, nos dan la certidumbre de que esto, el ensayismo hispanoamericano, es la expresión más original y lograda de nuestro poder de “darnos” en Hispanoamérica. Allí, la emoción inicial del “aire y cielo de Mérida”, de su Mérida nativa, hasta las graves preocupaciones de tipo universalista —del

universo y del hombre dentro de él— que se hallan en *Preguntas a Europa*, y en el estudio de los problemas de la civilización actual.

Mariano Picón Salas es, con certidumbre y validez, el tipo actual de ensayista de nuestra América. Interrogador premioso de nuestras realidades de pueblos y de hombres, pero no en un absurdo desglosamiento de los problemas de América o de Venezuela —del hombre venezolano o americano— de los problemas del hombre. Del hombre *tout court*. Del hombre, nada menos y nada más. Pocas veces se ha hecho una justificación de obra tan cabalmente y en tan pocas palabras como cuando Mariano, en su *Pequeña confesión a la sordina*, dice: “No nos basta el arte tan sólo, porque aspiramos a compartir con otros la múltiple responsabilidad de haber vivido”.

Cuando hace la exaltación de la nación pequeña, vemos a Picón pasearse por el campo universal de las ideas y por todas las bellas praderas de la geografía: Israel, Atenas, las repúblicas italianas, Florencia! y traer su conocimiento hacia América, para ponerlo, dócil, a nuestro servicio, al servicio estimulante de las pequeñas patrias sin intención, sin “voluntad de poder”, como la mía. Y cuando tomándolo como pretexto actualizador, más que como púgil escogido para saltar a la arena, al salvador del Diablo, Giovanni Papini, recorre los dominios de nuestra cultura, de nuestro aporte a la obra universal del espíritu y la libertad, recordando los nombres grandes —no hay más grandes que ellos— de Bolívar, de Martí; entonces hace obra de ensayista de fondo medular, apto para llegar a las profundidades de nuestra capacidad de hombres y pueblos.

Leyendo, —releyendo— a Mariano Picón Salas en estas *Obras Selectas*, hechas con nobleza editorial propiciadora de la perennidad que ellas merecen, nos afirmamos más

en nuestro criterio inicial: el ensayista, cuando era panfle-
tario como Montalvo o Bulnes, o cuando es interrogador y
guidaro, como Alfonso Reyes, Gilberto Freyre, Sanín Cano
o Mariano Picón Salas, es el verdadero aporte americano
auténtico, a la cultura universal.

PRESENCIA ECUATORIANA

PIO JARAMILLO ALVARADO

DOCTOR EN CIENCIAS DE LA PATRIA

*Prólogo al libro HISTORIA DE LOJA
Y SU PROVINCIA*

Asistir, con ojos limpios, a la marcha de una vida clara, noble y alta, es un don de los dioses. Poder, o haber podido desde los años y los días más puros, contemplar el noble espectáculo de un hombre —así, altamente, de un hombre— en su ascenso a las cumbres del servicio de la inteligencia, de la libertad y de la patria, es algo que explica el que nos sentimos orgullosos, llenos de ufanía, transidos de agradecimiento a los años y a la vida.

En la tierra más bella de la tierra, donde mis ojos se abrieron al espectáculo de los campos y el sol, y los encontraron bellos y buenos para la morada transitoria. Cuando apenas el cariño materno me llevaba de la mano a la letra, a la pregunta, a la curiosidad; cuando el querido hermano mayor ya muerto me contaba los cuentos que a todos nos han contado, aún antes de Shakespeare, La Fontaine, Andersen y Perrault. Es entonces, justamente, cuando como amigo predilecto de ese hermano mayor mío, entra en mi vida niña y diabla, el nombre y el hombre Pío Jaramillo Alvarado.

Es luego en los primeros años de colegio. De aquel Colegio Nacional, de admirable tradición, nacido de la generosidad de un hombre de Loja, en el que había enseñado literatura nuestro padre, el poeta de *Ecuatoriales*; donde enseñaba filosofía el mayor de mis hermanos —ese hombre

bueno, de hondura espiritual no superada para mí, en los vastos caminos de mi viaje. Y donde explicaba Ciencias Naturales, con un espíritu libre, creador de una generación de hombres libres mi hermano recién venido de Europa, con la mente liberada y clara. Es allí, donde la juventud intrépida, ilusionada, ágil de Pío Jaramillo comicnza a ejercer funciones capitanas sobre todas las gentes mozas de mi pueblo. Y es allí donde, usando de su temida autoridad de Inspector, nos aplicó los primeros castigos; y es allí también, con anchura humana incorregible, donde nos ofreció los primeros estímulos, con las primeras palabras de optimismo y alegría.

Otros testigos más altos, habrían podido y debido decir palabras de verdad e inteligencia en estas páginas iniciales de la *Historia de Loja y su Provincia*. Pero la generosidad del autor, vieja de cerca de medio siglo, ha querido que el nombre del inquieto muchacho al que castigó en el colegio y del mal estudiante en quien él encontró desde entonces algo que su bondad creyó aceptable, sea quien converse hoy a las gentes un poco de lo que ha sido y es, en la ciudad, en la cultura y en la patria, este primer doctor en civismo de la gran universidad nacional del pueblo de estas tierras.

Entre lo mucho, pero mucho, que debo a Pío Jaramillo Alvarado, esta merced es acaso la más grande y profunda. Esta oportunidad de unir mi nombre —cuando la vida nos ha ido nivelando en canas, trabajos y nietos— al suyo entre todos esclarecido, ilustrado por una obra grande y magnífica y consagrado por la dación íntegra —nadie acaso puede reclamar título igual— de una vida al servicio de la patria y su defensa. Mientras los “sabios en fronteras” se han inmolado con gordas remuneraciones para un sacrificio por la patria, cuya verdad y justificación no asoma por ninguna parte; él, el doctor Jaramillo Alvarado, ha sido la grande

y noble *vox clamantis in deserto*, que ha mantenido permanentemente el augurio lúcido, el consejo esclarecido, la verdad más pura, ampliamente documentada, en la defensa de la tierra nacional, que otros entregaron *en sublime gesto de abnegación y sacrificio*.

Esta merced es, digo, la más grande y profunda. Porque me ofrece el privilegio de gozar de la más bella cosa que la vida ofrece: la amistad basada en la gratitud, en el respeto, en la más intensa admiración. Cuando se ha llegado como yo, a la edad de las palabras ciertas, y se siente un júbilo infantil en irnos desnudando de prejuicios y mitos, de cosas hechas por otros, para poder contarnos a nosotros mismos y a los demás el cuento de nuestras emociones. Cuando ya no importa ni nos gobierna el mandato de las consagraciones relumbronas ni las grandezas hechas a punta de compadreo y tradición. Entonces es saludable y bienhechor, el darse una inmersión en el panorama de una vida entera, de una noble vida y de una grande obra, para decirles a todos nuestros pensamientos sin reservas, sin regateos, ancho y claro.

Abominé siempre de quienes pretenden que la historia —de un hombre, de una nación, del mundo— ha de escribirse desapasionadamente, friamente, acarreado el dato, copiando el documento, registrando el hecho protocolizado en archivos y bibliotecas. He de morirme sin compostura ni enmienda de ese pecado humano, muy querido por mí. La historia, como la han entendido Tácito entre los antiguos, Michelet entre los modernos, ha de ser escrita por hombres, ha de ser humana, encarnada, visceral, si vale la palabra.

Ha de respetar el dato, ha de integrar activamente el archivo, ha de utilizar y compulsar el documento. Pero de allí a ser fotográfica reproducción de lo externo, dista mucho, porque la verdad externa es la menos verdad de las

verdades. La partida de nacimiento de una persona, la orden emanada de otra y contenida en un documento fidedigno, están registrando eso, solamente: que en un día tal, una persona cual, nació o actuó, exteriormente, en la forma que el documento atestigua. Pero de allí a desentrañar los móviles, las situaciones, los ánimos, la situación humana de los hombres sobre los que se escribe la historia, hay una distancia ilimitada.

Poco me importaría equivocarme o no estar seguro sobre la fecha exacta del nacimiento de un personaje histórico; o del lugar preciso de su nacimiento; o del nombre de pila de sus padres. Nada ganaríamos con que alguien descubriera la prueba inobjetable de que Homero vino al mundo en Esmirna o en Chios; de que Shakespeare nació en Stratford-on-Avon; de que Cristóbal Colón es de Génova, de Barcelona o de Valencia; de que Eça de Queiroz es realmente de Villa do Conde o "un pobre home de Povoia de Varzim" . . . En cambio, cómo nos ilustra el historiador que descubre si el personaje de niño amó a su madre, si mataba a los pájaros, si gozaba delatando a los compañeros, si le gustaban las flores y los perros, si era dulce o altivo . . .

Es solamente tratando de entrar —y mejor aún consiguiéndolo— en la vida del personaje o del acontecer históricos, que se hace luz verdadera, o cercana a la verdad, cuando se escribe historia, o ese soneto de la historia que es la biografía. Y para ello, hay que poner pasión. De amor, de rabia, de lucha. Pero calor humano al fin. Lo otro, será disección si es profundidad, fotografía si es superficie, radiografía —¿verdad Martínez Estrada?— si es hueso que conserva la carne . . .

Yo nunca escribo desapasionadamente. Si tal hiciera, habría preferido la profesión de notario a la de escritor. Me habría contentado con "dar fe" de los hechos, los hombres

y las cosas. Con registrar en el libro de actas, con la enteca y pobre fidelidad de lo exterior, las cosas que han pasado, las palabras que se han dicho, las comunicaciones oficiales y los documentos. Y habría hecho la más escandalosa obra de ocultamiento de la verdad que cabe hacerse. En cambio, mi verdad, es mi emoción: carne y sangre de una intención humana, de un pensamiento humano, de una interpretación humana. Y es emoción lo que pongo, y pondré siempre, —es muy tarde ya para la enmienda, lo repito— en lo que cuento, en lo que digo, en lo que defiendo. Tomar o dejar, según la confianza que haya podido inspirar una vida o una obra. Lo demás, papel, papel, papel.

Vidas ilusionadas y muchachas las nuestras, 1914, en el lejano y abandonado pueblo provinciano, donde llegaba el libro con el poder transubstanciador de la emoción o de la idea. Avidez límpida la nuestra, al margen de las clases colegialas, por saber, en los tercetos del Dante, los amores con Beatriz, porque ya todos —inocente precocidad provinciana— teníamos Beatrices en nuestras vidas, unas Beatrices de medicitas negras, que asistían al colegio de monjas, cercano al nuestro, y que de vez en vez nos regresaban a ver, sonreídas, y derramaban sobre nosotros paraísos y orgullos. Y avides también, con lágrimas, con rabia, con ganas invencibles de componer el mundo, al leer —eso sí ya un poquito a escondidas— las injusticias y la maldad de los hombres, en la historia tremenda de Juan Valjean, el presidiario santo de *Los Miserables* de Hugo.

Mi hermano derrochó toda su herencia paterna —una poquita de suces de los buenos—, en comprar todos los libros:

“*La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres*”

pudo decir con Mallarmé, durante su larga agonía de incomprensión y de martirio que ese hermano mío —gran poeta, mejor hombre— sobrellevó en sus vísperas del largo viaje. Y nosotros comenzamos a leer todos los libros —que acaso sólo se leían por los hombres de mi generación, en ese rincón del mundo—; y conocimos a los realistas franceses: Balzac, Flaubert, Stendhal, los Goncourt —cómo discutíamos sobre *Mademoiselle de Maupin*—, y “el inmundo Zola”, según lo llamaba *La Hormiga de Oro*, una revistilla española retrógrada y curuchupa. Y a los simbolistas franceses: nos eran familiares Baudelaire, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé, Francis Jammes. Y las demás gentes del mundo, como los españoles del 98 —entre los cuales, queríamos y admirábamos de manera especial a Juan Ramón Jiménez, los Machado, Valle Inclán... Y a los grandes rusos, sobre todo a Dostoievsky, cuyo *Crimen y Castigo*, nos servía para largas discusiones, sobre las cosas divinas y humanas, sobre Dios y sobre el Diablo. Y agotamos, en esas infames ediciones de la Casa Maucci de Barcelona, la lectura de todo lo que se publicara hasta entonces del portugués admirable: Eça de Queiroz.

Pío Jaramillo Alvarado, que ya había transitado las veredas del mundo, que ya había venido y triunfado en la Capital de la República —esa Quito añorada desde lejos— regresa entonces a la tierra natal con todas las gallardías de una juventud inteligente y fervorosa, investido por el segundo gobierno del General Plaza, del cargo que hasta entonces siempre llevó largas barbas: —por dentro o por fuera— Gobernador de la Provincia. Se hallaba en el filo de sus treinta años, y era dueño de todas las curiosidades, de todas las iniciativas. Y resuelto a hacer de su tierra nativa, una ciudad de progreso y, sobre todo, un rincón de pensamiento

y laboriosidad intelectual. Allí estaba, con nosotros, en grupo estrecho, cordial, amigo: Clodoveo Jaramillo Alvarado, el hermano menor de Pío, tan inteligente como él, tan fervoroso como él, de un corazón tan ancho y caliente como el suyo. Y Carlos Manuel Espinosa, el maestro de hoy, el suscitador de vocaciones juveniles, entonces muchacho enamorado y fino, de una capacidad de selección en lectura y escritura que jamás he visto superada. Cuando muchos —acá, en Quito— creían en Ricardo León, en Gabriel y Galán, en Salvador Rueda o en Amado Nervo, los más avanzados, Espinosa prefería a Juan Ramón Jiménez en verso, a Valle Inclán en prosa. Y estaba con nosotros Manuel José Aguirre, la inspiración heroica, el épico del grupo, tan remirado en su andar, tan ruboroso, y con un destino inexplicable de tragedia, que no habríamos podido soñar en sus primeros años, hasta que la muerte le tendió su final y grotesca asechanza . . . Y completaba la *jorga*, Francisco Montero, el viejo Montero, fino, inteligente, artista, amigo en todas las horas, hasta el sacrificio, y tan sano de espíritu, lleno de clara y contagiosa alegría.

El señor Gobernador, "el doctor Pío", nos llama, nos dice las cosas más amables y halagüeñas, y nos presta libros, muchos y selectos libros de poetas y escritores franceses, ingleses, españoles e hispanoamericanos. Si en la biblioteca de Héctor Manuel Carrión leímos a Flaubert, Stendhal, Daudet, Zola, todos los realistas y naturalistas franceses, nos alarmamos, escandalizados deliciosamente, con Barbey d'Aureville, con el grande y terrible Lautreamont, J. K. Huysmans, el de *La Bas* y, sobre todo, con el extraño y alucinante —tan buen burgués en la vida— Jean Lorrain, el autor de *El Vicio Errante* y de *Monsieur de Phocas* . . . ; y nos bañamos de poesía inmergiéndonos en *Las Flores del Mal*, leídas por noso-

tra con devoción ingenua, como cuando se recita un verdadero bíblico.

En cambio, Pío Jaramillo nos dió el conocimiento cabal del modernismo nuestro, hispanoamericano, llevado luego, en son de conquista a España; por su nuevo Hernán Cortez o Francisco Pizarro: Rubén Darío. Los libros de José Enrique Rodó, de los García Calderón, del gran cronista y más grande embaucador aún, Gómez Carrillo; y los poemas de Darío, de Lugones, de Julio Herrera y Reissig, de Chocano, de Amado Nervo, de Guillermo Valencia; las novelas de Graça Aranha, de Rufino Blanco Fombona. Y de los españoles —cuyo inmenso Galdós ya conocíamos antes por los libros de Carrión— nos llevó a Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, los Machado, Antonio y Manuel, Baroja, Azorín, Villaespesa— ese Villaespesa que nos servía para las cartitas a las novias:

*“La Virgen de los Dolores
vió mis lágrimas primeras,
yo la regalaba flores
para que tú me quisieras”.*

En su casa, que era en las tardes el remanso espiritual de la ciudad, y no la grave e importante casa del señor Gobernador, nos reuníamos para hablar de las enamoradas —de “mi muchacha”, como decía cada uno de nosotros en aquellos tiempos—, para hablar de literatura y darnos conferencias, que no eran otra cosa que anticipos de lecturas, y para recitar versos. Carlos Espinosa, con su correctísima pronunciación castellana, con c y z, nos recitaba de preferencia los versos de Juan Ramón Jiménez, que él prefería aún a los del “padre y maestro mágico” Rubén Darío, y suavemente nos decía:

"Dios está azul. La flauta y el tambor
anuncian ya la cruz de primavera.
¡Vivan las rosas, las rosas del amor,
entre el verdor con sol de la pradera!"

Y así nació *Vida Nueva*, aquel "periódico de literatura y arte" que se reclamaba en su título, con una reminiscencia dantesca y en sus epígrafes con estas dos declaraciones:

Rinnovarse o morire, de Gabriel D'Annunzio y
Mon verre est petit, mais je bois dans mon verre, de Musset.

Como director, figuraba Clodoveo Jaramillo Alvarado y como redactores Manuel José Aguirre, Manuel Benjamín Carrión y Carlos Manuel Espinosa; como administrador, Francisco Montero Carrión.

Vida Nueva tuvo una amplia y cariñosa acogida en nuestras familias y las familias de nuestras enamoradas. La empleábamos, principalmente, para nuestras cuitas de amor. Pero luego, ensayos serios de Pío Jaramillo Alvarado, poemas admirables de Espinosa y Aguirre, versos de Benjamín Carrión —tremendamente malos, pero sumamente infantiles— y luego colaboraciones fraternas de las gentes de Cuenca, Guayaquil y Quito, dieron a ese periódico, iniciador de inquietudes modernas en "el último rincón del mundo", una posición apreciable entre los que hacían el nuevo esfuerzo de liberación, a tono con la época. Amigables apreciaciones de órganos tan importantes como *El Día* de Quito, *El Telégrafo Literario* de Guayaquil, estimularon a sus redactores para continuar por algunos años con la obra. El respaldo moral, espiritual y material, nos lo daba, constantemente, el "señor Gobernador", Jaramillo Alvarado.

Pocas veces me ha sido dado hallarme junto a una más sana y poderosa fuerza de iniciativa, una más noble calidad humana. Lúcido descubridor de gentes, apasionado amoroso de su tierra, la administración provincial de Jaramillo Alvarado se empareja con las más valiosas que ha tenido esa provincia "hija de sus propias obras".

Es a través de la historia regional, tan amorosamente buscada en archivos y bibliotecas, que Jaramillo Alvarado llegó a la historia grande de la patria. Cuando examinó los legajos de los descubrimientos y fundaciones de Mercadillo, Salinas, León, Vaca de Vega y Vaca de la Cadena, se dió cuenta de que esa tierra esforzada, con mirada sin límites para procurar heroicamente el ensanchamiento del territorio de la Patria, era el espejo y paradigma de un país que, como el Ecuador, tiene pleno y rotundo derecho a ser amado y respetado entre los otros países fraternos del Continente Americano.

Y es entonces que, mientras los sabios en fronteras y los diplomáticos asustadizos entregaban en camarillas encerradas, poco a poco, las tierras de oriente, Pío Jaramillo Alvarado —como aquel gran defensor de la tierra ecuatoriana, otro lojano ilustre, José Félix Valdivieso— se dedica a establecer la verdad, en polémica y libro: libro monumental como *La Presidencia de Quito*, en el que hay investigación y dato, pero también apreciación, criterio, juicio.

Hombre y escritor esencial y característicamente lojano. Porque yo me atrevo a sostener que, aún dentro del territorio disminuído y la población escasa, nuestro país tiene regiones con fisonomía definida, claramente distinta. Hay un modo de hablar, un modo de andar, un modo de pensar lojanos, como los hay quiteños, guayaquileños o cuencanos. Fácilmente se distingue el estilo de acción o el estilo de prosa

de un lojano, de los de cualquier otra región del territorio nacional.

Acaso su primera señal, es la clarificación, la claridad. Esa señal cartesiana, característica del espíritu francés, se muestra en todos los hombres lojanos de la política, la ciencia, la literatura, por lo menos en el período que nos es más fácil de ejemplificar: los últimos cincuenta años. La claridad científica de Isidro Ayora, solamente igualada por su claridad de dicción; la claridad expositiva de Agustín Cueva, aquel gran sociólogo, jurista y parlamentario (poeta también, a ratos perdidos) que en una célebre sesión parlamentaria, en que la garrulería de nuestros "padres de la Patria" había enredado la madeja y oscurecido las cosas, olvidando hasta el punto de partida y objeto mismo de la discusión, reclamó elegantemente orden y claridad utilizando un verso del romancero:

"Señor Presidente, dijo Agustín Cueva:

"En medio de la pelea perdimos a Don Beltrán".

La segunda señal de la expresión intelectual lojana, es haberse colocado, acaso sin excepciones válidas, en la buena orilla de las causas del hombre, con un sentido de justicia y verdad humanas, no desmentido nunca. Cuando en un acontecer humano se ha presentado la necesidad de escoger entre opresores y oprimidos, entre hombres de democracia y hombres de tiranía, entre explotadores y explotados, el pensamiento del intelectual lojano ha estado siempre —también quiero recordar solamente los últimos cincuenta años— del lado de la buena causa justiciera y humana: Cueva, el injustamente olvidado Agustín Cueva, es quien da la gran batalla polémica y parlamentaria por la abolición del conato de indios; en escritos inolvidables, que la Casa de la

Cultura se propone recoger, la doctrina del maestro se produce incontestable, como lo es en la cátedra de Sociología, que él fundara y en el Parlamento, donde el tono y el estilo de una voz así, desgraciadamente no han hecho escuela. Allá, en Loja misma, otro Maestro admirable, que nunca quiso exhibirse ni salir de la tierra, Adolfo Valarezo, como un Sócrates contemporáneo, adoctrinaba en la cátedra y en la conversación, digna, es verdad, de los peristilos atenienses, conduciendo hacia los buenos caminos a las juventudes de su época. Y Pío Jaramillo Alvarado, desde sus primeros pasos en la política, el periodismo y la cátedra, se dedica a la más noble de las causas: la del indio ecuatoriano. Su libro magistral, exhaustivo del tema, es hasta hoy, sin duda posible, el mejor planteamiento, la historia más fiel, el alegato insuperable por esa causa que aún no hemos ganado los hombres libres del Ecuador porque, a pesar de las leyes, más o menos benéficas, se sigue asesinando indios con fusiles del Estado en los latifundios de la sierra y la costa, para satisfacer el orgullo o la vanidad, la avaricia o la maldad de gentes cavernarias que, por desgracia, aún consiguen treparse a las altas funciones de gobierno. Junto al nombre de Jaramillo Alvarado, después de él en promoción, intelectuales maduros ya o en período de iniciación, siguen las huellas del arado maestro, y así, tenemos, además de los de mi promoción ya nombrados, Clodoveo Jaramillo y Carlos Espinosa, a Pablo Palacio, gran escritor y hombre libre; a Angel F. Rojas, relatista y crítico de primera línea en el panorama intelectual de América, luchando por las causas buenas del pan y la justicia; a Eduardo Mora Moreno, contador acerbo y lúcido de injusticias; a Manuel Agustín Aguirre, doliéndose por los niños y los hombres y luchando bravamente por hacer triunfar sus ideales; José Miguel y Alfredo Mora Reyes, escritores cultos, luchadores por la libertad; a Alejan-

dro Carrión, clara y diáfana voz de la verdad; a Jorge Hugo Rengel, Miguel Angel Aguirre, infatigable exaltador de los nobles valores, y a Vivar, Serrano y todas las gentes jóvenes de las últimas generaciones que, como si recibieran el sagrado estigma de la justicia y la libertad, se alinean en sus huestes, desde el ángulo de realización que hayan elegido en la vida.

La tercera y acaso más clara señal de la expresión intelectual lojana, es su libertad de elección, su pensamiento sin trabas, su vuelo libre por todas las regiones del pensamiento y la sensibilidad, sin amarras ni atenciones a cosas preestablecidas. De allí que haya sido posible la más grande variedad de caminos y la más extraordinaria capacidad de escoger itinerarios. Es viable la potencia clarificadora y fervorosa de Pío Jaramillo Alvarado, y la independencia pictórica de Eduardo Kingman, junto a la genial vocación de extraordinario y absurdo de Pablo Palacio, de la estirpe de aquellos que están espionando el ojo de la cerradura que da vista al más allá; la ternura ilímite de Angel Felicísimo Rojas, cuando cuenta las horas muchachas de su vida en las praderas con ríos de su tierra o cuando, con anchura caudalosa, crea el personaje-río, la humanidad entera de un pueblo que se marcha, como el éxodo mosaico, y la poderosa y al par diáfana fuerza expresiva de Alfredo Palacio, cuando esculpe o cuando pinta; el valor musical de los pasillistas lojanos como Cueva Celi; la independencia de Alejandro Carrión y de Manuel Agustín Aguirre, de José María Vivar, de Carlos Manuel Espinosa, de Jorge Hugo Rengel, animador actual de nuevas inquietudes.

La cuarta señal de la expresión intelectual lojana, es su cultura, su información de las corrientes que prevalecen en el mundo, sin seguirlas necesariamente. En su época, dudamos de que en el Ecuador haya habido un hombre más in-

formado literariamente que Héctor Manuel Carrión; lo hemos dicho ya: le eran familiares los realistas franceses, se sabía de memoria a casi todo Baudelaire; citaba párrafos enteros de Dostoievsky... todo esto, antes de 1910! Alberto Franklin, el "gringo" simpático que tanto nos conoce, en su ya famoso libro sobre nuestro país, *Ecuador, Retrato de un Pueblo*, dice resueltamente, a pesar de su contenida discreción en las afirmaciones: "... el índice cultural medio, si existe tal cosa, del ciudadano de Loja, es el más alto del mundo". Y más adelante continúa: "De este modo es más probable que personas con quienes nos relacionamos accidentalmente, en Loja, sepan algo acerca de Tristán Corbière, Guillaume Apollinaire, Rilke o el Dante, que en cualquier ciudad de los Estados Unidos, de un tamaño doble o cuádruple". Y como esto no fuera suficiente, agrega: "Consideramos en conjunto, los lojanos no sólo son los más ilustres hijos del Ecuador, sino a veces los de más justa fama (a veces en casos idénticos). Entre los ejemplos que pueden presentarse de lojanos mundialmente famosos, está en primer lugar 'el buen viejo' Pío Jaramillo Alvarado, campeón de los derechos del hombre común entre los hombres y de la soberanía del Ecuador entre las naciones".

Pío Jaramillo Alvarado, es la significación más clara de estas afirmaciones de lojanidad: claro, clarificador de conceptos, dentro de una elegancia estilística y una agilidad que han hecho de él, seguramente, uno de los más grandes periodistas de nuestra historia; vocación de justicia y pasión de libertad; acaso sus libros más significativos son aquellos que ha dedicado a defender al hombre de la explotación, de la miseria, de la esclavitud; libertad de pensamiento, heterodoxia esencial, que lo han llevado a sostener las más arduas polémicas en la vida política, en la interpretación histórica; campeón esforzado de los shyris de Quito, su libro *El Indio Ecua-*

toriano se inicia por una ardida polémica para defender las tesis del Padre Velasco, impugnadas olímpicamente por autoridades consagradas; finalmente, información, cultura, documentación, y no sólo para los itinerarios unilaterales de su especialización, sino amplia y generosa cultura que hace de él un hombre de su tiempo.

Año 1910, en Loja. Fue la época del tranquilo heroísmo de todo un pueblo, respaldado por sus gobernantes y, siempre, por su derecho a vivir. Todas las gentes de esta tierra estaban resueltas a ir al sacrificio y —era la seguridad del ambiente— al triunfo. El pañuelo rojo anudado al pescuezo y el sombrero jipijapa del pequeño viejo Alfaro, electrizaran a los pueblos. Y ese fervor fue hasta los límites de la fiebre en mi pequeña ciudad linderana, cuando estaba yo cursando el primer año de colegio. Se pensaba en la defensa de las cercas fronterizas con una tan macha resolución, un valor tan de hombres, que ni un solo instante se produjeron los pasitos cortos, las lagrimitas de cocodrilo ni los ayes plañideros de nuestros “héroes” del año 1941 y, sobre todo, del año 1942.

Pío Jaramillo Alvarado, apenas salido de la adolescencia, era el jefe de las muchachadas universitarias que, sin respaldarse en femeninas exoneraciones de ley —como lo de hijos únicos, la madre viuda— se enrolaron en los cuarteles para el viaje a la frontera. Yo tenía menos de trece años, y estuve enrolado hasta que el Coronel Patricio Ordóñez me largó a la calle por “mocososo novelero”. Y salieron los primeros contingentes: el momento de la despedida, con abrazos y lágrimas de madres y de novias, Pío Jaramillo se desprendió de su reloj de oro, regalo de su madre cuando el bachillerato, y lo puso en las manos del Comandante del Batallón

que se despedía, "para que con él contara las horas del triunfo de la Patria".

Relatada a la distancia —cuarenta y cinco años de distancia— esta escena parece melodramática, sobre todo desde la época en que ceder las tierras de la patria es tildado de heroísmo, calvario y sacrificio, desde la época en que aceptar y firmar un documento impreciso, que nada resuelve, que enreda mil veces más las cosas, es considerado digno del triunfo, como en el tiempo de los Césares romanos, que traían atadas a las colas de sus caballos, muchas naciones sometidas, millares de esclavos conquistados . . .

Desde entonces, la obra de patria y ciudad, los estudios superiores de civismo, condujeron a Pío Jaramillo Alvarado a la cumbre indisputable en que hoy se halla primer ciudadano de la patria, por derecho que no se cuenta por períodos, sino por estigma indeleble grabado en su vida y su persona; y ganado en una lid sin treguas ni descansos en todos los campos de la inteligencia. Sonriente siempre, gozoso o sufrido, enfermo de dolor de patria, este ciudadano ejemplar no ha sido aún honrado como se debe por sus contemporáneos. Mientras se reparten coronas anualmente, se señalan héroes civiles a porrillo, Pío Jaramillo Alvarado está allí, sin el honor oficial que a nadie como a él corresponde, querido y admirado por quienes pensamos que el servicio de la patria hay que probarlo con obra y actitud, antes que con acomodos de tendencia o partido. El propio profesor de Harvard ya citado, Albert Franklin, opina que, de todos los hombres que conoció en el Ecuador, ninguno más digno de ocupar la Presidencia de la República que Pío Jaramillo Alvarado. Pero Franklin no pensó, acaso, que en países como el nuestro, el noble y callado heroísmo civil, todavía no da derecho para la entrega de los timones de comando. Y esa vida cabal, afortunadamente, se ha mantenido en dación íntegra

de sus capacidades, al desentrañamiento de la verdad de la patria, en la cátedra, el periodismo, el libro.

El libro. Jaramillo Alvarado, consciente de su responsabilidad y, sobre todo, dotado de una sensibilidad patriótica muy alta, piensa que debe ofrecer a su país y a su época el resultado serio de sus estudios, de sus preocupaciones patrióticas, de sus hondas y austeras meditaciones sobre el destino y la trayectoria de esta tierra en trance de ser y de realizarse históricamente. Y para ello, no bastan la cátedra ni el periodismo: se hace necesaria la permanencia, la arquitectura orgánica del libro. Es, en consecuencia, en una tierra y una época de cuaderneros y autores de "folletos" y de "opúsculos", uno de los primeros intelectuales de primera línea que se resuelve a realizar la tarea madura y seria del libro.

Puede decirse que él inaugura el tipo de ensayo —hoy la más alta producción americana— con urgida interrogación sobre las cosas de la patria y las cosas de América. Su primer trabajo conocido, publicado en revista, es sobre la apertura del Canal de Panamá, urgente preocupación continental que tanta literatura ha inspirado desde entonces. Pero el primer libro significativo en la obra de Pío Jaramillo Alvarado, es sin discusión posible *El Indio Ecuatoriano*. El primer gran libro de ensayo sobre la totalidad de un problema nacional grave y trascendental entre todos. Es como la biblia a la que se tiene que recurrir en consulta, cuando se quiere abordar cualquier aspecto del gravísimo problema de la incorporación del indio americano a la vida de los hombres, a la "condición humana". Libro-letra pero, sobre todo, libro-acción. Ya el inolvidable Moisés Sáenz, el apóstol mexicano de la causa del indio de América, lo dijo con frase sustan-

ciadora de una verdad hecha conciencia ecuatoriana: "Pío Jaramillo Alvarado, portavoz de quienes llevaron la causa del indio ecuatoriano ante los tribunales de la nación".

Haber vinculado el propio nombre a la causa más justiciera, es algo que no pueden decir todas las gentes que por allí se pavonean como salvadores de la Patria. Jaramillo Alvarado es, con sencillez y honestidad, el hombre que más ha hecho en este país, fundamentalmente indígena, por indagar el fondo del asunto y tratar de ofrecer soluciones. Este asunto —este problema diríamos, un poco petulantes— sigue siendo el asunto capital de la vida y el destino del Ecuador, el Perú, México, Guatemala, Bolivia, Colombia, Nicaragua y, en menor escala, de casi todas las naciones de la llamada América Española. Aunque nos pese mucho, aunque haga ruborizar a las gentes que quisieran que esto —la América indígena— nada tuviera de india, la verdad escueta, que cada vez va tomando caracteres más definitivos de acción y realización, es la que las tierras todas al sur del Río Bravo, tienen un cincuenta por ciento, —promedial— de población indígena. Pues mientras llega al sesenta y aún al ochenta por ciento en Bolivia, Ecuador, Perú, México y Guatemala, tiene su importante, aunque menor, proporción en todos los países llamados "latinos".

No sólo el aspecto ennobecedor y grande, con significado de mito y de leyenda ha preocupado a Pío Jaramillo Alvarado en esta cuestión del estudio de nuestra raíz y nuestra esencia. Ese aspecto, valioso sin duda, dió ocasión a la polémica, llevada con noble ardencia por parte de Jaramillo Alvarado, y con altura dogmática y magistralizante de parte de sus contendores. Esa defensa de la leyenda es digna de Michelet, de Mommsen, de Toynbee, los grandes intuitivos de la historia que unen al dato comprobado y serio, la nobilísima exaltación del valor humano del acontecer histórico,

justamente para ejemplificar la vida por venir, y obtener de la historia el benéfico provecho que de ella espera la humanidad toda. En un arranque de agilidad mental, irónico y definitivo, dice Jaramillo Alvarado: "*La leyenda no es el romanticismo de la historia; es la inmortalidad que se salva de las academias*".

Además de ello, y principalmente, Jaramillo Alvarado ataca la cuestión de fondo, la de la explotación y la injusticia en que leyes, costumbres, incomprensión y codicia, han sumido a los campesinos del Ecuador como, en general, a los campesinos de casi todos los países americanos, de raíz aborigen y que mantienen elevada proporción de indios hasta hoy, sin haber recurrido al fácil arbitrio del exterminio o de las reservaciones.

Jaramillo Alvarado arranca de la historia la razón o, mejor aún, el motivo del trato, legal y real, dado desde la conquista, a los indígenas de América por los españoles y agravado, generalmente, desde la independencia. Porque la conducta colonizadora, tuvo una teórica, una filosofía, un intento disquisitivo de explicación, probablemente honrado, pero ferozmente equivocado e inhumano.

No debemos olvidar la famosa polémica entre Fran Bartolomé de las Casas y Fray Juan Ginés de Sepúlveda, sabios los dos en letras y ciencias divinas y humanas, ocurrida en Valladolid en los años de 1550 y 1551. Sepúlveda, traductor sapiente de Aristóteles, en su famoso libro *Democrates alter, sive de justis belli causas apud indos*, trataba de probar que esos seres vivientes hallados en las Indias casi no eran humanos, ni susceptibles de acristianamiento; y que por lo mismo, era preciso someterlos, hacerles la guerra como a los salvajes o a los *bruta animalia*, como dijera Fray Domingo de Betanzos y tratarlos como tales. El Obispo de Chiapas, al que llamaron siempre "clérigo deshonesto, faccioso, turbulento",

lanzó su gran afirmación: "*Todas las gentes del mundo son hombres*". Ganó el Apóstol de los Indios la causa a medias: quedó, a pesar de Vitoria, el gran humanista —éste sí humanista, por ser primeramente humano— flotando en el ambiente legal la teoría aristotélica mantennida por Sepúlveda —aristotélica debía ser— de que existiendo seres inferiores y superiores, bárbaros y civilizados, los unos debían ser los esclavos de los otros; y que en este caso, los indios de América debían ser sometidos a la servidumbre, según lo sostenía igualmente el dominico escocés John Major, constantemente invocado por Sepúlveda.

La independencia, esa guerra civil que no resolvió lo humano, sino solamente lo político, dejó casi siempre en condición peor a los campesinos indígenas. Las instituciones coloniales de la encomienda o de la mita, que antes eran un poco en servicio de la religión o de los conquistadores, se convirtieron en régimen de esclavitud permanente, al servicio de la gamonalía criolla, más codiciosa, avara, inhumana.

Por eso, con gran razón, Pío Jaramillo Alvarado dice:

"Ese invento de los insurgentes, acerca de la crueldad española, del yugo español, de la ignorancia en que mantenía el español al americano, que quedó en la literatura casi un siglo, es una superchería en la que ningún americano culto puede insistir. Para crueles, esclavizadores y oscurantistas los regímenes republicanos independientes. La crueldad española de la conquista fue tan sangrienta como la practicada por los ingleses en sus colonias, y más generosa que todas las conquistas históricas porque se mezcló, se confundió con lo conquistado, y los americanos podemos estar orgullosos de nuestra sangre india y nuestra sangre española".

El espíritu justiciero de Jaramillo Alvarado, su ancha comprensión de los problemas históricos, que hace de él la más clara expresión del ensayismo ecuatoriano actual, en lo

que tiene de interpretación de nuestra raíz histórica y geográfica, de nuestras posibles proyecciones hacia el futuro, de nuestra esperanza como pueblo.

Porque Jaramillo Alvarado, en el libro magistral que ligeramento revisamos, *El Indio Ecuatoriano*, como en *Tierras de Oriente*, *Del Agro Ecuatoriano* y otros estudios generales o monografías, ha tenido la certera preocupación de lo que hoy se conoce con los nombres de Geoeconomía y Geopolítica, y aún con lo que está formándose con las características de una amplia comarca científica de aplicación: la planificación económica. Muchas de sus afirmaciones de los primeros años, no solamente se tienen en pie sino que han sido reforzadas rotundamente por las investigaciones de orden altamente científico realizadas por especialistas y por comisiones internacionales. Últimos estudios hechos por la Comisión Económica para la América Latina, CEPAL, han traído confirmación rotunda a las afirmaciones de este gran ecuatoriano en lo que se refiere al presente y al futuro político del Ecuador. Este informe, que fue antecedido por el de la IBEC, por los de Miller y los de la Primera Misión Italiana, comprueba con cifras rigurosamente establecidas, las afirmaciones teóricas de Jaramillo Alvarado, también fundamentadas, igualmente investigadas.

El cree que de la conjugación —no empírica sino científica— entre el hombre y la tierra, ha de salir la prosperidad, y más que la prosperidad, término de relación, el aprovechamiento para la vida humana, amplio, suficiente, de esta parcela del mundo que se llama Ecuador. Con su sentido de reflexiva insurgencia contra las frases hechas, él se elevó en los primeros momentos contra esa frasecilla de discurso congresil o de artículo volandero: “el Ecuador es un país

esencialmente agrícola". Porque ella tenía casi siempre una interpretación peyorativa, desobligante. Como afirmando que por no ser mineros o industriales, siempre habíamos de vivir en la miseria o, cuando más, en una discreta mediocridad económica.

El Ecuador, sí, es un país agrícola, dice Jaramillo Alvarado. Es decir un país que tiene a la tierra, al agro, a la Gea maternal y eterna, como fuente única de sustentación. Por eso, hay que ir al aprovechamiento de la tierra, superando los sistemas feudalistas, monopolizadores, latifundistas, que hasta aquí han mantenido la producción agrícola ecuatoriana en un estado de atraso lamentable: en manos ociosas casi siempre, ignorantes y, sobre todo, de gentes que, de acuerdo con tradiciones y aún pseudoteorías, consideran al indio en la realidad —aunque dijeran lo contrario— como una bestia de carga a la cual hay que explotar hasta el máximo, en condiciones de subanimales. Un toro reproductor importado, aristócrata, merece de muchos de nuestros terratenientes, un trato, un cuidado, una alimentación mejores que los que dan a los indios. Sin pensar que a esta despreciable máquina humana, pero máquina al fin, hay que ponerle aceite y combustible para que rinda más...

El examen que de la tremenda cuestión hace Pío Jaramillo Alvarado en sus libros, singularmente en *El Indio Ecuatoriano*, es dialécticamente bien conducido y emocionalmente expresado. Hay del sociólogo, del economista, del político, pero también del apóstol. Con tranquila potencia ataca todas las fases del problema, hasta agotarlas. Pero acaso lo más bello, lo que nos dá la sensación serena del hombre superior, es su tranquilo optimismo, su fe confiada y generosa, casi pudiera decir alegre. Y como un colofón a sus proposiciones, termina con estas palabras:

"Mas, este problema sólo tiene una solución contenida en este tríptico: libertad, tierras, salario".

"Por eso, con la fe del sembrador, sigo echando al voleo la simiente en los surcos del pensamiento nacional, pues sé que ésta germina y florece. Y la certeza de que la simiente fructificará para el bien nacional, llena de inmensa paz mi corazón".

La campaña por el campesino ecuatoriano, por el indio, por la integración económica de la nacionalidad, ha ocupado más de la mitad de la vida de intelectual, de político, de luchador y de maestro en Pío Jaramillo Alvarado. Nos recuerda un poco a ese poderoso aragonés, Joaquín Costa, que dedicó su poder inmenso de tratadista y polemizador a buscar la vía verdadera de recuperación a la España dolorida después de la derrota y el desastre colonial. Hay en él esa misma fuerza argumentadora del aragonés, su leal y profunda interpretación de realidades. Como Costa, que reclamaba que se cerrara con doble llave el sepulcro del Cid, para que no se salga nuevamente por los caminos de España; Jaramillo Alvarado ha luchado también contra la vaciedad de las frases, contra la inagotable mentira intercada, contra los famosos "hombres grises", que dijera D. H. Lawrence, que jamás encuentran el decir original, la cosa personal, sino la frasecilla mil veces repetida por todos, y que jamás ha de ser modificada sin caer en herejía. Acaso eso explica que un hombre serio, austero, laborioso como Jaramillo Alvarado, jamás haya sido invitado a cenáculos, academias o círculos de mutuo elogio. Hasta su paso por la Universidad, tan docto, es de una conmovedora austeridad.

Y es allí, al margen y junto a la Universidad que ha

desarrollado otro de los grandes aspectos de su obra intelectual: la del tratadista, el maestro.

Su *Derecho Público Interno*, tratado de seiscientas páginas, nutridas de ciencia y enseñanza, es una metodizada exposición de toda la teoría del Derecho Público, en sus diversas capitulaciones: Derecho Político, que comprende la Teoría del Estado, las Actividades Políticas del Estado, capítulo éste en el que desenvuelve la teórica de los Partidos Políticos. Con un poderoso don de síntesis, no sólo apreciable para la docencia sino para el estudio general, Jaramillo Alvarado desentraña la esencia de las grandes corrientes canalizadoras de la opinión, y con amplia bibliografía, que se sobrentiende más que se cita, ofrece condensados precisos y exactos de las direcciones universales en orden, a la realización de lo social y de lo humano. Espíritu ancho de comprensión y poseído de la pasión de hallar el camino mejor, sigue los senderos del pensamiento y la sensibilidad contemporáneos, —sin olvidar el desarrollo histórico de los problemas— con amorosa *gana* de proyectar sobre ellos la máxima iluminación.

En este difícil campo de exposición, Jaramillo Alvarado se manifiesta un verdadero tratadista, en el significado alto de la palabra. No dogmatiza. Acaso simpatiza. Pero está muy lejos de la estrecha afirmación unilateral excluyente, que no deja un átomo de posibilidad a los demás. Que hace una especie de estanco de la verdad, en nombre de verdades reveladas o científicas, en cada caso. Y no deja para nadie una posibilidad. Reedición de las famosas herejías de los primeros siglos cristianos —que no han cambiado mucho en verdad—, que dictaminaban el error o la verdad en votaciones de Concilios o en dogmas pronunciados *ex-cátedra*. Se siente frescura y claridad, y esa especie de respeto al lector que, según Strachey, reclaman todos los públicos ingleses, y

que consiste principalmente en dejarle —al lector— un cierto margen de discernimiento, una posibilidad de escoger, de reflexionar, de optar. Hasta la excesiva claridad, corea André Maurois, ofende al lector inglés, que no quiere que lo consideren demasiado inepto, que aspira a que le otorgue el autor un poco de confianza a su capacidad de comprender. Jaramillo Alvarado no solamente informa: opina. Pero no sugiere siquiera que esa opinión suya haya de ser seguida por el estudioso o por el estudiante. Allí están las otras teorías, las otras verdades, ofrecidas generosamente a la escogencia del lector. Acaso sí se molesta un tanto: cuando se refiere a esas malas yerbas, a esas excrescencias del pensar y del hacer políticos que han culminado con el fascismo, el nazismo, el falangismo. Porque en ellas, el hombre de bondad, el hombre de bien que hay en Jaramillo Alvarado, descubre inmediatamente lo que hay de maldad, de corrupción, de purulencia espiritual, de bajo instinto humano.

El capítulo destinado al Derecho Administrativo, como parte del Derecho Público, es completo. En las épocas modernas, hay una tendencia a dar extraordinaria valencia a esta rama de la vida pública. "*Menos política, más administración*", ha sido una consigna de aquellos pequeños gobernantes que, sin capacidad ni coraje para darle un sentido a lo que están haciendo desde el Poder, quieren escudar su incompetencia, su apetito de poder o su rapacidad, en las cositas visibles, obras relumbronas en construcciones, edificios, caminos; obras apresuradas, en general. Jaramillo Alvarado, al referirse a lo administrativo, como función de gobierno y al referirse al capítulo de las responsabilidades del Estado en este aspecto, sitúa las cosas en su verdadero plano.

Con gran lucidez, Jaramillo Alvarado estudia, dentro del Derecho Público, y como una de sus ramas principales, el Derecho Social, el Derecho del Trabajo. Rejuvenece así

el viejo concepto del Derecho Público, introduciendo esta materia, acaso la más ardua, pero también la más debida por el Estado a la sociedad y al individuo. Bien sabido es que, dentro de esta vasta materia, las soluciones y aún los planteamientos, son de la más grande diversidad. Porque mientras a la obra de derecho y justicia sociales, se les ha acusado siempre un matiz revolucionario, —como en efecto lo tienen y deben tenerlo— pero en un sentido de siniestra peligrosidad, que hay que combatir; también existen tendencias que tratan de atribuir, a estas horas, la paternidad de las luchas por la justicia a quienes, en nombre de una doctrina religiosa, han mantenido durante diez y nueve siglos toda clase de servidumbre, esclavitud, explotación del hombre por el hombre. Jaramillo Alvarado expone doctrinas y tendencias. Pero, gran luchador en lo social, toma partido por las soluciones favorables a las clases trabajadoras, fundamentando esa posición en los más estrictos conceptos de lo jurídico y de lo social.

Este tratado tan lleno de doctrina y esclarecimiento, termina por el estudio del Derecho Constitucional. La organización del Estado, los derechos y las garantías humanas, las formas de gobierno, son motivo de un estudio detenido y metódico.

Su pasión de patria, inspiradora de toda la obra de Jaramillo Alvarado, se expresa en la macisa y al mismo tiempo clara defensa de los derechos territoriales del Ecuador, contenida principalmente en dos de sus libros más importantes: *La Presidencia de Quito* y *La Guerra de Conquista en América*. Culminación los dos de lo que había venido manteniendo, desde diversos ángulos, en *Estudios Históricos*, *Tierras de Oriente*, *La Nación Quiteña* y *Otros Ensayos*.

La Presidencia de Quito es el gran alegato histórico-jurídico de nuestra nacionalidad. Alegato, en el sentido noble y amplio de la palabra; no simple curialería de compromiso, que acumula pruebas y títulos, sin hondura ni sentido. Es la consagración histórica de nuestro valor nacional, del ennoblecimiento de la raíz histórica a base de eso que es más que la pobre historia registrada y datada: la leyenda viva, la que nos ha dejado los grandes mitos de Atenas, de Tebas y Corinto... Sin que haya habido sabihondos que pongan en duda la verosimilitud del enigma de la Esfinge, ni las posibilidades de las Siete Maravillas de Grecia.

Día y hora llegarán en los que, cuando no sea necesario tener una ubicación tal o un apellido cual, hombres como Pío Jaramillo Alvarado, sin regateos ni condescendencias, tengan el ancho reconocimiento nacional de su sabiduría patriótica, de su no superado heroísmo civil, de su auténtica primacía entre todos los ciudadanos de su tiempo. Y para ello, uno de los títulos cimeros será este libro *La Presidencia de Quito*, que ocupará su sitio cierto entre las ocho o diez obras grandes que ha producido la inteligencia ecuatoriana hasta hoy, junto a las historias de Velasco, González Suárez y Cevallos, a las obras de Espejo, de Montalvo, de Olmedo, del Padre Solano... Los niveles se irán, poco a poco estableciendo. Y las cosas de ocasión y relumbronas, ocuparán sus decorosos puestos de segunda fila. Hasta que se establezca el nuevo y gran escalafón para la obra de ensayistas, novelistas, relatistas y poetas de hoy que —no quiero ejercer la difícil y peligrosa profesión de profeta— confío tendrán puestos firmes y altos.

El primer gran problema que Jaramillo Alvarado aborda, con sentido de verdad y poesía, es el de los orígenes legendarios, el de las raíces humanas y geográficas profundas de la nacionalidad quiteña, del país ecuatoriano. Estudioso

como pocos, gusta de ir a las fuentes, de hacer el difícil manejo de archivos. Quizás nadie le ha igualado en su pasión de "hacer hasta los papeles rotos de las calles". La inolvidable tienda del inolvidable vendedor de "mapas y pelotas", benemérito y modesto servidor de la cultura nacional, el señor Antonio Ribadeneira, lo contó siempre entre sus más constantes parroquianos. Después de una mañana o una tarde de revuelo de libros, folletos, papeles, salía cargado con un buen paquete de hojas sueltas, de folletería curiosa, que su ojo sagaz y buído descubría mediante una búsqueda tenaz entre millones de hojas, fascículos descuadernados y sin títulos, empolvados, descuartizados, casi imposibles de identificar.

Y así, con documento, perspicacia, talento y don de poesía, Jaramillo Alvarado se yergue como el gran defensor, el mantenedor insobornable de la gloriosa tradición legendaria del Reino de Quito, con sus Shyris, sus anécdotas, sus luchas, sus amores. Y su grande y verdadero historiador —no superado por nadie hasta hoy, a pesar de verdades de papelito— el Padre Juan de Velasco, novelista y poeta, en primer término, dones sin los cuales es absurdo e inimaginable el gran historiador. Que lo digan Herodoto y Tácito, Suetonio y Xenofonte . . . Y entre los modernos, Michelet el insuperable, Mommsen el creador y en la actualidad, el criterio libre, imaginativo y sagaz de Arnold J. Toynbee.

Ese primer problema: la alta cuna de la estirpe ecuatoriana, está probada por Jaramillo Alvarado con amor e inteligencia, con dato y con doctrina. Pasa a la segunda etapa, el segundo problema: establecer la entrada del Ecuador en la Historia, en la historia realmente posible, escrita y testificada en la época del descubrimiento de la imprenta. Esa adolescencia histórica, constituida por la conquista de los incas, por la participación del Ecuador actual —geogra-

fía y habitante— en la ordenación política mayor: el Tahuantinsuyo de los Incas. La figura egregia del Inca sumo, Huayna-Cápac Inga, inicia en realidad esta etapa de la vida nacional, que apenas se apuntara en batallas e incursiones, en la época de su padre, Túpac-Yupanqui Inga. Pero fue él quien presidió y realizó la obra unificadora de uno de los agregados humanos más grandes —hasta entonces— de la historia del hombre: las Cuatro Partes del Mundo, el Tahuantinsuyo. En su ensayo *Atahualpa, Creador de la Nacionalidad Quiteña* Jaramillo Alvarado corona la empresa de comprobar cómo, tras el error muy paternal de Huayna-Cápac, al dividir en dos su creación, dió al hijo de su amor en Quito, aquello que fuera siempre suyo por línea materna: el Reino de los Shyris. De aquellos Señores o Reyes de las parcialidades caras, que tanto estorban a nuestros historiadores, sin más sentencia —pasada por ellos en autoridad de cosa juzgada— que las conjeturas de uno de los cronistas, muy valioso, es verdad, el señor Jiménez de la Espada, tan susceptible de error y de falsa información, como cualquiera de los otros cronistas o historiadores que se han ocupado del asunto.

Es luego la hora de la Colonia. Asperamente censurada —y con justicia— por muchos igualmente. Jaramillo Alvarado se reviste de igualdad de ánimo —ecuanimidad— para opinar sobre la época; para tratar de situar sus hechos y sus hombres, con un gran poder de intérprete honesto de la historia, en las circunstancias y los tiempos en que las cosas ocurrieron. El sistema colonialista español es, sin duda el más anchamente humano de los que ha conocido la historia; duro, cruel, rapaz, pero valiente, entregador de todo lo que tiene: la vida, la sangre, la permanencia para siempre en la zona colonizada o conquistada. Mientras los otros tipos de colonización constituyen un despojo que solamente apro-

vuelto a los conquistadores, con eliminación y exterminio de los colonizados, España se mezcla, se confunde con ellos y da lugar a esto que, hallándose en marcha incontenible, es la única certidumbre de lo americano: el mestizaje. El español, en su gran aventura, no se hizo acompañar por mujeres. En la historia de lo mediterráneo, fue siempre así: era el varón el que iba adelante, solo, en la hora del peligro y del combate. Seguro, como buen macho codicioso y rijoso, de que al final de la empresa, encontraría oro, riqueza, hembras. Angel Rosemblat, con estadísticas retrospectivas a la mano, nos prueba que la cantidad de mujeres que vinieron a Indias durante la colonia, fue en verdad muy pequeña. Nula en la primera época. Cauta y en leve aumento progresivo después.

De allí que nuestra época colonial, haya sido una larga cadena de aventuras, de insurgencias, de vida común y corriente entre gobernantes y gobernados. Se gobernó mal América, cuando estuvo mal gobernada España. Se gobernó mejor América, cuando a la península le tocó un gobierno mejor. Y, sin mayor peligro de error puede decirse que la exacerbación de malas épocas en la metrópoli, llegó un poco atenuada, debilitada a las colonias. La Legislación de Indias, contiene mucha sabiduría y en ella encontramos ciertas anticipaciones interesantes por lo justicieras, que luego, en parte, han sido incorporadas a nuestra legislación "más avanzada". Y otras, desgraciadamente, han sido suprimidas. Entre ellas, la libertad de expresión. Quien haya leído un poco sobre las leyes y las costumbres coloniales, podrá testificar cómo a los monarcas más poderosos y absolutos de Europa, Fernando e Isabel, Carlos V, Felipe II, sus "humildes y leales súbditos" de Indias, les dirigían memoriales con amonestaciones, lamentaciones y aún amenazas sobre las cosas que les parecían mal en la gobernación de las colonias.

Y esos mismos monarcas —ya lo hemos visto— llegaron a permitir que se discutieran en público asuntos tan escabrosos como la justicia o injusticia de las guerras hechas a los indios y aún sobre si España tenía justo título para dominar América.

Veamos, por ejemplo, los apotegmas de Francisco de Vitoria, tal como los resume James Brown Scott, y los transcribe Lewis Hanke:

- “1.—El Emperador no es señor de todo el mundo.
- 2.—Aunque el Emperador fuera señor de todo el mundo, eso no lo autorizaría a adueñarse de las provincias de los indígenas americanos, ni a poner nuevos señores y quitar los antiguos, ni a imponer tributos.
- 3.—El Papa no es señor temporal de todo el mundo, en el sentido propio de soberanía y poder civil.
- 4.—Aunque el Papa tuviere poder secular sobre todo el mundo, no pudiera darlo a príncipes seculares.
- 5.—El Papa tiene poder temporal, pero sólo cuando está al servicio de cosas espirituales.
- 6.—El Papa no tiene poder temporal sobre los aborígenes americanos ni sobre otros infieles.
- 7.—Una negativa de estos aborígenes a reconocer cualquier dominio del Papa, no es razón para hacerles la guerra ni para adueñarse de sus bienes.
- 8.—Estos aborígenes no son culpables del pecado de irreligión, porque no podían creer en Cristo antes de haber oído nada de él.
- 9.—Los aborígenes no están obligados a escuchar la predicación de la fé”.

Pido yo que traslademos esta libertad de expresarse en el Siglo XVI, a los tiempos actuales, que se dicen más libres

y civilizados en América: cualquier mandoncillo de mucha vanidad y pocas letras, se creería con potestad suficiente para declarar estas cosas como productos del "comunismo internacional", de la masonería, de la irreligión, de la "anti-patria", y encarcerar, apalear, asesinar o desterrar a quien las hubiere dicho. Mientras tanto, el sabio dominico español, siempre respetado y honrado por la Corona, se permitió poner en tela de duda la obra de la colonización y la conquista, con un valor que lo honra, y que honra al siglo en que vivió y a los poderes comprensivos que lo toleraron.

La época colonial en el Ecuador, ya lo dice el maestro de historiadores y de ciudadanos, González Suárez, y así lo afirma y lo comenta también Jaramillo Alvarado, fue de explotación frailería y de empeño libertador constante, heroicamente expresado en jornadas como aquellas conocidas con el nombre de las Alcabalas, cuya reivindicación y enaltecimiento se impone a las nuevas generaciones de historiadores que, sin repetir lo que se ha dicho incansablemente, establezcan verdades un poquito olvidadas, para ejemplo de los ecuatorianos presentes y a venir. Hasta la gran culminación humana del mestizo admirable, Espejo.

La lucha independizadora, y su cumplimiento en la República, están vistas por Jaramillo Alvarado con ejemplar sentido de clarificador, veraz pero entusiasta. Y, sobre todo, con una capacidad recomendable para situarse en las épocas y tratar de interpretar situaciones y vidas, dentro del marco exacto del tiempo en que se produjeron. Muchos lugares comunes de la historia —y es la disciplina en la que más abundan y son más perjudiciales los lugares comunes— son estudiados por Jaramillo Alvarado, con el sano objeto de confirmarlos o contradecirlos, sin prenociones, sin obediencia a consignas familiares o partidistas.

La vida republicana del Ecuador es muy reciente. Por

allí, por esas calles de Dios, andan todavía los nietos de los próceres o pseudopróceres de nuestra historia de la época políticamente independiente. Nietos de estatuas —y cómo hemos sido pródigos en ellas!— se codean en nuestro quehacer cotidiano, impidiendo la expresión de opiniones, cohibiendo a los historiadores por la amistad o el temor de la enemistad. Sin irrespeto, Jaramillo Alvarado trata de colocar en su verdadero sitio a los actores y sus obras, sin engrandecimiento exagerado, pero también con humano empeño de defensa para los injustamente condenados en los fallos interesados y tendenciosos de ciertos historiadores. Su contemplación serena de la figura sin duda grande del Mariscal La Mar, es un ejemplo vivo de la imparcialidad histórica alimentada por la honestidad de espíritu, por la limpieza del alma.

Sobre el basamento pétreo de los orígenes de nuestra nacionalidad, Pío Jaramillo Alvarado funda la defensa de nuestros derechos territoriales. No es el simple alegato de abogado encargado de un pleito. Es algo más noble y alto: la obvia y sencilla proclamación de lo que de la vida ha venido a través de centurias, acaso de milenios. La tierra y su habitante, unidos largo tiempo por comunes gozos y comunes dolores, con iguales esperanzas y planes, con igual sol e iguales alimentos. *La Presidencia de Quito* de Pío Jaramillo Alvarado es, sin discusión posible, la obra substancial de nuestra defensa. La que ha de quedar definitivamente. A la que todos habremos de recurrir cuando, iluminadas las mentes de estadistas y conductores de pueblos, se llegue a esta gran verdad: hay que dar a cada uno lo que es suyo. Y no solamente por espíritu justiciero, sino por el más operante principio de la mutua utilidad, de la real y efectiva conveniencia de estos pueblos —a los que nada sustancial separa— de vivir en paz y fraternidad, sin gastar sus pre-

supuestos en armas mortíferas, sino en instrumentos de vida, como máquinas para hacer producir sus frutos a la tierra, herramientas para abrir caminos, para construir edificios, para ir hacia la industrialización que, con interés explicable, grandes poderes nos impiden, para evitar que les hagamos concurrencia. *La Presidencia de Quito*, no es un instrumento de polémica estéril: es afirmativo y noble. De allí ha de salir fortalecido el espíritu de conciliación y de paz que anima a los habitantes de este pequeño país, que produce pan y libertad, hombres buenos y cultura.

Y llegamos, en una parábola de amor y de bondad humana, al origen, al principio verdadero de las cosas: la madre. La madre tierra, que es el pedazo de suelo y cielo, de aire y sol en que nacimos. La *pacha-mama* de los incas. Allí donde la tierra, con la ayuda del agua y del sol —como en las teogonías— se animó, se puso de pie y se lanzó a caminar.

Dentro de su amplio criterio de nacionalidad, más aún, de humanidad, en Pío Jaramillo Alvarado ha vivido, inmarcesible, palpitante, el amor al valle nativo y a la comarca que lo circunvecina: Loja. Su capacidad de amor, que se demuestra primeramente en sus campañas en favor de los indios, esos hermanos colocados por la ley y la costumbre, por la fatalidad histórica y la avidez humana, en condiciones de criminal inferioridad. Su gran capacidad de amor, que se vierte luego sobre la totalidad de la patria. Que lo lleva a defender las grandes injusticias de la historia, como la de la diáspora maldita de los judíos en el mundo. Esa misma capacidad de amor, más apretada, condensada, intensa, se vierte a lo largo de toda su vida sobre la tierra pequeñita, alejada de todo, con días de caminar —como en los cuen-

tos— para encontrarla o para salir de ella. “El último rincón del mundo”, como la llamáramos con resentido amor.

En todos los instantes, el cariño de Jaramillo Alvarado se ha demostrado con generosidad. Como Diputado, como Gobernador, como Ministro, como periodista, como ensayista y, permanentemente, como simple ciudadano. No puede pasarse un año corrido sin darse una escapada, con cualquier pretexto, a la ciudad querida. Tiene aún la fortuna de que allí están su padre, sus hermanos, su hija, sus nietos. Allí, toda la gente que lo quiere y lo admira. A él no le ocurriría lo que refiere Ramón y Cajal cuando regresa, a los muchos años, cargado de gloria universal, a su nativa Petilla de Aragón, donde nadie, como no fuera su vieja nodriza, le recuerda, ni le interesa ni comprende la grandeza de este hijo que ha conquistado renombre universal. Esa desilusión profunda que sólo los provincianos podemos comprender, como comprendemos también la tristeza del retorno después de la muerte de la madre y los hermanos, y la alegría del retorno con el reencuentro de la amistad ya después inencontrable.

*“¿Quién no se ha estremecido, al volver a su aldea,
al cruzar el sendero, tras un largo viaje,
oyendo en el silencio sepulcral del paisaje
gemir de las campanas el ritmo plañidero?”*

según el verso simple y nostálgico de Villaespesa, ese poeta para niñas de colegio y estudiantes, que tanto nos sirvió para enamorar, para soñar, para llorar, cuando teníamos menos de quince años.

Hoy el verso ha perdido su vigencia, porque no se viaja a pie o a mula por los senderos pintados en el lomerío interminable, para llegar a Loja. Hoy se llega, cuando se puede llegar, por los aires. Y en el mejor de los casos, en esas má-

quinas que no dejan oír “por quién doblan las campanas”.

Pío Jaramillo Alvarado vuelve, cada año, al pueblo meridional que lo ama y que lo honra. A ese pueblo en el cual se lee más y mejor que en otro alguno del país. Y en el que, por su ritmo apacible, “los árboles no impiden ver el bosque”, y la gritería vociferante no impide la contemplación serena y plácida de las verdaderas y permanentes cimas de la inteligencia y la virtud. Porque Loja ha seguido con amoroso orgullo los pasos de su hijo predilecto por los caminos más anchos de la patria. Y lo ha visto, modesto y sencillo, escalar las cumbres serenas del saber y las algunas veces tormentosas de la lucha y la obra.

Además de las obras que Pío Jaramillo Alvarado ha dedicado al servicio efectivo y presente de su tierra natal, este gran buscador de documentos, este inteligente y diligente manejador de archivos y papeles, ha estado acumulando material para la empresa más querida de su existencia: escribir la historia de Loja. En los manuscritos cifrados en esa clave mágica que necesita de los servicios de la paleografía, en los papeles empolvados, iba siguiendo la veta rica de la mina anhelada. Y entonces, al tratar de descifrar el escudo que los Reyes de España concedieron a la ciudad de Loxa, se dió cuenta de que allí se encontraban muchos de los hontanares de la historia nacional, que fluían a través de la historia, hasta formar los grandes ríos de nuestra cultura, de nuestra leyenda heroica, de nuestra buena paz de hombres de paz.

Y descubrió, entonces, que aquellos “hombres de armas” que salían a caballo por las puertas de una ciudad rodeada de dos ríos, eran los hombres que constituyeron el patrimonio territorial de nuestra Patria en el Oriente. Ese mismo patrimonio territorial que fue después, en forma pequeña y cobarde —pero heroica y sacrificada según los

culpables— entregado al adversario, sin un gesto de altivez ni de hombría. Y Jaramillo Alvarado, al leer la Cédula Real que concedía armas de “Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Loxa”, encontró lo siguiente:

“... porque fuese más honrada y estimada y quedase de ello perpetua memoria, le mandamos señalar por Armas un Escudo, en campo rojo, que en medio del esté una ciudad de oro, y salga de ella mucha gente de armas que la sigue, y la dicha ciudad esté cercada de dos ríos de azul y plata, o como la nuestra merced fuese. E Yo, acatando los dichos servicios, etc., etc., etc. Dada en Madrid, a 5 de marzo de 1571. Yo El Rey”.

Jaramillo Alvarado explica: “La heráldica del Escudo de Armas es la gráfica expresión que acredita a Loja como la Fortaleza real de la cual sale mucha gente de guerra a la pacificación, conquista y fundación de ciudades en el territorio oriental amazónico. Y Loja está rodeada de sus dos ríos, Zamora y Malacatos, oro y plata que fluyen en el valle de Cusibamba, pradera hermosa, en el significado del lenguaje quichua”.

Y es allí donde se anida la Leyenda. Es allí, en Loja y sus mirajes hacia Oriente, donde vive nuestra verdadera mitología nacional: la de los capitanes y aventureros, que se adentran —no ya en el mar sino en la selva— *plus ultra*, más allá, para extender los dominios del rey y de la cruz. Es allí donde, en Cusibamba, la pradera hermosa, se produce la primera victoria de Atahuallpa, en su lucha magnífica por reunificar el Imperio, que el gran Huaina-Cápac había dejado fraccionado; después que, según lo relata Cabello Balboa, el Inca quiteño le envió el deprimente y ofensivo desafío: trajes de hembra, aceites, *chumbis*, como lo había hecho él mismo, Huáscar, con su hermano Huanca-Auqui. Y agrega:

"Atrocidad los encendrones en Cusibamba se peleó va-
cualmente de ambas partes, mas luego se declaró la victo-
ria por los de Quito, y la ejecutaron como poderosos y
ofendidos".

Aggregando Jaramillo Alvarado el comentario definidor
de raíz y de prosapia: "Esta victoria de Atahuallpa en el
valle de Cusibamba, fue el augurio inicial de las victorias
sucesivas que obtuvo su ejército hasta llegar al Cuzco, y él
asumió la categoría de Inca del Imperio del Tahuantinsuyo".

Es allí, en Loja, donde encontramos el origen y la ge-
nealogía nobilísima de uno de los frutos más ricos, de más
grato sabor, de mayor gusto: la palta, que con nombre az-
teca de aguacate —*agua catl*— es la delicia de nuestra gas-
tronomía. Oigamos la relación de este nuevo título de no-
bleza de Loja, hecha por Jaramillo Alvarado: "También di-
ce el Inca Garcilazo, en sus *Crónicas Reales*, que en la ex-
pedición conquistadora de Túpac-Yupanqui, encontró en los
valles cálidos de la actual provincia de Loja, la fruta deno-
minada *Palta* o aguacate, y envió semillas para que se cul-
tiven en otros valles del Inca. ¿Acaso fueron denomina-
dos *Paltas*, por el nombre de esta fruta desconocida para
el Inca?"

Un capitán tormentoso y difícil, Alonso de Mercadillo,
que años después cae bajo las garras de la Santa Inquisi-
ción, funda la ciudad entre los años de 1546 y 1548. Es na-
tural del Reyno de Granada, de la ciudad de Loja, que se
halla entre dos ríos, el Darro y el Genil. Y como casi todos
estos aventureros desprendidos de su raíz para siempre, pa-
gan su deuda, cuando pueden, dando el nombre de sus cam-
pos, sus ciudades, sus aldeas, a los lugares a los que se
vinculan en las nuevas tierras descubiertas y conquistadas
por ellos con la cruz y la espada. Y entonces, pagada la
deuda con la madre —la tierra nativa— continúa su aven-

tura sin linderos, en busca del mito del oro y la felicidad.

Y Loja fue. Recoleta y callada, con la suave opresión de sus colinas, que dan ganas de empinarse en puntas de pie para asomarse "más allá". Más que fuga desde salida hacia. Incubación de esperanzas. Por eso, gentes de armas, a caballo, salieron muchas veces, hacia el sur o hacia el oriente, en busca de lo ambicionado y, sobre todo, a afincarse en la tierra nueva, poniéndoles nombres queridos a las cosas, y adquiriendo "solar". Solar, he allí una de las palabras españolas a las que hay que darles etimología de alma. Rescatarla del significado pedante de raíz de aristocracias dudosas, para darle el verdadero, el de suelo y cielo, el de finca, afincamiento en la tierra, anhelo y virtud esencialmente españolas. Base de lo fuerte, generoso, humano —sin dejar de ser duro, rapaz y cruel— del sistema colonizador español.

Las grandes aventuras que habían de enanchar el viejo Reino de Quito, el de los Shyris, comienzan desde entonces, teniendo como base a la pequeña aldea que, sin embargo, según lo afirma Velasco, era la más importante ciudad de estos reynos. Esa pequeña aldea de la que Don Manuel de Alcedo, Coronel de Reales Guardias Españolas, en su *Diccionario de las Indias Occidentales*, dice:

"LOXA, Provincia y Corregimiento del Reyno de Quito, confina por el Norte con la de Guayaquil, por el S. con la de Yaguarzongo, por el E. con la Jaén y por el O. con la ciudad de Zamora; es de temperamento benigno, templado y sano, abundante y fértil de toda especie de granos y frutos en tanto grado que son los más que se pierden y llevan los ríos por falta de gente que los consuma, que los que se aprovechan, y mucho más de ganado vacuno y mular, de que hace grandes sacas para abastecer a las demás Provincias hasta la

Ciudad de Quito; su principal comercio es de los textiles de lana y algodón, de que tiene muchas fábricas, y de alfombras excelentes que tienen particular estimación; cógese en esta Provincia abundante cosecha de cochinilla que cultivan sus naturales y emplean para los tintes de sus fábricas, vendiendo a la de Cuenca la que les sobra; trabaja también algunas minas de oro en la Ciudad de Zaruma, aunque de muy baja ley, pues no pasa de 14 quilates, por cuya razón solo sirve para hacer alhajas usuales, como hebillas, relicarios, cajas para tabaco y no hay persona por pocas conveniencias de que disfrute que no las tenga. La principal riqueza de este país es la quina, llamada allí cascarrilla de Loxa, que no se halla en otra parte, y solo de él se provee todo el mundo, haciendo un cuantioso comercio de tan precioso fruto con todas las naciones; aunque es opinión de algunos Autores que los Indios conocían su virtud febrífuga, y la usaban, es cierto que hasta el año de 1730 no tenía allí grande estimación, creyendo que la que se traían a Europa y otras partes era para dar fuerza á los tintes, que era para lo que la empleaban allí; pero luego que supieron la estimación que tiene, y su propiedad, empezaron á hacer lo mismo, y mas despues que Mr. Jusieu, profesor de Botánica, que pasó al Perú, con los Académicos de las Ciencias de Paris el año de 1735, euvo en Loxa y les enseñó el modo de cogerla, usarla, sacar el extracto de ella, distinguir sus calidades, y otras operaciones tan curiosas como útiles. Los dilatados montes en que se cría este árbol, empiezan 10 leguas antes de llegar al llano de Cuzibamba, y se dilatan hasta la Provincia de Yaguarzongo más de 70 leguas. El Corregidor tiene al mismo tiempo título de Gobernador de esta, y de Alcalde Mayor de las mi-

nas de Zaruma; su jurisdicción comprende los 14 pueblos siguientes, de quienes es Capital la Ciudad de su nombre:

Saraguro y Oña.	Gonzanama.	Malacatos.
San Juan del Valle.	Cariamanga.	San Pedro del Valle.
Zaruma.	El Cisne.	San Lucas de Ambocas.
Yáluc.	Catacocha.	
Guachanama.	Dominguillo.	

La Capital está fundada en un hermoso y dilatado valle que llaman de Cuzibamba por el Capitán Alonso de Mercadillo el año de 1546, entre dos ríos que baxan de la cordillera nevada, con los nombres de Pulacú y Guacanamá, que después de regar y fertilizar el valle se unen a poca distancia en un paso llamado por eso de las Juntas; estuvo antes en la llamada de Cangachamba, y se llamó Zarza, de donde fue trasladada al paraje en que está; su temperamento, aunque cálido, lo es sin exceso, pero muy sano, y de tanta fertilidad su terreno que no teniendo vecindario para consumir las frutas que produce se pierde una gran parte . . .”

Las grandes aventuras, hemos dicho. Y así Juan de Salinas, Capitán y cronista, grán contador de hazañas, sale con “gentes de a caballo” hacia el Oriente ecuatoriano —ese que perdimos “enredado entre los hilos de la diplomacia”— y funda las ciudades de los bellos nombres: Valladolid, Santiago de las Montañas, Santa María de Neiva y Loyola, todas en el territorio de Yaguarzongo y Bracamoros. Diego Palomino funda luego esa ciudad que suena a hierro: Jaén de Bracamoros. Y surgen Avila, San Francisco de Borja, Logroño y esa villa con nombre de poema: Sevilla de Oro.

Desde Loja se domina, se puebla y se explota Mainas,

que después cobardemente perdieron los “sabios en fronteras”, los “sacrificados de la patria”. Y un antepasado mío, en gracia de sus hazañas, es nombrado Gobernador de Mainas “por dos vidas”. Diego Vaca de Vega. Y cuenta Jaramillo Alvarado: “Y así fue cómo, a su muerte le sucedieron en la Gobernación sus hijos don Pedro y luego don Mauricio Vaca de la Cadena. Fue pues una generación de lojanos la que dominó Mainas por muchos años”. Y en otra parte agrega:

“Loja y su Provincia tiene el noble orgullo de su contribución a esa empresa heroica y patriótica del redescubrimiento del Marañón y Amazonas y a su posesión efectiva; pues si los primeros exploradores y soldados de Salinas fueron españoles, sus descendientes, lojanos de América fueron los que con don Diego Vaca, consolidaron la obra iniciada por don Juan de Salinas”.

Loja. Nobles hechos. Grandes hazañas de descubrimientos, conquistas y pacificaciones. Engrandecimiento del territorio nacional hasta los grandes ríos, hasta el más grande de los ríos del mundo. Luego, defensa lojana de las tierras de los ecuatorianos todos, por medio de ese estadista, ese diplomático, ese tratadista no superado después, apenas igualado: Don José Félix Valdivieso, el que defendió triunfalmente la frontera hacia el Norte y luego, dejó establecida la armadura incambiable de nuestra defensa hacia el Sur, que luego aprovecharía inteligentemente Vásquez al alegar ante el Rey de España, por desgracia sin éxito, cuando la desventurada cuestión del arbitraje, que sólo se salvó porque en ese instante gobernaba la patria un hombre formidable, de estatura heroica —Eloy Alfaro— y no como los entreaguistas de 1941-1942. Valdivieso es un nombre de lojano que

la patria tiene que exaltar hasta colocarlo en el sitio más alto de los abogados del derecho ecuatoriano.

Después, en 1859, un ecuatoriano siniestro atrajo hasta las orillas de la Patria al Mariscal Castilla, y, como consecuencia de esa felonía sin nombre —que luego se ha tenido la osadía de hacer pedestal para el engrandecimiento de ese hombre fatídico— se llegó hasta la terrible capitulación de Mapasingue, en la que Franco no es sino el último peón de una cadena trágica de traiciones y descaminamientos. En esa época luctuosa, la clara conciencia patriótica produjo aquel episodio magnífico, no bien conocido en la historia ecuatoriana —que desgraciadamente se la hace girar casi siempre en torno de las dos grandes ciudades y sus hombres —Quito y Guayaquil—, aquel noble y habilísimo gesto llamado *La Federación*. Pío Jaramillo Alvarado hace la historia de ese hecho esclarecido, hecho a la antigua usanza de la democracia efectiva importada desde España con el espíritu de los Cabildos: son “los padres de familia”, quienes deliberan sobre la suerte de la patria, y resuelven constituirse en provincia federal, alejada de las trágicas rencillas del resto del país, para poder así velar más eficazmente por la unidad indivisible de la Patria. Cuenta el historiador de Loja cómo, en esa reunión plebiscitaria del pueblo, se eligió a quien fue considerado el mejor, para que cuide y dirija la suerte de “Loja y su Provincia”. Hombre de una sola pieza, Don Manuel Carrión Pinzano, el padre de mi padre, fue el patriarca fuerte y sagaz, que gobernó y construyó y, sobre todo, mantuvo la unidad nacional por sobre las asechanzas de los codiciosos. Hora crucial de la historia ecuatoriana, en la que Loja juega el papel más límpido y más puro.

Triunfante uno de los dos bandos, el capitaneado por García Moreno, —el hombre que trajo hasta frente de Guayaquil al Presidente del Perú— se trató “de potencia a po-

tencia” con el gobierno de Loja. Y así se obtuvo lo que Jaramillo Alvarado nos cuenta en el siguiente párrafo:

“Es realmente asombroso el que en el estrecho y accidentado término de un año, haya podido el señor Carrión desarrollar su plan de Gobierno, creando los fundamentos de la cultura lojana con el establecimiento de un Instituto de Instrucción Secundaria, la garantía de la paz social con un Tribunal de Justicia Superior; la consolidación del desarrollo y progreso de la Provincia, con una división territorial y cantonal, que configura su capacidad en la producción agraria y el movimiento comercial, y el cumplimiento de las conquistas del espíritu y la concordia humana, con la promesa cumplida de la erección de la Diócesis Episcopal con su propia sede en Loja; y lo que es sustancial: el ensayo del gobierno federal provincial, que comprobó que la autonomía de la Provincia para realizar sus propias obras es necesaria e irrenunciable”. Y concluye así Jaramillo Alvarado: “Esta revolución federal, tiene para la Provincia de Loja el significado histórico de su emancipación política”.

Hacer reír a los niños, descubrir una estrella, una doctrina, un plato de comida o un remedio para el dolor, son las obras humanas esenciales para procurar ese poco de felicidad de que es susceptible el hombre. Y Loja se inscribe entre las comarcas de la tierra realizadoras de ese milagro sumo: darle al hombre un remedio para el dolor: la quina. Pío Jaramillo Alvarado ofrece una versión de la leyenda, acaso la historia verdadera. Don Ricardo Palma, el príncipe de los escritores peruanos, inmortal autor de ese género nuevo e inimitable, las *Tradiciones*, nos lo cuenta, con la intervención de los mismos personajes, en esta forma, en su bellísima tradición *Los Polvos de la Condesa*:

“Era una tarde de junio de 1631. Las campanas de todas las iglesias de Lima plañían fúnebres rogativas; y los monjes de las cuatro órdenes religiosas, que a la sazón existían, congregados en pleno coro, entonaban salmos y preces”

“Los habitantes de la tres veces coronada ciudad cruzaban por los sitios en que, sesenta años después, el Virrey Conde de la Monclova debía construir los portales de Escribanos y Botoneros, deteniéndose frente a la puerta lateral del palacio”

“Hallábase en él el excelentísimo señor don Luis Fernández de Cabrera, Bobadilla y Mendoza, Conde de Chinchón, Virrey de estos reinos del Perú, por Su Majestad Felipe IV, y su íntimo amigo el marqués de Zárate. Ambos estaban silenciosos y mirando con avidez una puerta de escape, la que, al abrirse, dió paso a un nuevo personaje”.

“Era éste un anciano. Vestía calzón de paño negro a media pierna, zapatos de pana con hebilla de piedras, casaca y chaleco de terciopelo, pendiendo de este último una gruesa cadena de plata con hermosísimos sellos. Si añadimos que gustaba guantes de gamuza, habrá el lector conocido el perfecto tipo de un esculapio de aquella época”.

“El doctor Juan de la Vega, nativo de Cataluña y recién llegado al Perú, en calidad de médico de la casa del Virrey, era una de las lumbreras de la ciencia que ayuda a matar por medio de un recipe”.

“—¿Y bien, don Juan? —le interrogó el Virrey más con la mirada que con la palabra”.

“—Señor, no hay esperanza. Sólo un milagro puede salvar a doña Francisca”.

“El virrey había llegado a Lima en enero de 1629; y dos meses más tarde su bellísima y joven esposa doña Francisca Henríquez de Rivera, a la que había desembarcado en Paita, para no exponerla a los azares de un probable combate naval con los piratas. Algún tiempo después, se sintió la virreina atacada de esa fiebre periódica que se designa por el nombre de terciana, y que era conocida por los Incas como endémica en el valle del Rímac. Sabido es que cuando, en 1378, Pachacutec envió un ejército de treinta mil cuzqueños a la conquista de Pachacámac, perdió lo más florido de sus tropas, a estragos de la terciana. En los primeros siglos de la dominación europea, los españoles que se avecindaban en Lima, pagaban también tributo a esta terrible enfermedad, de la que muchos sanaban sin específico conocido, y a no pocos arrebatada el mal”.

“La condesa de Chinchón estaba desahuciada. La ciencia, por boca de su oráculo don Juan de la Vega, había fallado”.

“—¡Tan joven y tan bella! —decía a su amigo el desconsolado esposo—. ¡Pobre Francisca! ¡Quién te habría dicho que no volverías a ver tu cielo de Castilla ni los cármenes de Granada? ¡Dios mío! ¡Un milagro, Señor, un milagro!!!”

“—Se salvará la condesa, excelentísimo señor —contestó una voz a la puerta de la habitación”.

“El virrey se volvió sorprendido. Era un sacerdote-

te, un hijo de Ignacio de Loyola, el que había pronunciado tan consoladoras palabras”.

—“Quiero ver a la virreina. Tenga vuecencia fé y Dios hará el resto”.

“El virrey condujo al sacerdote al lecho de la moribunda”.

“Un mes después se daba una gran fiesta en palacio, en celebración del restablecimiento de doña Francisca”.

“La virtud febrífuga de la cascarilla quedaba descubierta”.

“Atacado de fiebres un indio de Loja llamado Pedro de Leyva, bebió, para calmar los ardores de la sed, del agua de un remanso, en cuyas orillas crecían algunos árboles de quina. Salvado así, hizo la experiencia de dar de beber a otros enfermos del mismo mal, cántaros de agua, en los que depositaba raíces de cascarilla. Con su descubrimiento vino a Lima y lo comunicó a un jesuita el que, realizando la feliz curación de la virreina, hizo a la humanidad mayor servicio que el fraile que inventó la pólvora”.

“Los jesuitas guardaron por algunos años el secreto, y a ellos acudía todo el que era atacado de tercianas. Por eso, durante mucho tiempo, los polvos de la corteza de quina, se conocieron con el nombre de Los Polvos de la Condesa”.

Y he aquí cómo Loja, la modesta, recoleta y olvidada provincia, “el último rincón del mundo”, se inscribe entre

las comarcas del hombre que han ofrecido a la patria grande y a la humanidad misma, cosas esenciales en favor del progreso, de la libertad y la felicidad.

Primero. — Haber descubierto regiones de la tierra, incorporándolas a la patria y al aprovechamiento de la humanidad, mediante el coraje y la iniciativa de sus pobladores; Juan de Salinas, Diego Palomino y, sobre todo, Don Diego Vaca de Vega, el gran descubridor y fundador, con dos generaciones de sus descendientes, Don Pedro y Don Mauricio Vaca de Vega. Haber fundado ciudades de nombres maravillosos, que han hecho la leyenda y, a pesar de claudicaciones posteriores, la esperanza de la patria. Esas ciudades destruidas o abandonadas —luego perdidas en la época de los patriotas y sabios en fronteras— que son Valladolid, Zamora, Santiago de las Montañas, Logroño, San Francisco de Borja, Avila, Jaén de Bracamoros y Sevilla de Oro . . .

Segundo. — Haber hecho, por la audacia y el valor de Vaca de Vega, el redescubrimiento y la toma de posesión del río mar, el Amazonas, que luego perderían también, entre lágrimas y sacrificios heroicos, los patriotas y sabios en fronteras.

Tercero. — Haber producido en sus tierras —dando su nombre a la provincia en su época precolonial— las paltas, esa gloria de la mantequilla vegetal, *aguacatl* para los *meshic*as, y que es uno de los aportes más sabrosos de la naturaleza a la alimentación humana.

Cuarto. — Haber contribuído con inteligencia y valor a salvar la unidad de la patria, en la época trágica en que García Moreno trajera a las costas de la patria al Mariscal Castilla, Presidente del Perú. Época que culminaría en la tragedia de Mapasingue, sólo superada en 1941 por los sacrificados y heroicos sabios en fronteras.

Quinto. — Finalmente, como excelsa culminación, el

aporte de la quina, —los polvos de la condesa— para alivio de la humanidad atacada por el dolor y la fiebre. Esta quina que, por sobre los famosos antibióticos, triunfa en la terapéutica del paludismo sin posible rival. “*Creo en Dios y en el noble sulfato de quina*”, como dijera el poeta Amado Nervo.

Esa la historia y la verdad de mi tierra, contada por Pío Jaramillo Alvarado en el libro que motiva estas líneas. Al leerlo, se descubre una trayectoria de sobriedad espiritual y de firmeza de ánimo, no desmentidas nunca. Comarca de hombres sin detonación y sin desplante, de espíritu libre y vocación democrática, Loja tiene como constantes históricas, la austeridad espiritual, el estilo incisivo y rápido en sus hombres de acción y en sus hombres de letra, la pasión de patria.

Paradigma y espejo de esas constantes históricas y vocacionales del hombre de Loja es, precisamente, Pío Jaramillo Alvarado, el doctor en civismo, la cimera figura de la democracia nacional. Hombre modesto y pulcro de espíritu, pero sin dobleces. Con osatura fuerte, incapaz de las genuflexiones y voz de varón, incapaz de los adulos. El pudo llegar a las más altas magistraturas por derecho de eminencia y significación nacional incomparables, por derecho de virtud y de talento. La Presidencia de la República se habría honrado con su mesurada y poderosa personalidad de estadista y patriota. Por poco tiempo fue Ministro de Gobierno, en esa época ya lejana en la que los Ministerios de Estado eran ocupados por personas de primera línea. Sin embargo, para él quizás ningún puesto más querido que el de Gobernador de su Provincia nativa, a la que engrandeció material

y espiritualmente, como gran hombre de iniciativa y de acción.

A Jaramillo Alvarado le debe el Ecuador —como a pocos de sus mejores hombres— varias actitudes esenciales, de profunda significación y utilidad. Es de marcarse, en primer lugar, la más documentada, serena, irrefragable defensa de la patria y sus derechos, que se halla contenida, de una manera especial, en su obra *La Presidencia de Quito*. De su lectura sale el espíritu fortificado y sereno, aún ante las adversidades que es de esperarse transitorias; tanto es de diáfano el alegato como de sustantivo el planteamiento de la raíz y esencia de la patria, en lo histórico como en lo legendario y lo geográfico.

Al escribir la Historia de Loja y su Provincia, Jaramillo Alvarado ha hecho dación de sus mejores dones de escritor, de ciudadano, de hombre. Allí ha vertido su austero sentido de investigador de la verdad y, al propio tiempo, su pasión de amor hacia la patria grande y hacia la patria chica. El horizonte vasto de la nacionalidad, como el recogido horizonte de la tierra natal, ha recibido el enfoque de su visión clarificadora, de su potente y amorosa capacidad de comprender y amar. Es obra de hijo, y por lo mismo, adentrada, comprensiva, con ese aliento de amable intimidad con que se habla de la madre lejana y, por lejana, más querida. El, como el poeta recién desaparecido, Andrés Eloy Blanco, puede decir “a tantos años de tu luz”, contando en este caso no los años que lo separan de la ausencia eterna de la madre, sino solamente de la ausencia transitoria, por el viaje hacia todas las regiones de la patria y de la humanidad, con provisional abandono de las campiñas, el aire y el sol de la tierra nativa.

Todo eso escrito en la hora del retorno, que todos anhelamos. Retorno agudo del espíritu, si no se puede hablar del profundo, del verdadero retorno de la cal y los huesos.

HACIA LA PURA NOVELA

*A propósito de la obra de Demetrio
Aguilera Malta.*

Amo el diálogo por sobre todas las cosas. Acaso demasiado. Ante una presencia humana lúcida e inquieta —par o dispar, acaso de preferencia lo segundo— me siento más ágil, más permeable al mensaje o la lección ajenas, más en capacidad de dación también, que frente a estas mudas e intimidantes hojas de papel en blanco, que exigen, pero no suscitan, que imponen sin estimular. Y dentro del diálogo, escuchar o decir me gustan igualmente. Me interesa la voz humana que niega menos que la afirmativa, pero siempre despertadora de reflexión o de emoción, con sólo ser eso: voz humana. No, desde luego, la magistralizante dogmatización, la cátedra cotidiana, la agresión verbal, ni menos aún la corrosiva malhabladuría de corrillo o cenáculo, que se nutre de reputaciones y tiene, casi siempre, un estimulante común y destructor: la envidia. Detesto las capillas con pontífices, lo mismo que los atrios exteriores, en los que a cada canto de gallo se niega una vez.

Es el diálogo, la plática, el coloquio. Tiene una estirpe ilustre y fecunda esta manera de darse la inteligencia humana: Sócrates en los mercados, el Jardín de Academos, los caminos de Galilea, el pórtico de Marta y de María. El Evangelio me dice más y me persuade, porque es obra de coloquio: *en aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos...*

¿No ven? La hoja blanca es funesta, y al hombre más simple lo pone en el declive de la prédica. Y como estaba

amenazando discurso —tan peligroso y fatal como cuando amenaza tormenta— debo cortar estas palabras iniciales, para decirlo de una vez: es de un diálogo de años con Aguilera Malta —reanudado en una tarde de Santiago— que surgió en él la intención y la sugerencia de estas líneas. Este Demetrio Aguilera Malta para quien la palabra entrecruzada, cambiada o simplemente escuchada, es una necesidad esencial, una *nourriture terrestre*. Con sólo una condición; que sea la buena palabra humana, que interroga o contesta, pero con amor, con capacidad fecundante: la buena palabra. Este Demetrio que en veces habla solo, pero no en monólogo, sino en coloquio; y para quien eso de “monodílogo” inventado por Unamuno, le viene justo. Y que cuando no habla, canta, tararea. Para estar de buenas con Demetrio hay que hablar, proponer, sugerir. Una empresa del espíritu o una aventura; una conquista de amor o un negocio fantástico, en cuya punta se ve centellear el millón inicial... Con Demetrio, en suma, hay que hacer rendir beneficio o maleficio a la máquina de la inteligencia.

Era una tarde —si se libraron del discurso no se libran del cuento— pero así era, una tarde. Hablábamos con esa diversidad temática que comunica Demetrio a toda conversación con él. Cortándolo todo con exclamaciones nostálgicas, en blanco sus ojos verdiazules: “¡Ah, el teatro!, el teatro es una cosa seria!” Y en seguida: “¡Ah!, México! ¡México no es un país, es una pasión, una enfermedad!” Y luego, a continuación, sin que la cosa tenga remedio, con ancha voz de barítono —de no muy buen timbre, desgraciadamente— los compases de alguna canción mexicana:

*“Y si Adelita se fuera con otro,
la seguiría por tierra y por mar...”*

En aquella charla de esta tarde chilena la cuestión literaria se impuso: hombres, nombres, libros, direcciones actuales de la sensibilidad y de la inteligencia. Y todos esos afluentes a desembocar en el tema literario máximo, en el mar océano: la novela. Vasto tema que comprende todas las posibilidades de coloquio. Un nombre de libro, la declaración de preferencias y, naturalmente, el planteamiento del problema de la novela contemporánea, singularmente en América. Entonces Demetrio, con esa capacidad propia de los descubridores y de los poetas —es una redundancia intencional, porque el segundo de los valores humanos nombrados ya comprende al primero— me pidió que algo de lo que dijera yo esa tarde al correr de los minutos cordiales, lo escribiera, “lo sacara en limpio”, para que sirviera de liminar o prólogo de su novela en horno, y cuyo nombre no está fijado todavía. “Esto de bautizar las novelas es una cosa seria”, agregó Demetrio.

Dije... Bueno, debo haber dicho muchas cosas banales, acotación y réplica corrientes, lo de siempre. Y Demetrio, con su voz apretada, y caliente, iluminada de luz de ojos, me reitera el pedido: “Benjamín, eso que has dicho ahora es una cosa seria”.

La novela es la máxima empresa del hacer literario contemporáneo. Y es, acaso, la máxima aventura del espíritu, a la vez. Su gran antecesor, por dentro y por fuera, es *La Odisea*. Como empresa de cuento y como aventura de aventuras. De allí arranca la estirpe de la novela de siempre, para la inteligencia de Occidente. En el cercano Oriente, allí está esa gran novela, *El Exodo*, que comienza: “Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto con Jacob...” Y luego, como en una velada con abuela que

cuenta y niños que escuchan, continúa: "Salió después de esto un hombre de la casa de Leví, y tomó mujer de su linaje; la cual concibió y parió un hijo, y viéndolo que era hermoso lo tuvo escondido tres meses; pero no pudiendo ya ocultarlo, tomó una cestilla de juncos y la calafateó con betún y pez, y puso dentro al niño y lo abandonó en un carrizal a la orilla del río". (El Exodo, II, 1, 2, 3). En el Oriente grande, más allá de la patria de Simbad, el *Mahabharata*, el *Ramayana*, son los abuelos de barba blanca de la novela actual.

He querido hacer este recuerdo genealógico deliberadamente, al hablar de una obra, de la obra de Demetrio Aguilera Malta. Porque en ciertos momentos de la vida literaria americana —y desde ciertas capillas— se ha querido lanzar el anatema de infraliterario al relato de aventura, a la novela principalmente argumental en la que "pasa algo". Y los ataques han sido lanzados desde distintas posiciones, desde distintos ángulos de crítica y creación, pero principalmente por los mantenedores de la novela de tesis o de lucha social, y por los mantenedores de la novela de aventura interior, de entrega inmediata del fluir de la vida, a través del testimonio individual, expresado con la ambición inmediata de darlo a medida que surge —sueño, soledad, disparate— o como hallazgo en los subfondos de la memoria.

Al revés de aquel espectador ingenuo del *Otelo* de Shakespeare, que se indignaba —a medida del correr del diálogo— con algunos de los personajes, para terminar dándoles la razón a todos; yo comenzaré poniéndome de acuerdo en mucho con los mantenedores de una dirección, ésta o aquella, de la realización artística, principalmente en la novela; para luego observarles algo, mucho: su posición excluyente, exclusivista. Y luego, en nombre de mi maestro Pero Grullo, pedirles una cosa: si quieren hacer novela, hagan ante todo,

novela. Ni ensayo, ni confesión, ni sueño, ni memoria íntima, con el nombre de novela.

La novela como modo de acción, como herramienta de construcción de una sociedad mejor, de un mejor vivir humano, como arma de lucha, ofensiva o defensiva; la novela que cumple una función, que es el aporte del trabajador de la inteligencia al esclarecimiento de los problemas de su época; la novela que trata de poner carne humana al esqueleto estadístico y hacer correr sangre de hombres por entre los esquemas numéricos, y entonces se llama la novela del carbón, la novela del trigo, la novela de la máquina... Esa novela, cuando es buena —otra vez Pero Grullo—, claro está que puede asumir, y ha asumido muchas veces, alta categoría de realización artística. Y se ha instalado, con plenitud de derechos, dentro del género de la novela literaria. Novela con problemática social, claro está, es novela y de la más ancha denominación. Pero —y allí está mi demanda contra la exclusividad—, *no sólo ella es novela*. Acaso el paradigma de ese tipo de novela, nos lo ofrezca nada menos que el Quijote: sólo que la genialidad de la creación superó a lo circunstancial del propósito, a la pequeñez intencional: combatir los libros de caballerías con el mejor de todos ellos.

A este tipo de novela —la llamada novela social— lo menos que puede exigírsele, además de lo mucho ya exigido, es que no deje al descubierto su intento de alegato, de cartel o de tratado; que no se inferiorice artísticamente dándose la apariencia de ser obra de encargo, de directiva, de esas que se discuten en sesiones de comités de partido. La novela, la literatura en general, que asume esa apariencia, ni siquiera realiza su intención esencial: de ser propagadora de una ideología, de un cartel de combate, de una edificación social. Porque las gentes a quienes pretende llegar, los prosélitos que quiere atraer, se defienden ante el claro anun-

cio del lazo tendido, ante la evidente actitud adoctrinadora. En cambio cuando, teniendo médula intencional, sirve un propósito humano sirviéndose del vehículo artístico; cuando es primero novela, obra de arte, entonces sí cumple su fin con ancha y generosa honestidad. En suma, se puede ser un católico o un comunista que escribe novelas, y ellas trasuntan, irremediablemente, la posición del autor. Lo que no concibo es que se escriban novelas católicas o novelas comunistas.

Decía, pues, que desde la barricada de la novela social, la novela de tesis —aún no existe acuerdo denominativo— se subestima la obra de aventuras, el relato argumental por serlo, algo que acaso podríamos llamar “pura novela”, sin caer en eso de novela pura. Se considera intrascendente, adjetivo, el cuento de acción, en que suceden cosas, actúan personajes, se mueven objetivamente los hombres y el paisaje. Y muchas veces se emplea tal acrimonia en el ataque, que parece que el relatista de aventuras hubicra cometido poco menos que un crimen. Y sin embargo —no quiero referirme sino a los contemporáneos— y sin embargo, José Conrad . . .

Otra línea de escritores de ficción —adversaria también de la novela social— lanza sus anatemas implacables, despectivos, desde una altura aislada e inalcanzable, contra la novela de aventuras. Es la de aquellos escritores que, siguiendo acaso huellas excelsas en la literatura universal, creen que sólo vale la pena narrar la aventura interior, en la que son vehículos fundamentales los valores del inconsciente, la memoria y el sueño. Y oponen a la aventura máxima —a la mayor novela de aventuras— la Odisea, viaje interminable de la realidad y el símbolo, medido en el tiempo por el reloj del tejer y el destejer de la tela de Penélope, la aventura interior de un hombre y un día, en la genial y tremenda desventura del *Ulises* de Joyce.

A esta orilla del espíritu se hallan situados egregios valores de la inteligencia y la sensibilidad que aúnan, acaso por exigencia temática, el empeño ahincado de perfección formal, la búsqueda a veces dolorosa de la originalidad expresiva, de la novedad técnica. Les obsede la lucha y la dominación de la imagen, el encuentro preciso de la palabra que sea capaz de entregar, sin desnaturalizarla, la profunda y aguda novela de sí mismos. Altas realizaciones de arte y de verdad, se deben a esta línea espiritual. Desde la confesión de la intimidad —luchas interiores y miserias y júbilos— que nos han dado cosas admirables como el *Diario* de Jules Renard; se llega, hacia atrás o hacia adelante, sin tiempo ni distancia, hacia la mística española, que se sumerge con angustia y lejana esperanza, en “la noche oscura del alma”. En los tiempos modernos, Marcel Proust, el extraordinario protagonista de la memoria, cifra única en la literatura universal, cuya capacidad de recuerdo y de expresión de recuerdo, supera todos los antecedentes. Y el tormento oscuro y desolado de Kafka.

Pero, ¿y Dostoievsky?

He allí la cuestión: aceptar la posibilidad de todos los caminos. El ruso nos está diciendo precisamente eso: yo hice, en *Crimen y Castigo* novela policial y obra de minero o de ladrón en la caverna del interior humano. Me sumergí a los abismos en las *Memorias del Subsuelo*. Dí la mejor historia clínica del “aura” epiléptica en esa autobiografía sublimada de Cristo-Dostoievsky que se llama *El Idiota*. Y la aventura exterior de Dimitri, y la horrenda aventura interior de Iván Karamazof... Esta es la cosa: arte, verdad, genio o talento. Verdad de la mentira. Y poder. Que quienes no puedan hacer, no hagan. Sin capacidad de creación y de expresión se transitarán mal todas las rutas. Y menos resisten la debilidad, la falta de poder, aquellos tipos

de novelas que, como las historias de almas, son más exigentes en el sentido de la hondura de la penetración.

La novela, domine en ella la técnica objetiva o la subjetiva, edifica su estructura con material humano. Es el hombre esencial —nacimiento, vida, procreación y muerte— el actor necesario del relato novelado. En torno a ese pasar eterno del personaje hombre, de su actitud en la vida y frente a la vida, se construye la trama novelesca. Su pasión, su disparate, su sueño, sus luchas y su júbilo. Y es entonces para condicionarlo, para ofrecer al hombre un escenario, que asoman los otros personajes primordiales: tierra, paisaje, clima, ambiente de convivencia histórica, tiempo. Factores unos de permanencia y otros de actualidad. Problemática del hombre eterno, la especie; problemática del hombre histórico, las generaciones en el tiempo.

Es entonces allí donde encontramos la más ardua y peligrosa fuente de descaminamiento para el relato de acontecimientos humanos: la posibilidad de involucrar las apariencias de permanencia con la verdad efectiva de lo transitorio; dando a la circunstancia, al modo, a lo pasajero, categoría permanente, dominadora; olvidando lo que tiene de renovable, de móvil, de actual. Eso explica la poca durabilidad de ciertas creaciones de ficción que, concediendo capital importancia a la moda —y no sólo a la moda sino a expresiones ambientales de valor provisional— han obtenido éxitos espectaculares a la hora de su aparición, pero no han tenido sustancia humana capaz de sostenerlas a través del tiempo.

No desestimo la importancia de lo actual, ni menos creo en la engolada y vacua expresión: "hay que escribir para la eternidad". No. Pero desconfío de las rachas, de los vendavales de novelería que por temporadas se abaten sobre la

cosa literaria, y que muchas veces son dignos de consideración en los iniciadores, en los pontífices, en los jefes, pero muy poco en los seguidores, en el rebaño zaguero. Quizás el caso más claro de jefatura sin secuaces valederos, es la que actualmente ejerce el gran filósofo y, sobre todo, gran escritor, Jean-Paul Sartre. Más bien, frente a él, está asomando el primer heresiarca: Albert Camus.

La problemática humana varía con el desenvolvimiento—inclusive biológico— de la especie en la tierra. Y atribuyo singular importancia al ritmo de lo vital, con el pasar del tiempo sobre el hombre. Un enriquecimiento constante de la sensibilidad, una ampliación del conocimiento y de los medios de conocimiento, un fortalecimiento de las formas de dominio y aprovechamiento de la naturaleza, la creación siempre creciente de medios de comunicación y de acercamiento del hombre; y al mismo tiempo —junto y quizá a causa de este desarrollo de la técnica— mayores desencadenamientos de la furia de los hombres, en guerras cada vez más extendidas en la geografía y de un alcance total a categorías y edades, sin excepción alguna. De allí que las agrupaciones de tendencia similar —con nombres y teoría estética propias— que se van sucediendo en el acontecer literario, tengan plena justificación. Hay más: sean necesarias, inevitables. Combatir a los *ismos* es algo inconcebible y, por lo demás inútil. El *ismo*, desde sus ilustres antecedentes griegos hasta nuestros días —clasicismo, romanticismo, simbolismo, modernismo, suprarrealismo, existencialismo— cuando respalda a un movimiento reclamado por acercamientos y afinidades reales, y es producto de una hora humana de pensamiento y sensibilidad, es algo que no cabe combatir o negar, sino preferentemente estudiar, para tratar de desentrañar su motor y su médula.

Pocas veces puede darse mayor facilidad y oportunidad

de ejemplificación para el tema que consideramos, que la aparición del "Grupo de Guayaquil" —denominación ya consagrada en el Continente— al que pertenece por derecho inicial, Demetrio Aguilera Malta. Tres muchachos que escriben un libro de cuentos. No es colaboración, no. Es coincidencia. Gentes que apenas llegan a los veinte años. De temperamento aparentemente disímil. Un solo barro, eso sí y un cielo y un sol engendradores y matrices de todos: trópico, Guayaquil. Las calidades pueden diferir notablemente. Pero el denominador común expresivo y temático, nos está revelando una generación literaria de relatores, con características tan cercanas, tan asociadoras, que *Los que se van . . .*, título del libro de Gallegos Lara, Aguilera Malta y Enrique Gil Gilbert, da la impresión, a primera lectura, de la obra de un solo escritor. Islas del mismo archipiélago, no comunicadas antes de una manera expresa: José de la Cuadra y Alfredo Pareja Diezcanseco. Y ya está la cosa: "cinco como un puño", según la recia expresión de uno de ellos. Grito de la tierra y del hombre en mar y selva. Río inmenso de caudal tranquilo. Fecundidad telúrica del trópico, generador y paridor del alacrán y de la piña. Obra de lo perdurable y de lo actual. Posibilidad de influencia del escritor sobre lo transitorio, con sólo contarlo: en este caso, la miseria del hombre indefenso ante el medio, la injusticia social, el abandono, la ignorancia. Los hombres del "Grupo de Guayaquil", han proyectado luz humana sobre una transitoriedad que ha de estudiar el sociólogo, y ha de mejorar el pueblo hecho gobierno.

Como existe la línea de los creadores de un solo libro —predominante en las culturas provenientes de la cuenca del Mediterráneo: *La Biblia*, *La Divina Comedia*, *El Quijote*—

te— existe también esa línea de creadores en constante búsqueda de caminos de verdad, de rutas de creación. La literatura hispanoamericana ha ofrecido frecuentes, casi habituales, manifestaciones del primer camino, ya por efectiva y real producción de un solo libro considerable, ya por el plebiscito implacable de crítica y lectores: *Los de Abajo*, de Azuela; *María*, de Jorge Isaacs; *Canaan*, de Graça Aranha; *Doña Bárbara*, de Gallegos; *Don Segundo Sombra*, de Güiráldez; *Huasipungo*, de Icaza... Puede ser que algunos de ellos —Gallegos e Icaza, por ejemplo— tengan sus *Trabajos de Persiles y Segismunda*, que consideren su obra mejor. Pero no hay caso: el veredicto ha sido pronunciado y no hay cómo rebelarse.

La segunda manera es también muy frecuente; escritores de obra conjunta, de ascensión muy pareja —singularmente los de origen y tradición francesa—; o de camino desigual, subidas y bajadas, ascensiones y caídas — casi siempre en los escritores de la línea inglesa, productora del genio más alto pero más desigual de todas las literaturas: el autor de *Julieta y Romeo*, pasa por los descensos violentos de *Tito Andrónico*, *Troilo y Crescida*, para luego alcanzar las cumbres supremas y dispares de *Hamlet* y *Ricardo III*, escribir los *Sonetos*, crear *El Rey Lear* y, desembocando en la ancha bahía de los símbolos, darnos el *Cuento de Invierno* o esa eternidad de eternidades que es *La Tempestad*.

En el Ecuador intelectual y escritor, se han presentado los dos casos de ensayistas, novelistas y líricos. Olmedo es el ejemplo cabal del primer modo: mucha obra en verso y prosa; pero su obra, ésa que se confunde con su propia persona individual, que es algo así como un agregado a su apellido, es *La Victoria de Junín*, *Canto a Bolívar*. En cambio, el escritor de muchos libros está representado, durante nuestra era clásica, por don Juan Montalvo. Y en la hora

actual, ofrecemos el caso de *Huasipungo*, marca indeleble y sempiterna del gran novelista que es Icaza; al mismo tiempo que el "Grupo de Guayaquil", forma en la legión de los hombres de varios libros: de la Cuadra, con una singular medida de perfección, sostenida a través de su obra; Gallegos Lara, de parva producción novelística, reducida a una novela y varios cuentos, y algunas biografías, pero abundante de obra crítica; Pareja Diezcanseco, acaso el más fecundo y poligráfico, con una decena de novelas, biografía y crítica; Enrique Gil Gilbert, transido de poesía en su obra de relato, pero alejado momentáneamente de ella; y este Demetrio Aguilera Malta, robusto de capacidades demostradas, pero que aún no ha fijado su tienda definitivamente y vacila entre las comarcas tentadoras de la novela y el teatro.

Demetrio Aguilera Malta ha transitado las más variadas rutas del relato, el teatro, el gran reportaje novelesco. Ha sido y es el hombre de varios libros. Pero su obra está en marcha actual y dinámica, de manera que toda sentencia, en este aspecto, tendrá el carácter de provisional. En todos los géneros de la ficción, sin teorizar, ha mantenido su verdad estética: en el relato, hay que contar algo, hay que interesar a las gentes en torno a una trama novelesca, de una sucesión de acontecimientos, de *aventuras* humanas. De una acción vital. En consecuencia, la morosa, lenta, penetrante incursión hacia sí mismo; la excavación de la mina interior, las *memorias del subsuelo*, no son de su predilección. Sin que esto quiera decir que haga —eso no, tampoco— novela de superficie, desentrañada, adjetiva.

El quisiera más bien, Demetrio Aguilera Malta, encontrar y desentrañar los misterios del símbolo, en esta etapa madura de su producción. Ya desde los lejanos tiempos de

Los que se van . . . —novela de unos cuentos, libro de cuentos que ya es y tiene su novela—: Demetrio dejó entrever esa posibilidad de camino, junto al dramatismo directo de Gil Gilbert y a ese como trágico y constrictor agotamiento de la angustia de Gallegos Lara. Es que el símbolo, el símbolo en letras, se expresa por acción, por relato, por *aventura* humana. Cuento es toda la simbólica de *La Odisea* —Alsinoo, Nausica, Circe, las Sirenas; toda la simbólica de la tragedia griega —*Prometeo, Edipo, Ifigenia, Medea*— toda la simbólica de la Biblia, en especial del Evangelio —las *Virgenes Fatuas, la Oveja Perdida, el Hijo Pródigo*; y luego, *Francesca y Paolo, Don Quijote, Ariel* o el doctor *Fausto* . . . La expresión del símbolo, es la aventura humana, interior o exterior. Eso nos explica cómo Demetrio Aguilera Malta, que ama contar el hecho de los hombres, ame también las expresiones del símbolo. El entrega la aventura y el símbolo; las ceba a caminar; no las explica ni teoriza.

No sólo es la fluencia del diálogo lo que, en la novela y cuento de Demetrio Aguilera, nos hace entrever su acaso más segura vocación por el teatro. Es principalmente su capacidad directa de conflicto y de acción, al propio tiempo que su poca voluntad de explicación, de exégesis. Hasta el paisaje, que a veces pinta con deleite moroso como en *Don Goyo* y principalmente en *La Isla Virgen*, aparece como escenario y aún como personaje del conflicto.

Demetrio siente ante el teatro "el sagrado temblor", una especie de amorosa pavura que lo acerca y lo aleja al mismo tiempo y que, como a los fieles de la Eucaristía, le hace decir su *Domine, non sum dignus* . . . cada vez que se acerca al ara consagrada.

Novela de acción, teatro de acción: he allí los claros caminos, ya recorridos con maestría, que seguirá recorriendo Demetrio Aguilera Malta. Y los que tendrá que seguir la

obra de ficción, si no quiere morir ahogada por la evasión de la realidad y de la vida. Si no quiere periclitar en lo que Wladimir Weidlé llama "literatura para hombres de letras, inhumana en su esencia y aislada del hombre". La novela seguirá siendo cuento; el cuento de nuestro espíritu, de nuestra sensibilidad; "lo propio de la novela seguirá siendo la creación de un mundo imaginario poblado de personajes vivientes", según el mismo crítico polaco; y la novela seguirá siendo novela, "*par la faute de Mr. de Balzac*".

1948

ENRIQUE GARCÉS Y RUMIÑAHUI

Prólogo a la biografía de Rumiñahui.

Dos grandes fervores —en él que es un haz de entusiasmo— dominan la vida entera de Enrique Garcés: concebir la Patria en optimismo, en construcción, en alegría; y encontrar en la historia, la geografía, el paisaje, fundamentos para el enaltecimiento y glorificación de la Patria. Y dentro de ella, lo que es originario; vegetal casi pudiéramos decir: lo que nace del suelo y bajo el suelo de la Patria, lo que nace en el aire de la Patria, antes que lo que él considera como advenedizo, mostrenco, superpuesto.

De allí que, superando aún mi personal intento de pretender dar a la Patria un símbolo autoctono y nativo en Atahuallpa, él va más lejos, y ha de hallarlo en Rumiñahui, el Quito auténtico, el indio de piedra, producto de esta sierra y de estos valles y a “mi” Atahuallpa mismo lo considera aún “llegado”, “venido”; aunque no ose disputarle su indiscutible nacimiento en Quito, aunque tampoco pretenda negar que era el hijo del amor del gran Huaina Capac, por sobre Ataco-Huascar, el cuzqueño, que era el hijo de la heliocracia, el hijo de la razón de Estado, el hijo del incesto legítimo, ritual.

Obreros del espíritu como Enrique Garcés, necesita esta Patria para construirse. No los que consideran al ecuatoriano como ingobernable y malo; no los que, en apasionamiento colérico, creen que “la letra con sangre entra”, no los que

piensan en hacer patria y civilización a palos. Hombres como Garcés, sonreídos, de la estirpe de los que están resueltos a poner "manos a la obra", de los que no se arredran ante el obstáculo y saben que para vencerlo tiene lo humano todas las posibilidades de lo convictivo y de lo persuasivo; que este pueblo nuestro —acaso como todos los pueblos— es "llevado por el bien".

Hombres como Garcés, son los que hacen falta en este país de gente desconsolada por la gárrula promesa incumplida o por el falso gesto mesiánico que no se convierte en los 5.000 peces y en los 5.000 panes. Hombres que, por ser buenos ellos mismos, por ser de buena ley por dentro y por fuera, aceptan la bondad humana, como base del edificio, como material para la construcción. Hacer así la Patria sólida, hacer así ese convenio de vivir juntos en un mismo suelo, desde el vagido natal hasta la noble entrega de la cal de los huesos a la tierra maternal, que con ellos ha de hacer perfumes, mariposas, cercales y flores, para nutrir y adornar la vida de los que luego vendrán.

Mascarón de proa de "la nave de la patria", ha de ser este indio grande y fiero que Enrique Garcés nos construye a puro golpe de fervor patriótico, con el material que le ofrecen los cronistas de Indias y sobre todo esa crónica semi-perdida de Jacinto Collahuazo, que habría sido la mejor sustentación a la llameante fábrica de heroísmos: con esos materiales Garcés, que ya nos hizo la gran estatua del gran indio Espejo, nos inaugura hoy, en el parque central de la Patria, el monumento del "Cara de Piedra".

Soy enemigo cordial de los destructores de leyendas y mitos. De quienes, armados de papelotes garrapateados y medio consumidos por la humedad y las ratas, pretenden

destruir un pasado estimulante y vital. De aquellos acarreadores del adobe histórico que, de poderlo, destruirían a Herodoto, el máximo inventor y contador de leyendas de la Edad Clásica, el padre de la Historia.

Mi credo histórico podría ser éste.

Creo en la leyenda de la Biblia, cuando Adán y Eva se comieron la manzana, cuando Moisés hizo surtir agua de la peña de Horeb, cuando en las madrugadas del éxodo llovía maná para sustento de los israelitas, cuando Josué hizo parar el Sol, cuando Daniel salió ileso del lago de los leones, cuando Jesús convirtió el agua en vino para que continuara el humor en las bodas de Canaá.

Creo en el Cid de los castellanos y su leyenda de maravilla aun cuando esté contra la verosimilitud histórica. Creo en Santiago, apareciéndose caballero entre nubes, para ayudar a los españoles a derrotar a los moros.

Creo en la canción de Roldán: en el bálsamo de Fierabrás que sana todas las heridas, en los caballeros de la Mesa Redonda, en los Doce Pares de Francia, que derrotaban, por las doce puntas de la estrella a inmensos ejércitos enemigos de Carlos el Magno. Creo en Juana de Arco, la pastorcilla visionaria que derrotó a los ingleses.

Creo en el Santo Graal, en el Anillo de los Nibelungos, en el Caballero Parsifal y en los milagros de amor y de dolor de Tristán e Isolda.

Y sobre todo, creo que en el dintel, en el origen de nube y luz de todos los pueblos, existe siempre una leyenda vitalizadora que pone alas al futuro de los destinos nacionales; que los desata de las amarras empequeñecedoras y sujetadoras de la realidad difícil y prosaica; que les pone una luz lejana en la línea final del horizonte, hacia la cual es preciso llegar para el encuentro feliz de la verdad, de la prosperidad, del bien.

Los shyris de Quito son esa leyenda —más verdad que la historia— raíz y origen de nuestra nacionalidad. Los shyris de Quito, así como los grandes jefes de las parcialidades preincaicas, desde los zarzas hasta los tulcanes, que vivían en estas regiones de maravilla y que constituyen hoy la tierra maternal de la Patria.

Nación que comienza y nación que termina, con partida de nacimiento y defunción es, según Mommsen, la Nación Romana, señora de la antigüedad clásica. Una loba matriz con amplias ubres para amamantar a los gemelos Rómulo y Remo. Un arado que traza del Matute al Vésper, la línea dentro de la cual ha de construirse la ciudad imperial. Y sin embargo, Augusto, primer César-Emperador, anheloso de engrandecer el origen de su patria, encarga a su poeta áulico, Virgilio, que escriba una epopeya de heroísmos, en que ha de ser el protagonista Eneas, uno de los héroes de la Guerra de Troya: la Eneida será siempre la piedra miliar de la nación fecunda.

Enrique Garcés tiene la pasión encendida de la Patria, de la Patria madre —de la patria, que dijera mi maestro Unamuno—: hembra de vientre fecundo, de senos henchidos, capaz de nutrir a sus hijos con la leche formada con la sal de la tierra y el aliento hazañoso de su historia, que les dé una razón de su destino, una orientación en su itinerario por el camino de la historia.

Garcés ve en Rumiñahui el protagonista máximo de la leyenda patria. Inteligencia para comprender la falacia de los aventureros sin honor de Cajamarca. Rabia por la traición prevista, astucia para la retirada y ambición, sí, formidable ambición de retener en sus manos la herencia de la

tierra, de no dejarse robar por los blancos barbudos, que no eran viracochas, la tierra de la patria.

Y entonces, con amor y con ira, Garcés construye la gran figura representativa de la bravura, del honor, de la verdad de la tierra quiteña: Rumiñahui. Ese héroe genial que, adelantándose a los más grandes capitanes de los tiempos modernos, intuyó ya la política de "tierra arrasada", para no dejar piedra sobre piedra al odiado invasor al que Rumiñahui, según Garcés, jamás le concedió, como Atahuallpa y los creyentes del vaticinio de Viracocha-Inga, la calidad siniestra de dioses de castigo y conquista, "mensajeros de Dios", como asegura Valverde, ese "desasosegado e deshonesto clérigo" que figura como el ave malagorera de la tragedia infame.

Y deja, como una lección de bravura y de patria —que fuera olvidada en los tiempos actuales— la del combate hasta el final, hasta el sacrificio y el mito, como "un herido y enfurecido león", según la expresión insuperable del Padre Velasco. Y como Elías, la esperanza de los creyentes de la Tora, se va hacia la montaña, se petrifica en ella, y su cara dura y fiera, valiente y patriota, vigila en las alturas, envuelto de nubes o radiante de sol, en el monte de la nacionalidad: Rumiñahui.

¡Cómo es tónico y consolador presenciar el espectáculo de un hombre con fe, esperanza y amor por la Patria y sus destinos! Yo invito a los ecuatorianos de buena voluntad a seguir en la ruta de fervor al gran escritor y gran patriota que es Enrique Garcés. Titular de la cátedra permanente de patriotismo optimista, constructivo y sano. Garcés nos habla del tesoro de Atahuallpa que Rumiñahui escondiera en las entrañas del mundo, cerca de donde vive el Diablo, en esas bocas grandes de la tierra, en las misteriosas cimas de los Llanganates. Y ese tesoro, insinúa, lo hallaremos en

la hora clara y grande en que en fraternidad verdadera con el indio —señor y dueño de estas tierras— hagamos la patria buena y noble, poderosa y risueña, con la tierra y el Sol, el paisaje y el aire, los frutos y las mieses, que fueron capaces de construir la humanidad física y espiritual de un Huainacpac, de una Paccha, de un Atahuallpa, un Rumiñahui, un Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

Ese tesoro lo hallaremos, agrego yo, cuando en vez de seguir, como lo hace el gamonal imbécil o el conservador de sus latifundios, las teorías contrarias a los dueños de América, los indios, se sigan las doctrinas de aquellos españoles nobilísimos que defendieron —en su época— la causa de los aborígenes de este Continente, en actitud realmente civilizada y cristiana.

Que desaparezcan quienes hasta hoy creen —como creyeron los fanáticos en su hora— que los indios son *bruta animalia*, y los sigan explotando, debilitando, destruyendo sin misericordia. Que surjan frailes como Bernardino de Minaya, como Antonio de Montesinos que, el domingo anterior a la Navidad del año 1511, en la ciudad de Santo Domingo, les dijo a los bárbaros colonizadores —entre los cuales por ironía, se hallaba Bartolomé de las Casas, que luego sería el máximo defensor de la nobilísima causa—:

“... yo que soy voz de Cristo en el desierto desta isla, la cual voz os será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y más espantable y peligrosa que jamás no pensasteis oír... Esta voz os dice que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usais con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué

derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? Estos, ¿no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? Tened por cierto que, en el estado en que estais, no os podeis más salvar que los moros y turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo”.

Que se incorpore a la verdad de la Patria la palabra encendida de amor de *frailes realmente cristianos* como Matías de Paz, que según las Casas, “compuso un tratado en latín, en obra de quince días, desterrando e impugnando el modo de servirse de los indios, despótico, y probando que debían ser gobernados como personas y gentes libres”.

Como el Obispo de Tlaxcala, Julián Garcés, que envió al Papa Paulo III el más célebre alegato en favor de los indios, y cuyo resultado fue la famosa Bula *Sublimis Deus* que definió ante la cuestión en favor de los indios y en contra de lo que, según el Obispo Garcés, era “el grito satánico” del terrible Sepúlveda, que sostuvo que los naturales de América eran animales brutos. Esta Bula, defendida por Bernardino de Minaya, inspirada por el Obispo de Tlaxcala, dice, en su parte infalible:

“...definimos y declaramos estas Nuestras Cartas, o por cualquier traducción fiel, suscrita por notario público, sellada con el sello de cualquier dignidad eclesiástica, a las que se les dará el mismo crédito que a las originales, no obstante lo que se haya dicho o se diga en contrario, tales indios y todos los que más tarde se descubran por los cristianos, no pueden ser privados de su libertad por medio alguno, ni de sus propiedades, aunque no estén en la fé de Jesucristo; y podrán libre y legítimamente gozar de su libertad y de sus propiedades, y no serán esclavos y todo cuanto se hiciere en contrario, será nulo y de ningún efecto”.

Finalmente, como Francisco de Vitoria, el gran jurista, creador del Derecho Internacional moderno, quien sostiene:

- “1.—Que el emperador no es señor del mundo.
- 2.—Aunque el emperador fuese señor de todo el mundo, eso no le autorizaría adueñarse de las provincias de los indígenas americanos, ni a poner nuevos señores y quitar los antiguos, ni a imponer tributos.
- 3.—El papa no es señor civil o temporal de todo el mundo, en el sentido propio de soberanía y poder civil.
- 4.—Aunque el papa tuviese poder temporal sobre el mundo, no podría darlo a príncipes seculares.
- 5.—El papa tiene poder temporal pero sólo en cuanto está al servicio de cosas espirituales.
- 6.—El papa no tiene poder temporal sobre los aborígenes americanos ni sobre otros infieles.
- 7.—Una negativa de estos aborígenes a reconocer cualquier

dominio del papa no es razón para hacerles la guerra ni para adueñarse de sus bienes.

- 8.—Estos aborígenes no son responsables del pecado de irreligión porque no podían creer en Cristo antes de haber oído nada de él.
- 9.—Los aborígenes no están obligados a escuchar la predicación de la fé”.

El resumen de las teorías de Vitoria, hecho magistralmente por Lewis Hanke, el gran defensor de España, da la idea integral del pensamiento del gran fraile; el que abrió, realmente el camino a la defensa heroica y espectacular de Bartolomé de las Casas, el Obispo cristiano —de verdad— que dijo al tremendo César alemán, Carlos V, la requisitoria implacable:

“No temo a la muerte ni a los príncipes. Digo la verdad. Escuchadme: conozco vuestro imperio de allende los mares; conozco a los indios. Dicen de ellos que son pueblo bruto, de gentes ingratas, desleales, viles, entregados a toda suerte de sodomías, bestialidades y canibalismos. Eso es mentira. Son generosos y devotos, apacibles y nobles, capaces de toda grandeza humana, siempre que se les persuade por amor y se los instruya como hijos. Y yo digo —afirmó el enciano pesando todas sus palabras—: ninguna de las tierras que Vuestra Alteza gobierna en todo el hemisferio, ni todas ellas juntas, puede compararse con la más reducida provincia de este continente, en cuanto a riquezas y ventajas naturales”.

Como Minaya, como su homónimo Garcés, como Vitoria y las Casas, Enrique Garcés, enarbolando la verdad, el símbolo y el mito —sí, señores, el mito— de Rumiñahui, continúa la defensa heroica, la exaltación de lo indígena, que es la verdad fundamental de la patria. Vivos están aún los Carlos V y Felipe II de caricatura, que aherrojan y explotan, debilitan y acanallan al indio; todavía los Ginés de Sepúlveda que los creen *bruta animalia*, transitan por nuestros gobiernos, parlamentos, calles y caminos. Todavía los Fernández de Oviedo de este tiempo —ese gran calumniador, tan deleitosamente citado por nuestros historiadores deseosos de rebajar al indio en enaltecimiento del marqués— piensan como aquel godo infame que:

“... El principal intento de estos indios es comer, e beber, e folgar, e luxuriar, e exercer otras muchas suciedades bestiales como el pecado nefando contra natura. Esta gente de su natural es ociosa e viciosa, e de poco trabajo, e melancólicos, e cobardes, viles e mal inclinados, mentirosos e de poca memoria, e de ninguna constancia. Muchos dellos, por su pasatiempo, se mataron con ponzoña por no trabajar, y otros se ahorcaron por sus manos propias”.

Contra ellos, los colonizadores vivos, enarbola Enrique Garcés la bandera de este indio valeroso e indomable, suma de las virtudes de varonía de una raza que, aún hoy, da de comer al ocio de los criollos y a la que se trata según el criterio de Sepúlveda, como *bruta animalia*.

El tesoro de Atahualpa, el testamento de Rumiñahui, el mandato de Espejo: creer en nuestra raza, en nuestra verdad mestiza, en el hombre de América, del Ecuador.

Crear, con fé inquebrantable, en nuestro barro, en la capacidad sin límites del habitante de la tierra nuestra. Y así, edificar la patria. Su piedra angular, su base de sustento, han de ser estos grandes indios que ha enaltecido Garcés, que he comentado yo. Y han de ser también, en plano de fraternidad, los grandes españoles, los españoles humanos y virtuosos, cuya paternidad reconocemos, los héroes de leyenda que dominaron la selva, que descubrieron el río, que plantaron la cruz y fundaron la ciudad: los Francisco de Orellana y Diego Vaca de Vega, Sebastián Moyano —el fundador, no el matador de indios—, Ramírez Dávalos y Mercadillo. Y, sobre todo, esos portadores de la Buena Nueva, sembradores del bien, de la ciencia y el arte: Pedro de Gante y Fray Jodoco; Motolinía y Marcos Niza; el santo, sabio y dulce don Vasco de Quiroga.

Enrique Garcés —que ama la España grande y eterna— quiere con este libro bueno y bello, que no se detracte al indio, que no se lo calumnie. Que no se quiera mantener en pie esa horripilante película cinematográfica en negro y blanco: el criollo, inteligente, bueno, con todos los derechos, ser superior; el indio, malo, bruto, ocioso, despreciable, digno de ser destruído, vergüenza de la patria.

Contra eso insurge Enrique Garcés, en lo histórico, con este libro, que es una buena acción además de una obra bella; con su extraordinario *Eugenio Espejo, Médico y Duende*. Como insurge reciamente Icaza, en el presente de injusticias, con libros de valor universal como *Huasipungo*.

Al terminar estas líneas, después de la lectura apasionante del *Rumiñahui* de Enrique Garcés, tengo la impresión de que he asistido a la inauguración de un monumento, que es a la vez fortaleza y templo, como eran las formidables construcciones de nuestros grandes abuelos los Shyris y los Incas.

Enrique Garcés es el escultor y el arquitecto.

LATITUD UNANIME

Prólogo al libro de poemas de Alfonso Barrera Valverde y Eduardo Villacis Meythaler.

El nacimiento, la "residencia en la tierra", el amor y la muerte. Dios. He allí la raíz y la fuente, la iluminación y la tiniebla del hacer poético, del decir poético. La poesía, sueño, estremecimiento, se fuga de toda pretensión definitiva. Sólo sabe su verdad. La verdad de su aire, de su humo, de su nube. La verdad de su grito, de su sollozo, de su lágrima. La verdad de su balbuceo, de su sonrisa, de su gozo.

La condenación trágica y gloriosa a la vez de la poesía, reside en que siendo "inefable", tiene que expresarse por palabras. Ese es su seráfico o satánico destino. El grito de Pushkin: "¡Si pudiera decir mi alma sin hablar!", es la verdad terrible que exalta y diviniza también a la poesía.

Por eso es que, quienes han ansiado ir a esa verdad, han tenido que extraviarse por los caminos inhumanos o deshumanizados de la llamada "poesía pura". No propiamente quienes han querido la inexpressión directa en un diálogo con Dios, como el Abate Bremond; sino más bien los que, como el cordovés genial Luis de Góngora o los contemporáneos Mallarmé y Valery han querido, el uno, la identificación con la música, y el otro —antes del golpe rudo y valientemente soportado, del dolor— el de la inteligencia y la razón.

“La poesía pura es negación. Buscarla, es querer matar la poesía”, mantiene Wladimir Weidle, el crítico polonés y católico, tan penetrante y buído. Y es que ya tenemos largos siglos de historia para la gran comprobación: sólo ha sobrevivido lo que ha expresado, con la más bella palabra eso sí, lo humano. Lo humano de la nube y del paisaje; lo humano de las constelaciones y la música. Y lo humano del gozo y del dolor, la pasión y la agonía de pueblos y de hombres.

“Mi canto es como el del pájaro” ha dicho Goethe, —el poeta culto por excelencia—. Pero Valery ha agregado: “Si un pájaro pudiera decir con precisión lo que canta, por qué canta y qué es lo que canta, no cantaría”. Y mientras el creador del *Fausto* cree en la espontaneidad del cántico, el sabio de *Eupalinos* insinúa la expresividad matemática, precisa, del móvil de cantar.

La disputa está ya sentenciada por los siglos. Por la eternidad humana de las obras de la poesía: el arte es la expresión suprema de lo humano. Y por ello, en el umbral de las literaturas encontramos a la poesía: cantos de guerra, de amor o de dolor. La poesía es anterior a la escritura. Contemporánea de las primeras expresiones del lenguaje: la primera poesía es aquella, —ya lo expresara Gide— en que había que ponerles nombres a las cosas: a esto, rosa, a lo de allá, mujer y a aquello, pan.

La torre de marfil, el alejamiento orgulloso del poeta, cosas fueron de un momento artificioso, envenenado, letal. Por eso, clara luz de España y del idioma, Federico García Lorca afirmó: “En este momento dramático del mundo, el artista debe reír y llorar con su pueblo. La creación poética es un misterio indescifrable, como el misterio del nacimiento del hombre. Ni el poeta ni nadie tienen la clave del secreto del mundo. Quiero ser bueno y siendo bueno con

el asno y el filósofo, creo firmemente que si hay un más allá, tendré la agradable sorpresa de encontrarme en él. Pero el dolor del hombre y la injusticia constante que mana del mundo, y mi propio cuerpo y mi propio pensamiento, me evitan trasladar mi casa a las estrellas”.

Y si, como dice Burckhardt, “la poesía suministra a la historia una imagen de lo que es eterno en cada pueblo”, al buscar verdad y eternidad, al querer descubrir la esencia de los pueblos, base para establecer su destino, su vocación y su mensaje, hemos de ir a la fontana segura de su poesía para hallar allí el manantial de sus esencias. Y así, por *La Odisea*, *La Orestíada*, *Antígona* o *Medea*, conocemos las esencias de la Hélade; por el Libro de Job, Jeremías o los *Salmos*, la profundidad israelita; por las *Eglogas* y *La Eneida*, el espíritu latino. Y traspuestas las épocas paganas, es *La Divina Comedia* quien nos enseña la esencia eterna de lo medioeval y lo italiano, como Shakespeare, único y universal, nos conserva lo eterno de su pueblo entonces recién formado, niño.

En esta América de habla española, hallamos también el mito, sustancia y realidad de lo poético, en la hora inicial de todos nuestros pueblos. Aquí teníamos la leyenda de Quitumbe, en el Cuzco, la del Clavo de Oro y en las tierras toltecas, el cántico doloroso de Netzahualcoyótl, poeta de la muerte, del amor, del dolor, de la vanidad humana, de lo perecedero de las cosas, una especie de Jorge Manrique de la leyenda de Anáhuac.

La superposición española vino en un mal momento. Cuando España, a partir de la culminación de los Reyes Católicos y del clímax de su Siglo de Oro, inició un descenso que la disminuyó, en la época de los reyes borbónicos.

De allí que nuestra literatura, principalmente influida por la raíz española del momento, haya sido un poco desarraigada y poco expresadora de nuestra real esencia. La poesía, singularmente, esperó mucho tiempo. Hasta que llegó la hora de la interinfluencia, capitaneada por ese "indio chorotea de las manos de marqués", Rubén Darío. Y si España ofrecía la personalidad cercana al genio de Miguel de Unamuno, América respondía con nombres altos como el de José Asunción Silva y Julio Herrera y Reissig.

Pero la hora del mundo nos llegaba sobre todo desde Francia, Inglaterra, el centro de Europa. El Parnaso y el Simbolismo franceses: Keats, Browning, Walter Pater, desde Inglaterra; y esos nombres neblinosos y a la vez resplandecientes, como luz de aureola, de Hoelderlin y Rainer María Rilke.

Y España también... La de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, José Carner, Agustí Bartra... Y voces grandes y nobles ya desde nuestro solar americano: Gabriela Mistral, González Martínez, las poetisas del Plata, Alfonso Reyes, Marinello. Y un poco más jóvenes, entremezcladas América y España: Alberti y Pellicer, Salinas y Carrera Andrade, Nicolás Guillén y León Felipe. Cal y sangre de la vida, dolor de pueblos, amor de hombres: César Vallejo, Pablo Neruda...

En nuestra tierra, las voces de Escudero, Carrera Andrade, Miguel Ángel León, crean el ambiente, abren las ventanas de nuestra casa lírica y dan paso a los de hoy. Últimos en llegar, fresca entera, veinte años, estos poetas del grupo *Umbral*, al que pertenecen los autores de este libro de poemas.

Bello, emocionante caso de fraternidad artística, sin colaboración, con simultánea presencia, éste que nos ofrecen

hoy Alfonso Barrera Valverde y Eduardo Villacís. Nos recuerda aquel que, hace más de veinte años, nos ofrecieran, en el campo del relato, Gallegos Lara, Gil Gilbert y Aguilera Malta, con ese inolvidable y ejemplar libro *Los que se van...*

Dos adolescencias, en pleno aprendizaje de juventud, con la frescura floral de su iluminación de poesía. Tan cerca y tan lejos a la vez. Cerca, en la intención y en el vuelo. Lejos, en la individualidad precisa, acusada, inconfundible de cada uno de ellos.

Alguien, profundidad crítica indiscutible, al referirse a T. S. Elliot, dijo la frase acuñada como moneda: "Hay voces que aran y voces que oran". Reproduciendo así la distancia ideal de Marta y María, allá lejos, en las praderas de la Biblia. La voz que siembra la mies, preparando primero el surco, y que como en el evangelio, anuncia: "si no muere la semilla..." Y la que —siendo la misma voz— dice en el Huerto: "Padre, si te es posible..." Arar y orar: he allí las formas supremas de la expresión poética.

Este caso fraterno —Barrera Valverde y Villacís— nos invita a pensar un poco en estas dos líneas que, sin paralelismo, con frecuentes cruzamientos, pueden acaso llevarnos al pronóstico provisional, apresurado en todo caso, sobre las características líricas de los dos poetas. Quizás haya más de siembra en Barrera Valverde; quizás algo más de coloquio y de plegaria en Villacís. Pero los cruzamientos son tan frecuentes, que es difícil encontrar la línea de horizonte que separa las voces, como es difícil hallar la línea precisa que distingue los colores del arco iris.

La estirpe de la siembra y la de la plegaria —vale decir dos formas trascendentales de lo humano— son de altura y excelencia iguales. Las dos pueden "resolver el poema en una encantación melodiosa". Pero ninguna de ellas exige

el olvido de lo humano, para hacer una musical transposición fonética. Y en este caso, —en este libro— andan por allí dos almas niñas, diciendo —o queriendo decir— el minuto, la hora, el día.

Que no se comprenda mal: al asignarle —a título de provisional y personal interpretación— la categoría de poeta de siembra a Barrera Valverde, no he querido afirmar que sea un poeta civil, más cercano de lo épico que de lo lírico. No pertenece a la familia de cántico que tiene su origen en los aedas o los vates, y puede ser Píndaro, Víctor Hugo, nuestro Olmedo. Muy lejos de ello. El poema de Barrera Valverde es de clara materia lírica. Subjetivo en sí, pero proyectado hacia el amor, el júbilo y el dolor de hombres y cosas. No es la oposición eterna: Hugo y Alfredo de Musset; Lord Byron y Schelley... No. Acaso, más bien, le hallemos un parentesco —sin influencia ni proximidad— en aquel López Velarde, el cantor mexicano sin igual de la *Suave Patria*; pero con una cierta mayor gravedad emocional en nuestro joven poeta:

*Era niño y apenas conjugaba tu nombre
cuando ya te sabía poblándonos el alma,
dándonos en gorriones un evangelio azul,
cuando ya te sabía poblándonos de Patria.*

Barrera Valverde se mete dentro de sí mismo las cosas del hombre, la patria, la ciudad. No para acuñarlas como monedas y lanzarlas a la pública circulación; sino para acuñarlas, mecerlas, quererlas con intimidad de amor. Es así cómo siente a su ciudad nativa. No canta en tono mayor el "Glorificate la citta feconda" ni el "Gloria a ti", coreado

de la Canción. La toma con ternura en sus brazos, y la encuentra

*Limpia. Leve. Ligera. Liviana como vuelo.
Fruta crecida al fondo del huerto de la infancia.*

Y América misma, esa "Tierra negra con alas", de la grandilocua expresión de Escudero —ese gran épico nuestro, que es al propio tiempo nuestro altísimo lírico— América, en la canción de Barrera Valverde es la tierra

*con hogares y campos para alzar la plegaria
y con una celeste soledad de luceros.*

Junto al don de la ternura, Alfonso Barrera Valverde —no podía ser de otro modo— tiene el don de la piedad. Y por sus meandros, desemboca en la vasta y segura verdad de la justicia: su poema *Mensaje de Paz*, además de ser algo serio y magnífico, además de tener una calidad lírica hecha de estremecimientos emocionales y encuentros de belleza, es una buena, una humana y noble expresión. Y al hablar de la paz, "la palabra maldita", como la llama con su verbo de sacerdotisa del hombre, Gabriela Mistral, no confía sólo en

la acusación inútil de una lágrima.

Y con sus ojos y su alma asombrados de niño, el poeta se estremece de horror:

*Y odiamos.
Y matamos.
Y todos fuimos niños algún día*

Y tras la palabra de condenación, viene la palabra de

esperanza y de fé. Y al decir bellas cosas sobre el futuro de los hombres buenos, que son todos los hombres, el coloquio es de tan subido valor lírico, que parece que, al terminar su lectura, se nos ha encendido una luz.

El poeta de la siembra, es también el poeta de la oración. Transido de intimidad, sabe el valor de la lágrima que no rueda por la mejilla y el de la sonrisa que no entreabre los labios; sus diálogos con la madre ausente, con el hermano en la provincia, y se torna "escolar sin vacaciones", para el diálogo del amor triste.

Y nuevamente, como después del *adagio* se alzan poderosas las notas del *allegro* vuelve el poeta sobre los temas altos y se acuerda emocionadamente del dolor del hombre en su *Diálogo Simple* y del dolor del mundo en su *Biografía del árbol sin aurora*.

Delgado lino para tejer el poema, pero bastante fuerte para sostener las palabras grandes de la vida y el hombre. Capacidad de imagen. Poder de ritmo exterior y de una contenida melodía interior. Temática alta, con tratamiento sencillo. Buen hallazgo de la palabra justa. Poesía y bondad.

Antes de Rubén Darío, ya se había hecho hilo del bronce y el hierro del idioma. Todas las fuerzas del cosmos se hicieron pequeñitas y dulces para cantar la amada y el amor, por los labios de Gustavo Adolfo Becquer, como en los tiempos del judío Salomón, que vió en la Amada los "ojos de paloma", los cabellos "como manadas de cabras", los dientes "como rebaños de esquiladas ovejas", los pechos "como dos cabritillos mellizos, que son apacentados en prados de azucenas".

Pero en la hora actual, es Juan Ramón Jiménez el poeta que dio la norma al buscar "la forma de su huída". Y en

esta línea pura, con "rumor de besos y batir de alas" y, para aprovecharme de la bella expresión de Gonzalo Escudero, con "materia del ángel", hallamos a Eduardo Villacís, poeta que juega sus navidades con la juguetería de imágenes que le ha traído por la chimenea un San Nicolás bondadoso, un Niño Jesús que quiere jugar, con los mismos juguetes, con él.

Y, como Pellicer, el de México, el primer juguete que se encuentra, para asirlo en el hueco de la mano, es el mar. La experiencia de Pellicer, es asombrosa:

*"Yo ya crucé el Atlántico en un hilo
de araña, y el Pacífico en un hilo
que hizo el hilo de araña con su hilo".*

*"En una mano tengo el mar de noche
en otra mano tengo el mar de día".*

*"El mar de noche es de segunda mano.
El mar de día es toda la sandía".*

*"A cuatro mares tocan los poemas.
Jugaremos los puertos. Jugaremos
la entrada y la salida sobre el faro
que anuncia el espectáculo lucero".*

La inocencia de Villacís es llena de pequeñas certidumbres:

*He conocido el mar, es imposible
escribirte en la arena de memoria.*

Entre esas certidumbres, acaso la que informa la poesía de Eduardo Villacís es la del imposible pequeño. El que expresara Heine en el lied maravilloso de los amores lejanos entre el pino de las nieves del norte con la palmera de los trópicos. El imposible pequeño, dentro del cual acaso se

encierre "el milagro" de la lírica. El sagrado misterio del estremecimiento. Esa distancia insalvable entre el alma que quiere decir y no encuentra con qué decirlo. La transparente y a la vez grávida imposibilidad de lo inefable.

Por eso, le dice a la amada:

rondo la casa en la que ya no vives

y más lejos:

*tú tienes la mirada que pierden las estatuas
cuando en la noche llueve.*

La poesía de Villacís está hecha toda de ternura. Es con ese material milagroso, que construye su retablo de imágenes en las que el dulce mecanismo es cada vez más sorprendente y proyecta inesperadas iluminaciones, como fuegos de artificio en un lago. Y de pronto, los hallazgos hondos, estrellas en el fondo de la cisterna de su corazón:

ya es de noche y no quieren acostarse las lágrimas.

Su libro entero, hecho de vuelo libre, de nostalgias, de dulces y melancólicas transparencias, es todo él "una pausa de palomas", como lo dice el joven poeta bellamente y es por eso que

*el corazón querrá como las aves
comer sobre tu mano la esperanza.*

Y por eso, por ese respeto sacrosanto a la palabra exacta en el cumplimiento de su deber de belleza

cuando el silencio es víspera de un nombre,

el poeta dice esta verdad, esencia pura de su poesía.

comprendo mi silencio porque todo está dicho.

Difícil el deber de preferir, cuando se pasea el lector por una pradera, bajo el sol, y todas las flores son bellas. Difícil también abandonar la compañía, fresca, obvia, luminosa, de esta poesía de todo corazón.

En los poemas de Barrera Valverde y Villacís Meythaler, hay aire y tierra nuestros, que es lo que yo reclamo sin tregua. Porque con aire y tierra propios se han hecho las grandes creaciones del hombre en el dominio de la poesía. Así, Homero: la Odisea es Grecia y es el hombre y el mundo de todas las edades. Así el Dante. Y Shakespeare, el máximo poeta que ha caminado los caminos de la tierra, aire y tierra ingleses les puso a su leyenda danesa como a su cuento moro. Y el ruiseñor y la alondra, cantaron en una ventana inglesa de una supuesta Verona de sueño, y Ofelia, princesa de Dinamarca, se ahogó en un brumoso lago inglés. Así Cervantes. Así Juan de la Cruz. Y así los poetas del cielo, como Shelley, Hoelderlin, Becquer, Charles Louis Phillippe, Juan Ramón Jiménez. Y así los poetas del infierno, como Baudelaire, Rimbaud, Kafka. Y los poetas de la tierra, como Whitman, Sandburg, García Lorca, Vallejo.

En la poesía de Barrera Valverde y Villacís Meythaler, hay antes que el ritmo y la rima clásicos —tan caros a Valery, a García Lorca, a Gonzalo Escudero— el ritmo interior dentro del verso libre. Acaso Barrera Valverde respta un poco más la pausa, la cesura, el ritmo. Villacís, en cambio, encuentra el milagro de la rima interior y aún de la música externa, por la sabiduría niña de la palabra exac-

ta. Porque sólo los niños conservan el don de darles el nombre propio a las cosas.

No promesa solamente. Verdad de poesía nos ofrecen en *Latitud Unánime* Alfonso Barrera Valverde y Eduardo Villacís Meythaler.

JUNTO AL HOGAR

EL ALMA Y LA MANO CREADORAS DE LA PATRIA

Este país nuestro no puede esperar, vestido de palabras y en el declive hacia la pérdida de la confianza, la realización de su obvio y sencillo destino de pueblo joven, nutrido de posibilidades.

Es la hora de construir. Es la hora de olvidar las querellas circunstanciales y, como lo ha proclamado el Primer Mandatario, pensar en ecuatoriano total, sin enturbiar la vista por la anécdota histórica pasajera, mirando sólo la razón de la patria. Obra de afirmación. Obra del gran sí constructivo que el Ecuador reclama.

Creo en la vocación espiritual y manual de los pueblos. Con su tierra, su sol y su aire están hechas sus inclinaciones, sus habilidades y sus preferencias. Y así, las gentes del trópico, las de la zona fría o templada, las de la montaña y las de la llanura, tienen sus maneras de pensar y trabajar, su construcción interna, su conducta vital, que les son propias e irrenunciables.

Creo en el mandato de la tierra, con todas sus determinaciones, creadoras del mineral, de la planta, del animal y del hombre. Y creo que el hombre ha obedecido y obedecerá siempre esos imperativos con los que es inútil entablar una lucha de técnica o de poesía. A pesar de la queja des-

garradora de Heine en el Lied inmortal, seguirá siendo imposible el abrazo entre el pino del polo y la palmera del trópico. Y en el campo realista, ha de ser inútil el empeño de sembrar cacao y bananos en las faldas del Pichincha, y cebada y papas en las riberas del mar ecuatorial.

Una frase célebre, aunque demasiado exclusivista del filósofo catalán Eugenio d'Ors, pudiera ser el tema de nuestro futuro: "Abajo la Historia. Viva la Geografía". Es, realmente, la geografía la que da la voz de mando en el presente y en el futuro de los pueblos. Es la creadora de su historia. Es la que señala, explica y fortalece la vocación espiritual y la vocación profesional. Y nosotros somos trópico. Trópico de tierra baja y de tierra alta. Esa es nuestra excelencia y nuestro orgullo.

Gabriela Mistral, esa sacerdotisa de América, en el prólogo de un libro mío, dijo: "¿Por qué se ha de decir tanta majadería del trópico? El trópico es el ciclo verdadero, el único cielo-cielo; el trópico es la fruta óptima, piña o mango admirables; el trópico es el árbol casi humano que se llama del pan, el bananero, que él solo puede alimentar gentes; y el río que no debiera llevar nombre, el Amazonas, cuyas cuatro sílabas hacen un horizonte de agua poderosa. Pero, nos contestan, ¿y el mosquito, y la víbora y otras bestias que un maniqueo atribuiría a una paralela creación demoníaca? Ah, es que se pagan de algún modo esos colores y esas excelencias de un suelo, y se muerde la pitahaya, que es la mejor púrpura, durante una vida, aceptando que alguna vez la cobra nos pruebe la sangre".

"Aparte de que el trópico de la fiebre palúdica y el cacique matón —nuestros dos descréditos mayores— va raleando o retrocediendo. Se ha de acabar el trópico del afiche odioso, que contiene alacranes, soldadesca pringosa y pereza; entonces ¡Qué tierra de aire vegetal, para que vivan en

ella los mejores hombres de este mundo!... Entonces, ser ecuatoriano, o colombiano o mexicano, se volverá nobleza natural —la nobleza de los frutos-tipos, de la luz robusta y del árbol ejemplar— y habrá venido a menos ser alemán, danés o sueco, hombres de tierras desabridas, echadas a perder a la larga por los placeres químicos”.

Este elogio de la gran poetisa —casi he dicho profetisa— se está cumpliendo ya, en lo que tiene de augurio y vaticinio. Del año 1.928 en que lo escribiera, la fé en el trópico ha crecido y las posibilidades de nuestros pueblos han sido reconocidas ampliamente. Hay que ser orgullosamente tropicales, pues: del trópico de la costa y de la sierra, hemos de hacer base para nuestro optimismo y firmeza de nuestra esperanza.

Creo, lo reptito y lo repetiré siempre, en la vocación de los pueblos.

Veamos algunos paradigmas, grandes y pequeños:

Israel, pueblo semita, nómada en ciertos períodos de su historia, sedentario en otros, pero siempre viviendo en las orillas del Mediterráneo, en tierras áridas y cálidas, donde la lluvia es un milagro y el sol es un castigo; donde, por la noche, la luna es la lámpara de las alucinaciones. Israel ha dado la interpretación de renunciamiento y de resignación y la consagración sin límites de la esperanza. En lo profesional, el pueblo israelita, regado por los caminos del mundo en la edad contemporánea, ha asumido la posición de animador de empresas.

Creador de vida y de ideal, en donde actúa Grecia, luminosa y segura; esquina principal del mundo. Sócrates interrogando y respondiendo en los atrios de las plazas, rodeado de la belleza de Alcibiades, del genio narrativo de

Xenofonte, del poder lógico de Aristóteles, de la interpretación ética y estética de Platón. La Odisea, teoría del viaje y sus engaños, es el símbolo mayor del genio helénico. Y la consagración de lo trágico perfecto, fatal e inevitable, nos la han dado Esquilo, Sófocles, Eurípides. En lo profesional, Grecia nos ofrece la plástica completa, la geometría de Euclides creando la arquitectura y la escultura: la base y la columna —de Jonia, de Doria o de Corinto— que sustentan la casa del hombre y de los dioses; el capitel y el friso que la completan y decoran.

En los tiempos medievales, renacentistas y modernos, Francia, además de la gloria y el provecho de sus cuatro vinos excelsos —Burdeos, Champaña, Borgoña y Anjou—; además de la gloria suprema de sus catedrales, cultivó la excelencia del perfume, de la elegancia femenina, de las artes del hierro, de la orfebrería... Y la vocación del espíritu galo se ha demostrado en la claridad para reir con Rabelais, a carcajada limpia, en el arte de crear sistemas con Pascal y Descartes y en el noble arte de buscar la salud de los hombres con San Vicente y con Pasteur.

Inglaterra supera su aislamiento insular, lanzándose a la conquista de los mares. Pero su espíritu, por más que se lo acuse de mercader y fenicio, se encumbra más alto que el de pueblo alguno de la tierra, por las cimas inaccesibles de la poesía y llega hasta lo inigualable: Shakespeare. La habilidad manual inglesa, luego industrializada, los tejidos y casimires de lana, la elegancia masculina en general.

Italia pobló de melodías los ámbitos del mundo. Y llega en la plástica a esa trinidad santísima del arte: Leonardo de Vinci, Miguel Angel, y sobre las alas arcangélicas de su genio, Rafael el Divino. La orfebrería de Cellini y todas las manualidades del metal, del lino, del cuero y de la piedra.

Alemania domina la filosofía sistemática, y supera a

todos en la música de Bach y de Beethoven; es dueña, en lo manual, de las más perfectas herramientas científicas, sobre todo ópticas. Suiza, la pequeña nación respetada por las dos más grandes conflagraciones bélicas universales, tiene la gloria de su democracia ejemplar y en lo manual nadie le disputa la excelencia de su relojería, por muchos siglos la primera del mundo. Holanda que ostenta la figura filosófica más grande de la historia con Benito Spinoza, que puede enorgullecerse con Rembrandt, el pintor que sólo tiene par en Velásquez, es la cultivadora de los jardines más bellos de Europa; Bélgica es un emporio de manualidades, en el encaje de Brujas y Malinas, en las tejedurías de Lieja y Amberes . . .

Y llegamos al final, a nuestra España que, con Israel y Grecia es el intento más poderoso de hacer al hombre universal, ecuménico. El ecumenismo —ya lo sostuvo ese sabio bárbaro, Oswald Spengler— es primordial y esencialmente español. Inigo de Loyola proyecta —y planifica, como se dice hoy— una humanidad organizada técnicamente para conquistar el cielo. Colón consagra el dominio hispánico en territorios donde no se pone el sol. Y la audacia española de la aventura heroica fecundiza el vientre de la tierra descubierta, para el parto de veinte hijas, hoy adultas. En Don Quijote de la Mancha crea el símbolo supremo de la especie humana. Y en los caminos del éxtasis místico, llega a lo inefable con San Juan de la Cruz. En lo artístico, España es pintora y musical. En su territorio se produce la confluencia del gótico con el mozárabe que habría de producir la maravilla del barroco. En lo manual, España es madre de todas las artesanías: el damasquinado de Toledo; la utilización de la badana, de la vaqueta, del cuero de puerco; los encajes de la ferronería; la orfebrería sutil de la filigrana o del montaje artístico de la piedra preciosa; el trabajo de

la madera y de la piedra; el tejido y bordado de la lana, el algodón, el esparto y el lino; la encajería para alzacuellos y gorgueras; la cerámica de tres puntos, cocida en los hornos de Talavera de la Reina; el azulejo morisco que decora la cocina y el baño; las lacerías para adornar los templos y las casas...

Todas las artesanías ibéricas que vinieron a la Nueva España, a Guatemala, a la Presidencia de Quito, a Santa Fé, al Virreynato del Perú, se fundieron con la habilidad sin límites del indio de estas tierras nuestras, artífice maravilloso del oro y de la plata, del tejido y la cerámica, en Mitla y Tehotihuacán, en Atitlán, en San Agustín de Colombia, en las zonas imbayas y quitos, en la Puná, en Chimú, en el Cerro de Hojas, en La Tolita, en el hatun cañari y en la parcialidad de las zarzas... En el Cuzco y en las orillas del lago Titicaca.

La habilidad india y la española, conjugadas, han hecho de nuestro Ecuador una de las más importantes comarcas del mundo por sus manualidades y, seguramente, una de las tres primeras del Continente con Guatemala y México.

He de aventurar una vez más mi intento de diagnóstico de la vocación espiritual y profesional de nuestra patria, como lo hiciera al proponer una "Teoría y plan de la Pequeña Nación", cuyo enunciado sintético es el siguiente:

Por el dolor de nuestra historia, somos desde 1.942, un país territorial y demográficamente pequeño. No podemos —ni debemos— aspirar a grandezas militares, diplomáticas o políticas. Esas aspiraciones han sido y son la expresión imperialista de los pueblos muy grandes, que la historia castiga implacablemente con la desintegración y con la muerte.

Nuestro mandato en lo espiritual es: **CULTURA Y LIBERTAD.**

Cultura y libertad el indio egregio que se levanta como

figura tutelar y guiadora en la página inicial de nuestra historia republicana: Espejo; cultura y libertad, el héroe civil del Nueve de Octubre, cantor de Bolívar: Olmedo; cultura y libertad, ese hombre de Guayaquil, del Ecuador, de la América toda: Rocafuerte. Cultura y Libertad del sacerdote sabio y santo, según la Ley de Dios y de los hombres, González Suárez, el que no quiso que a nuestra Patria se le entregara, como fué, "enredada en los hilos de la diplomacia"...

Las cuatro figuras torales de nuestra historia, representan esta síntesis de nuestro destino: cultura y libertad.

En el plano de la vocación profesional ecuatoriana, las artesanías y manualidades ocupan un lugar primordial.

Preciso es confesar que nuestro destino no se ha expresado hasta hoy en la negrura prometedora de la mina. Nuestra capacidad para la prospección y la explotación minera es aún deficiente. Tendríamos que caer maniatados en los tentáculos del capital internacional, que subyuga a los pequeños países poseedores de riquezas del subsuelo. Esa atracción máxima de "la sangre del Diablo", como se llamara al petróleo, es causa inevitable de conflictos y guerras.

El consolador clisé de que el Ecuador "es un país esencialmente agrícola", nos ha sustentado y nos sustenta penosamente, en el presente. Algunas previsiones inteligentes, nos han salvado de la catástrofe de la monocultura, como en el caso trágico —del que aún no convalece nuestra economía exportable— de la enfermedad del cacao. Pero el arroz y el banano, sustitutivos de una economía en crisis, tienen la tendencia a convertir al país que los cultiva con exclusividad, en "estado peón", humildemente sujeto a las enfer-

medades y a las fluctuaciones del mercado interno, sobre el que no podemos influir, como país pequeño.

Es, pues, en la pequeña —que ojalá sea grande— industria de transformación y sobre todo, en las artesanías y manualidades, donde se ha expresado el genio y la evocación de la Patria y su poder magnífico de supervivencia. Así lo han comprendido países de gran trayectoria económica como México, cuyas entradas por venta de manufacturas populares, es uno de los renglones más formidables de su economía.

Esta Exposición, que la Casa de la Cultura Ecuatoriana viene preparando desde hace mucho tiempo, es una comprobación estimulante de la habilidad manual del hombre y la mujer del Ecuador. Habilidad casi inverosímil, si se tiene en cuenta el poco apoyo que se ha prestado a la artesanía en la era republicana. En este caso, penoso es confesarlo, hemos retrocedido respecto de la época colonial, donde los obrajes y las artes en general, fueron estimuladas.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, a pesar de sus increíbles limitaciones presupuestarias —que todavía se quiere disminuir en nombre de la cultura— ha consagrado su esfuerzo a esta obra, que traerá estímulo sano, confianza y optimismo al hombre y la mujer ecuatorianos.

Habría que temer que, con esa ligereza con que se piensan y dicen muchas cosas, se vaya a considerar esta muestra como muy bella, pero poco práctica. Y la verdad es que, si se piensa un poco, nada más pragmático, más realista que este certamen y sus resultados. Las artesanías dan a México alrededor de doscientos millones de dólares de entradas...

No importa lo que se diga por la incompreensión. La verdad se irá imponiendo y entrará por los ojos y se hará billetes de banco. Un ilustre pensador europeo afirmó que

a la Argentina más le ha producido el tango que sus inmensas riquezas naturales. Con paradoja y todo, ésta es una gran verdad: los pueblos atraen por su cultura, por sus manifestaciones de arte, por sus habilidades, por su inteligencia. Y tras del inmigrante llega el dinero, la técnica, el progreso.

Los artistas coloniales: Caspicara, Legarda, Pampite, Miguel de Santiago y Gorívar; los indios de manos mágicas que hicieron encajes de madera y piedra, de plata y oro en nuestras iglesias de sueño, no se imaginaron la inmensa cantidad de dólares —sí, señores, de dólares— que esas obras de su inspiración y su habilidad, habían de dar, por la atracción turística, a la economía ecuatoriana.

Se halla hoy al frente de la conducción nacional, el hombre que fundó la Casa de la Cultura. Y se halla asistiendo al cumplimiento de uno de los fines establecidos en el Decreto de fundación. El Dr. Velasco Ibarra tuvo siempre amor fecundo y activo por las artesanías ecuatorianas, y supo el valor de cultura y el valor económico que ellas comportan. Sé de su gran fervor por esta exposición y sé que su estímulo será ilimitado para su desarrollo, pues sabe que estas manualidades artesanales o de pequeña industria, son y serán cada vez más un gran renglón para robustecer nuestra economía, y traer holgura y bienestar al pueblo de la patria.

Y aquí, Excelentísimo señor Presidente, os pido una exhortación a los hombres y mujeres del Ecuador para que matemos el sentimiento de inferioridad que nos aqueja, que nos deprime, nos entristece y empobrece. Proclamemos la bondad de lo nuestro. Y llamemos al pueblo, a todas las clases sociales, al uso del producto de la industria y la artesanía nacionales: esos magníficos casimires, esos muebles admirables de calidad y buen gusto, los tejidos de algodón y de lana, la juguetería, el hierro labrado y martillado, el cuc-

ro. Todas las cosas bellas, durables y buenas que produce nuestro pueblo, para el vestido y la comodidad interna del hogar.

Conmovidó ante este éxito magnífico, quiero dejar constancia de la gratitud de la Casa de la Cultura hacia el señor Presidente, que ha querido estimular como sólo él sabe hacerlo, con su autoridad de magistrado, de patriota y de hombre de cultura, al trabajador manual ecuatoriano. Al señor Vicepresidente y los Altos Poderes del Estado, al señor Alcalde de Quito, cuya benévola atención, nos ha sido estímulo y provecho. A los diplomáticos amigos. Y singularmente, a los trabajadores manuales de la Patria que han hecho con su fervor, su capacidad, este certamen. Ellos son, este momento, el alma y la mano creadora de la Patria. Mención singular merece el Instituto Indigenista, por su colaboración admirable, por lo técnicamente fecunda. El Maestro de Arte y Artesanías Leonardo Tejada y un grupo de grandes artistas nacionales que con él han colaborado, desde las misiones culturales a toda la República, hasta la preparación amorosa y artística de este local, merecen una especial mención. Y gracias al señor Rector de la Universidad, que nos ha facilitado la nueva Casa Universitaria.

Sin orgullo, pero también sin falsa modestia, creo que la I Exposición Nacional de Artes Manuales Populares, obra de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, es la apertura de un gran camino hacia el resurgimiento de la Patria. Nos hemos encontrado gracias a ella, con la verdad tonificante de una de nuestras más grandes y seguras posibilidades. Es una gran luz hacia el futuro y la razón de la patria ecuatoriana. Es un gran SI afirmativo, optimista, constructivo y alegre en respuesta de muchos angustiados interrogantes. Sobre ella, hombres y mujeres de mi patria, podemos reafirmar nuestra fé y nuestra indeclinable esperanza.

En una ocasión inolvidable, Excmo. señor Presidente de la República, al inaugurar una Exposición Nacional de Arte de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, dijisteis que os placía el ambiente de serenidad plácida y constructiva que allí se respiraba, lejos del odio y la pasión política. Hoy, la misma Institución, os ofrece y ofrece el país un espectáculo igual; aquí, lejos del odio vociferante e inconstructivo está la paz serena y constructora de la Patria. Toda la Patria, del Carchi a Loja, de Esmeraldas a El Oro, la patria que trabaja útil y silenciosamente, la patria artesana y manual, en un abrazo de amor sencillo y fecundo, se ha dado cita aquí, para decirnos: esto es lo que sabemos hacer; ésta es nuestra vocación y ésta la base de nuestra segura confianza.

Aquí está concentrada, en su expresión más sencilla y más fecunda, la verdad de la patria.

Aquí están las manos hábiles y poderosas que sabrán construir el futuro de la patria.

(Discurso en la inauguración de la Primera Exposición de Artes Manuales Populares de la Casa de la Cultura Ecuatoriana).

INDICE

Págs.

SANTA GABRIELA MISTRAL

Primera Meditación: En el principio fue el dolor:	
Una voz desolada, desde el sur	9
... y el amor es hermano de la muerte	14
... como la rama con fruto	20
Segunda Meditación: Madre de todos los niños del mundo:	
La santidad de la vida comienza	23
La Buena Pastora	25
Tercera Meditación: El Verso Perfecto:	
Alcance a hacer	29
Todo es ronda	32
Cuarta Meditación: La letra y la ternura:	
Dejad venir a mi	35
Quinta Meditación: Madre y Maestra:	
Dadme el ser más madre	43
Sexta Meditación: El Hombre y su justicia:	
La Palabra Maldita	47
Séptima Meditación: El Mundo cuando conocí a Gabriela:	
¿Qué es lo que dieron a luz las viudas de los soldados muertos?	59
En la aventura humana	65
Acá, en las Indias	68
Hacia la cultura	71
Octava Meditación: Retrato:	
Me veía en el rostro	85
Cuatro Hombres Americanos	107
(Prólogo de Gabriela Mistral a un libro de Benjamín Ca- rrilón)	

	Págs.
CORRESPONDENCIA, palabras liminares	119
Cartas de Gabriela Mistral a Benjamín Carrión, 1927-1955	123
Año 1955	160
OTROS ENSAYOS	
La novela regional en América Latina	173
México	176
América Central	177
Venezuela	178
Colombia	182
Ecuador	184
Perú	187
Bolivia	189
Paraguay	190
Brasil	191
Argentina	194
Uruguay	195
Chile	196
PRESENCIA DE AMERICA	
Alfonso Reyes: la X en la frente	201
Rómulo Gallegos. — El hecho literario y humano	207
Los días de Cipriano Castro. — Contados por Mariano Picón Salas	219
Nuestro aporte universal, el ensayista. — A propósito de las "Obras Selectas" de Mariano Picón Salas	229
PRESENCIA ECUATORIANA	
Pío Jaramillo Alvarado, Doctor en Ciencias de la Patria	230
Hacia la pura novela. — A propósito de la obra de Demetrio Aguilera Malta	289
Enrique Garcés y Rumiñahui. — Prólogo a la biografía de Rumiñahui	303
Latitud unánime. — Prólogo al libro de poemas de Alfonso Barrera Valverde y Eduardo Villacís Maythaler	313
JUNTO AL HOGAR	
El alma y la mano creadora de la Patria	329

SANTA GABRIELA MISTRAL por
BENJAMIN CARRION, se acabó de
imprimir el día 15 de Septiembre de
1956, siendo Director de la Editorial
Jorge Enrique Adoum y Regente de
los Talleres Gráficos de la Casa de la
Cultura Ecuatoriana Edmundo
Velasco Z.

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su venta es prohibida por la Ley

OBRAS DEL AUTOR

LOS CREADORES DE LA NUEVA AMERICA

Edit. Omnés. — París, 1928.

Prólogo de Gabriela Mistral.

EL DESENCANTO DE MIGUEL GARCIA

Sociedad Española de Librería. — Madrid, 1929.

MAPA DE AMERICA

Sociedad Española de Librería. — Madrid, 1930.

Prólogo de Ramón Gómez de la Serna.

Segunda Edición, Madrid, 1931.

ATAHUALLPA

Editora Mundial. — México, 1934.

Segunda Edición, Guayaquil, 1938.

Tercera Edición, Quito, 1956.

INDICE DE LA POESIA ECUATORIANA

Editorial Ercilla. — Santiago, 1935.

CARTAS AL ECUADOR

Editorial Gutenberg. — Quito, 1943.

EL NUEVO RELATO ECUATORIANO

Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. —

Quito, 1951 - 53.

Dos volúmenes.

SAN MIGUEL DE UNAMUNO

Serie "Los Santos del Espíritu".

Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. —

Quito, 1954.

SANTA GABRIELA MISTRAL

Serie "Los Santos del Espíritu".

Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. —

Quito, 1956.

Próximamente

SAN JOSE CARLOS MARIATEGUI.

BIOGRAFIA DE GARCIA MORENO.

TEORIA Y PLAN DE LA PEQUEÑA PATRIA.

EL PENSAMIENTO VIVO DE MONTALVO.